This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Indian Institute, Oxford.

THE MALAN LIBRARY

PRESENTED

BY THE REV. S. C. MALAN, D.D.,

VICAR OF BROADWINDSOR,

January, 1885.

1194 f. 8

600085868+

MISTERIOS DE LA INQUISICION.

600085868+

MISTERIOS

DE LA

INQUISICION

Y OTRAS SOCIEDADES SECRETAS DE ESPAÑA.

OBRA PUBLICADA EN FRANCES POR

M. V. DE FEREAL,

CON NOTAS HISTÓRICAS DE DON MANUEL DE CUENDIAS.

TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR

D. E. DE G.

TOMO II.

BARCELONA.

IMPRENTA Y LIBRERÍA ESPAÑOLA Y ESTRANGERA

DE J. ROCA Y COMPAÑIA,

Calle de Escudellers, n.º 18.

1845.

BODLEIAN
25 MAY 1928
LIBRARY

MISTERIOS DE LA INQUISICION

Y OTRAS SOCIEDADES SECRETAS DE ESPAÑA.

TOMO II.

I.

EL PASEO DEL REY.

Estévan y Juan de Avila continuaron siguiendo la calle de Toledo hasta la plaza mayor, que atravesaron por lo largo; despues tomando á izquierda la calle de las Platerías, llegaron á la iglesia de santa María la Mayor, la parroquia mas antigua de Madrid; y desde allí, pasando por bajo el arco de Palacio, se detuvieron en medio de una inmensa plaza cuadrilonga desde donde la vista alcanzaba hácia el occidente del palacio hasta las ventas de Alcorcon.

Hallábanse en la plazuela de Palacio.

A su izquierda se estendia el Campo del Moro, profundo y fértil valle que separa el Manzanares de Madrid, y se estiende desde la puerta de san Vicente hasta la de Segovia. A su derecha estaba el Pretil, montecillo bastante elevado á cuyo pié están los cuerpos de guardia del palacio; y finalmente, fren-

te á ellos, el mismo palacio, inmenso y soberbio edificio, que estiende sus anchas alas, dominando de lo alto de esta cima elevada la capital de España.

Este inmensó cuadro de granito, abierto en sus cuatro pisos de altas é innumerables ventanas, tenia un aspecto sencillo, noble é imponente á la vez. Anchos balcones esculpidos adornaban la fachada principal. Entrábase por tres puertas colosales arqueadas, adornadas de columnas de órden corintio del mas bello efecto; y el techo llano, de pizarra, formaba un terrado inclinado, cerrado con su balaustrada de piedra. Todo este conjunto era de un aspecto grandioso y verdaderamente real.

—Por fin, ya hemos llegado, dijo Estévan deteniéndose para admirar ese suntuoso edificio; he ahí el término de nuestro viaje, el sitio en que reside nuestra última esperanza.

—¡Calmaos, calmaos, hijo mio! dijo Juan de Avila que siempre procuraba reprimir la tendencia exaltada que notaba en el jóven; pues creia que la exaltacion gasta vanamente las fuerzas y quita el tino de la oportunidad, y la sangre fria sagaz que el hombre necesita en las grandes circunstancias de la vida.

Sonrióse Estévan con dulzura, como un niño dócil al ser amado que le riñe; la inalterable calma del apóstol ejercia sobre él el mayor imperio.

Adelantáronse hasta la puerta principal de Palacio, que estaba guardada por numerosas centinelas. Habia un gran movimiento en el interior: el pueblo iba y venia libremente como en los dias de grande solemnidad.

—Entremos, dijo Juan de Avila, y veamos lo que pasa.

Despues de haber atravesado la primera puerta,

sobre la grande escalera de la derecha, vieron un inmenso pueblo, mujeres y niños escalonados á lo largo del tramo ó hácia la pared, formando dos hileras de cabezas de una espresion curiosa y solícita.

—El rey va á salir á paseo, dijo el apóstol; pero aun tardará, pues que la tropa todavía no está formada. Venid, irémos á visitar el patio, que es digno de atencion. Miéntras así hablaba desfilaron por la plaza de Palacio dos regimientos de guardias valonas y españolas de grande uniforme, y se colocaron precedidos por la música, en dos líneas paralelas á los dos lados de la puerta principal.

Estévan y Juan de Avila habian entrado en el patio interior; vasto cuadro perfectamente empedrado con anchas baldosas de granito reluciente en las cuales habian abierto estrías romboides para que los piés de los caballos pudiesen apoyarse con mas seguridad en esta superficie resbaladiza y lisa.

Altos arcos de piedra sostenidos por columnas estriadas formaban al rededor un ancho peristilo; en medio de cada una de las cuatro fachadas interiores elevábanse sobre un pedestal dos colosales estátuas de los mas célebres emperadores romanos.

El interior de este magnífico palacio correspondia al esterior: era una suntuosa morada digna del gran emperador Cárlos V.

Miéntras los viageros admiraban esta grandiosa arquitectura, se aumentó el ruido de la plaza y del palacio. Batieron los tambores, y la música principió á tocar la marcha real. Oyóse un rodar rápido y las carrozas de servicio arrastradas por seis mulas magníficas ricamente enjaezadas, conducidas por un cochero y un postillon con librea real, entraron magestuosamente en el patio interior; dieron lentamente la vuelta al paso de las mulas, y la primera detúvose al pié de la escalera principal.

Como el gentío habia aumentado progresivamente, Estévan y Juan de Avila con dificultad pudieron abrirse paso hasta los primeros escalones.

Todo aquel pueblo alargaba las manos hácia la ancha meseta que dominaba la escalera del primer piso, compuesta de veinte y tres escalones. Algunos se habian encaramado sobre el ancho tramo de granito; otros se habian sentado sobre el dorso y hasta sobre la cabeza de los dos gigantescos leones que por su actitud fiera y tranquila y por su inmovilidad granítica, parecen dos impasibles centinelas eternamente encargadas de custodiar la magestad real.

Hermoso era ver todos aquellos rostros, la mayor parte macilentos y marchitos, radiantes de esperanza y de felicidad, aguardando al que iba á salir. Para este pobre pueblo tan entusiasta y tan bueno, tan dulce y tan paciente á pesar de su orgullo incomparable, el rey era verdaderamente la imágen de la Divinidad; la imágen de la justicia, de la fuerza y de la omnipotencia; de aquel en quien residen al mismo tiempo el poder y la bondad, de aquel que puede y quiere; porque todo bien dimana de él, y su dicha es esparcirlo.

¡Oh! ¡qué hermoso era entónces para el rey, el ser protector y juez! Cuan sublimes estremecimientos debian agitar su alma real al aspecto de aquel pueblo que tenia, por decirlo así, todo entero en su mano: porque le derribaba de un soplo, le hacia encorvar con una palabra, y levantaba con una sonrisa; porque aquel pueblo ingenuo, orgulloso y cándido á la vez, adoraba en él la magestad del padre, mas aun que la magestad del rey; su obediencia nada tenia de servil, porque cuando la obediencia se resume en las dos palabras: respeto, y amor, esa obediencia honra al hombre en vez de envilecerle, solo es un acto de independencia y de libre albedrío.

La poblacion española entónces tan oprimida estaba allí ansiosa, aguardando al que poseia todo el poder, para quejarse y obtener justicia; en aquella época el pais mas patriarcal del mundo, el pueblo para llegar hasta el rey no tenia necesidad de dirigirse á sus ministros. El rey de España no se rodeaba de regimientos armados, de barreras inaccesibles, sino que dejaba acercar libremente al pueblo á su persona, cual lo hace un padre con sus hijos; con esta comunicacion libre é intima nacia aquel amor inmenso é inextinguible que une al pueblo y al rey con un lazo moral imposible de romper: así es que nunca llegó á intentarse un atentado contra ningun rey de España.

Con todo, á pesar de la radiante espresion de esperanza que aquel dia se leia en todos los rostros, notábase con un vivo sentimiento de compasion la profunda tristeza grabada en aquellas fisonomías naturalmente serias; veíase que ese pueblo tan poco exigente en las necesidades de su vida material, ese pueblo que tan poco le hubiera bastado para ser feliz, tenia en el corazon una llaga roedora: llevaba en la frente el sello de aquellas horribles luchas de inercia de los seres fuertes, que los mata como un rayo sin parecer haberlos tocado.

Pero repentinamente se estremecieron todos los corazones con un sentimiento unánime; abrióse encima de la primera meseta una ancha piedra esculpida, y un ugier dió tres palmadas, que era la señal que anunciaba al rey.

Precedido entónces de sus ugieres de servicio y escoltado por cuatro alabarderos, se adelantó en medio de sus guardias de corps aquel gran Cárlos V que hacia temblar al mundo.

Llevaba el gracioso vestido de la época, y aunque no era de gran talla, poseia un ademan muy noble, y

su rostro jóven y altivo tenia aquel encanto particular y poderoso que da una mirada brillante y sagaz iluminada por las llamas del genio; en el corte de sus facciones veíase además mucha finura y distincion, y si la bondad no dominaba siempre en esa fisonomía algo orgullosa, al ménos casi siempre estaba suplida por aquel aire de estrema cortesanía que engaña á tantas gentes y que en los grandes suele dársele otro nombre.

Juan de Avila lanzó al rey una mirada profunda é investigadora, porque era la primera vez que le veia tan de cerca.

— El rey tiene buena traza, dijo en voz baja Estévan, que tambien le contemplaba con mucha atencion.

Juan de Avila no respondió, porque era mas fisonomista que Estévan.

El rey Cárlos V era como todos los hombres de gran genio, tenia aire benévolo; pero desde esto á ser completamente y siempre bueno dista mucho.

El emperador se adelantó lentamente para descender, y á cada paso que daba se detenia para tomar por sí mismo los memoriales que le presentaban y pasarlos al capitan de guardias de corps que iba á su lado.

A los que no le entregaban ningun memorial les daba á besar su mano con aire muy noble y paternal; sentábale bien la magestad real, y hasta en las cosas mas pequeñas se traslucia en él al hombre de genio.

Así bajó toda aquella larga escalera, deteniéndose mucho tiempo en cada escalon, acogiendo con igual sonrisa al pobre andrajoso que al rico ciudadano, hablando á muchos como si los conociera, y algunas veces administrando justicia al acto al que se la pedia.

¡Cuántas veces ese orgulloso conquistador retardó su paseo para subir otra vez á su cuarto con alguno que le pedia justicia!

Grande y noble era esa condescendencia para con los que se quejaban, y esa solicitud para reprimir los abusos y satisfacer una reclamacion urgente.

El que sufria una exaccion ó una desgracia solo habia de quejarse; no le hacian aguardar; no era necesario que su queja, metódicamente formulada, pasase de escalon en escalon del primer secretario de un ministerio hasta los últimos empleados; no debia suportar el insolente ceño de esa gerarquía oficinística: no, iban directamente al rey, sin impedimento, sin obstáculo, porque el rey era rey para todo el mundo, y en el acto lo reparaba todo: el demandante no debia sufrir la agonía de una larga é incierta espera, que las mas veces termina por una atroz denegacion de justicia.

— He aquí, dijo Juan de Avila, el mas bello atributo del trono; representar á la Providencia.

—¡Así pudiera representarla para nosotros! respondió Estévan.

Cárlos V continuaba bajando; la música de los guardias tocaba la marcha real con mas viveza, y las mulas de la carroza pateaban de impaciencia.

El gentío que no habia podido tomar puesto en la escalera se agrupaba en la puerta para participar tambien del besamanos.

El dia era caluroso y brillante, y la luz del sol parecia desvanecer con sus rayos la tristeza y palidez de aquellos marchitos rostros. La afluencia era tan gande, que Juan de Avila temió no poder acercarse al rey; arrastró á Estévan procurando pasar con él por medio de la multitud, para encontrarse al paso del monarca; pero á cada alto que este hacia,

manos estendidas hácia adelante agitaban en el aire innumerables papeles que todos eran recibidos con bondad y entregados inmediatamente al capitan de guardias.

Cárlos V no mostró la menor impaciencia ni fatiga, de estas numerosas reclamaciones que le detenian tanto tiempo. Solamente su fisonomía denotaba de vez en cuando una meditacion interior, un trabajo constante é involuntario de las facultades intelectuales, un ardor de genio infatigable, aquel ardor febril y devorador que mató al fraile de San Yuste por haber querido dejar de ser rey.[1]

[1] Sabido es que el emperador Cárlos V dejó el trono para encerrarse en una celda del convento de San Yuste; pero pocos hay que sepan que despues de su muerte, el inquisidor de Castilla osó procesar la memoria del padre de Felipe II. Segun MM. de Thou, de Aubigué y Laboureur, Cárlos V fué acusado, despues de su muerte, de haber tenido continuo comercio con los protestantes de Alemania, de haberse retirado á San Yuste solo para ser libre en esta soledad, y acabar sus dias en ejercicios de piedad conformes á sus disposiciones secretas *para hacer penitencia* en espiacion de los malos tratamientos que habia hecho sufrir á los príncipes del partido protestante..... En apoyo de estas acusaciones se alegaba la eleccion que habia hecho del doctor Cazalla, canónigo de Salamanca para su predicador, y de Constantino Ponce obispo de Dresde, para su confesor: personas ambas sospechosas de heregía. Otra prueba de que se valió la Inquisicion para infamar la memoria de Cárlos V, fueron las numerosas inscripciones que encontrarón en su celda de San Yuste, inscripciones hechas por la mano del monarca, acerca de la *justificacion* y la *gracia* en el sentido de las doctrinas de los novadores. Finalmente el testamento de Cárlos tambien sirvió á la Inquisicion para infamar la memoria del emperador. Este testamento apénas contenia legados piadosos ni fundaciones para misas, y estaba redactado en un estilo tan diferente del usado por los católicos celosos, que la Inquisicion creyóse con derecho de ocuparse de ello.

De modo que luego que la Inquisicion creyó que podia mostrarse vigorosa sin espantar á Felipe II, principió por atacar al arzobispo de Toledo, primato de España; á Cazalla predicador del emperador, y á Constantino Ponce, su director, á quienes Felipe II dejó poner presos. Esos tres personajes fueron condenados á la hoguera así como el testamento del emperador. Dispertado el rey Felipe II por el rumor que este escandaloso proceso habia movido en España, principió por regocijarse con la idea de ver la gloria de su padre ajada; pero luego temió las consecuencias de tan horrible atentado, y á fuerza de bajezas y de concesiones obtuvo

Finalmente llegó al último escalon; los ugieres habian separado un poco la multitud; con todo aun estaba demasiado apretada para que Juan de Avila pudiese acercarse al rey; y viendo que le era imposible adelantarse, levantó sus dos brazos en el aire y tendió hácia Cárlos V sus manos suplicantes.

Al aspecto de ese fraile, cuya bella figura y hábito sagrado[1] inspiraban respeto, el pueblo retrocedió; el capitan de guardias hizo seña al religioso de que se aproximara, y Juan de Avila con las manos siempre estendidas, fué á arrojarse á las plantas del monarca.

Sorprendido Cárlos V le levantó con bondad, y le preguntó:

— ¿Qué quereis de mí, padre mio?

— Perdon, señor, perdon para uno de vuestros mejores servidores; pero esto seria demasiado largo de esplicar aquí, añadió el apóstol, lanzando una mirada á la multitud que los rodeaba; necesito hablar sin testigos á vuestra magestad.

— Venid mañana, replicó Cárlos V, dando á besar la mano á Estévan, que tambien se habia adelantado hasta él.

— Este jóven viene conmigo, dijo Juan de Avila.

— Que venga pues mañana con vos, padre mio, y Nos harémos justicia á vuestra demanda.

que separasen á Cárlos V de este negocio. La Inquisicion no se atrevió á rehusarlo todo al rey; pero como necesitaba víctimas, en 1559 hizo quemar vivo al doctor Cazalla con la estatua de Constantino Ponce, muerto algunos dias ántes en la cárcel del santo oficio. El arzobispo de Toledo apeló á Roma, donde á fuerza de amigos y especialmente de oro, fué declarado buen católico. A este precio la Inquisicion de Castilla consintió en no ajar la memoria de Cárlos V!

[1] Sabido es que en España el hábito de fraile abria todas las puertas y facilitaba el acceso cerca de todos los dignatarios del reino al que lo vestia.

—¡Dios os bendecirá, señor! respondió humildemente Juan de Avila.

— Hasta la audiencia de mañana, repitió el rey con bondad.

Un lacayo abrió entónces la portezuela de la carroza real, subió Cárlos V con paso listo y desembarazado, y la carroza partió como un rayo seguida de los coches del servicio que llevaban los gentilhombres de la comitiva real.

En este momento los regimientos de guardia echaron armas al hombro, y el pueblo se retiró lentamente dichoso por haber visto á aquel que á sus ojos era la imágen de Dios sobre la tierra.

II.

CÁRLOS V.

Las audiencias del rey no eran en España tales como podrian figurarse en un pais donde el ceremonial de la etiqueta tenia en la corte tan imponente severidad.

Nacida esta etiqueta de la adoracion filial y casi fanática de los españoles por sus reyes, era simplemente una tradicion conservada por el carácter constante de este pueblo amante, grave y pensador, naturalmente enemigo de toda innovacion en sus costumbres; era un homenaje que los hijos rendian á su padre.

Pero léjos de que estas formas respetuosas de un amor profundo y de una deferencia apasionada tendiesen á alejar al pueblo del soberano, los aproximaba al contrario por la misma seguridad que inspiraba al rey, seguridad tan grande, que todos los dias, durante muchas horas, cualquiera podia entrar en el palacio y obtener audiencia aun en los dias de besamanos.

El rey ordinariamente recibia desde las diez de la mañana hasta las dos de la tarde.

Estévan y Juan de Avila procuraron ser puntuales á la cita que Cárlos V les habia dado; y al dia siguiente de su llegada apénas acababan de dar las diez subian juntos la escalera principal de palacio.

Frente á ellos, en la segunda meseta se abrió la puerta de la primera antesala, en la que entraron sin que los dos alabarderos que estaban de faccion les opusieran el menor obstáculo.

Aun no habia llegado nadie.

El sumiller les entregó una targeta que tenia el número 1, y los dos viageros fueron á sentarse en los taburetes cubiertos de paño encarnado que habia en la antesala, la cual tenia tres puertas cerradas solo por mamparas de terciopelo. Una de ellas, frente á la puerta de la entrada, daba á la sala del trono; la de la derecha conducia á los aposentos del rey; la de la izquierda era la de las habitaciones de los príncipes.

El apóstol y su compañero pudieron admirar algunos cuadros de las escuelas flamenca é italiana, con que las conquistas de Cárlos V habian enriquecido el palacio.

Durante este tiempo llegaron sucesivamente algunas otras personas de ambos sexos y de todas condiciones, y recibieron á su vez del sumiller el número que les tocaba.

La sala del trono aun permanecia cerrada y se oia el rumor de una conversacion animada, pero de la que no se comprendia ninguna palabra.

El emperador estaba en conferencia con un embajador de Tunez.

Prolongóse esta audiencia casi media hora, durante la cual dominaba siempre la voz de Cárlos V, tan

pronto insinuante y persuasiva presentando á la elocuencia natural de este grande monarca un acento fascinador; como breve, acentuada, dominante, impresa de aquel poder enérgico de voluntad que formaba tambien el fondo del carácter de Cárlos V.

Con las inflexiones variadas de la voz, hubiese sido imposible adivinar los verdaderos sentimientos del rey; pues presentaban el mismo carácter que sus palabras, ambiguas, astutas, profundamente calculadas, tan diestras, que siempre le dejaban medio de refutar á sus adversarios, sea cual fuere la interpretacion que hubiesen dado á sus actos, á sus palabras ó á sus escritos. El espíritu de Cárlos V era un lazo tendido, en el que caian los mas hábiles.

Finalmente el enviado de Tunez se retiró, y un ugier de la cámara, separando la ancha mampara, llamó en alta voz *el núm. 1°*.

Estévan y Juan de Avila fueron introducidos en la sala del trono; lugar de una magnificencia increible.

A derecha y á izquierda, á distancias iguales, habia cuatro grandes aberturas cerradas con mamparas de terciopelo carmesí, que conducian á los aposentos del rey y á los de los príncipes.

En los intervalos de las puertas, cubiertas de cuarterones esculpidos, una cartela embutida y dorada sostenia enormes candelabros de plata maciza, algunas estatuas ó magníficos vasos cincelados.

El pavimento de un diseño admirable, era de madera dura y pulida que brillaba sin el ausilio de la cera.

Tres enormes arañas de cristal de roca colgaban de la bóveda, cubierta de innumerables dorados de una delicadeza esquisita y admirablemente acabada. Encima de las puertas corria por todo el re-

dedor de la sala una ancha corniza dorada, cuyo entablamento sostenia ricos trofeos; y sobre la pared superior, ancho espacio que separaba la corniza de la bóveda, algunos frescos debidos al pincel de los mejores artistas representaban una multitud de personajes revestidos de diferentes trajes de todas las naciones del mundo. La España habia personificado de esta manera sus conquistas, que abrazaban las cuatro partes del mundo.

Finalmente, hácia el alto estremo de la sala, se levantaba un trono de terciopelo y de oro bajo un magnífico dosel adornado de toda especie de emblemas, entre los cuales el mas notable era un pelicano abriéndose el seno para alimentar á sus hijos; y en medio de todo esto brillaban las armas de España. Finalmente dos leones en actitud de reposo, que eran los soberbios leones de la monarquía española, velaban cual satélites inmóviles, en las gradas del trono imperial.

Anchas y altas ventanas dejaban pasar una luz resplandeciente sobre toda esa magnificencia.

Algunos grandes de España vestidos al gusto de la época, hablaban en voz baja.

El rey algo distraido, se paseaba á pasos lentos de derecha á izquierda; cuando entró Juan de Avila en la sala, el rey le reconoció al momento, y adelantóse graciosamente hácia él, mirándole sin embargo con desconfianza.

—¿Qué quieres? le dijo en tono benévolo.

—Justicia, señor, respondió Juan de Avila hincando una rodilla en tierra y besando la mano del emperador; justicia contra la Inquisicion que abusa de sus derechos y compromete á V. M. con sus inauditas crueldades.

A la palabra de Inquisicion, Cárlos V, este orgulloso déspota, esperimentó una ligera emocion;

y comprendiendo que la conferencia sería mas grave de lo que primero habia imaginado, hizo señal á los gentileshombres de su comitiva para que despejaran.

Cuando estuvo á solas con Juan de Avila y el jóven Vargas, recobrando Cárlos V el tono severo y despótico que le era familiar, dijo al franciscano:

—¿Sabeis padre, que se necesita mucho valor para osar quejarse abiertamente contra la Inquisicion?

—No señor, respondió el apóstol; solo se necesita un grande amor por la justicia.

Ese amor es peligroso y rāro, en los tiempos que corren, replicó el rey.

—Por esto mismo, señor, se viene á buscar hasta al pié del trono, no encontrándola en otra parte.

—Pues bien, ¿de qué se trata? habla sin temor; ante todo, deseo, quiero haceros justicia. ¿Qué te han hecho?

—A mí, nada, señor, respondió Juan de Avila; pero vos teniais un servidor fiel que se llamaba Manuel Argoso....

—Gobernador de Sevilla, si mal no me acuerdo, interrumpió vivamente Cárlos V.

—El mismo, señor, vuestra magestad le habia conferido voluntariamente este título, y nadie jamás fué tan digno de él. Pero queriendo el inquisidor Pedro Arbués recompensar á una de sus criaturas, ha hecho encerrar á Manuel Argoso en los calabozos de la Inquisicion, y nombrado en su reemplazo un hombre del mas obscuro nacimiento, un hombre despreciable, vendido á todos sus caprichos.

—En efecto.... me acuerdo, dijo el rey despues de un momento de reflexion; yo mismo he firmado el nombramiento de ese hombre que me habia sido recomendado por el inquisidor de Sevilla.... Asegurábanme que habia prestado eminentes servicios á

la religion. Pero, prosiguió Cárlos V, ¿sabeis, padre mio, que esto es infinitamente grave? El antiguo gobernador de Sevilla es, segun parece, culpable de heregía; numerosos testigos han declarado contra él; ha sido convencido de luteranismo, y yo no puedo detener la marcha de un proceso incoado por el santo oficio. ¡Vive Dios! prosiguió, yo no puede salvar á mi pobre benedictino Virués, cuyos sermones eran la mas agradable distraccion de mi vida.[1]

—¡Testigos! señor, dijo Juan de Avita con amargura; V. M. ignora que el funesto derecho de la Inquisicion que le permite no revelar jamás el nombre de los testigos que han declarado contra un acusado, hace siempre cometer los mas monstruosos abusos; que basta que un hombre sea enemigo de otro para comprometer su vida y arrastrarle ante el tribunal de la Inquisicion....

—¿Manuel Argoso tenia enemigos? preguntó el rey.

—Ninguno, señor: Manuel Argoso era generalmente amado; un sólo hombre en Sevilla tenia tal vez motivos....

—¿Quién era?

—El inquisidor general de Sevilla.

—Padre mio, dijo severamente Cárlos V, ¿para acusar tan ligeramente á un gran dignatario de la

[1] Alfonso Virués era un benedictino muy versado en las lenguas orientales, autor de varias obras y gran predicador. Cárlos quinto le escuchaba con tanto placer, que en todas sus espediciones por Alemania le hizo seguir, y á su vuelta á España no quiso oir á otro predicador. Sospechoso de heregía en 1534 Virués fué detenido por el santo oficio y encerrado en las cárceles de la Inquisicion de Sevilla. El emperador no dudó de que Virués fuese víctima de algunos frailes celosos, y ordenó que fuese puesto en libertad; pero fué desobedecido. En vano Cárlos V desterró á Alfonso Manrique, entónces inquisidor del reino; Virués permaneció cuatro años prisionero y en secreto en los calabozos de la Inquisicion. (*Historia de la Inquisicion*, cap. IV, 4.ª parte).

Inquisicion, olvidais el profundo respeto que debemos á los inquisidores y á todo lo que pertenece al santo oficio, instituido por nuestro noble abuelo y por nuestra santa abuela Isabel la Católica?

— Señor, respondió el religioso, no temo olvidar el respeto debido á los sacerdotes del Señor, siendo yo mismo uno de sus ministros, sin querer alejarme de los demás. Apruebo y venero todo lo que tiende á propagar y fortalecer entre nosotros la santa religion de Jesucristo; pero protesto contra el engaño y la hipocresía de los indignos ministros que se vuelven sacrílegos y profanan esta santa doctrina haciéndola instrumento de sus malas pasiones, y convirtiéndola en capa con que cubrir su injusticia, su torpeza y sus iniquidades.

Cárlos quinto como hombre de genio gustaba del valor y de la audacia; todo lo que revelaba grandeza escitaba en él una viva simpatía, y aunque temiese mucho á la Inquisicion, contempló con profundo pasmo á ese hombre leal y valiente que en presencia del monarca osaba anatematizar así una institucion, cuyo nombre el mismo rey pronunciaba siempre temblando.

— Padre mio, dijo en fin con voz tranquila, ¿qué prueba teneis de la enemistad de Pedro Arbués por el gobernador de Sevilla, y de la injusticia de sus persecuciones contra él?

— Señor, respondió Juan de Avila aludiendo á las confianzas que Dolores le habia hecho; cosas hay que pertenecen al secreto de la confesion y que no es permitido divulgar; estas cosas no las diré porque me han sido confiadas en el tribunal de la penitencia: con todo, cuando se trata de la vida y del honor de un hombre, es preciso sin faltar á su deber, decir todo lo que se puede manifestar para salvarle. Yo afirmo, juro aquí delante de V. M. que el

inquisidor ha obrado contra Manuel Argoso por pura venganza personal, que le ha acusado falsamente de heregía, y....

— ¿Quién probará que es falsamente? interrumpió con viveza Cárlos V. ¡La heregía! he aquí la verdadera llaga del reino. Las doctrinas de Lutero han penetrado por todo; y ese fraile insensato, que se cree mas hábil que los Padres de la Iglesia, mas santo que el papa mismo, ha arrojado sobre toda la Europa católica una inmensa tea de discordia. Su doctrina es abominable y perniciosa, y nunca aprobaré bastante el celo que los inquisidores de mi reino despliegan contra los insensatos que se dejan seducir por ella..... Hé aquí lo que son los hombres, prosiguió Cárlos V, toda novedad los encanta; una palabra retumbante y sonora les enardece. Independencia, libertad religiosa, estas son las palabras vacías que los conmueven y les hacen odiar el yugo eclesiástico; se dejan seducir como los niños, por el placer de escapar de la autoridad de los que los dirigen, y no quieren comprender que la felicidad está en la obediencia, como la seguridad y la prosperidad de los estados y la de las familias no pueden tener mejor garantía que la concordia de los gobernantes y de los gobernados; pero no, ellos quieren sustraerse á la legítima autoridad de la Iglesia; arguyen las cosas que deben ser ciegamente adoradas, y de este razonamiento nacen las convulsiones y la revolucion. Y así como han negado la autoridad del papa, ¿quién sabe si acabarán por negar la del rey? Creedme, padre mio, no defendais á los secuaces de Lutero, abominable raza que detesto.

Juan de Avila habia escuchado silencioso tan larga arenga de Cárlos V, dejóle exhalar su odio contra los protestantes; y cuando la exaltacion del rey hubo calmado un poco, no encontrando obstáculo,

Juan de Avila tomó á Estévan por la mano y le presentó al rey diciendo :

— Señor, he aquí mi respuesta á V. M. : desapruebo como vos todo lo que tiende á desnaturalizar la religion de Jesucristo, y he aquí porque lucho contra los inquisidores que la hacen aborrecer pretendiendo defenderla. Este jóven se llama Estévan de Vargas. Su padre fué miembro del consejo de Castilla por el rey Felipe I, siempre ha sido un piadoso cristiano, un celoso defensor de la monarquía, porque ha seguido el ejemplo de su padre. ¡Pues bien! no pudiendo el inquisidor Arbués perseguirle judicialmente, ha querido atentar á su vida.

— ¿Qué decis, padre mio? esclamó severamente Cárlos V.

— Tengo la prueba auténtica de lo que indico, respondió el religioso, y puedo darla á V. M.

— Callad, padre mio, murmuró el rey ; habeis ya dicho lo suficiente para mandar al quemadero la mitad de España.

— V. M. es discreto, replicó Juan de Avila sonriéndose con finura.

— ¡ Vive Dios ! ¿ padre mio, podemos contar con vuestra discrecion como vos con la nuestra ? Decidnos vuestro nombre si no teneis inconveniente ; pues Nos aun no sabemos con quien hablamos.

— « Juan de Avila, » respondió simplemente el apóstol.

A este nombre venerado en toda la España. y que llevaba consigo la idea de todas las virtudes, conmovido Cárlos V por ese respeto involuntario que inspiran todas las verdaderas grandezas, se puso á contemplar al apóstol con un vivo sentimiento de admiracion.

— No me admiro de vuestro valor, padre mio, le dijo en fin, y veo con sentimiento los abusos de

la Inquisicion, porque ahora ya no puedo dudarlo.

El emperador habria podido añadir: «y delante de vos puedo hablar sin reparo.»

Esto fué efectivamente lo que hizo con la seguridad de que nada debia temer de semejante testigo. El aparente amor de Cárlos V por la Inquisicion estaba léjos de ser sincero; por lo demás sabia regular exactamente todos sus sentimientos, segun lo exigian las circunstancias de su política.

Léjos de ser piadoso por conviccion y firmamente partidario de las doctrinas de Roma, Cárlos V las hubiera cambiado gustosísimo por las de Lutero, si las ideas de la independencia de la reforma no hubiesen espantado su asombradizo despotismo. Enemigo de la Inquisicion en su juventud, la protegia en su edad madura, y detestándola, la mimaba como el mas poderoso ausiliar de sus exacciones, de su amor al poder, al oro y á las conquistas.

Con todo, se sublevaba muchas veces contra ella en su foro interno, porque mas de una vez tuvo motivos para quejarse de ella. Cárlos V era el rey de España, la Inquisicion era el rey de Cárlos V.

Una cosa faltaba al genio de ese gran emperador, y era comprender que la mayor gloria de un rey es favorecer los progresos de las luces, en vez de perseguirlos; que es mas fácil, mas glorioso y mas dulce reinar sobre hombres libres que sobre un pueblo de esclavos, y que esto además, es el verdadero espíritu del Evangelio. La reforma tendia á instruir las masas, á esparcir por todo los tesoros de la ciencia; y ciertamente Cárlos V, oponiéndose á ella, comprendió mal sus verdaderos intereses: mas sólido apoyo hubiese encontrado en la filosofía ilustrada y en la lealtad de los protestantes, que en el despótico y ambicioso fanatismo de los frailes. Pero no adivinó esto, y dejó caer la balanza del la-

do hácia el cual creyó que su interés la inclinaba.

—Padre mio, dijo á Juan de Avila, Nos deploramos vivamente los abusos de la Inquisicion, y quisieramos poderlos reprimir; pero considerad que esta formidable institucion, fundada con un objeto útil y piadoso, al presente es mas poderosa que Roma misma, y que el papa no osa á luchar contra ella[1]

—El emperador Cárlos V se atrevió á luchar contra el papa, replicó Juan de Avila aludiendo á la respuesta de Cárlos V, á un breve que Clemente VII habia lanzado contra él algunos años ántes, y el emperador luchará contra la Inquisicion, porque se trata de los derechos de la justicia y de la humanidad.

Una satisfactoria sonrisa asomó en los labios del monarca quien recordaba con vivo sentimiento de orgullo aquel violento manifiesto publicado en Alemania, obra maestra de energía, de acrimonía y de diplomacia, que reunió en torno suyo los ánimos agriados por sus protestas anteriores contra las doctrinas de Lutero. Juan de Avila hábia hecho vibrar la cuerda sensible recordando al emperador aquel acto de alta política que se asemejaba á un acto de independencia, y que tanto habia servido para sus intereses en el Norte.

Cárlos V miró al religioso con benevolencia, y le dijo con el tono mas gracioso y mas *real* del mundo:

— Veamos, padre mio, como Nos os probarémos

[1] En el siglo XVI la Inquisicion desafiaba el poder de Roma, de modo que varios cardenales fueron encarcelados y condenados á diferentes penas en Roma, aunque la persona de un cardenal era sagrada para los reyes mismos. Sabido es que Enrique III fué escomulgado por Sixto V por haberse atrevido á castigar al cardenal de Guise convicto de rebeldía y de atentado contra el estado. Pero la Inquisicion no era el rey de los reyes y el terror de los mismos papas!

el deseo que tenemos de complaceros. Procurarémos sobre todo conciliar la justicia con los intereses del reino. Impidamos los abusos de la Inquisicion, pero no la hiramos, que es una serpiente que se revuelve para morder al momento que la tocan, y sus heridas son mortales.

— El leon no teme las mordeduras de la serpiente; y V. M. es rey para mandar, replicó el apostol; y solo con la energía de su voluntad impondrá á esos audaces profanadores de una ley de amor, cuyas inauditas crueldades han despoblado y empobrecido la España. ¿Qué habian hecho esas familias moriscas tan ardientemente perseguidas por el inquisidor general Adriano, que han abandonado el pais por millares, llevándose á una tierra estrangera sus riquezas y su industria, manantial de la prosperidad del reino?

— Los moriscos se habian revolucionado, dijo Cárlos V.

— Los moriscos imitaban al camello del desierto que arroja su carga á tierra cuando es demasiado pesada, respondió Juan de Avila.

— Adriano Florencio era de un carácter dulce y pacífico, replicó el rey, jamás hizo nada sin buena intencion.

— Adriano Florencio era débil, señor, dejaba hacer el mal sin reprimirlo, y engañaba á V. M. acerca de la verdadera conducta de los inquisidores.[1]

1 Adriano Florencio, tercer inquisidor general de España fué, segun dicen, ménos cruel que sus predecesores y sucesores, de modo que fué tal vez el inquisidor mas débil y diestro. En su reinado, que duró cerca de cinco años, la Inquisicion de España condenó veinte y cuatro mil personas, de las que mil seiscientas veinte fueron quemadas vivas, y quinientas sesenta en estatua. Adriano Florencio estableció el segundo tribunal de la Inquisicion en América, y estendió su jurisdiccion sobre las Indias y sobre el Océano; y él mismo impidió que Cárlos V reformara la Inquisicion, como lo habia prometido á los Castellanos, á los Aragoneses

—¡Fraile! ¡muy atrevido eres en hablar así! esclamó el rey, cuyo indomable orgullo no sufria que se le creyera capaz de engañarse ó de ser engañado por los demás.

—Yo digo la verdad á V. M., señor, respondió el religioso, y la verdad tiene el derecho de ser escuchada. Los inquisidores de España no son sacerdotes, sino verdugos; oprimen al pueblo, y el rey es el defensor del pueblo.

Al hablar así, Juan de Avila miraba al rey cara á cara sin audacia, sin jactancia, y en su rostro brillaba una majestad santa.

Cárlos V se sintió subyugado por esa mezcla de sencillez y de nobleza, de genio y de santidad, que hacia del apóstol un hombre tan notable.

—Continuad, dijo simplemente el emperador.

—Señor, prosiguió el religioso, un hombre ha sido falsamente acusado é injustamente atormentado. El inquisidor de Sevilla ha cometido este crímen; y á él corresponde repararlo. Que V. M. ordene á Pedro Arbués que ponga en libertad á Manuel Argoso.

—No puedo hacerlo, dijo el rey pensativo.

—¡Ah! señor, esclamó Juan de Avila, ¿será en vano que vuestro hermoso reino de España haya saludado con tantas aclamaciones el advenimiento de V. M. á la corona? ¿será en vano que V. M. haya prometido á las córtes hacer cesar las persecuciones y los suplicios, y apagar las hogueras? [1] No,

y á los Catalanes en 1518, y esto engañando al emperador acerca de la conducta de los inquisidores. (*Historia de la Inquisicion*, cap. III, 4.ª p.)

A pesar del mal que habia hecho en España, y tal vez á causa de este mismo mal, Adriano fué elegido papa el 9 enero de 1522. (*Hist. de los papas*).

[1] Aconsejado á su llegada á España por su preceptor Guillermo de Croy y por su gran canciller Selvagio, el emperador Cárlos V estaba muy dispuesto á abolir la Inquisicion ó al ménos á orga-

señor, vos no querreis faltar á las promesas de vuestro reinado, y con razon espero en vos. Manuel Argoso es inocente, y vos le protegeréis, señor, y vos salvaréis la vida de uno de los mas puros servidores de vuestra monarquía. Una palabra de V. M. basta, prosiguió el religioso con vehemencia, pronunciad esa palabra, y vuestro nombre será bendecido en toda España, porque la justicia de los reyes es la salvaguardia de la felicidad de los pueblos.

—¿Ese jóven es pariente de don Manuel Argoso? preguntó Cárlos V designando á Estévan Vargas.

—Debia ser su hijo, respondió Estévan con aire modesto y sosegado.

—¿Con qué don Manuel Argoso tiene una hija?

—Un ángel, respondió Juan de Avila; la criatura mas bella y casta de toda España; ¿comprendeis ahora, señor, porque el gobernador de Sevilla es acusado de heregía?

nizar el procedimiento del santo oficio segun las reglas del derecho natural y sobre el modelo de todos los demás tribunales. Creyendo las córtes de Castilla que habia llegado el momento de librar á la España del yugo inquisitorial, se reunieron así como las de Aragon y las de Cataluña á principios de 1518, para pedir al rey la abolicion del santo oficio, ó por lo ménos las reformas que la conducta de los inquisidores habia hecho indispensables. Cárlos V hizo redactar un nuevo código por Selvagio, con anuencia de los diputados, y prometió á las córtes mandar su ejecucion á los inquisidores; pero en el momento en que la justicia iba á triunfar, el canciller Selvagio murió, y elegido papa Adriano Florencio, tercer inquisidor general de España, el 9 de enero de 1522, despues de la muerte de Leon, supo cambiar los intentos del rey, y á fuerza de mentiras, hacerle insensiblemente un apasionado protector de la Inquisicion.

Con todo Cárlos V prometió solemnemente á las córtes *que obligaria á la Inquisicion á respetar los privilegios y las costumbres de Castilla, de Aragon y de Cataluña, y á observar los santos cánones.* Confiadas las córtes en la buena fé del monarca, le manifestaron su agradecimiento con un *donativo*; pero los Castellanos, los Aragoneses y los Catalanes, prónto conocieron que las promesas de Cárlos V eran tan falaces como las de sus predecesores. (*Hist de la Inquisicion*, cap. III, 4.ª p., *Anales de Aragon*, sesion de las córtes de 1518.... *Historia del principado de Cataluña*, voto manifestado por las córtes en 1518, é *Hist. de España* por Fernando de Higuera).

Cárlos V se mordió los labios; pues no era la primera vez que oia acusacion de esa clase contra los inquisidores del reino.

Acercóse el rey vivamente á una mesa en que habia recado de escribir, y dirigiéndose al jóven Vargas, le dijo:

—Que todo esto quede entre nosotros; ¿quieres servirme esta vez de secretario?

—Estoy á las órdenes de V. M., respondió Estévan acercándose á la mesa.

—Escribe pues, dijo el rey.

Tomó Estévan una pluma y un pliego de papel: y el emperador fué dictando muy aprisa, sin acordarse del secretario segun solia hacerlo.

«EMINENTÍSIMO SEÑOR.»

«Don Manuel Argoso, conde de Cevallos, actualmente preso en las cárceles del santo oficio de Sevilla, ha sido constantemente nuestro servidor fiel, y Nos le hemos siempre creido bueno y celoso católico. La acusacion de heregía que pesa sobre él nos parece exajerada, y podria ser que esta acusacion fuese obra de algun enemigo del conde interesado en perderle. Por lo cual Nos esperamos que V. E. procurará descubrir la verdad y hacer justicia á nuestro fiel servidor. Contamos tambien con que V. E. querrá terminar su proceso lo mas pronto posible y del modo mas conforme á la justicia y á la caridad cristiana.»

«En nuestro palacio de Madrid, á 20 de mayo de 1534.»

«CÁRLOS. [1]»

[1] El texto de la fecha y el asunto de esta carta son apócrifos; pero es verdadera como tipo y como hecho. Cárlos V escribió muchísimas por el mismo estilo, las cuales siempre fueron conside-

Escrita esta carta, sellóla el rey con su sello real, y la entregó á Juan de Avila diciendo:

—Nos damos el parabien, padre mio, de haber visto de cerca al apóstol de Andalucía. Y vos, jóven, añadió dirigiéndose á Estévan, cuando seais yerno de don Manuel Argoso, volved á la corte, en donde os colocarémos de un modo digno del apellido que llevais.

—Doy las gracias á V. M., señor, respondió el jóven Vargas; y puede V. M. disponer de mi corazon, de mi brazo, y de mi vida.

El rey se manifestó agradecido á Estévan con graciosa sonrisa, y volvió á entrar en sus aposentos.

El mismo dia, Estévan y Juan de Avila salieron de Madrid.

radas como si los inquisidores no las hubiesen recibido; testigo de ello es Alfonso Virués que á despecho de las recomendaciones del emperador y aun de sus órdenes, sufrió por espacio de cuatro años en las cárceles del santo oficio de Sevilla. Podemos además añadir que muchas veces las cartas que el emperador escribia en favor de algunas víctimas de la Inquisicion, eran desvirtuadas por otras cartas que el emperador escribia tras las primeras. Por lo demás la doblez de Cárlos V es bastante conocida; ¿quién ignora el tiro que el emperador hizo á Francisco I miéntras que este monarca estaba prisionero en Madrid? Estando Francisco I muy malo del pesar que le causara la pérdida de su libertad, Cárlos V fué á visitarle. — «Venis á ver si la muerte os desembarazará pronto de vuestro prisionero?» le preguntó el rey don Francisco.—«Vos no sois un prisionero, respondió Cárlos V, sino mi hermano y mi amigo, mi único objeto es volveros la libertad y satisfaccion que podeis esperanzar de mi;» despues le abrazó.

Las promesas del emperador produjeron un efecto saludable, y Francisco I se restableció despues de una larga convalescencia. Cuando el emperador supo que su prisionero estaba bien restablecido volvióle á tratar fria y severamente. En vano Francisco I recordó á Cárlos V la promesa que le habia hecho durante su enfermedad, el emperador no soltó su presa hasta despues de haber obtenido en 15 de enero de 1520 el tratado que volvió la libertad al rey de Francia á tanta costa de la nacion.

III.

RODRIGO DE VALERO.

Quince dias habian trascurrido desde la audiencia de Juan de Avila con Cárlos V.

De vuelta á Sevilla, el primer cuidado de Estévan fué informarse de Dolores, á la cual José habia encomendado que no fuera jamás sin él á casa de Juana, y como no podia presentarse en el palacio inquisitorial en que habitaba el favorito de Pedro Arbués, Estévan se dirigió al anochecer á la taberna de la *Buena Ventura*, juzgando que el alguacil ó su hermana podrían informarle de la suerte de su amada y de lo que pasaba en la Inquisicion.

Cuando el jóven Vargas llegó á la taberna, solo encontró á la Chapa en su cocina arreglando con diestra mano los diferentes manjares que preparaba á sus parroquianos, de los cuales aun no habia ninguno porque todavía no era hora de cenar.

De vez en cuando se separaba del hornillo para ir á mirar la calle y ver si llegaba alguien; despues volvia á su chanfaina, murmurando entre dientes:

—Esta es la hora en que los trabajadores han concluido su faena, y los frailes sus sermones. Vamos, prosiguió ella, despachemos, pues van á venir aquí como una nube de pájaros hambrientos.

Al acabar estas palabras, apercibió un jóven caballero envuelto en una capa, que se dirigia hácia la taberna. Retrocedió la Chapa para dejarle el paso libre, y el caballero entró; y pareció satisfecho de encontrarse solo.

Separó un banco y sentóse, dando las espaldas á la puerta, delante de una de las largas mesas que amueblaban ese inmundo reducto.

— ¿Qué desea su señoría? preguntó la Chapa con aquella voz dulce y argentina que distingue á las mujeres de Andalucía, y cuyo encanto aumenta en razon de la buena traza del caballero á quien se dirigen.

— Tráeme una jícara de chocolate, respondió Estévan quitándose el sombrero de anchas alas que cubria su hermosa cabeza, y colocándolo á su lado.

— ¡Qué caballero tan hermoso! pensó la andaluza esmerándose en servirle lo mejor posible.

Cuando hubo puesto delante de él la jícara, el vaso de agua y los azucarillos, mirando Estévan á la tabernera con confianza y amistad, le dijo llamándola por su nombre:

— Siéntate cerca de mí, Chapa, hoy te necesito mucho.

— ¿A mí, señor? dijo admirada; ¿cómo es posible esto, y que puedo yo por vuestra señoría?

— ¿Conoces tú á la señorita doña Dolores, hija del gobernador de Sevilla?

La hermana de Coco miró á Estévan pasmada.

— Ignoro lo que quereis decir, señor, respondió ella; no conozco á la persona de que me hablais.

— Tú la conoces, y conoces tambien al apóstol, dijo Estévan que conoció que la respuesta de la tabernera era solo dictada por la desconfianza. ¡Pues bien! Chapa, nada temas, el apóstol es quien me envia, y desea saber si Dolores está aun en la casa en que su reverencia el padre José la habia ocultado.... Habla pronto, prosiguió Estévan notando la palidez repentina que cubrió las morenas y frescas mejillas de la jóven andaluza.

La hermana de Coco en vez de responderle, se levantó bruscamente y corrió hácia la cocina, esclamando:

—¡Ah! ¡Dios mio! al momento soy con vos, señor, que rebosa la olla.

En este momento abrióse la puerta de la taberna, y entró Coco vestido de alguacil; y detúvose admirado de ver aun tan poca gente en su casa; pero despues de haber reconocido á Estévan, se derramó en la inquieta fisonomía del tabernero una espresion triste y penosa.

—Por fin, vos me contestaréis, dijo el jóven; pues en vano he interrogado á vuestra hermana que nada quiere decirme. Sentáos á mi lado, Coco, y decidme por Dios lo que ha pasado desde el dia en que dejé á Sevilla.

La Chapa llena de curiosidad se habia adelantado hasta la puerta de la cocina.

Acercóse el alguacil á Estévan y mantúvose en pié delante de él con aire bastante embarazado.

—¡Hablad por fin! esclamó el jóven Vargas; ¿tal vez está enferma mi amada?

—Señor caballero, respondió el alguacil con embarazo, en verdad no me atrevo....

—¿Qué significa esto? ¡Dios mio! preguntó el jóven con impetuosidad.

Bajó el alguacil la cabeza y no respondió.

Levantóse Estévan con un movimiento desesperado, y corriendo hácia la hermana de Coco, tomóle las manos que apretó con fuerza, diciéndole con angustia:

—Habla tú, Chapa; ¿qué se ha hecho la hija del gobernador? ¿está viva ó muerta? sea lo que quiera, responde; lo quiero saber todo.

La Chapa que reventaba por decirlo, miró entónces á su hermano como para consultarle.

—Bien puedes hablar, dijo Coco comprendiendo esta mirada, por mí, yo no tendria valor; habla, hermana mia, es el novio de la señorita.

—Señor caballero, dijo entónces la Chapa sobrecogida de una timidez escesiva calculando el dolor que iba á causar; al ménos prometedme no afligiros demasiado.

—Pero en fin, ¿qué hay? esclamó Estévan con indecible angustia.

—Señor, vuestra novia....

—¿Y bien, qué....?

—Está....

—¡En dónde! ¡pronto! ¡por todos los santos del cielo!

—En la Inquisicion, respondió la Chapa con voz baja y trémente.

—¡Oh! esclamó Estévan golpeándose la frente, ¡yo debia habérmelo figurado! ¡un dominico!....

—Caballero, dijo vivamente el alguacil; no culpeis al padre José, que es inocente en todo esto.

Pero las protestas de Coco no eran suficientes para destruir las prevenciones de Estévan. Culpábase amargamente de haberse confiado á un fraile jóven; y como solemos echar á otros la culpa de las desgracias que nos suceden, se achacaba á sí mismo, lo que en su concepto era una imprudente confianza de Juan de Avila.

—¿Tú habrás visto á mi querida? dijo á Coco; pues que tú estás muchas veces de servicio en esa abominable cárcel.

—No señor, respondió el alguacil; pero su reverencia el padre José la ha visitado varias veces, y estoy persuadido, añadió en voz baja, de que trabaja para librarla.

Una amarga y sarcástica sonrisa asomó en los labios de Estévan, porque una terrible sospecha acababa de herir su alma, conocia la *profunda moral* de los frailes; y en aquel momento la noticia de la muerte de Dolores no le habria tal vez sido tan cruel

como el temor que acababa de concebir.

Agoviado por el peso de tan diversas emociones, tendióse en el asiento, y poniendo los codos en la mesa, dejó caer la cabeza en sus manos.

El rumor de dos voces que hablaban en tono muy elevado le hizo levantar pronto la cabeza; y vió que acababan de entrar en la taberna de la *Buena Ventura* dos hombres, uno de los cuales vestia el traje elegante y severo de los caballeros de la época, el otro iba mal y suciamente vestido.

—¡Vos aquí, Estévan! dijo este último tendiendo la mano al jóven Vargas.

—Yo mismo, don Rodrigo.

—Ya hacia un siglo que no os habiais dejado ver, añadió don Rodrigo de Valero, á quien el lector conoce ya; me alegro de encontraros, y os pido permiso para presentaros á don Gimeno de Herrera, amigo mio y noble aragonés, que se alegrará mucho de conoceros.

Espresándose así, don Rodrigo de Valero presentaba á don Estévan el mismo gentilhombre aragonés que vimos figurar en la tertulia del conde de Mondéjar.

Hiciéronse recíprocamente los dos jóvenes todos los cumplidos usados en aquella época de costumbres caballerescas, que aun llevaban el sello de la esquisita cortesanía de los moros; pero Valero notando pronto la escesiva palidez de Estévan y el fuego desacostumbrado que se escapaba de sus grandes ojos sombríos, le dijo en tono paternal:

—¿Qué teneis, don Estévan? me parece que os aflije algun pesar.

—Nada tengo, señor don Rodrigo, respondió el jóven con aire que desmentia sus palabras.

—Me engañais, replicó Valero; y sin embargo os consta que podeis tener en mí entera confianza.

— Lo sé, dijo Estévan, y sé tambien que sois el principal enemigo de la Inquisicion; pero ese jóven... añadió indicando á don Gimeno con una mirada.

— Es un leal caballero y tiene una alma independiente, respondió Valero; y á no ser así no os lo hubiera presentado como mi amigo. Hablad, decidnos lo que os aflije; pues uno y otro estamos prontos á hacer causa comun con vos.

— ¡Oh! don Rodrigo, esclamó don Estévan considerándose feliz con haber encontrado un corazon en donde podia desahogar la amargura del suyo, vivimos en un siglo abominable; la justicia está desterrada de la tierra!

— Consiste en que ha caido en las manos de los frailes, respondió Valero en tono áspero.

— Creeriais, señores, prosiguió Estévan, que no contento Pedro Arbués con haber arrojado en los calabozos de la Inquisicion al gobernador de Sevilla, ha hecho tambien prender á su hija, la muger mas noble de toda España?

— ¡Su hija! esclamó don Gimeno de Herrera, lanzando á Valero una mirada de inteligencia.

— ¡Oh! hizo vivamente Valero, bien os habia dicho yo don Gimeno, que aquel dia no se pasaria sin denuncias ó sin cosa peor.

— ¿Sabeis pues lo que ha pasado, don Rodrigo? preguntó Estévan con ansia.

— Calmaos, calmaos, respondió el anciano caballero; voy á referiros todo cuanto sabemos en este asunto.

Y don Rodrigo de Valero refirió brevemente al amante de Dolores los sucesos que habian acaecido durante la velada del conde de Mondéjar, callando sin embargo la traicion de este último, que habia sido un secreto para todos sus convidados, escepto para el inquisidor.

En este relato admiró Estévan el proceder de Dolores, y sintió desprecio hácia sus verdugos; pero su error se aumentó porque desconfiaba de José y conocia á Pedro Arbués.

—Sabeis, señores, dijo por fin, que no debemos admirarnos de esa sorda fermentacion de revuelta, oculta bajo la obediencia aparente y pasiva de los españoles?

—Los españoles, respondió Valero, todavía no son mas que un cuerpo al que falta una cabeza; sufren y bregan con dolorosas convulsiones bajo el yugo del despotismo; pero carecen de la inteligencia que concibe, combina y organiza los medios de romper los lazos que los sugetan, porque no basta decir *padezco*, revolcándose entre las cadenas, prosiguió el anciano; con esto solo se logra introducirlas mas en la carne; es preciso tener la perseverancia que las roe malla á malla, ó la audacia y la temeridad que con un solo golpe rompen el cetro del despotismo.

Al hablar así el rostro del anciano animado por el santo amor de la libertad, tenia una sublime espresion, y su ancha frente llena de genio brillaba bajo sus cabellos blancos cual bajo una corona.

—Don Rodrigo, dijo Estévan conmovido hasta el fondo de sus entrañas por esas generosas ideas que eran tambien las suyas; don Rodrigo, no es cabeza la que falta al cuerpo, son soldados lo que le falta al gefe; nuestro ejército de hombres libres es muy débil aun para luchar ventajosamente contra esas innumerables tropas de frailes y de familiares.

—En efecto, replicó el sarcástico Valero, casi podria envolverse á la España en un inmenso capucho.

—¡Oh! don Rodrigo, esclamó Estévan, no es este el momento de chancearse: mi querida está en los

calabozos del santo oficio, y su padre está tal vez condenado.

— Difícilmente podeis salvarlos, pobre Estévan.

— Salvaré al gobernador; al ménos lo espero, respondió el jóven; pero Dolores, ¡Dios mio! ¡Dolores!

— ¿Tendriais inconveniente en decirme porque medio, preguntó el anciano, confiais arrancar de las garras del buitre inquisitorial llamado Pedro Arbués, la presa que ya ha cojido?

— ¡Oh! dijo el jóven Vargas con confianza, existe en España un poder mayor que el de la Inquisicion.

— ¿En dónde está ese poder?

— En el trono, don Valero; y el rey...

— El rey es el primer lacayo de la Inquisicion, replicó secamente el anciano; creedme, buscad apoyo en otra parte.

— Con todo, dijo don Gimeno, me parece que la autoridad real es superior á la de un fraile; y ademas.....

— ¿Sabeis, señores, interrumpió Estévan, que hoy mismo he llegado de Madrid, y que el emperador Cárlos V se ha dignado darme una carta para el inquisidor de Sevilla?

— Y despues de vuestra salida, dijo desdeñosamente Rodrigo, el gran emperador Cárlos V, seguramente habrá hecho partir un correo portador de otro oficio que llegará ántes que el vuestro, don Estévan.

— ¡Oh! ¡traicion! esclamaron juntos los dos jóvenes.

— ¿Y esto es posible? preguntó el orgulloso y leal Estévan; sé que el rey es ambicioso y ávido de riquezas; pero que sea tan bellaco no puedo creerlo.

—Como lo sabeis, don Rodrigo, añadió el aragonés.

—¿Como mis canas han visto muchas mas cosas que vuestros cabellos negros, señores? Creedme, en materia de ausilios no os fieis jamás sino de vos mismo, ó de otro vos si el cielo os ha hecho este raro presente; mas sobre todo no confieis nunca en la amistad de un fraile ni en la proteccion de un rey; pues es un velo ligero que gira á merced del viento del interés personal: el que se fia en él da las mas veces contra un escollo.

—La esperiencia es una cosa amarga, observó Estévan en tono triste.

—He aquí porque la vejez es triste, respondió Valero. Con todo, añadió, la esperiencia no hace á todos los ancianos egoistas, duros, indiferentes á los sufrimientos agenos, solo sirve algunas veces para hacerlos mas prudentes.... ó mas valerosos, continuó, porque el verdadero valor tambien es el resultado de la prudencia.

Durante esta animada conversacion, absortos los tres caballeros, no habian visto una cabeza de fraile que se adelantaba por la puerta de la cocina en la penumbra formada hácia el fondo de la sala, por la escasez de las bugías; ese fraile era José que habia entrado por la puerta de la cuadra, y apercibiendo á los tres señores ocupados en una discusion tan viva, habia escuchado sin decir nada, porque le convenia saber todo lo que tocaba á Estévan ó á Dolores.

Las palabras de Rodrigo de Valero tomaron para él un sentido que Estévan no habia pensado en dar; José tenia aquella esquisidad de inteligencia, que de una palabra saca consecuencias infinitas, y no se detiene hasta los últimos límites de ellas.

Dirigióse pues á Coco, que sentado en un ángu-

lo de la cocina apoyaba con flojedad su barba en una de las manos, y le dijo:

—Coco, ¿ves á esos dos señores que hablan con don Estévan de Vargas?

—Sí, padre....

—Míralos bien, á fin de reconocerlos.

—Los conozco, respondió el alguacil.

—Los observarás y me darás cuenta de todas sus acciones.

—¿Será tambien preciso dársela á monseñor el inquisidor?

—¡No! á mí, á mí solo, replicó severamente José.

—Bien está; á vos solo, reverendo padre, quedo enterado, respondió Coco que adoraba á José; porque ese hombre ignorante y soez comprendia por instinto la superioridad de alma del jóven religioso, y sufria tambien la fascinacion de la adorable bondad de José; calidad que seduce cuando la poseen los seres de alta inteligencia.

Los tres señores continuaban su conversacion:

—¿Vos confiais mucho en la carta de Cárlos V? preguntó Gimeno de Herrera.

—Si debo creer á don Rodrigo, nada puedo esperanzar; con todo, probaré. Debo tantear todos los medios posibles, y si ese se frustra....

La llegada de una nube de gitanos y de frailes de todos colores interrumpió en este momento á Estévan.

Poco le importaba al jóven conde encontrarse en semejante compañía, puesto que en aquella época, tanto en España como en Francia, los gentileshombres entraban sin reparo en las tabernas; llevóse á Valero y á su amigo á la calle; y al estar en ella les dijo: A Dios; me veo precisado á dejaros.

—¿Dónde nos volverémos á ver? preguntó Valero.

—Qué sé yo, dijo Estévan.

—Escuchad, dijo Valero en tono grave, dudo que la carta de Cárlos V os sirva de nada; si tiene mal éxito, venid á encontrarme al *Muelle*, en dónde me paseo todas las noches ántes de cenar.... Tal vez, añadió, encontrarémos medio de salvar al gobernador de Sevilla y á su hija.

—¿Qué quereis decir? preguntó Estévan.

—Os lo esplicaré todo, cuando no os quede otro medio de salvacion para aquellos á quienes amais; adios, y hasta luego.

Alejóse Estévan lleno de dolor y de miedo; y Valero y don Gimeno volvieron á entrar en la taberna.

El sarcástico observador Rodrigo tenia un goce peculiar en estudiar diversas fisonomías de los parroquianos de la taberna, frailes y pueblo, que reflejaban mútuamente en sus rostros los diversos sentimientos que se inspiraban unos á otros. De modo que el egoismo y la rapacidad de los frailes, su inmenso desprecio por el género humano, estaban escritos en caractéres pálidos y macilentos en los rostros lacerados del pueblo ó en la astuta fisonomía de los rateros, al paso que en los rostros apelmazados de los frailes, en su increible gordura y hasta en su humilde hipocresía, se leia el profundo y ciego respeto de un pueblo engañado, que creia hacer una obra meritoria despojándose hasta de la piel para engordar á esos piadosos haraganes.

—Sentémonos, dijo Valero á su jóven amigo; aquí es en donde yo recojo mi cosecha de desprecio y de valor.

En el momento en que se iban á sentar, el sonido argentino de una campana tocó la oracion en una iglesia vecina.

Los frailes que cenaban en la taberna se levantaron gravemente, y se pusieron á recitar la oracion

con voz ronca y gangosa, con ojos bajos é hipócritas; mas á pesar de esa humillacion aparente, paseaban con deleite sus miradas por las desnudas piernas, las lisas espaldas y el relevado seno de las gitanillas que estaban en la taberna.

Miéntras tanto, José se habia aproximado á la mesa á que estaban sentados Valero y don Gimeno.

El pueblo respondia en coro á la oracion recitada por los frailes; y solo Valero mantuvo los labios cerrados y no se santiguó. Apénas habian pronunciado el último *Amen*, cuando un gerónimo que se encontraba cerca de él le apostrofó en tono colérico.

— ¿Eres acaso hereje para no orar con nosotros?

— Bueno es que vosotros oreis en público y os arrodilleis en los templos, respondió gravemente Valero; porque teneis tantas torpezas que espiar, que difícilmente os bastaria pasar toda vuestra vida arrodillados pidiendo perdon á Dios.

— ¿Qué dice ese mendigo? preguntó un mercenario recorriendo con miradas desdeñosas el haraposo vestido del anciano gentilhombre.

— Digo, replicó Valero, que has pagado mas fanegas de tierra con el oro de los fieles, que no has rescatado cautivos.

Levantóse el mercenario con los ojos echando chispas, y adelantóse con gesto amenazador hácia el hombre feroz que osaba desafiarle así.

Los gitanos y las gentes del pueblo bajaban la cabeza para ocultar la satisfaccion interior que les causaba esa querella.

José contemplaba á Valero con profunda y escrutadora mirada.

El anciano gentilhombre permaneció firme en su lugar, y con tono mas tranquilo y frio, mirando al mercenario, cuyo rostro estaba encendido de furor, le dijo:

— ¿Qué me quereis?

— ¡Quiero enseñarte como se deben respetar los ministros del Señor! respondió el fraile con voz ahogada por la cólera.

— Los verdaderos ministros del Señor son dulces como su maestro, replicó Valero sin destemplarse; son buenos y compasivos para con los débiles, y les sirven en vez de oprimirlos.

— Bien dicho, dijo en voz baja un guapote de primera estofa, que era Cuerpo de Hierro.

Levantó el mercenario violentamente la mano sobre el anciano señor como para pegarle; pero José se interpuso vivamente, diciendo con calma:

— Dejad á este hombre, reverendo padre, ¿no veis que es un loco?

— ¡Ah! sí, es Valero, esclamó un carmelita que aun no habia dicho nada; ¿no le reconoceis, padre mio?

— Loco ó no, debe orar y arrodillarse ante las imágenes de los santos, respondió brutalmente el mercenario.

— Sin duda, replicó Valero; adorar como vos la madera y la piedra, é insultar con las obras al rey del cielo, ¿no es así como adorais á Dios?

— ¡Es un hereje! esclamó el gerónimo procurando escitar la cólera del mercenario.

— Es un loco, os digo, repitió friamente José.

— Los locos á veces dicen cosas sensatas, respondió Valero mirando á José, el cual encogiéndose ligeramente de espaldas, miró á Valero con aire que queria decir:

— Mas vale pasar por loco que ser quemado.

— ¡Es un luterano! continuó el carmelita.

— Reverendo padre, se atrevió á decir Coco que temia una mas viva disputa; este anciano es loco, os lo aseguro; nuestro muy santo inquisidor jamás

ha querido hacerle prender por eso.

—Ese loco habla bien, dijo en voz baja una gitana vieja dirigiéndose á Cuerpo de Hierro.

— ¡Abuela! replicó el guapo; felices los locos que pueden decirlo todo.

Un *rum, rum*, de los mas espresivos corrió por la asamblea, cual el ruido que hace la ola estendiéndose sobre la arena.

Las palabras del *loco*, llenas de verdad, tenian un inmenso eco en el alma de aquel pueblo oprimido, degradado por el fanatismo y la miseria. Solo los gitanos con aquella indiferencia de los seres errantes por todo lo que tiende á las cuestiones morales, continuaron tranquilamente su cena; con todo, en esas almas incultas y degradadas, pero llenas de una salvaje poesía, las palabras de aquel á quien llamaban loco resonaban de un modo agradable y sonoro, porque á su pesar dispertaban una de las mas vivas simpatías de esos hombres salvajes; eran la espresion de un orgullo altanero y de un inmenso amor por la libertad.

Si la disputa entre Valero y los frailes hubiese tomado un carácter serio, á pesar del respeto que inspiraba su hábito, tal vez los frailes no hubieran sido los que lo pasaran mejor; pues el pueblo español tenia bastante razon de quejarse de ellos, para usar de represalias cuando se presentaba la ocasion. Con todo, nada sucedió; los frailes, como hombres prudentes, lograron calmar al mercenario oponiéndole la locura de Valero; sin embargo por mas que hicieron los concurrentes de la taberna no quedaron convencidos de la locura. El pueblo tiene un instinto que casi nunca le engaña; y sus juicios son muchas veces mas seguros que los de la ciencia. Hay una filosofía particular á la que convendria referirse algunas veces.

Este incidente hizo que los parroquianos de la taberna venerasen á Valero.

Cuando salió todos los ojos le siguieron con una mirada oblicua; porque no osaban manifestar ante los frailes el interés que les habia inspirado.

Pero ninguna de estas observaciones se escapó al ojo penetrante de Valero, que estaba dotado de una admirable sagacidad; y así es que cuando estuvo en la calle con don Gimeno de Herrera, le dijo:

—La aventura de esta noche podrá sernos útil; ahora esas gentes harán lo que yo quiera.

IV.

LA VISTA DE LA CAUSA.

Las sesiones del tribunal de la Inquisicion se habian hecho diarias; porque se acercaba el momento del auto de fé; cada dia nuevas condenas aumentaban el número de las víctimas, que debian figurar en él. El monstruo insaciable no dejaba de herir culpables ó no, su cosecha debia ser completa: diezmo real, destinado al *vencedor* de Francisco I.°

Todas las mañanas Estévan y Juan de Avila iban á la sala de la audiencia, esperando ver al gobernador; pero como el santo oficio tenia mucho que hacer, era preciso que á cada uno le llegase su vez.

Por fin, el tercer dia compareció Manuel Argoso.

La sesion era numerosa y solemne; debian figurar en ella acusados de la mas alta distincion.

Estévan y Juan de Avila comparecieron temprano en la sala de audiencia, y gracias á su hábito religioso, el apóstol entraba en ella sin dificultad.

En la víspera habia corrido un vago rumor por la ciudad de que aquel dia el gobernador de Sevilla

debia ser juzgado, y además Coco, enviado por José, lo habia advertido á Juan de Avila. Estévan y él fueron pues á colocarse en el banco destinado á los testigos, [1] en donde se aguardaron.

Poco á poco la sala se llenó de gente; los esbirros y los familiares iban y venian de una parte á otra ocupados en diversas misiones; y sus pasos restallaban como un lúgubre eco, en las profundidades de aquella sala inmensa.

Los atormentadores permanecian segun costumbre, como espectros inmóviles, á la izquierda del tribunal.

Finalmente, dió la hora; y los inquisidores entraron por la puerta colocada detrás del tribunal y sentáronse gravemente en su sitio, cuando los escribanos ya ocupaban el suyo.

La sala estaba á la sazon llena de frailes y de familiares en traje de ceremonia.

Abrióse la puerta que estaba á la izquierda del presidente, y comparecieron los acusados, conducidos por los esbirros y escoltados por atormentadores.

El primero que se adelantó hácia el baston triangular que debia servirle de asiento, era una mujer que llevaba el hábito de carmelita calzada.

El segundo era dominico, á quien la asamblea vió admirada figurar entre los acusados.

Seguian otras dos víctimas, que eran dos jóvenes

[1] La Inquisicion á pesar de ser el tribunal mas inicuo, y de proceder no segun las leyes de la justicia y del derecho comun, sino segun su capricho, queria pasar por imparcial, y sobretodo por misericordioso: conocida es su misericordia, y en cuanto á su imparcialidad, ha sido proverbial en España, en donde se dice aun hoy dia, hablando de un juez prevaricador, «es justo é imparcial como un inquisidor.» Sin embargo en todas las salas de audiencia inquisitorial, habia un banco destinado para los testigos. Solamente cuando algun testigo de defensa osaba ir á sentarse allí, la Inquisicion encontraba el medio de inculparle y de hacerle participar de las penas que imponia al acusado....

en la flor de su edad. Llevaba el uno en su austero rostro el sello de la meditacion y de profundos estudios; el otro de una fisonomía franca y abierta, tenia aquel abatimiento doloroso que se apodera tan pronto de los seres naturalmente joviales cuando les acaece una grande desgracia.

Estos dos detenidos fueron á colocarse al lado de la carmelita, sobre la *percha;* y el quinto era don Manuel Argoso.

Tal como José lo habia predicho á Dolores, el gobernador curado de sus magullamientos, andaba así sin dificultad; pero su rostro llevaba tan profundas huellas de sus sufrimientos, que Estévan no le reconoció.

—Hé aquí el gobernador, le dijo Juan de Avila en voz baja.

—¡Oh Dios mio! ¡es posible! dijo Estévan; y se puso á buscar en sus demarcadas facciones, en su lánguida fisonomía, en sus ojos casi apagados, que apénas podian suportar la luz del dia, los notables rasgos del conde de Cevallos. Este habia perdido aquella espresion orgullosa y caballeresca que le distinguia entre los principales señores de aquella época.

Una increible espresion de amargura contraía sus descoloridos labios.

Sentóse el conde, y los esbirros y los atormentadores tomaron su sitio acostumbrado.

Entónces, mirando Pedro Arbués á los acusados, dijo á la religiosa.

—Levantáos.

La carmelita obedeció, y por órden del inquisidor levantó el velo que hasta entónces habia cubierto su rostro.

Juan de Avila se estremeció al reconocer á Francisca de Lerma, cuyo rostro á pesar de los sufri-

mientos del calabozo conservaba una incomparable hermosura. Su vigorosa y vivaz juventud habia resistido al aire infecto, al alimento abominable de la Inquisicion, á la falta casi completa de movimiento; y su espresiva fisonomía nada habia perdido de su aire altanero. Clavó sus ojos negros y penetrantes en el rostro del inquisidor, procurando turbar su conciencia; pero Pedro Arbués habia estudiado su papel, y se quedó impasible. Entónces sin aguardar las preguntas de costumbre, la abadesa de las carmelitas levantando orgullosamente la voz, dijo:

—¿De qué me acusan?

—De luteranismo, replicó con frialdad el inquisidor. Debíais aguardar mis preguntas, hermana mia, añadió con dulzura.

Sonrióse Francisca desdeñosamente, y esclamó:

—¡De luteranismo! y ¿cómo lo probaréis?

—Hermana mia, Dios procura siempre descubrir los crímenes ocultos, á fin de que sean reconocidos y castigados segun su justicia.

—Dios no puede haber descubierto un crímen que jamás he cometido, respondió la carmelita con cierto aire provocativo.

—Hermana mia, continuó Pedro Arbués, seria mas conforme con el espíritu de nuestra santa religion confesar vuestro crímen y arrepentiros.

—Esta acusacion es absurda, respondió Francisca con un lijero movimiento de espaldas. ¿Quién ha pensado jamás en creerme hereje? en fin, ¿quién me acusa, monseñor?

—Este libro encontrado en vuestro convento, respondió Pedro Arbués mostrando la biblia luterana que cogió en el aposento de Francisca el dia de su penúltima entrevista.

Francisca reconoció perfectamente la encuadernacion de aquel libro que habia hojeado con tanto pla-

cer con sus favoritas, al momento adivinó porque infame traicion Pedro Arbués se habia apoderado de aquel libro olvidado por Catalina; y en medio del profundo estupor que le causó, guardó un momento de silencio, no sabiendo que responder á una prueba tan convincente que valia por todos los testigos posibles.

Desde este momento desesperó de su salvacion; comprendió bien que si Pedro Arbués no hubiese tenido intencion de hacerla perecer, no se habria servido de una prueba tan irrecusable. Viéndose perdida se resignó á esa situacion estrema con grande valor. Aquella muger sensual, que habia amado tanto la vida y pensado tan poco en la eternidad, se desprendió repentinamente, y como por una inspiracion divina de este mundo, en el que tantos errores habia cometido. Su religion supersticiosa y fanática se iluminó, por decirlo así, en el borde de la tumba; un rayo celeste descendió sobre ella, y quiso acabar su vida por un acto de resignacion y de valor.

Levantó lentamente los ojos, que habia bajado durante algunos minutos, y mirando al inquisidor con aire á la vez orgulloso é inspirado;

— Monseñor, dijo recalcando cada una de sus palabras, soy una gran pecadora, y todos los suplicios con que la Inquisicion castiga á los relapsos, á los infieles y á los hereges, aun no bastarian para espiar mis crímenes... ¿No es verdad, monseñor? añadió con una viva y perspicaz mirada que cubrió con imperceptible palidez el rostro de Pedro Arbués. Castigadme pues, prosiguió, castigadme con los mas horribles tormentos; pero en este gran acto de justicia, monseñor, no olvideis castigar á todos los culpables. Recordad que quien sugiere el crímen peca aun mas que el que lo comete. Yo no he pecado sola, monseñor, castigad pues tambien á mi cómplice, y

satisfágase la justicia eterna.

— Solo vos sois acusada, respondió el juez sin mirar á Francisca.

— ¡ Monseñor ! respondió ella con voz estrepitosa, ya sé que yo sola sufriré el castigo de mis crímenes, porque ¿ quién se atreveria á acusar á los que han tenido la mision de juzgar á los demás ? Yo seré en este mundo la víctima espiatoria; pero allí arriba.....

— Que conduzcan á esta muger á la prision, interrumpió friamente el inquisidor; ha perdido el juicio, la oirémos otra vez.

— ¡ Monseñor ! esclamó Francisca , señalando al cielo con un gesto enérgico, allí arriba hay un tribunal supremo que condena á los jueces prevaricadores. ¡ Pedro Arbués ! eres un sacerdote infame, y jamás verás la cara de Dios ! Hazme morir ahora, añadió, la justicia celeste sabrá castigar al fraile impúdico y al verdugo inquisidor !....

Francisca no pudo continuar; y á una señal de Pedro Arbués, los atormentadores le echaron una mordaza y le ataron las manos. Dejóse conducir sin oponer la menor resistencia; pero habiendo apercibido á Juan de Avila, le dirigió una triste sonrisa de afecto y de adios.

Despues atravesó la sala con tanta dignidad como si hubiese estado en medio de sus hermanas en la abadía.

Este incidente causó una profunda emocion en el ánimo de todos los asistentes que no estaban vendidos al santo oficio.[1] Como el inquisidor estaba léjos de

1 Raras veces la Inquisicion juzgaba á los acusados á puerta cerrada, para dar una apariencia de publicidad á las defensas; la sala del tribunal estaba abierta para todos los que llevaban una esquela de convite, que solo se concedia á los familiares, y raras veces á corto número de *católicos* bien reputados ; es decir, á los hombres sencillos que creian en la pureza del celo de los inquisidores y en

ser amado, semejante escena no podia aumentar la veneracion de los habitantes de Sevilla por su eminencia.

—He hecho mal en mandar comparecer á esa muger, pensó el inquisidor; José me lo ha aconsejado: otra vez solo consultaré conmigo.

Interpeló entónces Pedro Arbués al primero de los dos jóvenes acusados que estaban sentados en el banquillo.

—¿Como os llamais? preguntó.

—Antonio Herrezuelo.

—Vuestra profesion.

—Licenciado en leyes.

—Os acusan de profesar la religion reformada.

Nada contestó el reo.

—¿Qué teneis que decir en vuestra defensa? prosiguió el inquisidor.

El licenciado guardó el mismo silencio.

—¿Es verdad que habeis abrazado la religion de Lutero?

—Yo profeso la verdadera religion de Cristo.

—La religion que llamais de Cristo es la de los apóstoles y no la de la Iglesia, replicó el inquisidor.

—Cuando la Iglesia desfigura y envilece las tradiciones evangélicas, confiando á manos impuras la custodia de la grey de Jesucristo, es preciso que los hombres sabios y los prudentes se constituyan depositarios de la ley, y que con el Evangelio en la mano condenen á los que han transformado el Evangelio en código de disolucion y latrocinio.

Tal vez jamás se habia nadie atrevido á hablar con tanta audacia ante la Inquisicion, y en esas palabras se reconocia bien el valor de los secuaces de Lutero,

la necesidad de destruir á los hereges para la mayor gloria de Dios.

su heróico desprecio de la vida terrestre, la increible firmeza de esos hombres graves y severos que miraban como una violacion de la ley cristiana toda molicie y abandono á los goces de la vida; y procuraban atraer á los hombres á la sencillez llena de grandeza de los primeros siglos del cristianismo.

El inquisidor no quiso escucharle mas, porque temió que aquella chispa eléctrica tan fácilmente comunicada por la palabra de un hombre intrépido, que muchas veces basta para propagar un inmenso incendio.

—Basta, dijo, este hombre confiesa su crímen y persevera en él; que lo conduzcan á su prision.

—¡Dí que le conduzcan al martirio! esclamó el sabio con sombrío entusiasmo; ¡gracias, Dios mio! moriré por tu causa! La sangre vertida no será estéril; la verdad brillará un dia en el mundo!

Aproximósele un atormentador para poner una mordaza á Herrezuelo, quien le rechazó con dignidad diciendo:

—Es inútil, nada mas tengo que decir y callaré.

Despues volviéndose hácia el otro jóven compañero suyo de calabozo, hízole sin hablar un gesto amigable como para animarle.

Lleváronse á Antonio Herrezuelo, y la otra víctima se levantó ántes que se le ordenaren.

—¿Vuestro nombre? preguntó el inquisidor.

—Guillermo Franco, hidalgo.[1]

[1] Los nombres de Herrezuelo y de Franco son históricos. Hablaré del primero en su tiempo y lugar; y en cuanto al segundo, he aquí su historia tal como la refiere Llorente, que la estrajo de los legajos de la Inquisicion. Guillermo Franco, ciudadano de Sevilla, vivia en esta ciudad en tiempo del inquisidor Valdés, y estaba dotado de un carácter jovial, de una grande probidad y de un espíritu recto. Un sacerdote sedujo á su mujer y turbó su felicidad do-

— Guillermo Franco, estais acusado de haber cometido un sacrilegio, hiriendo á un sacerdote del Señor.

— Yo herí á un infame que me habia deshonrado, respondió Franco con tono triste y feroz; á un ministro indigno, que al abrigo de su háhito sagrado, llevó á mi casa la desesperacion y el deshonor, seduciendo á una muger á quien yo amaba y de la que tenia hijos; á un monstruo que habia bendecido mi matrimonio, cuyos lazos él mismo ha roto. Quise matarle, y le arrojé de mi casa; pero yo estaba en mi derecho: él sacrílego, y yo el justiciero.

Mordióse el inquisidor los labios; parecia que todos los acusados que comparecian aquel dia se habian conjurado contra la Inquisicion y estaban dotados de aquel esfuerzo estirpador de los abusos, hijo de una larga y cruel opresion, que inspira un soberbio desprecio de la vida: parecia que la España en parte volvia en sí por medio de un sacudimiento impotente, para sacarla de la profunda torpeza en que la habian sumergido sus verdugos.

El inquisidor aun tenia bastante destreza para neutralizar esta vez el efecto de tan valientes rebeldías.

— Guillermo Franco, dijo con amabilidad, nos es muy doloroso oiros pronunciar semejantes blasfemias; el espíritu de las tinieblas os ciega, hijo mio, sugeriéndoos esos impuros sentimientos. Vuestra mujer es muy virtuosa y devota, frecuenta los sa-

méstica. No pudiendo Franco impedir esta intriga, quejóse de su desgracia á sus amigos en una reunion. Hablóse allí del purgatorio, y Franco esclamó: « Bastante purgatorio tengo en la sociedad de mi mujer, no necesito otro! » Esta frase fué referida á la Inquisicion, que hizo encerrar á Franco en las cárceles del santo oficio *como* sospechoso de luteranismo, y le condenó por este solo hecho á una reclusion *indefinida* ó perpetua.

Así era como la *santa* Inquisicion protegia al bello sexo, y purificaba las costumbres del clero católico!!!

cramentos; que tenia pues de estraño que platicara muy á menudo con su santo director. Vos, por lo contrario, erais indiferente y frio con respecto á las ceremonias religiosas; habiais dejado de fortificar vuestra alma con la oracion y los ejercicios de piedad; y el demonio que ha visto el punto mal guardado, ha escogido este momento para apoderarse de él; os ha inspirado unos ciegos celos, un sentimiento abominable, hijo mio; y en vez de admirar á vuestra casta esposa que marchaba con tan firme paso por el camino del cielo, impulsado por una criminal locura, habeis herido al ungido del Señor, haciéndoos á la vez asesino y sacrílego. Arrepentíos, hijo mio, creedme; van á conduciros á la cárcel, y nuestro muy amado hermano y limosnero el padre José irá á platicar con vos piadosamente, y procurará arrancar vuestra alma del demonio y de las llamas del infierno.

—¡Ah! ¡Dios mio! esclamó Franco, ¡nada temo el infierno del otro mundo; bastante infierno tengo en este![1]

El inquisidor hizo la señal de la cruz, miéntras los atormentadores conducian al preso.

Volvióse luego Pedro Arbués hácia la asamblea, y dijo:

—Hermanos mios, orémos por el alma de ese po-

[1] Miéntras que el santo oficio sacrificaba al honrado Franco á la sensualidad de un sacerdote y á la que el clero llama *honor de la religion*, como si la religion pudiera tener algo de comun con sacerdotes impúdicos y familiarizados con toda clase de iniquidades; miéntras, digo, que encerraban á Franco en los calabozos por haberse quejado de su mujer que le deshonraba con un ministro indigno de la religion de Cristo, la Inquisicion se compadecia de la suerte de un miserable que habia osado acusar falsamente á su padre de haber circuncidado á un hijo. Este infeliz que se llamaba Antonio Sanchez, ¡confesó que habia denunciado á su padre con el objeto de hacerle quemar! ¡La Inquisicion se contentó con castigar á este infiel con cien azotes! El objeto del santo oficio era alentar la delacion.

bre insensato, poseido del maligno espíritu.

Y arrodillándose el primero para dar ejemplo, rezó en voz baja algunas oraciones latinas; y habiéndose levantado, despues, interpeló al cuarto reo, que era un anciano dominico. [1]

—Hermano mio, le dijo Pedro Arbués, nos es infinitamente penoso ver en el banco de los acusados á un hombre vestido con el santo hábito que Nos tenemos el honor de llevar. En un tiempo en que la heregía, hija del infierno, vela como una prostituta en las puertas de la Iglesia romana, llamando á sí á todos los que entran ó salen, con palabras de seduccion y de licencia que le ganan el corazon de los débiles, nosotros, vigilantes centinelas de Roma, nosotros, eternas columnas de la fé católica, ¿no deberiamos redoblar el celo y la actividad para guardar nuestra religion amenazada, en vez de dejarnos seducir por el error, y predicarlo á los demás?

[1] Este sacerdote se llamaba Francisco Domingo de Boxas, era dominico, pero jamás habia pertenecido á la Inquisicion. Compareció por primera vez el 13 de mayo de 1588, ante al tribunal de la Inquisicion de Valladolid, y declaró profesar las doctrinas de Lutero; pero despues retractó su declaracion. Sufrió varios interrogatorios y siempre retractaba en los unos lo que declaraba en los precedentes; mas en todas sus declaraciones procuraba defender el catecismo y los diferentes sermones que habia compuesto. Puesto en la tortura á causa de sus retractaciones pidió que le ahorrasen el tormento, que temia mas que la muerte; esta gracia le fué concedida con tal que no ocultase nada. Entónces declaró y confirmó todo lo que quisieron, y pidió ser reconciliado.... A pesar de las leyes de la Inquisicion, que concedian la vida á los confesos, notificaron á Domingo que se preparase para morir al dia siguiente. El dia de la ejecucion rehusó confesarse, y cuando descendió del cadalso, donde habia sido llevado, para oir la lectura de la sentencia que le condenaba á morir quemado, se volvió hácia el rey, y esclamó: «¡Voy á morir en defensa de la verdadera fé del Evangelio!» Felipe II mandó que le pusieran una mordaza.

Al momento en que iban á encender la hoguera, le faltó el valor, pidió confesarse, recibió la absolucion, y fué ahorcado.

(*Llorente, Hist. de la Inquisicion.*)

—Monseñor, respondió el dominico, que habia escuchado ese estraño exorto con aparente indiferencia, comprendo mejor que nadie cuan importante es para el sosten de una religion que aquellos que la siguen la confiesen con valor, y la defiendan hasta la muerte. Confieso pues aquí, en presencia de Dios, que cuando he comparecido por primera vez ante este tribunal, he sido cobarde é infiel, renegando de una doctrina que es la mia; sí, yo he abrazado y predicado la religion nueva porque me ha parecido la única conforme á la de los apóstoles y de los primeros cristianos, enseñada por el mismo Jesucristo. Declaro además que no he tenido cómplices en mi abjuracion, que solo soy luterano de corazon y de alma, y por mi conviccion propia. No se persiga pues á nadie por causa mia. Ya he confesado, hacedme morir; pero no me hagais sufrir el tormento, pues lo temo mil veces mas que la muerte.

—Hermano mio, respondió el inquisidor, hoy vuestros sentidos están turbados; tal yez la penitencia que os imponeis....

—Poseo toda mi razon, interrumpió Boxas.

—Pues vos nos habeis declarado haber dicho, por error solamente y sin intencion, algunas heregías en vuestros sermones; y como vos habeis sido firmamente adicto á las doctrinas de la Iglesia católica, queremos creer que solo estais descarriado, hermano mio; Nos mismo irémos á visitaros en vuestra prision, y tal vez Dios, escuchando nuestras humildes súplicas, tendrá á bien enviaros su santo espíritu. Id, hermano mio, y volved en vos; velad y rad: el que ora no cae en tentacion.

Domingo de Boxas se levantó sin responder, pues mprendia perfectamente el sentido de las dulces labras del inquisidor.

—¡Qué santo hombre es monseñor Arbués! decian

algunos, ignorando lo que pasaba fuera de la sala del tribunal.

—Pedro Arbués, tal vez perdonará á este por el hábito que viste, dijo en voz baja Estévan al apóstol.

—Este y los demás serán quemados sin otra forma de juicio, replicó Juan de Avila; la Inquisicion tiene un talento maravilloso para abreviar los procesos que la comprometen.

Aunque esto fué dicho en voz baja, no escapó á los oidos de un familiar que estaba en pié á algunos pasos de ellos, porque los familiares tenian ojos de lince y un oido finísimo.

Solo quedaba el gobernador.

El corazon de Estévan latió violentamente, y el concurso se mantuvo en el mas absoluto silencio.

Manuel Argoso habia oido con profunda indiferencia todo lo que acababa de pasar. A los que conocian el santo oficio estas sesiones solo inspiraban una especie de emocion; la que nace del horror de la injusticia y de una profunda lástima por las víctimas inocentes. Allí no se escitaba el alma con la sombria y dramática poesía de un debate judicial. Allí no habia abogado para disputar á la cuchilla de la ley una cabeza inocente ó culpable; allí solo habia verdugos y víctimas: ¿de qué habia servido defenderse? ¡Luchar contra la Inquisicion, era luchar contra la fatalidad! Como la fatalidad, la Inquisicion pronunciaba sentencias irrevocablemente dictadas de antemano; y ciega é implacable como la fatalidad, heria sin intervalo ni compasion.

¡Oh! era en realidad insolente ver á esos hombres vestidos de negro, disfrazando con solemne fantasmagoría sus actos ridículos y arbitrarios; pero era tambien hermoso ver á ese noble pueblo de España formado en batalla contra esa lúgubre bande-

ra, sucederse y estrecharse, por decirlo así, de generacion en generacion para combatir cara á cara al coloso, colmar varias veces en cada siglo el inmenso vacío dejado en sus filas por la muerte de las numerosas víctimas caidas en el campo de batalla, y zapar así poco á poco aquel edificio de muerte que por tanto tiempo estuvo en pié encima de las Españas.

Es digno de que el historiador filosófico observe que desde fines del reinado de Felipe II los triunfos de la Inquisicion han ido siempre disminuyendo, de modo casi imperceptible á los tenaces esfuerzos de los heróicos españoles; y cuando por fin se desplomó en 1820 á los últimos golpes de los patriotas, cayó como un antiguo edificio lentamente minado, cuyos cimientos se hubiesen destruido poco á poco por millares de brazos, ocupados durante muchos siglos en quitar cada dia un grano de arena. [1]

Aquel dia tambien fué un dia de combate, pero el inquisidor, ese valiente atleta del obscurantismo, no se confesaba abatido por tan poco. Tenia cuando era menester la pérfida paciencia del reptil que

[1] Cuando en 1820 abrimos las puertas de la Inquisicion por última vez, era muy considerable el número de presos: solo en Madrid habia mas de doscientos; pero es preciso decirlo, en 1820 la Inquisicion ya no era un tribunal religioso, sino una prision de Estado. Desde 1801 ya no se quemaba á nadie en España; con todo el proceder de la Inquisicion era siempre el mismo; sus operaciones iban siempre envueltas en el misterio: la misma iniquidad dictaba los fallos de los inquisidores, fallos dictados ó mandados por... y pronunciados casi siempre no contra hereges, moriscos ó judíos, sino contra los que trabajaban por la libertad de la patria. La Inquisicion hecha impotente, gastada á fuerza de crueldad y de iniquidades y sobre todo por los progresos de las luces y por la lucha incesante que habia sostenido contra el pueblo español, no pudiendo la Inquisicion ya ser juez, se habia hecho verdugo al servicio de los reyes, no pudiendo fanatizar la España, queria al ménos mantenerla esclava, porque esclava ó fanatizada, la España pertenecia igualmente á los sacerdotes y á los reyes; pero lo que Roma queria era dominar, y poco le importaban los medios que se empleasen.....

aguarda que su enemigo se vuelva para morderle por detrás. [1]

Libre de los acusados cuyo valor habria podido comprometerle, enorgullecióse el inquisidor uniendo sin embargo la mas perfecta moderacion de palabras á esa íntima vanidad, hija del conocimiento que tenia de su fuerza, y que le daba tanta audacia.

—Levantáos, hermano mio, dijo á Manuel Argoso.

Levantóse el gobernador con aire del todo indiferente, como un hombre al que se le ha robado toda esperanza, y á quien ningun interés liga al mundo.

—Hijo mio, prosiguió el inquisidor lanzando una mirada oblícua hácia el banco de los testigos, donde estaban sentados Estévan y Juan de Avila; hijo mio, ya lo veis, la religion católica, esta religion santa que es la de España, se halla amenazada por todas partes. Mas culpables son aun los que en estos tiempos de controversia religiosa, no usan de los poderes de que están revestidos para detener los progresos de la heregía; no porque la Iglesia pueda perecer pues que está cimentada en bases eternas, sino para evitar inmensos males y arrancar de la perdicion á millares de almas, que cada dia se precipitan en los abismos del infierno.

Vos, hijo mio, que por vuestra elevada posicion teniais una grande autoridad en Sevilla, no solo teneis que culparos de una personal complacencia por

[1] ¿Cuando ha combatido Roma cara á cara?.... El dia en que Roma osara decir lo que quiere; el dia en que el clero romano se quitase la máscara y se dejara ver tal como es, es decir, profanador y esplotador de la sublime religion de Jesucristo; aquel dia el pueblo se levantaria en masa para arrojarle de la Iglesia de los apóstoles, como en otro tiempo Jesus arrojó á los vendedores del templo; aquel dia podria decirse á los sacerdotes: «Desgraciados de vosotros escribas y fariseos hipócritas, porque devorais las casas de las viudas, bajo el pretesto de hacer largas oraciones. Hé aquí porqué recibiréis mayor castigo.» (San Mateo, cap. XXIII, V. 14).

las pestíferas doctrinas de Lutero, sí que tambien por una criminal induljencia hácia los que las practicaban.... hácia los herejes á quienes debiais denunciar al santo oficio.

—¿Era yo espía ó el gobernador de la ciudad? respondió Manuel Argoso levantando orgullosamente la cabeza.

—Siempre la misma dureza, murmuró Pedro Arbués con aire triste é hipócrita.

—¿Con qué al fin confesais, continuó en tono mañero, que no solo habeis tenido comercio con los herejes, sí que tambien vos sois hereje?

—Yo no confieso nada de esto, replicó Manuel; ya he contestado á preguntas análogas; he sufrido el tormento sin confesar, porque hubiera sido mentir, y no mentiré ni para evitar la hoguera.

—Sin embargo, hijo mio, hay testigos que os acusan, y nadie viene á protestar contra las primeras deposiciones. Veamos, hijo mio, ¿cuáles son vuestros testigos?

—Aquí están, dijo Juan de Avila, y él y Estévan se levantaron.

Pedro Arbués contempló al franciscano y al jóven caballero con desdeñosa compasion.

—Hemos venido para protestar de la inocencia de don Manuel Argoso, conde de *Cevallos*, prosiguió el impetuoso Estévan.

—¿Cómo os llamais? preguntó el inquisidor.

—Estévan, conde de Vargas, respondió el jóven con orgullo.

—Señor don Estévan, prosiguió Pedro Arbués, no podemos admitiros como testigo; vuestro abuelo no se llamaba Vargas, sino *Venegas*; y no era católico, sino mahometano; cambió de nombre cambiando de religion. Nos solo podemos aceptar como testigos de defensa á hombres de pura sangre católica y española.

— Monseñor, replicó Estévan, sonrojado de indignacion, el rey don Felipe I fué mas tolerante que vuestra eminencia; pues juzgó que el descendiente de una tribu que habia dado reyes á Granada, el vástago de una raza valiente y fiel que se habia sacrificado voluntariamente á la causa de los reyes de España, merecia bien alguna recompensa é hizo á mi padre miembro del consejo de Castilla. ¿El hijo de un consejero de Castilla no tiene derecho de comparecer como testigo ante el santo oficio?

— Tales son nuestros estatutos, hijo mio, yo no puedo absolutamente violarlos. Sentaos pues, Nos vamos á interrogar á ese santo religioso.

Durante el diálogo del inquisidor y de Estévan, Manuel Argoso admirado y reconocido al sacrificio del intrépido jóven, le habia casi afectado continuamente con miradas el pesar que esperimentaba al ver que por él se esponia de ese modo cual si dijera:

—¿De qué sirve? si no me salvaréis.

Con todo, cuando Juan de Avila se levantó á su vez para responder á las interpelaciones del inquisidor, un rayo fugitivo de esperanza pasó por la mente del infortunado Argoso.

—Vuestro nombre, padre mio, dijo Pedro Arbués.

— Juan de Avila.

Este nombre venerado en toda Andalucía produjo una grande sensacion en el auditorio.

—¿Qué teneis que decir en defensa del acusado?

— Vengo á protestar aquí ante todos, que Manuel Argoso se ha portado siempre como verdadero cristiano y leal caballero; que nada ha hecho jamás para merecer las censuras de Roma. Lo declaro pues inocente de todos los cargos que se le hacen.

— Padre mio, replicó Pedro Arbués con tono tan humilde como le fué posible, en mucho estimamos vuestro testimonio; pero nos es sensible deciros, que á pesar de nuestro profundo respeto por vuestra persona, no podemos contentarnos con el vuestro solo; pues los estatutos de la santísima Inquisicion exijen la asercion de doce testigos[1] para absolver á un acusado. ¿Dónde están los demás testigos, padre mio?

— Soy solo; pero ya que mi testimonio no basta, monseñor, tal vez vuestra eminencia no rehusará dar crédito á éste.

Al mismo tiempo Juan de Avila presentaba al inquisidor la carta de Cárlos V sellada con el sello real.

Este incidente sorprendió vivamente á la asamblea.

Pedro Arbués sin desconcertarse, como quien espera lo que va á acontecerle, abrió lentamente la carta real, leyóla toda, pesando bien cada una de sus espresiones; despues miró una segunda carta[2] abierta encima de su mesa y sujeta por un peso de mármol.

Era una nota de Cárlos V, que solo contenia estas palabras:

[1] Cuando un acusado era declarado inocente por doce testigos de pura sangre católica, la Inquisicion se veia obligada segun sus estatutos, á darle inmediatamente libertad. Esta libertad obtenida por la declaracion de doce testigos, se llamaba *absolucion definitiva*; pero raras veces acaecia que doce personas de pura sangre católica se presentaran para defender á un acusado, porque, como he dicho en la nota de la página 110, toda persona que osase defender á un acusado era perseguida por el santo oficio y considerada como cómplice en el mismo crímen que el acusado á quien defendia. Y además ¿de qué hubiera servido á un acusado obtener la *absolucion definitiva* cuando una vez la Inquisicion se habia apoderado de él? De nada, porque la Inquisicion sabia encontrar nuevas razones para perseguirle otra vez, y siempre acababa por perderle ó al ménos por arruinarle.

[2] Véase la carta de Cárlos V en la página 24 del tomo 2°, y la nota de la misma página.

«Don Manuel Argoso, conde de Cevallos, que en este momento se halla en las cárceles del santo oficio, dicen que es inocente de los crímenes que se le acusa. Don Manuel Argoso siempre me ha servido con fidelidad, y deseo que sea favorablemente juzgado por el santísimo tribunal que vuestra eminencia preside. Con todo, como la causa de Dios es ántes que la mia, y como el santo tribunal es el único competente en estas materias delicadas, deseo que todo se haga de modo que resulte el triunfo de nuestra muy santísima religion y la mayor gloria de Dios.

«Esta carta solo tiene valor ante el santo tribunal y ante vuestra eminencia, á quien Dios guarde muchos años.

«Dada en nuestro palacio de Madrid el... de mayo de 1534.

«P. S. Don Estévan de Vargas no debe ser perseguido.»

Comparó el inquisidor un momento las dos firmas que eran enteramente conformes; el tamaño de las dos misivas que era exactamente el mismo.

Pedro Arbués dobló las dos cartas juntas, se las metió en la manga de su túnica, y mirando á Juan de Avila y al jóven Vargas, dijo:

—Verémos lo que nos corresponde hacer. Vos, don Estévan, y vos, padre mio, podeis retiraros.—Se levanta la sesion añadió, poniéndose en pié.

El efecto de estas últimas palabras pronto como el rayo aterrorizó á los presentes, y el desgraciado Manuel Argoso lanzó una mirada desesperada á sus defensores como para darles el último adios.

Juan de Avila se apresuró á llevarse al sorprendido y amedrentado Estévan, temiendo que si recobraba sus facultades por un momento aletargadas, no se perdiese á sí mismo con alguna palabra imprudente y fogosa.

Cuando Pedro Arbués hubo tirado la cortina de terciopelo negro que estaba detrás de su asiento, se detuvo un momento en el umbral, despues tendió la mano á Juan de Avila con un gesto de amenaza, y murmurando entre los apretados dientes, por una cólera reprimida:

— Ahora nos verémos, fraile insensato!....

V.

CONSPIRACION.

Era de noche; los objetos estaban velados por aquella semiobscuridad crepuscular que en los paises meridionales es tan pronto reemplazada por la noche. Acababan de tocar la oracion y algunos paseantes tardíos dejaban lentamente el muelle para ir á la Alameda.

Desplegaba la noche su negro manto con una rapidez horrorosa; de modo que dos amantes apénas hubieran podido reconocer su rostro.

Encontráronse dos caballeros cerca del embarcadero, y aunque les era físicamente imposible ver uno á otro sus facciones, se detuvieron casi al mismo tiempo.

— ¿Sois vos don Valero? preguntó el que venia del lado de la ciudad.

— Yo mismo, don Estévan; no habeis tardado en venir á la cita que os dí el otro dia en la taberna.

— Tres dias, respondió el jóven conde con aire sombrío.

— Pues bien, prosiguió Valero en voz baja, temiendo ser oido porque los familiares de la Inquisicion se escurrian á todas partes como fantasmas invisibles; y bien, amigo mio, ¿ha tenido buen éxito vuestra

empresa? y el gobernador...

—El gobernador será quemado dentro de ocho dias si no logramos libertarle.

—¡Ah! bien os lo habia dicho yo que el rey es el primer criado de la Inquisicion; mas hubiera valido para con el inquisidor la proteccion de un garduño que la del emperador.

—¡Oh! ¡Valero! ¡Valero! dijo Estévan con rabia, ¡si supieseis que abismo de iniquidad es el alma de Pedro Arbués!

—Le conozco mejor que vos, respondió el anciano señor; pero vos no le cambiaréis, y se trata de resolver los medios de librar al gobernador de Sevilla.

—Vos me prometísteis ayudarme, don Valero; hablad, ¿qué debe hacerse, estoy pronto á todo.

—¡A todo! ¿es bien seguro? don Estévan?

—¡A todo! os lo juro, respondió el jóven conde, sumamente exasperado por la abominable artimaña del inquisidor.—Escuchad, don Rodrigo, mi padre era miembro del consejo de Castilla, y luchó constantemente por la libertad y prosperidad de España. Un profundo olvido por su hijo ha sido la recompensa de sus servicios. Ni se han dignado acordarse de que el conde de Vargas haya dejado un heredero de su nombre; pero no es esto lo que escita mi cólera, porque hago poco caso de los vanos honores de la tierra, y desprecio el favor de las córtes. No es pues este el motivo de mi odio contra ese poder bárbaro de la Inquisicion que dicta todas las sentencias del poder real, y tiene por decirlo así en tutela al vencedor del mundo: otros motivos tengo para aborrecerle verdaderamente! Yo era íntimo amigo del gobernador de Sevilla, que es el hombre de mas noble corazon que hay en España, yo era el novio de su hija á quien adoro; y ellos han muti-

lado al padre y encarcelado á Dolores. ¿Que sé yo? Tal vez Pedro Arbués ó alguno de esos indignos frailes han cometido contra ella abominables violencias. Me he presentado como testigo del gobernador; pero como habian acusado á un inocente, y era absolutamente preciso hallarle culpable, han rehusado mi testimonio, y juntando el desprecio y el insulto á la injusticia; me han vituperado mi noble cuna como una afrenta. Finalmente hice un viage á Madrid para implorar la justicia de Cárlos V, y el emperador me dictó á mí mismo una carta para el inquisidor, en la cual le mandaba no condenara al conde de Cevallos. El inquisidor con desprecio de esta carta nos ha despedido sin haber hecho justicia....

—¡Ya os lo habia dicho, infeliz Estévan!

—Todas estas iniquidades, don Rodrigo, exasperan el alma; la llenan de hiel y de odio; uno se acostumbra á detestar la humanidad entera, que produce tantos monstruos.

—No hay otros monstruos que los inquisidores, dijo Valero; á los inquisidores es pues preciso herir.

—¿Cómo es posible?

—Escuchad, jóven, no sois el solo en España cuyo corazon ha sido ulcerado por la injusticia y las persecuciones; millares de víctimas tan cruel é injustamente perseguidas como vos guardan en el fondo de su alma un odio sordo y comprimido que solo pide una chispa para estallar. La Inquisicion ha cuajado la España de viudas, de ancianos sin hijos, y de huérfanos; ha sembrado la injusticia, y justo es que recoja la venganza! El pueblo, descontento y oprimido, principia á comprender que solo tendria que volverse para romper su yugo; la luz venida de léjos, ilumina ya los espíritus con un lejano pero vivo reflejo. El pueblo está dispuesto, y solo le faltan gefes. Seámoslo nosotros. Los dos jó-

vénes don Gimeno de Herrera y don Cárlos á quienes conoceis participarán con nosotros de esta gloria.

—¡El yerno del conde de Mondéjar! interrumpió vivamente Estévan.

—Debia serlo; pero las cosas han cambiado mucho desde algunos dias, y los sentimientos de don Cárlos tambien; actualmente es mas enemigo de la Inquisicion de lo que ántes era amante de la hija del conde de Mondéjar.

—Desconfio de esas conversiones repentinas, repuso Estévan.

—Haceis mal, esa es síncera, ó mas bien la lealtad natural del jóven don Cárlos se ha opuesto á las condiciones que exijian para su casamiento, y ha preferido renunciar á doña Isabel que ser un infame para obtenerla.

—Eso es diferente, y le amo tanto como le despreciaba.

—¡Pues bien! seamos los gefes de una conspiracion contra el inquisidor Arbués, contra el verdugo de Sevilla.

—¿Qué quereis decir?

—Que ha llegado el tiempo en que la España salga de su estupor; que se libre de un monstruo que devora sus mas puros hijos....

—En fin, ¿á dónde vais á parar?

—¿No me comprendeis? El auto de fé está cerca; organizemos ántes un ejército de hombres libres, como el que tiene la Inquisicion de familiares, vos, don Gimeno, don Cárlos y yo, serémos los gefes. Ya tenemos muchos alistados. Yo me encargo de sublevar el pueblo. El dia del auto de fé, cuando la procesion se habrá reunido en la plaza de Sevilla, miéntras que se leerá la sentencia á los condenados, darémos la primera señal arrojándonos sobre los in-

quisidores; el pueblo hará lo restante, y nosotros libertarémos las víctimas.

—Gracias, don Valero, dijo Estévan apretando vivamente la mano del anciano; ¡gracias! vos revelais un pensamiento que alimento desde algun tiempo.

—Muerto el inquisidor, prosiguió don Rodrigo, fácil será lo demás.

—¡Muerto! ¿decís? ¿quereis matar al inquisidor?

—La muerte del infame es una justicia.

—Don Rodrigo, con esta condicion no soy de los vuestros.

—¿Y por qué? ¿no vá Pedro Arbués á inmolar numerosas víctimas? Si le matamos para salvarlas, ¿se comete tan grande crímen?

—Su crímen está al ménos revestido de formas judiciales; el nuestro seria un asesinato, y no puedo consentir en él.

—Sin embargo, no hay otro medio.

—¿Si tenemos fuerzas, no podemos librar á los presos y hacernos dueños del inquisidor sin atentar á su vida?

—La serpiente que se deja vivir, un dia ú otro acaba por morderos, dijo Valero.

—La sangre mancha al que la derrama, replicó Estévan, cuyo valor caballeresco solo transigia con la sangre vertida en el campo de batalla ó en legítima defensa.—Imaginad otro medio, don Rodrigo, porque no puedo aceptar el que me proponeis.

—Los familiares y los esbirros son numerosímos: otros no podemos lisonjearnos de ser bastantes á librar á los presos y prender al inquisidor sin una pérdida; en cuyo caso de nada serviria nuestra tentativa; al paso que si lograsemos matar á Arbués, librariamos á la España de un monstruo que infama la Andalucía.

—Un monstruo que pronto seria reemplazado por otro. Creedme, don Valero, no basta cortar una rama para desarraigar un árbol. ¿Cuando habrémos muerto á Pedro Arbués, habrémos destruido la Inquisicion? Para echar abajo á ese formidable coloso, es preciso escabar el suelo donde debe abismarse un dia; pero no está reservada á nosotros tanta gloria, creedme. Se trata ahora de librar al gobernador de Sevilla; librémosle pues sin atentar á la vida de nadie.

—Jamás serémos bastante numerosos para esto.

—Serémos mas de los que creeis; ¿sois rico, don Rodrigo?

—Como un gentilhombre que siempre ha tenido mas orgullo que rentas. Mi juventud ha sido muy disipada, y á no ser de noche, no me hubieseis hecho esta pregunta, añadió aludiendo á sus vestidos.

—¡Bien! yo tengo la felicidad de serlo; y con dinero todo puede arreglarse. Dejadme hacer, don Valero, os suministraré mas brazos de los que para esto se necesitan.

—¡Oh! ya comprendo, os dirigiréis sin duda á esa maldita sociedad de la Garduña que desola el pais con sus robos y asesinatos; pero, querido mio, esas gentes están vendidas á la Inquisicion....

—Esas gentes están vendidas á quien las paga, y puedo prometeros que no rehusarán el negocio. Dejadme pues obrar, y no ensangrentemos esa heróica insurreccion contra los verdugos de nuestra patria.

Andando y hablando, llegaron ante una casa de vistosa apariencia, por cuyas ventanas salia mucha luz. Rodrigo llamó á la puerta.

—¿Qué haceis? preguntó Estévan.

—Entro en mi casa, ó mas bien en la de mi amigo don Gimeno de Herrera, que me da asilo en la

suya; porque ya no tengo, como suele decirse, casa ni hogar. Seguidme, don Estévan, hablarémos los tres de nuestro proyecto.

Abierta la puerta, Estévan y Valero subieron hasta el primer piso, donde estaba el aposento del jóven señor aragonés que á la sazon se hallaba solo, y que al parecer se sorprendió al ver á Estévan.

—Don Gimeno, dijo el anciano, por fin tenemos un digno cómplice de nuestra santa liga contra los opresores; don Estévan de Vargas es de los nuestros.

Gimeno tendió la mano al jóven conde, y le dijo:

—Seamos amigos; unamos nuestros corazones y voluntades en favor de esta santa causa.

—¿Habeis avisado á don Cárlos? preguntó Rodrigo.

—Ya no está libre, respondió tristemente don Gimeno; el dia del *santo* fué preso y encerrado en los calabozos de la Inquisicion.

—¡Otra víctima mas! dijo vivamente Rodrigo; ¿y como lo habeis sabido? añadió.

—Por la jóven Isabel que le adora, y que á pesar de la fanática devocion que han procurado inspirarle desde su infancia, quemaria gustosa á todos los inquisidores para librar al que ama.

—Tres gefes bastarán, dijo Estévan; y con la ayuda de aquel de quien he hablado ahora mismo á don Rodrigo....

—¿Quién es? preguntó don Gimeno de Herrera.

Esplicó entónces Estévan á don Gimeno lo que confiaba en la Garduña, y porque medio la haria obrar.

—Me repugna, añadió, recurrir á semejantes gentes; pero, creedme, señores, no desprecieis ese medio; si esas gentes no fuesen nuestras obrarian

contra nosotros, y Dios sabe cual fuera el éxito de nuestra empresa.

— ¿Los conoceis bien? preguntó don Gimeno sonriéndose ligeramente.

— No os chanceeis, don Gimeno; fatales circunstancias me precisaron á emplearlos. Ya han librado una vez á Dolores de las manos de la Inquisicion; desgraciadamente su piedad filial la ha perdido.

— Sí, sí, lo sé, dijo el jóven aragonés; la ví la noche en que fué presa.

— ¡Pues bien! señores, esas gentes pueden ayudarme á salvarla otra vez. Yo me encargo de verlos y de hacerlos nuestros.

— Yo me encargo de conmover al pueblo, dijo Valero.[1]

— Yo de dirigirlos si fuese necesario, añadió don Gimeno.

— Yo queria la muerte del inquisidor, continuó

1 Rodrigo de Valero es un personage histórico á quien el autor ha conservado su verdadero carácter con la diferencia de que no vivia en Sevilla. Era Valero un hidalgo aragonés contemporáneo de Cárlos V, que tuvo una juventud muy desarreglada; pero que mas adelante se hizo bueno y que se dedicó con ardor al estudio de la Sagrada Escritura. Convirtióse muy luego en celoso apóstol del luteranismo, y fué tan audaz, que apostrofaba á los clérigos y frailes echandoles en cara que se habian separado de la pura doctrina del Evangelio. Por fortuna suya la Inquisicion le tuvo por loco y no le persiguió durante largo tiempo; espacio que él aprovechó para predicar por calles y plazas en donde el pueblo le oia con gusto; mas al fin cansada la Inquisicion de sus sermones, le hizo prender, y como herege apóstata y falso apóstol, condenóle á carcel perpetua y le confiscó todos los bienes. Aunque miserable y andrajoso, hizo Valero muchos prosélitos, entre los cuales el mas célebre fué el doctor Egidius, hombre de conducta ejemplar, de costumbres purísimas, profundo teólogo y predicador elocuente. Egidius fué preso por la Inquisicion y condenado á penitencias canónicas como sospechoso de luteranismo; mas poco tiempo despues Cárlos V le hizo obispo de Tortosa, cuya distincion fué causa de que le persiguieran los frailes y le aborreciera el santo oficio, que al fin le encarceló de nuevo. El emperador, de quien era muy bien quisto, salió en su defensa y escribió muchas cartas al inquisidor Valdes, que á la postre le restituyó la libertad, á la cual sobrevivió Egidius muy corto tiempo. *(Historia de la Inquisicion).*

Valero, porque era justo castigarle; pero don Estévan ha hecho como vos, don Gimeno, no ha querido que se derramara sangre.

—Tal vez se derramará demasiada, añadieron á un mismo tiempo los dos jóvenes.

—Es tarde, dijo Estévan; es preciso que os deje para ocuparme en trazar la senda.

—¿Dónde nos volverémos á ver? preguntó don Gimeno.

—En el barrio de Triana, respondió Estévan; en el lugar donde los garduños tienen sus asambleas secretas; en las ruinas aisladas en la estremidad del arrabal. Id á reuniros conmigo mañana ántes de media noche, que es la hora de los nocturnos conciliábulos de la Garduña.

—Bien, dijo Valero, hasta mañana.

—¿Estais á lo ménos seguros de esas gentes? preguntó don Gimeno.

—Como de mí mismo, respondió Estévan; un garduño jamás vende al que le ha dado dinero. Adios, señores, no olvideis nuestra cita.

Estévan salió.

Pronto verémos cual fué el resultado de sus pasos con respecto á la Garduña.

VI.

DOS HERMITAÑOS.

A poca distancia de Sevilla, hácia el lado de la casa del apóstol, se veia una especie de cueva, excavada en la roca viva al pié de una colina poblada de árboles, cuya cima frondosa desplomábase sobre el rio.

La entrada de esta cueva casi circular y de la

elevacion de un hombre, parecia una corona de flores.

El pálido citiso, la vid retorcida y empenachada, el vivaz espino cerval, cuya flor exhala un suave perfume de vainilla y de cacao, y el agrasejo crecian profusamente sobre la ligera capa de tierra vejetal que cubria el granito de que estaba formada esta colina.

Estendiéndose sus racimos y ramas flexibles cual millares de brazos, sus troncos fuertes y sueltos servian para retener al rededor del orificio de la gruta la tierra móvil y ligera, que sin esto hubiera obstruido la entrada con continuos hundimientos.

El interior de aquella cueva algo húmeda, estaba tapizada de escolopendras y de culantrillos, plantas sobrias, y que se alimentan en las hendiduras del granito, que colgaban en la bóveda en girándulas de un verde lustroso.

En el reloj de la catedral acababan de dar las diez de la noche.

En un rincon de esta cueva estaban sentados un hombre y una mujer sobre una basta estera de Valencia, que les servia á la vez de asiento y de cama.

Hácia la entrada, en otra esquina, un vivo fuego de ramas de olivo iluminaba á los habitantes de esta estraña morada, y servia al propio tiempo para secar la gruta, algo fria á pesar del calor del clima y de la estacion.

La muger jóven, bella y bien formada, estaba graciosamente sentada sobre la estera.

El hombre vestido con una simple camisa abierta sobre el pecho y unos calzoncillos estaba tendido en la estera, y apoyando el brazo izquierdo en las rodillas de su compañera sostenia su pesada cabeza. Guar-

daba un profundo silencio; su rostro rudo y lleno de energía tenia una singular espresion de abatimiento y de tristeza; ni levantaba los ojos hácia su compañera, que le contemplaba con una profunda pasion y melancolía.

La fisonomía, la actitud de estos dos personajes estaban perfectamente en armonía con la melancólica soledad de su habitacion.

Manofina y su compañera actuales poseedores de esta caverna, casi se habian hecho hermitaños al dejar de ser garduños.

El feroz guapo sufria en este momento la terrible reaccion de su absoluto cambio de existencia.

La inercia del alma y del cuerpo gravitaba con sufocante peso sobre aquel fuerte y vigoroso cuerpo. La naturaleza física dominaba demasiado á ese hombre hecho á tal género de vida, para que pudiese contentarse con un puro espiritualismo. Tenia bastante poesía, rectitud de instinto para ser fácilmente seducido por el atractivo del bien y convertido por la sublime caridad del apóstol; porque sus facultades enérgicas y poderosas necesitaban el activo ejercicio y no la contemplacion estática ó la resignacion pasiva. Manofina hubiera suportado el martirio, porque tambien en este habia lucha y ejercicio de fuerza moral en defecto de lucha física; pero renunciar repentinamente á su vida aventurera y estraña, dejar enmohecer su puñal en la vaina y vivir eternamente de ociosidad y de meditacion, era superior á la fuerza del guapo. El amor mismo de la Serena no bastaba ya á las necesidades de aquella alma turbulenta y vagabunda. La atonia principiaba á avasallarle, y Manofina tenia la fiebre de la inaccion. Con algunos dias mas se hubiera vuelto idiota ó insensato, tanto la materia imperaba sobre el espíritu, cuando este no ha estado desde mucho tiempo habituado á do-

minarla constantemente por un ejercicio continuo y por incesantes luchas.

Mas dulce la Serena, se habia habituado mejor que él á esa existencia negativa. El vacío del alma no podia existir para ella, era muger y amaba; así cuando no participaba enteramente de los sentimientos del guapo, padecia por verle sufrir, y su ingeniosa ternura no tenia otro objeto, otra ocupacion que consolarle.

Viendo que habia mas de una hora que Manofina, inmóvil, apoyado en sus rodillas, no le habia dirigido la palabra, Culebrina pasó su delicada mano por la áspera y negra cabellera del guapo.

Manofina se estremeció, y levantó lentamente hácia su compañera los ojos tristes y sombríos.

— ¿Qué quieres, *alma mia*? dijo.

— Quisiera verte feliz, respondió tristemente la Serena.

Estremecióse el guapo como si hubiesen aplicado la mano sobre la llaga viva; pero no contestó.

— ¡Oh! ves, Manofina, prosiguió la jóven con una espresion profundamente apasionada, bien puedes decir que me engaño, y aparentar que eres *feliz* cuando encontramos antiguos camaradas; yo veo claramente al fondo de todo esto; tú te consumes, sufres, y este retiro que te pareció tan dulce en los primeros dias, se ha vuelto para tí mas triste que una prision.

— ¡Oh! ¡Culebrina! no me lo eches en cara, contestó el guapo, manso como un cordero á fuerza de amor. He hecho todo lo que tú has querido, obedeciendo al mismo tiempo al apóstol; ¡pues bien! á pesar mio, me ahogo, y me parece por momentos que esta montaña que nos cubre va á hundirse sobre nosotros. Ves, alma mia, tengo algo que no comprendo, porque soy un ignorante y que no obstante

quisiera saber, porque esta vida se me hace insoportable, y seria tiempo de acabar con ella. Habia prestado juramento de obedecer toda mi vida al maestre de la Garduña, tú sabes si cumplí fielmente mucho tiempo mi promesa.

— ¡Oh! si; tú eres el mas bravo de nuestros hermanos, esclamó la Serena: el instinto de la gitana acababa de dispertarse; si, ¡la Garduña puede lisongearse de que no te reemplazará jamás!

— ¡Pues bien! prosiguió el guapo, el maestre me habia ordenado que quitase del medio á don Estévan de Vargas.

— ¿Y qué? dijo la Serena.

— No te lo echo en cara, continuó Manofina; pero tú me suplicaste que no acabara con ese caballero, salíste á mi encuentro como una leona para detener mi brazo y ablandar mi corazon; vino luego el apóstol, y finalmente falté á mi juramento, y dejé vivir á don Estévan....

— Despues, añadió el guapo con aire feroz, como un crímen arrastra siempre á otro crímen, renegué de la Garduña, abandoné á mis hermanos.... y ahora... ¡Oh!..... ahora, prosiguió con sombrío entusiasmo, yo que era siempre el primero en el peligro, paso la vida tendido en tierra como un perro; yo que vivia con la punta de mi puñal, me alimento con la melopia de los frailes; y en fin por la noche.... si, por la noche, miéntras que tú duermes á mi lado, y que yo no puedo pegar los ojos, si el viento agita las ramas de los árboles me parece oir gemidos de agonía!... cuando un rayo traza en el aire una figura roja y sangrienta, me parece ver un espectro que pasa delante de mí para desafiarme ó espantarme..... y en fin..... en fin..... yo que tantas veces habia arrostrado la muerte... tiemblo al *cri-cri* del grillo que anda por encima de un

monton de tierra.... me he vuelto cobarde como una gallina.... tengo miedo...

Al acabar estas palabras el guapo habia tomado una lívida palidez, un sudor viscoso y frio cubria su frente bronceada, y sus ojos húmedos y esquivos manifestaban un indecible sufrimiento.

Levantó la Serena en sus brazos la cabeza de Manofina, y apoyándola en su seno con adorable ternura, cual una madre lo hubiera hecho con su hijo enfermo, besó con dulzura la frente como si el contacto de sus labios hubiesen podido calmarle.

Era efectivamente un bálsamo consolador para el corazon del guapo; cerró dulcemente los ojos para no ver mas las fantasmas que le cercaban, y apretó la cabeza contra el pecho de la Serena para refrenar los rápidos latidos de sus sienes.

—Corazon mio, dijo la gitana, ¿por qué padeces así? ¿porqué te eches en cara como un crimen la mas bella accion de la vida?

—Temo que Dios me castigue por haber faltado al juramento hecho á la hermandad.

—El apóstol te ha absuelto, ¿qué temes?

—Es verdad, el apóstol es un santo, y no nos hubiera engañado, dijo el guapo algo tranquilizado.

—¿No fué él quien rogó á Dios que te volviera la salud cuando estabas tan malo, que todo el mundo se habia alejado de tí temiendo contagiarse?

—Escepto tú, Culebrina mia, tú que fuiste á buscar al apóstol para resucitarme, tú que no temiste al contagio.

—Yo no tenia mérito en eso, dijo ella encogiendo ligeramente las espaldas, ¿qué habria hecho yo si hubieses muerto? Lo mas sencillo era caer enferma y morir contigo.

—¡Oh! ¡conozco que me amas! esclamó Manofina con una alegría mezclada de orgullo; conozco que

siempre me has dicho la verdad.

—¡Pobre inocente! dijo, te amo tanto por que Dios lo quiere, y por ser su voluntad hemos dejado la Garduña.

—¿Lo crees así? dijo cándidamente el bravo.

—El apóstol me lo ha dicho; y todo lo que él me dice lo creo, respondió piadosamente la jóven.

—Tal vez tienes razon, Culebrina, murmuró el guapo, pensativo.... ¡Oh! pero, prosiguió repentinamente con ligera amargura, vivir sin hacer nada, sin correr las aventuras, sin esponer su vida de dia y de noche, sin que nadie os diga jamás. «¡Bien está, bien hecho, Manofina!» Esto, alma mia, es capaz de hacer perder la paciencia. Aun si yo pudiera salvar las víctimas de la Inquisicion, como decia el apóstol, ¡batirme contra los familiares del santo oficio, como en la noche en que libramos aquella señorita, que tú sabes!

—Estuvo bien hecho, dijo la Serena, el apóstol habia mandado salvarla.

—¡Oh! con todo, á no ser por tí, prosiguió Manofina, cuyos ojos se animaban al recuerdo de aquel combate nocturno, sin tí, Culebrina, allá acaban mis dias. Manofina ya no hubiera esgrimido mas su cuchillo de Albacete.

Espresándose así, el guapo tocaba con placer el mango de marfil de su puñal español, cuya ancha hoja relucia á la indecisa claridad del hogar.

—Tranquilízate, corazon mio, dijo tiernamente la Serena, la guerra no se ha acabado y tendrémos que habérnoslas con muchos enemigos. Tu puñal no se enmohecerá en la vaina porque en Sevilla hay muchos infelices perseguidos por la Inquisicion, y bien te acuerdas de que el apóstol nos tiene encargado que los salvemos siempre que sea posible.

—¿Pero como los encuentra uno? esclamó Mano-

fina. Desde que dejé la Garduña, no he desenvainado el cuchillo sino para cortar los juncos del Guadalquivir con que tú haces las esteras.

—No te dé cuidado, dijo tiernamente la Serena, vendrá la hora, y pronto: y al decir esto le sonreia con aire dulce y dejaba ver dos hileras de dientes blancos y lustrosos como los de un niño.

En este momento un soplo venido del esterior agitó vivamente la llama del hogar; las ramas sueltas y frondosas que colgaban en la entrada de la cueva como un cortinaje bordado, se separaron con un zumbido prolongado.

—¿Quién va? esclamó el guapo levantándose repentinamente y llevando la mano á su puñal.

—¿Qué es eso? ¿vas á matarme, hermano? preguntó el recien venido con voz clara y sonora.

—¡Vírgen del Cármen! esclamó la Serena; ¡quién hubiera pensado que Coco viniera á visitarnos á estas horas!

¿Nos necesitas para algo? preguntó el guapo.

—¡Bien! bien, Manofina, esclamó el alguacil; siempre el mismo, amigo mio; no has perdido el valor, aunque te hayas hecho hermitaño.

—¡Ah! ¡Dios mio! suspiró el guapo, ¡cuánto tiempo ha que no me habian dicho esto!.... ¡Cuán feliz eres, Coco! Tú vas, vienes, trabajas, finalmente, eres bueno para algo, al paso que yo....

La Serena le aplicó suavemente la mano á la boca para impedir que continuara; pero no necesitaba tanto el alguacil para adivinar el estado moral del guapo. La perspicacia es innata en Andalucía, y por esto Coco habia leido todo lo que pasaba en el alma de su antiguo camarada.

—Bien, pensó entre sí; se fastidia, ya es nuestro.

—¿*Qué* hay de nuevo en Sevilla? preguntó Cu-

lebrina procurando distraer la conversacion.

—Mucho, respondió el alguacil con tono misterioso.

—Vamos á ver, esclamaron juntos la Serena y el guapo alargando el cuello hácia él por un movimiento de ávida curiosidad.

—Calma, amigos mios, dijo el alguacil, pues es algo largo de referir.

—Bien, dijo Culebrina poniendo bajo sus piés la saya encarnada que flotaba sobre la estera; siéntate aquí, Coco, y dinos lo que hay.

—Sí, siéntate, añadió Manofina, cuyos ojos brillaban de impaciencia; vamos á ver, hermano Coco, lo que pasa.

Coco se sentó: y Manofina fijó en el alguacil sus ojos brillantes como los del leon del desierto.

—Ante todo, Manofina, preciso es que te diga, principió el astuto Coco, que la sociedad de la Garduña aun no te ha reemplazado.

—Lo creo, replicó vivamente la Serena.... ¿Y acaso lo esperaba? prosiguió con una indecible vanidad de mujer y de amante.

—Déjale hablar, Culebrina, dijo el guapo.

—Pues, señor, decia, continuó el alguacil, que tu plaza en la Garduña está aun vacante.

—Veamos á donde vas á parar, dijo Manofina.

—Con todo, la hermandad continúa siendo valiente, leal y fiel á los que la emplean.

—¿Lo dices para afrentarme? murmuró sordamente el guapo.

—¡No, camarada, Dios me libre! queria solamente decirte que las funciones de la Garduña se hacen cada dia mas importantes, y que....

—¡Pues bien! ¿que se me dá á mí! interrumpió bruscamente el guapo; ya sabes que no pertenezco á ella.

—Por culpa tuya, dijo Coco.

—El apóstol me lo ha prohibido, replicó el amante de la Serena.

—¿Por qué vienes á tentarle, Coco? dijo la Culebrina enojada, esto no es de buen hermano.

—Si me dejais hablar, dijo el jóven tabernero, no perderéis así el tiempo en palabras inútiles.

—¡Pues bien! habla, vamos á ver; mas ya te escuchamos....

—Es que me haceis perder el hilo, sobre que ya no sé donde estaba.... ¡Ah! ¡ya me acuerdo! La Garduña está mas floreciente que nunca, los inquisidores la pagan para acabar con los herejes, y los herejes quieren pagarla para acabar.... no, para prender á los inquisidores.

—¿Cómo es eso? dijo Manofina, cuyas miradas se animaban con fuego estraño á las palabras del alguacil.

—¡Amigos mios! si supieseis lo que pasa, prosiguió Coco; el gobernador de Sevilla va á ser quemado, y su hija está en la cárcel para toda la vida.

—¡Jesus mio! esclamó la Serena, ¿y qué se ha hecho don Estévan?

—¡Chiton! dijo Coco poniendo un dedo en los labios y volviendo la cabeza á todas partes como si hubiese temido que le oyeran; de ese no debemos hablar, porque tal vez tambien le encarcelarian, y....

—Tranquilízate, se apresuró á decir Culebrina, pues aquí no hay familiares; no tenemos otros vecinos que los buitres y las culebras, y estos son ménos temibles que aquellos.

—¡Amigos mios! continuó el tabernero, si supieseis lo que se prepara.

—¿Te esplicarás por fin? dijo Manofina impaciente.

—Allá voy, continuó Coco: don Estévan de Var-

gas, que quiere salvar á toda costa á su suegro y á su novia, ha resuelto librar á los dos el dia del auto de fé, y prender á los inquisidores.

—¡Ahí voy yo! esclamó Manofina.

—Aguarda, nada harias solo; y hé ahí porque es necesario que la sociedad de la Garduña, que está siempre dispuesta á batirse y á vengar á los inocentes, entre en la conjuracion para asegurar el éxito.

—Bien sabes que ya no pertenezco á la sociedad, observó tristemente Manofina.

—Justamente por eso mismo puedes servirnos, hermano, dijo Coco, viendo que ya habia hecho las tres cuartas partes del trabajo, y que Manofina era suyo.

—Esplícate, hermano.

—Ya te he dicho que el maestre no ha podido aun reemplazarte, y que te echa vivamente á ménos. Pues nosotros necesitamos la ayuda del maestre para llevar á cabo nuestra empresa, y tú debes ir á encontrarle; porque como siempre has sido su favorito, no rehusará ser del complot si le prometes meterte en el ajo; porque con la esperanza de volverte á introducir en la sociedad, hará cuanto quieras.

—Si le diera esperanza le engañaria, respondió el guapo violentamente combatido entre sus instintos batalladores, su amor desenfrenado por el peligro, y la promesa que habia hecho al apóstol.

—No necesitarás engañarle; si él tiene una esperanza vana, tanto peor para él; tú no estarás obligado á cumplir lo que no habrás prometido. Además, añadió, don Estévan es muy rico, y creo que la recompensa que estoy autorizado á prometer en su nombre á la hermandad vale la pena de servirle. Vamos, amigo mio, prepárate á seguirme, pues ya

es hora; ven á encontrar el maestre, y despachemos; el auto de fé está fijado para de aquí á ocho dias, y por lo mismo no debemos perder tiempo para disponer las cosas. ¡Al avio!

Quien hubiese podido estudiar en aquel momento el rostro del guapo se hubiese asombrado al ver el inmenso poema de emociones que se desarrollaban en su alma á medida que hablaba el alguacil. Todas las fuerzas vitales de ese hombre enérgico, desde tanto tiempo inactivas se habian dispertado á la vez; su corazon saltó en su vasto pecho como un leon desencadenado, y la fiebre del entusiasmo, la ardiente exaltacion del valor mucho tiempo comprimido, daba á ese rostro varonil una grandiosa espresion, en el cual podian igualmente leerse desprecio del peligro y su profundo fanatismo religioso.

Habia por fin llegado el momento de ejecutar el mandato del apóstol, á quien miraba como un enviado de Dios.

Iba por fin á combatir por la justicia, á combatir contra los opresores en favor de los oprimidos, y dando vuelo á sus facultades y á sus gustos mas íntimos, á ganar el paraíso de Jesucristo. ¡El paraíso!.... sublime esperanza de los pobres y de los afligidos....

El guapo se quedó por un momento agoviado bajo el peso de tan diversas sensaciones, y sufocado por la inmensa felicidad que iba á encontrarle.

La Serena le contemplaba ansiosa, aguardando la decision de su *amo* y *señor*.

Por fin, Manofina se levantó, saltó como un toro salvaje, y ciñéndose el cinturon encarnado que sostenia su puñal, esclamó con voz poderosa: ¡Marchemos!

Mas lista la Serena que una cabra montés, estaba ya en pié á su lado.

—¿Á dónde vas? preguntó el alguacil.

—Con vosotros; contestó orgullosamente, ¿se haria acaso buena la fiesta sin mí?

—Sin duda, dijo el guapo apretándola tiernamente contra su pecho; acaso podemos ir el uno sin el otro.

Dicho esto salieron los tres de la caverna.

VII.

EL BAILE DE CANDIL.

A medida que se acercaban al palacio de la Garduña, Manofina se rehacia, las ventanas de sus narices se dilataban, y parecia husmear el aire como un corcel árabe reconociendo la tienda de su dueño.

La misma Serena participaba de aquel ligero estremecimiento que se esperimenta á la vista de los sitios por mucho tiempo amados, y que se habian creido no ver mas.

La noche era serena, tibia y sombría; la luna habia desde mucho tiempo desaparecido detrás del horizonte.

Era una noche deliciosa para los amantes ó conspiradores.

Al ir á pasar el primer recinto de las paredes que circuian el palacio, detuviéronse algunos minutos, admirados y hechizados del espectáculo que se les presentaba. Una grande masa de luz salia por la puerta entreabierta, é interiormente oíase el sonido de una guitarra, acompañada de una robusta voz de hombre y del retumbante sonar del pandero.

—¡Cuán agradables se presentan! dijo la Serena suspirando.

—¿Qué fiesta celebran? preguntó Manofina.

—Es tal vez el fin de un novenario, respondió Coco.

—Entrémos, dijo la Serena, cuyos lindos piés impacientes se movian por sí mismos al sonido de aquella música conocida.

La Serena era la mejor bailadora de fandango en Sevilla; y cantaba además la *caña* de un modo capaz de hacer delirar á un anacoreta.

Apresuraron el paso, y al atravesar por delante de un grupo de alelíes, entrevieron en la obscuridad tres hombres, cuyas facciones y vestidos no podian reconocer. Estaban detrás del bosquecillo, y hablaban en voz baja.

El guapo estaba muy distraido para hacer alto en ellos. Coco fingió no verlos, y la Serena solo pensaba en el baile porque ya columbraba las cabezas de los bailarines, cubiertas de cintas de diferentes colores, flotando á merced de sus pasos como gallardetes al viento, y siguiendo todas las ondulaciones que les imprimia alternativamente la pasion ó el capricho.

Aquello era verdaderamente una fiesta; el *baile de candil* mas animado y govial que se habia visto desde mucho tiempo en Sevilla.

Con todo, á pesar de su impaciencia, cuando hubieron llegado cerca de la puerta, detuviéronse el guapo y la Serena; un sentimiento mas fuerte que su deseo que era el pudor del orgullo, si así puede llamarse, los detuvo en el umbral de aquella morada que habian voluntariamente abandonado....

—¡Y bien! ¿qué esperais? Andad, dijo el alguacil.

—Entra tú, dijo Manofina á su compañera.

—Entra tú, Coco, dijo á su vez la Serena; tú *debes presentarnos*.

—*¡Oh! yo no* haré tantas ceremonias, respondió

el tabernero tomando la mano de la Serena con una galantería enteramente andaluza; entra pues conmigo, Culebrina, ya que sola no te atreves.... Y tú, Manofina, añadió, síguenos, verás como serémos bien recibidos.

Al mismo tiempo, Coco acabó de abrir la puerta de par en par, y se adelantó con aire triunfante hasta mitad de la asamblea. Manofina alentado, les siguió á corta distancia.

—Buenas noches, caballeros; dijo el alguacil quitándose cortesmente el sombrero.

A esta inesperada aparicion, levantóse un grito de sorpresa en la sala, y la asamblea tan atenta á bailar poco ántes, se estrechó curiosa y ávida para saber que motivo traia allá al guapo y á su compañera.

Apénas habian puesto el pié en el palacio, cuando el ojo perspicaz de Mandamiento que todo lo veia, los habia reconocido. Estaba en un estremo de la sala tranquilo, paternal, mirando con una gravedad llena de honradez las diversiones de *sus hijos*; pues cuanto mas severo y despótico era el maestre para hacer ejecutar sus órdenes, otro tanto sabia con una calculada indulgencia y concesiones aparentes subyugar á los que dominaba sin que ellos lo comprendieran. Mandamiento hubiera sido un rey muy popular, si en aquella época el trono no hubiese sido una cosa sagrada, que solo podia transmitirse por herencia y á la cual nadie pensaba atentar.

Marchaba la Serena tímidamente con los ojos bajos.

Una resplandeciente luz inundaba la sala; en cada columna habia dos grandes antorchas de resina, cuya mecha inflamada arrojaba chispas rojas y enviaba al techo masas de llama y nubes de humo.

En el suelo y al rededor de las columnas, ha-

bian tendido una multitud de esteras de Valencia. Cada mujer tenia la suya que le servia de silla, y acurrucadas así, servia de apoyo á un hombre sentado en tierra como ella, y que fijaba los codos en sus rodillas cual pudiera hacerlo en los brazos de una poltrona.

Componíase la asamblea de dos hileras de hombres y de mujeres, y presentaba un aspecto estraño y pintoresco.

Los sevillanos morenos, esbeltos y ágiles, vestidos con su traje de dia de fiesta, presentaban en sus fisonomías originales y variadas un conjunto de atractivo efecto.

El centro del círculo formado por las gentes sentadas estaba ocupado por los bailarines.

El lascivo fandango, poema de amor, lentamente desarrollado en una pantomima espresiva, era entónces como hoy, el baile favorito de los andaluces y la mas deliciosa diversion. ¡Qué debia ser ese baile entre los garduños, gente sin freno y sin sujecion, hombres ardientes y apasionados, raza del desierto aun demasiado cerca de su orijen para que lo hubiesen olvidado!

Una loca embriaguez presidia á esa fiesta.

Los mas graciosos chivatos de la sociedad se pavoneaban ostentando su elegante traje de majos, poniendo jactanciosamente la mano en la cadera, erguiendo la cabeza anunciándose á veinte pasos con el sonar de sus botones de plata, y caminando de manera que se viesen sus piernas flexibles y nerviosas.

Las jóvenes bailaban ó coqueteaban, agasajando con la voz, el gesto, y el mirar á los majos mas elegantes.

Las coberteras hablaban entre sí murmurando de *las jóvenes* y guiñando el ojo á los mancebos.

Con todo, como hemos dicho, la aparicion de Manofina y de Culebrina habia producido una sensacion tal, que el baile se paró un momento, y todas las cabezas se volvieron hácia aquel lado.

A fin de no turbar el baile, la Serena dió la vuelta al círculo para ir al fondo de la sala; pero el maestre no le dió tiempo; fuéla á encontrar con tanta galantería como un hidalgo, y mirándola con graciosísima sonrisa, le dijo cortesmente:

—¿Qué santo del cielo te ha inspirado la feliz idea de visitarnos, hija mia? bien venida seas.... y Manofina tambien, añadió tendiendo al guapo su ancha y callosa mano.

Manofina algo confuso, dió con alguna repugnancia su mano al maestre, parecíale que esto era comprometerse con él, y no lo queria.

A esta buena acogida del maestre para los exgarduños, sucedió un viva general de aprobacion. Todos los garduños sin escepcion, se agruparon al rededor de sus antiguos camaradas dándoles numerosos abrazos y atronadas aclamaciones.

Algunas Serenas novicias miraron con celos á la bella y graciosa Culebrina, que no tenia rival en Sevilla.

Pero volviéndose luego una de ellas á la cobertera mas antigua, le dijo con una risa de triunfo y de satisfaccion:

—Mirad aquella, que ni siquiera lleva moña nueva en la cabeza; su saya de lana es lacía como si no hubiera tenido otra desde que nació, y sus zapatillos de raso se le caen de los talones como si quisieran escaparse.

—Desde que nos ha dejado se ha vuelto tan amarilla como el arroz con azafran, respondió la vieja; y ha elegido mal ocasion para presentarse vestida de *este modo en* tan buena reunion. Hé aquí lo que

tiene hacerse el orgulloso y abandonar la hermandad. Era mil veces mas rozagante cuando hacia cocos á ese gordinflon del prior de los Mercenarios á quien Manolina pintó un jabeque en la cara.

—Cállate, vieja urraca, dijo Garabato que en aquel momento se encontraba cerca de la cobertera; Culebrina siempre es la muchacha mas bella de Sevilla; es mas hermosa con andrajos que las demas con perlas y tafetanes.

De la opinion de Garabato participaban generalmente los hombres, y los que no lo decian lo probaban bastante con sus gestos y miradas.

Por su parte Mandamiento no procuraba disimular su alegría. Condujo á la Serena á una estera desocupada al estremo de la sala, y despues de haberla convidado á sentarse, le dijo:

—Diviértete, hija mia, voy á hablar un poco con mi hermano Manolina: y al decir esto tomó la mano del guapo, y haciendo señal á Coco de que los siguiera, los condujo á alguna distancia del círculo en un rincon aislado.

Al estar allí solo con ellos, les dijo:

Supongo, hijo mios, que la presencia de Manolina no es sin motivo, y rabio por saberlo. Tal vez nuestro querido Manolina se encuentra en alguna situacion peligrosa que reclama nuestro socorro. Y si es así aunque no pertenezca á nuestra honrada hermandad, y que ningun deber nos ligue hácia él como hermanos, siempre estamos dispuestos como amigos y camaradas á ayudarle siempre que se pueda..... sin contravenir á las reglas de nuestra honrada hermandad.

— Tio Mandamiento, respondió Coco, no se trata de socorrer á Manolina, sino de hacer consentir en *que nos socorra*.

Mandamiento se mostró sorprendido.

— Tengo que proponerte un negocio..... y de los mas graves, prosiguió Coco; hé aquí porque he venido con Manofina; escúchame pues, porque la cosa vale la pena.

— Habla, dijo el maestre mas y mas sorprendido.

— Hay en Sevilla, dijo el alguacil, un señor jóven y muy rico que te necesita.

— ¡ Por la barba del rey, esclamó Mandamiento, siempre estoy al servicio de los señores jóvenes que tienen mucho dinero.

— Pues ese te lo dará en abundancia. En cambio, oye lo que se deberá hacer.

— ¿ Acabar con su rival? interrumpió el maestre.

— Mucho mejor que esto, dijo el alguacil; una espedicion que la cofradía nunca ha hecho otra igual.

— ¡ Por la Vírgen del Pilar! esclamó el maestre, lo que me dices principia á alarmarme. ¿De qué se trata pues? esplícate.

Coco miró al rededor suyo con aire misterioso: nadie podia oirlos, porque estaban á mas de quince pasos distantes del círculo en que se bailaba. Con todo, para mayor precaucion el alguacil llevó á Mandamiento y al guapo hasta la columna mas retirada, despues inclinándose hácia el maestre, le dijo en voz baja:

— Es preciso que nos ayudeis á librar al gobernador de Sevilla el dia del auto de fé.

— ¿ Y cómo?

— Cojiendo al inquisidor general á quien tendréis preso durante dos dias que bastarán para que don Estévan pueda cojer el primer puerto de España y embarcarse para otro pais.

— Hermano, respondió el maestre, ¿has pensado *bien en lo que* me pides? ¿ sabes que en semejante

empresa nos jugamos la vida?

—Contra doscientos mil reales, añadió al punto el tabernero; puesto que esa es la suma que don Estévan de Vargas ofrece darnos en recompensa.

—¡Doscientos mil reales! dijo Mandamiento aturdido por la enormidad de la suma; doscientos mil reales para....

—Para coger á monseñor Arbués, y tenerle preso dos dias en las bodegas de la Garduña, se apresuró á decir Coco.

—Si, continuó el maestre, y cuando el señor Arbués estará libre, nos hará quemar como hereges. ¿Crees que soy bobo, Coco? Matarle va bien, que los muertos no pueden hacer daño; pero robarlo no, no, yo solo robo muchachas.

—Su señoría no quiere que se le quite la vida.

—Su señoría es cándido como un cordero; sin la complacencia de Manofina y las órdenes de..... pero basta, yo me entiendo..... Si don Estévan aun vive, no tiene la culpa el inquisidor.

—¡Oh! poco me importa la vida del inquisidor, dijo Coco; pero si hablas á don Estévan de matarle, jamás lo consentirá, y el gobernador de Sevilla será quemado.

—¡Bien está, bien está! serémos discretos, dijo Mandamiento con sardónica sonrisa.

Doscientos mil reales, pensaba él interiormente, para tener el gusto de acuchillar á ese maldito inquisidor que me conserva odio y nada me encarga desde que erré el golpe de don Estévan. Doscientos mil reales son un magnífico despido... Ademas, ciertamente reemplazarán á monseñor Arbués, y el nuevo inquisidor que ningun resentimiento me tendrá, nos hará trabajar, y todo ese negocio es provechoso para la hermandad.

Tales fueron las reflexiones rápidas del maestre

de la Garduña; pero cual hábil diplomático, se abstuvo de participarlas á aquellos con quienes trataba. Dirigiéndose á Coco, que aguardaba su respuesta, le dijo:

—¿Y Manofina consentiria en ser de esa espedicion?

—Sin duda, respondió vivamente el guapo.

—¿Tú conoces pues que la Garduña es una buena madre, y quieres volver á ingresar en ella? preguntó insidiosamente el capataz.

—Maestre, no he dicho eso; replicó Manofina; esa espedicion me gusta; quiero ayudaros, si no os oponeis á ello, y la Serena tambien, añadió con orgullo. Ya sabeis que vale un guapo por su valor y audacia.

—Comprendo, dijo Mandamiento frunciendo las cejas; comprendo; la Serena y tú os prestais gustosos á esa operacion por la recompensa prometida.

—Maestre, dijo Manofina algo picado, jamás rehusé un salario honrosamente ganado, pero si esta vez juzgais conveniente no darnos nada, poco me importa; participaré gustoso de los peligros de esta espedicion, sin exijir recompensa, pues que pensais que no tenemos derecho á ella, no siendo miembros de la hermandad.

—¿Y por qué no lo seréis? continuó Mandamiento, para quien este era el punto de la dificultad.

—No me tenteis, maestre, dijo Manofina; á lo hecho pecho; yo no cambiaré. Dime solamente si cuentas con mi ayuda y con la de Culebrina; esto es lo único que te pido. En este caso, tú me volverás por un dia la autoridad de guapo, dándome una cuadrilla para mandar, y tranquilizate; yo me encargo de lo demás.

—¡Pues bien! dijo Coco, ya está convenido, maestre, *¿puedo* conducir aquí á don Estévan y á sus

amigos para que os entendais juntos y dispongais la trama?

—Si, respondió Mandamiento contento con la resolucion de Manofina á pesar de sus restricciones; pues confiaba cambiarle enteramente; y dirigiéndose luego al guapo, le dijo:

—Hijo mio, la cofradía y yo te conservamos amistad, aun no hemos encontrado ninguno de nuestros mas bravos *pretendientes* digno de sucederte, y tu empleo aun está vacante en la Garduña. Vuélvelo á tomar para el dia de la espedicion proyectada, y que Dios te inspire luego, ¡hijo mio! ¡Ojalá tomes una buena y prudente resolucion!

—Yo, dijo Coco, voy á avisarlo á don Estévan; es preciso que todo se arregle esta noche.

—Vé, dijo Mandamiento, nada es mas favorable para esta operacion que el tumulto de una fiesta. ¿Y tú, Manofina, añadió, no vas á bailar un fandango con tu linda Culebrina?

—Si por cierto, dijo el guapo; y tomó la Serena para conducirla al círculo de los bailarines.

A pesar de su pobre traje, todos se apresuraron á ver bailar la Serena, que era tan bella y tan linda, tan halagüeña y melancólica, que era imposible verla sin amarla; ¡y además, bailaba tan bien!...

Durante este tiempo, Coco habia salido del palacio y dirigidose hácia el grupo de alelies, donde poco ántes tres hombres estaban hablando, los cuales permanecian aun en el mismo sitio cual si aguardaran á alguno.

Adelantóse el alguacil hácia ellos haciendo adrede un poco de ruido. Aunque la noche estaba obscura, reconocióle Estevan, y le dijo:

—¿Qué hay?

—Todo está listo, señor caballero; el maestre de la Garduña hará cuanto querais.

—Bien os lo habia dicho, dijo Estévan volviéndose á sus compañeros, don Rodrigo de Valero y don Gimeno de Herrera; ahora estamos seguros del éxito.

—Don Estévan, murmuró el anciano, vos habeis juzgado útil juntaros á esos gitanos, enhorabuena; pero, amigo mio, vos no conoceis la mitad de vuestra fuerza; si yo tuviera vuestra edad, si fuera hermoso como vos, y me llamase don Estévan de Vargas, quisiera, con una sola palabra, sublevar como un solo hombre al pueblo de Sevilla y trastornar la España.

—Don Rodrigo, respondió Estévan, vos hablais en este momento como un jóven; dejadme pues ahora hablar como un anciano. —Vos me concedeis un gran poder de fascinacion; supongo que lo posea, y que pudiera sublevar fácilmente á Sevilla contra los inquisidores, gracias al recuerdo de mi padre que aun vive en el corazon de los españoles, ¿qué bien reportaria de ello la España? ¿de qué serviria? para hacer morir millares de personas sin mejorar la suerte de los que quedarian. Sabeis, don Valero, que á fin de romper para siempre el yugo de la Inquisicion, seria preciso que la España entera tuviese un solo pensamiento y una voluntad sola. Las insurrecciones parciales engendran la guerra civil, empobrecen, destruyen un pais, pero no le cambian su suerte; son sangrías reiteradas en un cuerpo robusto, que le hacen respirar un dia para arruinarle por fin. Solo la ciencia y la filosofía podrán regenerar la España y hacerla libre; y hasta entónces no debemos esperar nada, no estamos destinados á ver esos hermosos dias.

—¿Por qué pues conspiramos? interrumpió Valero.

—Por un solo hecho, replicó Estévan, por un in-

terés particular. Yo para librar á los que amo, vos y don Gimeno, por amistad, hácia mí; este es, creed, qué este es el impulso que nos mueve.

—Estévan, dijo don Gimeno, vos calumniais nuestras intenciones circunscribiéndolas á un interés particular.

—No, replicó Estévan, no las calumnio; nosotros tenemos el alma grande y ardiente, gemimos por los males de la humanidad; tres meses hace, hubiera dicho como vos, don Rodrigo, que solo nos guiaba á ese acto de revolucion el amor de nuestros hermanos que padecian, el amor del pueblo deshonrado y perseguido. Desde entónces he aprendido á analizar mejor los sentimientos del hombre, y digo que si Dios nos hubiese creado para ser los regeneradores de España, nos hubiese concedido otros medios de accion, y hecho vivir un siglo mas tarde; ó bien hubiéramos tenido el don del apostolado y sido humildes y valientes atletas como Juan de Avila, Juan de Dios, y vuestro sabio discípulo Egidius: almas sublimes tan encendidas en el santo amor de los hombres, que hacen completa abstraccion de sí mismas y de todo sentimiento personal en favor de la gran familia humana. ¡Esos son los que tienen el derecho de remover la España hasta sus entrañas y de regenerarla por el espíritu! La regeneracion de la cuchilla, solo es una herida encima de una llaga; y si conspiro actualmente con vosotros, señores, no es porque espere un bien para mis hermanos que padecen en España; es porque amo, y quiero salvar á mi amada.—Esto creo que es egoismo, añadió sonriéndose con amargura.

—Estévan, dijo don Gimeno, vos valeis mas que nosotros, y en la ocasion oportuna os sacrificariais *mejor que* nosotros.

—*Sea cual fuere* el motivo de nuestra revuelta,

es sagrado. Marchemos pues, dijo Valero, y sea nuestro gefe, Estévan; vos sois mas elocuente que Ciceron, y teneis una franqueza seductora.

—¿A dónde es preciso ir? añadió el anciano dirigiéndose al alguacil.

—Seguidme, señores, dijo Coco; y para no dispertar sospechas, entrad en el baile sin ceremonia, divertíos, hablad con las lindas muchachas, y á vos, señor don Estévan, os aconsejo que hagais bailar á la Serena.

—¿Y yo, á quien hare bailar? preguntó don Rodrigo.

—Cálmese su señoría, dijo sonriéndose el alguacil; no faltan bailarinas en la Garduña; las hay de todos colores y edades.

—Precédenos pues, dijo Estévan.

Entró el alguacil solo en la sala de la hermandad.

El baile estaba en aquel momento vivo y animado. Un alegre bolero, bailado por Manofina y la Serena, tenia á todos suspensos. Multiplicados bravos acogian cada postura graciosa, cada ligera pirueta de la bailarina. La Serena adelantando el cuello con los ojos relucientes y húmedos, con sus manecillas armadas de postizas, ondulaba como una culebra, y balanceaba con una gracia indecible su talle flexible y hechicero. Animado el guapo por la música, por los roncerías de Culebrina, y tambien por los aplausos de la asamblea, desplegaba con inconcebible ardiez el vigor y ligereza de sus piernas. Cortado como un verdadero hijo de Andalucía, tenia los músculos de acero, y con ellos aquella gracia atrevida, salvaje, decidida, bruto de una existencia vagabunda y de una inmensa libertad.

Al último paso del bolero levantóse un viva unánime en la sala, y fué precisamente en el momento en que entraban los tres señores. Pero su llegada

en nada alteró la alegría de aquella honrable sociedad, porque en España los grandes se mezclan con el pueblo sin que crean envilecer su dignidad, ni este se juzgue honrado por semejante condescendencia.

Coco se aproximó al maestre, señalando á don Estévan de Vargas, le dijo: Este es el caballero que paga.

—El mismo á quien Manofina debia matar, observó Mandamiento; parece que entre este jóven y el inquisidor de Sevilla hay una guerra á muerte. ¡Bien! ¡bien! prosiguió frotándose las manos; donde hay lienzo se cortan camisas. Bien está, Coco, que se aguarden; y despues de la fiesta hablarémos del asunto, pues ahora la Garduña debe cenar.

En efecto, en medio del círculo de los bailarines, una aprendiz Serena y dos ó tres pinches de cocina, acababan de servir la comida.

Sobre una grande estera estendida por tierra á modo de mesa y de manteles, habian puesto su rica *medianoche*, que consistia en varias horteras de barro llenas de *gazpacho*, en un enorme *guisado*, y en cuatro *cabritos* asados. Platos ni cucharas no las habia, porque los garduños ignoraban absolutamente el uso de esos dos objetos de lujo y comian cordialmente sirviéndose de los dedos en vez de tenedores.

Adelantóse el maestre hácia los conjurados.

—Señores, les dijo con cortesanía, ¿se dignarán sus señorías acompañar á mis hijos?

—Con mucho gusto, respondieron.

Tomaron cada uno una estera, se sentaron en tierra como los demás, sin temer ensuciarse sus trajes de seda.

Estévan se habia sentado á propósito al lado de la Serena; la cual ya muy dispuesta en favor de ese gallardo caballero, al que habia salvado la vida, le

miró con dulce tristeza, y acudiéronle las lágrimas á los ojos al recordar que su hermosa novia se hallaba en los calabozos de la Inquisicion, y que el infeliz Estévan se veia obligado á sonreirse.

Miéntras que la asamblea despachaba los platos con un apetito de garduños, Estévan fingiendo devorar algunos pedazos de cabrito, dijo á Culebrina á la cual queria atraer á su partido.

—Bailarás conmigo, ¿no es verdad?

— No, señor, respondió ella con afectuosa tristeza. Me gusta la danza, y me seria muy honroso bailar un fandango con vuestra señoría; pero gracias á Dios, no tendréis ese trabajo esta noche. El baile se ha concluido por hoy, y despues de la cena cada uno irá á su destino; bien que vos no podeis tener ningun deseo de bailar.

— ¡Cuan buena sois, Culebrina! respondió Estévan.

—Tranquilizaos, dijo ella en voz baja, de otro modo bailarémos dentro de ocho dias, porque yo tambien estaré, yo tambien.... Pero, comed pues, prosiguió ella, y no hablemos mas de esto; mirad, aquellas Serenas están celosas de veros conversar conmigo.

Desapareció la cena con maravillosa rapidez. Don Rodrigo comia como un gitano y decia chicoleos á las muchachas, y don Gimeno reia á mas y mejor con una Serena muy linda, la cual de buena gana hubiese cambiado su guapo por aquel hermoso señor vestido de terciopelo.

Nadie dudaba que aquella aparente alegría ocultaba una conspiracion.

Pero luego que Mandamiento vió que se habia concluido la cena, hizo una señal; y su rostro poco ántes jovial, se volvió imponente y severo. Todos los garduños se levantaron como un solo hombre, y

cada uno se dirigió al punto que le habian indicado las órdenes recibidas.

VIII.

LA CONJURACION.

Ya solo quedaban en el palácio de la Garduña el maestre, el alguacil, Manolina, la Serena y los tres señores.

Algunas antorchas se apagaban lentamente, la inmensa sala se volvia mas obscura, y la noche adelantada daba aun mas solemnidad á aquella misteriosa reunion.

Eran las dos de la madrugada.

Abrió entónces el maestre un gran cofre de roble, colocado en un ángulo de la sala, sacó un registro de pergamino amarillo y grasiento, un vasito de plomo lleno de tinta, y una gruesa pluma de águila mal templada; cerró despues el cofre que le servia á la vez de armario y de mesa, y colocados sobre la tapa los diversos objetos que habia sacado, fue hasta la puerta para asegurarse de si estaba cerrada. Indudablemente el pasador de la cerradura no estaba bien entrado en su encaje; pues en el instante en que Mandamiento iba á empujar con su vigorosa mano aquella pesada puerta de roble para cerrarla enteramente, abrióse por sí misma, y entró en el palacio de la Garduña un nuevo personaje que era José, quien avisado por Coco habia acudido á esa reunion.

A la vista del jóven dominico, Estévan dió un grito de rabia; y volviéndose hácia el alguacil, le dijo con voz sorda:

—¡Tú me has vendido, miserable!

El alguacil sin turbarse lo mas mínimo, respon-

dió con tono sumamente tranquilo:

— No, señor, yo no os he vendido.

Habia tal espresion de verdad en la fisonomía de Coco, que Estévan se inmutó.

Ignorando Mandamiento el motivo de esta visita nocturna, recibia al dominico con todo el respeto debido al favorito del inquisidor general.

— ¿Qué desea su reverencia? preguntó por fin el maestre algo alarmado.

— Hablar á estos tres señores, respondió José.

Mandamiento frunció las cejas.

— ¿Qué quiere este fraile? preguntó en voz baja Valero á Estévan.

— Ahora lo sabrémos, contestó el jóven conde, y diciendo esto, adelantóse hácia el jóven religioso.

Tendióle José amigablemente la mano; pero reusóla Estévan, quien lanzándole una mirada, le dijo:

— No os bastaba haberme vendido, que quereis tambien perderme, ¿no es verdad?

— Yo no os he vendido, respondió José en tono dulce y triste; vengo á consolaros y ayudaros.

— ¿Pero Dolores? prosiguió Estévan cuyos celos se dispertaban cruel é intensamente á la vista de aquel de quien sospechaba; ¡Dolores! ¿qué habeis hecho de ella?

— Dolores os será entregada sana y salva, continuó el dominico.

— Sí, porque yo la libertaré; yo, esclamó Estévan con impetuosidad, vuestras perfidias ya no me engañan, padre José, y si yo quisiera en este momento, prosiguió con amargura, ¡si yo quisiera!... Oid, padre José, vos habeis sido imprudente... ahora somos aquí cinco contra vos, y estos hombres me son adictos.

— La prueba de que no os temo, respondió José, es que he venido, y que he venido solo. Si os hubie-

ra vendido, ¿por qué os buscaria? ¿qué necesidad tengo de vos? creedme, Estévan, no desconozcais á vuestros verdaderos amigos; necesitais su socorro, y os lo ofrecen con toda la sinceridad de su alma.

—¡Vive Dios! esclamó repentinamente Rodrigo, este es el jóven religioso que el otro dia me libró del furor de sus cofrades.

—Reverendo padre, continuó acercándose á José, permitidme que os agradezca el socorro que me dísteis dos dias ha en la taberna de la *Buena Ventura*. He recobrado toda mi razon, añadió sonriéndose, y deseo probároslo, hermano mio.

—La razon no consiste en decir cosas sensatas, respondió friamente José, sino en decirlas á su tiempo y á propósito; cuando se siembra sobre la piedra, las aves del cielo comen el grano, y nada produce al que lo ha sembrado. Vuestras declamaciones os harán quemar vivo, creedme.

—No se atreverian, la Inquisicion me cree loco.

—La Inquisicion podria por fin apercibirse de que sois un loco peligroso, y trataros como trata á los sabios.

—¡Pues bien! esclamó Valero, ¿qué me importa? El martirio es una gloria hermosa.

Por segunda vez desde que conocia á José, Estévan habia sido vencido por aquella sencillez tan verdadera, por aquel encanto de atraccion que respiraba en todas las facciones del jóven religioso. Tendióle la mano á su vez, con aire franco y amigable; tomóla José y la apretó con afecto, diciéndole con voz dulce y encantadora.

—Seamos amigos, creedme..... amigos hasta la muerte... lo merezco... Un dia tal vez apreciaréis mucho á José.

Estévan aun titubeaba porque tenia dudas, mas *despues de vacilar* unos instantes, dijo: si quereis

convencerme, volvedme á Dolores y á su padre, y os creeré.

—Pensais, dijo José, que el santo oficio vuelve tan fácilmente sus víctimas?

—No, pero José, el favorito del inquisidor, hace lo que quiere en el santo oficio.

—José puede mucho, respondió el favorito, pero no puedo volveros un hombre á quien han cortado y quemado los miembros.

—¿Qué decís? preguntó vivamente Estévan:

—Digo que Manuel Argoso sufrió ayer el tormento del fuego y el del agua; digo que es imposible salvarle, pues que no puede andar.

—¡Pero Dolores! ¡Dolores! esclamó el desgraciado jóven con indecible angustia.

—Tranquilizaos con respecto á ella, Dolores no ha sufrido ningun tormento y yo la libertaré. Si despues del auto de fé no la encontrais en casa de Juana, haced de mí lo que querais, don Estévan... Yo no soy un adversario muy temible, añadió con ese profundo acento de tristeza que parecia constituir el fondo de su carácter.

—¿Jurais volverme á Dolores? preguntó Estévan.

—El juramento ha sido inventado por los traidores, respondió José; yo no juro, os lo prometo.

—¡Señores! esclamó el jóven Vargas, mános á la obra, y convengamos en los medios. Se trata de libertar á don Manuel Argoso ó de perecer. Hé aquí un ausilio que el cielo nos envia, añadió designando á José.

—Un fraile, esclamó el acre Valero; ¿de qué puede servir para una conjuracion?

—Yo confieso todos los dias, respondió José.

—¡Bien! ¡bien! dijo Valero; olvidaba que combatia *en las tinieblas*.

— Dios cambia el mal en bien, respondió José.

—¿Sois loco? dijo en voz baja don Gimeno á Estévan; ¿quereis entregarnos á ese inquisidor?

—Dios cambia el mal en bien, repitió Estévan; ¡y qué! Dios ha querido cambiar á ese inquisidor en un ser bueno y compasivo que nos servirá con todo su poder..... Tranquilizaos, don Gimeno, y nada temais. Veamos, maestre, prosiguió volviéndose hácia Mandamiento que aguardaba en un rincon el resultado de este conciliábulo; ¿estais pronto á prestarme todas vuestras fuerzas?

— Señor, respondió el maestre, segun sea: nuestras fuerzas pueden ser mas ó ménos considerables, segun la exigencia de los mandatarios y el salario ofrecido á la hermandad.

—No se regatea el salario, yo pagaré generosamente.

— Nuestro hermano Coco creo que ha hablado de doscientos mil reales.

— ¿No es suficiente, maestre? y no podeis con esta suma poner en campaña tres ó cuatro cientas personas?

— ¿Dónde quereis que las encuentre? dijo en voz baja don Gimeno.

— Encontraria veinte mil si necesario fuera, dijo José.

—¡Pues bien! maestre, ¿puede hacerse esto? continuó Estévan.

El maestre reflexionó algunos instantes; y al fin respondió:

— Sí, señor caballero; pero es preciso añadir veinte mil reales para los gastos de mudanza, porque me veré precisado á hacer venir hermanos de los pueblos de la redonda.

— Doy los veinte mil reales, esclamó don Gimeno de Herrera.

— En este caso, dijo Mandamiento, ¿ os serviréis hacerme esta promesa por escrito ? Yo voy á escribir el encargo en el registro de la hermandad.

— Si, dijo Estévan.

Tomó entónces el maestre un pliego de vitela de su registro y presentando la pluma á don Estévan, le dijo :

— Escribid, señor caballero; y Estévan escribió así.

« Yo Estévan, conde de Vargas, me obligo con mi honor y prometo pagar á Mandamiento, maestre de la hermandad de la Garduña, la suma de doscientos veinte mil reales, el dia despues del auto de fé real que se celebrará el 4 de junio del presente año.

Hecho en Sevilla el 27 de mayo de 1534.

ESTÉVAN, conde de Vargas. »

Y mas abajo, don Gimeno escribió lo siguiente.

« Me obligo y empeño mi honor para pagar la dicha suma al señor Mandamiento, en falta de don Estévan de Vargas, el dia despues del indicado arriba.

GIMENO DE HERRERA. »

— No sabe uno lo que puede acontecer, dijo á Estévan, permitid que salga fiador vuestro.

— Esto basta, señores. Ahora, debo tomar nota de vuestro encargo, continuó el maestre.

Y escribió en su registro:

« Encargo hecho á la hermandad de la Garduña por el señor don Estévan de Vargas, el 27 de mayo de 1534 :

« 1.° Disponer en favor de dicho caballero de cuatrocientas personas de la Garduña, así chivatos como

guapos, coberteras y serenas, que todas en su clase son igualmente útiles á la cofradía y concurren á su prosperidad.

2.° Disponerles el dia del auto de fé próximo, para matar al inquisidor general...»

— Borrad ; yo no he dicho esto, interrumpió Estévan ; solo le detendréis : nada de asesinato, señor Mandamiento.

— ¡No, ciertamente! dijo á su vez don José, tú le prenderás, oyes? y le conducirás á las hondas cuevas que hay en tu madriguera. Guárdate de matarle, añadió con animacion.

— Borrad, borrad la palabra *matar*, añadió Estévan.

El maestre fingió borrarla con su pluma en que no habia tinta ; porque habia tenido la precaucion de enjugarla con su vestido sin que nadie lo apercibiera, y continuó :

«Disponerlos para poder arrebatar al inquisidor general y libertar á su señoría el antiguo gobernador de Sevilla, injustamente detenido por el inquisidor. Y despues de haberle libertado, conducirle á la Garduña para entregarlo á don Estévan de Vargas.

— Ó á mí, interrumpió José.

— Su señoría es quien manda, dijo el maestre.

— Sí, sí, dijo Estévan, escribid : «ó al reverendo padre José, limosnero de su eminencia el inquisidor general. »

— ¿Hay mas? preguntó Mandamiento.

— Creo que eso basta, dijo don Rodrigo. Se entiende, señor Mandamiento, que nada olvidaréis para el buen éxito de esta empresa.

— Señor caballero, respondió el capataz con tono *arrogante*, ¿apreciais en nada nuestro honor y nuestra *reputacion*, que se comprometerian con un

descalabro de esta naturaleza?

— Añadid, dijo José:

« Retener al inquisidor general en las cuevas de la Garduña, hasta que el padre José permita á Mandamiento ponerle en libertad. »

— Inútil, respondió el maestre; cuando yo habré hecho del inquisidor lo que debo, vuestra señoría dispondrá lo que guste.

— Yo me encargo de él, dijo Manofina, que por respeto á la noble asamblea habia quedado mudo como su compañera.

— Te daré instrucciones acerca de eso, dijo Mandamiento lanzándole una mirada significativa.

— ¡ Bien! ¡ bien! maestre, se obedecerán vuestras instrucciones.

— Ahora, señores, dijo Valero, nosotros harémos lo demas.

— Hasta entónces, dijo á su vez el padre José; silencio y discrecion absoluta.

— El dia del auto de fé, añadió don Gimeno, encontrémonos con nuestros amigos en las avenidas de la plaza.

— Mis garduños nada tienen que hacer con vosotros, dijo Mandamiento; creedme, señores, no os mezcleis en ello. Se trata de librar al gobernador, ¿no es verdad? yo me encargo; mis guapos y yo harémos el negocio.

— Con todo, dijo Estévan, si llegase á trabarse una refriega, tal vez seria preciso que os ayudáramos.

— Es inútil, señores, preparad solamente al pueblo, no para que nos ayude, sino para que nos deje hacer; esto bastará.

— Una revolucion general salvaria á todas las víctimas, observó Valero.

— *¡Ha! este garduño* tal vez tiene razon, dijo el

jóven Vargas suspirando; tal vez debemos dejarle hacer.

—Sí, tiene razon, dijo José; una revolucion abierta solo serviria en este momento para redoblar las crueldades de la Inquisicion y aumentar el número de víctimas. Creedme, se han tomado todas las precauciones para defenderse en caso de necesidad, hállanse aprontadas numerosas tropas, y no es época de lanzar á ese pobre pueblo, que al fin es siempre la víctima en una insurreccion. Se trata de salvar al gobernador; usemos de astucia y no de audacia, no es este el momento. ¿Olvidais que el emperador Cárlos V debe asistir al auto de fé y que le acompaña una numerosa milicia?

—El padre José tiene razon, añadió don Gimeno de Herrera, una revolucion en aquel dia pareceria una conspiracion contra el rey, y nuestro único objeto es atacar á la Inquisicion.

—¡Pues bien! señores, ¿qué decidimos? preguntó Valero.

En este momento dieron un gran golpe en la puerta de la sala.

Todo el mundo se estremeció, escepto Mandamiento, que sin turbarse empujó una columna móvil, que girando sobre sí misma descubrió una abertura que daba á otra pieza débilmente iluminada, y era el gabinete del capataz.

—Entrad todos ahí, dijo el maestre.

Obedecieron, y Mandamiento volvió la columna á su lugar; fué hácia la puerta, y la abrió.

Era la Chapa que se precipitó llorosa en la sala.

—¿Qué es esto, Chapica? dijo el maestre; ¿se te ha pegado fuego á la casa?

—¿Dónde está mi hermano? preguntó ella temblando.

Mandamiento volvió á abrir el escondite.

—Nada temais, señores, dijo él, no hay peligro; podeis salir.

Todos volvieron á entrar en la sala.

—¡Oh! señores, esclamó la Chapa, ¡si supiereis la desgracia que acaba de suceder!

Y la gitana sufocada por sus lágrimas no podia hablar.

—¿Qué hay? preguntaron todos á la vez.

—¡El apóstol! señores, el padre de Sevilla....

—¡Bien! acaba.

¡Detenido!... ¡detenido por la Inquisicion! prosiguió con voz entrecortada por los sollozos.

—¡Oh Dios vengador! esclamó Estévan.

—Le han detenido al salir del sermon, continuó la hermana de Coco, bajo el pretesto de que habia predicado heregías.

—¡Pues bien! don Estévan, dijo Valero, ¡tened consideraciones pues con el dulce Pedro Arbués! ¡tenedlas con el rey que tales iniquidades permite!

—Don Rodrigo, ya llegará nuestro dia, respondió Estévan; la fuerza del hombre consiste en saber aguardar.

—Maestre, dijo á Mandamiento, vos obraréis solo con vuestros garduños; prenderéis al inquisidor y don Manuel Argoso.... Nosotros, señores, añadió, pensemos en preparar al pueblo; fácil será ganarle para semejante causa, que es la suya.

—No olvideis asegurar la persona de Pedro Arbués, añadió el padre José.

—Quede vuestra reverencia tranquilo, respondió Mandamiento. No se salvará su eminencia.

—Y los tres señores salieron juntos con José del palacio de la Garduña.

IX.

EL SERMON POR LAS ESQUINAS.

Eran las cinco de la mañana del 4 de junio de 1534, y la poblacion de Sevilla habia dispertado mas temprano de lo regular porque llamaba la atencion general un grande acontecimiento.

Era el dia del auto de fé; dia de fiesta solemne y sagrada, en que nadie debia trabajar, sino orar.

A dicha hora un grupo de gentileshombres, teniendo á su frente á don Rodrigo de Valero, recorrian las calles de Sevilla, hablando entre sí con aire misterioso, y deteniendo á veces la gente del pueblo que encontraban. Les hablaban durante algunos minutos; despues los manolos se iban con aire pensativo y preocupado como si hubiesen recibido una importante y grave confidencia.

La fisonomía de los caballeros era sombría y preocupada, iban de dos en dos, deteniéndose algunas veces en círculo para comunicarse una idea; despues continuaban el curso de su paseo y la propaganda popular, único objeto de esta escursion matutina.

Alguna cosa misteriosamente terrible como esas sordas convulsiones de la naturaleza que preceden á un huracan, agitaba al pueblo de Sevilla.

Aquel siniestro dia amenazaba revuelta y ruido.

Profundamente exasperado por las insinuaciones de Valero, de Estévan y de sus amigos, seducido hasta en el santo tribunal por la insidiosa elocuencia de José, que segun se lo dijo á Valero, trabajó en las tinieblas; el pueblo de Sevilla, casi enteramente compuesto de marranos, de moriscos ó de *judíos en apariencia* convertidos, aguardaba con una

cólera concentrada el dia del auto de fé real. Cansado de odiosas persecuciones que pesaban sobre él, cansado de su longanimidad que solo habia servido para aumentar la audacia y la crueldad de sus opresores, estaba en ese estado de exasperacion en el cual basta la mas ligera chispa para inflamarlo, para impelerle terrible y furioso como la llama del incendio, contra los obstáculos que le irritan.

Tal habia sido el resultado obtenido por el diestro Valero. En este momento podia realizarse para él la prediccion que habia hecho algunos dias ántes saliendo de la taberna:

— «Este pueblo ahora hará lo que yo quiera.»

Ayudaron á Valero en sus manejos los jóvenes señores que á la sazon le acompañaban, hombres ardientes, y prendados de esa grande y sublime cosa que llaman libertad, hija del cielo y tantas veces mal comprendida. ¿Acaso el hombre no adora las mas veces en lugar suyo á un ídolo vacío y disfrazado, obra imperfecta de sus propias manos?

Pero estos grandes corazones españoles no adoraban una vana palabra, una falaz imágen; sino la libertad, hija del cielo, que era el objeto de sus deseos y de sus votos; la libertad protectora y tolerante; esa vírgen sublime, hermana de la caridad cristiana, que cubre como ella á los pobres y á los pequeños con los pliegues de su blanca túnica, que los alimenta, que los consuela, que sopla con su aliento divino en las alas del genio abatido y desanimado diciéndole: ¡Anda! ¡anda! aquí estoy yo para abrirte el camino y para sostenerte. Esa vírgen celéstial, amante de los grandes corazones de todas las edades, era la que animaba á esos orgullosos españoles, que durante tanto tiempo lucharon contra el tigre inquisitorial; sublimes figuras, tipos de *nobleza, de* valor y de fuerza, inmortalizados

por el pincel de Murillo y de Velasquez.

—Valor, valor, amigos mios, decia Valero, llegamos al fin; esta jornada, sin embargo de lo que dice don Estévan, no será infecunda para la felicidad de España.

—¡Ah! respondió Estévan, ¿por qué no puedo yo transmitir al corazon del pueblo la conviccion que me anima, y hacerle en un dia libre y dichoso como espero lo que será, dentro de algunos siglos? Una sola cosa me aflige.... Este pueblo bueno, ingenuo y crédulo, á quien han dicho protegeréis hoy á los que quieren salvar á vuestro antiguo gobernador; este pueblo cree, por este solo hecho, dar un gran paso hácia la libertad.... y no hace mas que servir á un interés enteramente personal.

—Redoblar el odio del pueblo por sus opresores, dijo don Gimeno, ya es servirle; es prepararle para esa grande y general revolucion, que tarde ó temprano, habrá contra un poder inicuo é impío. En el grande proceso de un pueblo contra sus opresores toda causa particular está enlazada con la general.

Miéntras hablaba así, encontráronse detenidos por un grupo de frailes mendicantes medio borrachos; los cuales salian de una taberna en que habian pasado la noche.

Varios de ellos eran jóvenes, y sus rostros morenos y relucientes llevaban el sello de la golosina perezosa y de la indolencia de los bienes terrestres.

¿Qué necesidad tenian de darse pena cuando todo el mundo trabajaba para ellos?

Esos frailes de tez morena, cuello nervoso y andar algo desmadejado revelaban el vigor y la libertad de las razas del desierto, de las cuales proceden los andaluces y los valencianos, cuyo tipo se conserva aun actualmente; de manera que si poneis

un albornoz á un fraile español, tendréis un beduino.

Llevaban hábitos sucios, manos sucias, y todo lo que se veia de su persona manifestaba el mas completo desaseo.

La espresion de sus ojos, á la vez audaz y ambigua, repugnaba el pudor é inspiraba miedo.

Su barba negra ó gris estaba aborrascada y toda llena de partículas de eléboro, polvo fino y rogizo de que hacian los frailes mucho consumo, que se usaba entónces en defecto del tabaco, que no fué conocido hasta el tiempo de Catalina de Médicis.

Con todo, en caso necesario sabian echar una holgada capa de hipocresía sobre la torpeza de su alma.

Aunque algo embriagados, á medida que el aire fresco llegaba á su rostro recobraban la razon, y se iban preparando para su intento.

Habia mucha gente en la calle.

—Hermanos mios, dijo el fraile mas viejo, como hoy es dia de auto de fé no podemos elegir mejor dia para propagar la santa fé católica. Detengámonos aquí, que voy á exhortar al pueblo.

Al decir esto señala un pedrusco arrimado á una casa en cuya pared veíase un nicho en que la devota generosidad de los habitantes de la casa habia colocado una imágen de la Vírgen, delante de la cual ardia constantemente una lámpara.

Subió el fraile en el pedrusco, hizo la señal de la cruz, oró algunos instantes delante de la imágen; y despues volviéndose hácia la multitud que se habia agrupado á su alrededor, la bendijo y se preparó para principiar su sermon al aire libre.

En este momento Valero le interrumpió diciéndole:

—¡Fraile! debias aguardar haber dormido para predicar y *no* venir aquí despues de una noche de

borrachera, á profanar la palabra de Dios. ¿Ignoras que todo lo que pasa por labios impuros se vuelve impuro?

Miró el fraile con indecible cólera al que osaba apostrofarle así.

—No le hagais caso, reverendo padre, dijo uno de los otros frailes, es Valero el loco, que tiene derecho de insultar á todo el mundo.

—¿Qué haces por aquí á esta hora? prosiguió dirigiéndose al anciano señor.

—Vengo á ver como los escribas y fariseos se sientan en el púlpito de Moisés,[1] replicó severamente Valero.

—¡Miserable loco! ¿callarás? esclamaron los frailes.

Continuó Valero en tono profético mirando al pueblo, á quien pasmaba tanta audacia.

—Todas las cosas que os dicen que observeis, observadlas y hacedlas; pero no imiteis sus obras, porque ellos no hacen lo que dicen.[2]

—¿Callarás? repitió el predicador.

—Dejadle, dijo el pueblo, dejadle hablar, y Valero prosiguió sin desconcertarse:

Ellos atan insuportables pesos, y los ponen sobre las espaldas de los hombres; pero no quieren levantarlos con sus dedos.[3]

—Hermanos mios, principió el predicador, en este dia de glorificacion para Nuestro Señor, en que la Iglesia triunfante alcanza la victoria sobre las heregías que desolan la tierra...

—¡Serpientes! ¡raza de víboras! interrumpió Valero; vosotros haceis morir á los justos y á los pro-

[1] San Mateo.
[2] *Idem.*
[3] *Idem.*

fetas, y la sangre de los justos y de los profetas caerá sobre vosotros.[1]

Estas enérgicas palabras sacadas del Evangelio tuvieron inmenso eco en el pueblo. Pocos habia en aquel gentío que no tuviesen en el corazon una viva llaga que estas palabras exhacerbaban profundamente. Un sordo murmullo se oyó al rededor de los frailes, y si no les silvaron fué porque á la sazon se mezclaba una íntima tristeza al desprecio y á la cólera del pueblo; esperimentaban el deseo de vengarse; pero de vengarse grandemente, como lo hace algunas veces cuando está colmada la medida.

—Rodrigo de Valero olvida los desbarros de tu juventud, dijo el predicador con sarcasmo.

—Rodrigo se ha arrepentido y Dios le ha perdonado, replicó el anciano; pero vosotros conoceis el mal, y con todo perseverais en él. Pensad que la cólera de Dios algunas veces se hace aguardar; pero es segura; y por lo mismo todos vosotros iréis allí donde hay llantos y crugir de dientes.[2]

— « El vino y las mugeres no son heregías[3] » dijeron los frailes en mal latin; el infierno es para los hereges.

— ¡Id! les gritó Valero, infieles depositarios de la ley de Cristo, vosotros cuyo corazon está lleno de rapiña y destemplanza; id á esquilar los corderos que el buen pastor llevaba sobre sus espaldas, para enriqueceros con sus despojos. ¡Id, vampiros! á chupar en la sombra la sangre de los que se han sumergido en el sueño.

—El loco es mas racional que todos nosotros, dijeron algunas gentes del pueblo.

[1] San Mateo.
[2] Idem.
[3] Máximas de los frailes durante las disputas del catolicismo y del protestantismo. (*Meiner, hist. de la Reforma*).

—Estos frailes estan borrachos, añadieron otros; vámonos de aquí.

El grupo de manolos y manolas que se habia formado en torno del predicador se deshizo repentinamente y dispersóse por las calles. Viéndose los frailes sin auditorio se alejaron murmurando entre dientes, y lanzando miradas de odio al que ellos llamaban loco.

El reloj de la catedral dió las ocho.

Un gran tumulto se esperimentó en la multitud que obstruia las calles, y el pueblo se dirigió al palacio de la Inquisicion.

Notábanse un gran número de hombres que no se perdian de vista, aunque sin afectarlo, y solo de cuando en cuando se dirigian miradas de inteligencia.

Algunos se acercaban pronunciando en voz baja estas dos palabras: *Dios y libertad*.

Todos estos eran del complot.

Se metian entre los demás abriéndose paso con los codos; y cuando llegaron delante del palacio de la Inquisicion, habian logrado ponerse al frente de la multitud ávida y curiosa de esas lúgubres tragedias tan frecuentes y con las cuales la divertian como con un espectáculo.

La procesion salia en aquel momento del palacio del santo oficio.

Abrian la marcha los carboneros que eran en número de ciento; cada uno de ellos llevaba una pica y un mosquete. [1]

1 ***Los carboneros abrian la marcha.*** **Los carboneros de las ciudades en que habia un tribunal inquisitorial tenian derecho de ser del cortejo que formaba las procesiones en los autos de fé; pero este derecho les imponia un *deber* ó por mejor decir era una medida enteramente inquisitorial de satisfacer el valor de la leña que *el santo oficio gastaba* para quemar á los hereges: los carboneros *de todas las ciudades en* que la Inquisicion habia establecido ho-**

Venia luego una gran cruz blanca, estandarte de los hijos de santo Domingo de Guzman, llevada por un religioso de la órden; despues los dominicos con su ordinario hábito. En el pecho, en medio del escapulario negro que les llegaba á sus piés brillaba una gran cruz blanca[1], y colgaba de la cintura un largo rosario.

Esta milicia sagrada era innumerable; porque los dominicos pululaban en España.

Seguia luego el duque de Medina-Cœli llevando segun el privilegio concedido á su familia, el gran estandarte de la fé,[2] que era un pendon de damasco en el cual estaban bordadas por un lado las armas de España, y en el otro una espada desnuda rodeada de una corona de laurel, con este mote; *Justicia y misericordia.*

gueras debian suministrar *grátis* toda la leña necesaria para los autos de fé. La santa Inquisicion conocia sus intereses.

[1] El hábito de los dominicos se componia de una túnica blanca, escapulario y capa negros, capucho redondo y negro forrado de blanco; y se distinguian por la cruz que llevaban encima del escapulario. Esta cruz era de paño blanco y encarnado para los trinitarios; encarnado y blanco, es á decir, el tronco encarnado y los brazos blancos para los mercenarios, y blanco para los dominicos; los *carmelitas* no llevaban cruz.

[2] No le bastaba á la Inquisicion entontecer al pueblo, reducirle á la mendicidad, para hacer un rebaño de esclavos, no se contentaba con tan poco, valióse de todos los medios para hacerle infame. A fin de lograrlo principió por hablar y obrar en nombre de Dios, despues exigió que cada ciudadano se volviese un espía, pero los españoles preferian dejarse quemar como hereges que aceptar el innoble papel de denunciador. Entónces la Inquisicion, siempre fecunda en espedientes cuando se trataba de hacer mal, encontró el medio de *ennoblecer* y *santificar* la delacion. Hizo conceder por los papas varias indulgencias á los que tendrian la *virtud* de denunciar al santo oficio los enemigos de la fé; la indulgencia plenaria, y aun el cielo se ofrecian á cualquiera que en caso necesario seria bastante *buen cristiano* para denunciar á su pariente, á su propio hijo, á su propio hermano y aun á sus padres; y ademas de las indulgencias que la Inquisicion obtuvo del Papa para los denunciadores, pidió á los reyes, que no osaron rehusar los privilegios y honores para sus familiares. Asi es que Cárlos V eximió de todo cargo concejil y de todo servicio á cualquiera que hubiese denunciado *diez hereges*, moriscos, apóstatas ó judaizantes ó que se hi-

Detrás del noble duque venian los grandes de España y los familiares *patronos* [1] de la Inquisicion. Estos últimos eran en gran número. El poder mas inicuo siempre tiene numerosos satélites, porque como el terror y el interés personal son grandes móviles ¡y el egoismo es la lepra de la humanidad!

La multitud miraba silenciosa desfilar el cortejo. Los frailes y los familiares marchaban humildemente con la cabeza baja, murmurando entre labios las sublimes preces de la Iglesia de Cristo, que nada significaban saliendo de la bóca impura de esos hombres de corazon helado, que conocian á fondo el formulario de los devotos; ¡pero ninguna de las prácticas de verdadera piedad!....

A pesar suyo el pueblo permanecia mudo y aterrorizado en presencia de esa pompa de la muerte.

Pronto aparecieron los condenados, que eran cincuenta, é iban mezclados hombres y mujeres, ancianos y niños, sin distincion de rango ni sexo.

Iban al frente las víctimas condenadas á penitencias ligeras, llevaban un san benito de lienzo, con

ciese alistar en la milicia de Cristo, es decir, que se hiciese familiar. Finalmente, llegó un tiempo en que un gran señor hubiese sido considerado como sospechoso si no hubiese pertenecido directa ó indirectamente á la Inquisicion; lo cual ademas era el medio mas seguro de conservar su fortuna. La Inquisicion llevó tan léjos su audacia, que pidió y obtuvo para la casa de Médina-Cœli, del Papa Adriano, exinquisidor general de España, el *honroso* título de porta estandarte, siniestro en los autos de fé solemnes, es decir, en aquellos á los cuales el rey asistia. La casa de Medina-Cœli era y es aun hoy dia la que está mas cercana al trono; de manera que faltando príncipes de sangre real, el heredero de los Medina-Cœli debe subir al trono.

1 Los familiares *patronos* eran con respeto á la Inquisicion lo que los celadores de policía de las ciudades son con respecto á los comisarios; los familiares no patronos, cuyo número era infinito, correspondian perfectamente en cuanto á las funciones que ejercian, á los espias de la policía secreta. Los soldados de Cristo, los arqueros de la Santa Hermandad, y algunos otros grandes señores *que por* fanatismo ó por miedo se habian afiliado en la Inquisicion, *constituian lo* que el autor llama los familiares patronos. *Venian luego los esbirros.*

una grande cruz de san Andrés de paño amarillo en el pecho; con la cabeza descubierta y los piés desnudos que se les magullaban con las asperezas del camino.

La actitud de estos pobres desgraciados era triste y humilde; conocian que aunque se hubiesen librado de la muerte, la Inquisicion señalándoles con el dedo, los condenaba á una eterna infamia. No atreviéndose á destruir su vida material, aniquilaba su vida moral; y á esto llamaban *ligeras penitencias*. [1]

Detrás de las primeras víctimas venian los condenados á galeras, á azotes y á cárcel. [2]

Despues de estos marchaban los condenados al fuego, que gracias á una confesion tardía, habian obtenido el favor de la estrangulacion. [3] Llevaban un *san benito*, en el cual habia pintados diablos y llamas vueltas hácia bajo, y en la cabeza una *coroza* [4] de tres piés de alto.

Los que debian ser quemados vivos iban al último. Su san benito estaba cubierto de figuras diabó-

[1] El lector sabe ya que toda persona condenada á llevar un *san benito*, era eternamente inhábil para todo empleo civil y para todo destino público, y que esta condena se estendia á toda su posteridad !!!

[2] Los que la Inquisicion *penitenciaba* ligeramente y condenaba á llevar el san benito, eran despues del auto de fé, conducidos á una casa ó á un convento en donde trataban de instruirlos, *á fin* de fortificar su fé, y algunos meses despues les volvian la libertad, despues de haberles hecho jurar sobre los Evangelios de no revelar jamás *ni por escrito ni de palabra, ni por medio de figuras*, lo que habian visto en el interior de la Inquisicion. No sucedia lo mismo á los condenados á azotes ó á galeras; pues los primeros quedaban muchas veces en las cárceles del santo oficio, donde morian; los últimos eran generalmente olvidados en los presidios, en donde el san benito que llevaban les hacia el objeto del desprecio de sus compañeros de infortunio; pues ningun asesino, ningun falsario, ni ningun miserable de esos que habian merecido la horca, y que gracias á la venalidad del juez, habian ido á presidio, no hubieran querido asociarse con un *ensanbenitado*.

[3] *Véase la nota* pág. 223.

[4] *Véase la nota* 2 de la pág. 4.

licas, pero con llamas ascendentes y llevaban igualmente coroza.

Todos los condenados, sin distincion, llevaban un cirio de cera amarilla en la mano.

Los que estaban condenados á muerte iban escoltados por dos familiares y dos religiosos. Estaban generalmente flacos, pálidos, lívidos; varios de ellos solo podian andar ayudados de los religiosos y de los familiares que los llevaban mas bien que no los sostenian.

Era una procesion de agonizantes que iban al encuentro de la muerte.

Entre estos iba el último el infortunado don Manuel Argoso.

Rotos todos sus miembros, debilitado por sus dolores morales, por el régimen del calabozo, por el tormento del agua, que habiéndole roto varios vasos de su pecho, le causó vomitos de sangre, Manuel Argoso no andaba; quemados sus piés hasta los nervios, no podia sostenerse y le llevaban dos familiares. Dos frailes dominicos que tambien le ayudaban á andar, le exortaban con voz adulzarada para que se convirtiera; pero el desgraciado conde de Cevallos parecia haber perdido hasta el sentimiento de la existencia.

Su rostro terreo y lívido tenia ya el color de la tumba, y sus ojos empañados y fijos, tenian aquella direccion oblicua que toman los de los moribundos en el momento en que próximos á dejar la tierra, tal vez dirigen sus miradas hácia otra patria.

¿Quién es capaz de sondear los misterios de la agonía y de la muerte, de la postrera lucha entre la forma terrestre y el hombre inmaterial?

A la vista de su antiguo gobernador, de ese hombre *justo, dulce*, caritativo á quien habian amado *como á un padre*, las gentes del pueblo, ardientes

y sensibles como todo lo que es primitivo, se sintieron conmovidas hasta á punto de llorar; pero no se atrevian á manifestar claramente su compasion. Muchos ocultaban la cabeza entre sus manos, fingiendo que oraban para ocultar sus involuntarias lágrimas.

Al momento en que los condenados al fuego salieron de la cárcel, los garduños confundidos entre el gentio, con un rosario de enorme longitud, y teniendo á su cabeza á Mandamiento, se colocaron en procesion á los dos lados de las víctimas, y siguieron devotamente al cortejo orando con fervor. Dos guapos fuertes y robustos se colocaron cerca del gobernador; y varios chivatos iban por delante y detrás de ellos orando y dando todas las señales esteriores de la mas profunda piedad.

Un gran número de garduños se habian mezclado entre las gentes del pueblo, que preparadas por Estévan y sus amigos, se prestaban sin saberlo á esa conjuracion misteriosa, se separaban por sí mismos, sin decir nada, cada vez que un garduño tenia necesidad de ir ó de venir libremente segun el puesto que queria ocupar: era como por un convenio tácito.

A medida que desfilaba la procesion, nuevos garduños acudian de los dos lados y se incorporaban devotamente con ella.

Por fin comparecieron las últimas víctimas, las que desafiaban el tormento y las llamas [1]!.... Esto es, los muertos.

Ni aun á estos se les habia querido dejar la paz de la tumba. No pudiendo quemar su carne, quemaban sus huesos y su estatua. Estaban encerrados en baules; y las imágenes de los que ya no exis-

[1] *La Inquisicion* hacia quemar los huesos de los que hacia morir *en los calabozos.*

tian, las llevaban en estatuas de carton al lugar del suplicio para entregarlas á las llamas.

La Inquisicion hubiera ido á buscar sus víctimas al paraíso ó al infierno, con tal de satisfacer su *santa* venganza!

Todo el tiempo que duró el paso de los mártires, un profundo y religioso silencio reinó en la multitud, que seguia con ojo ávido, tierno, su marcha lenta y penosa. Triste y horrible á la vez, era ver á esos frailes impíos ó fanáticos, con un crucifijo en la mano y palabras de paz en los labios, exortando á las víctimas de su barbarie, en nombre del que pendiente de la cruz, perdonó á sus verdugos.

¡Oh! como en esos tiempos de fanatismo y de opresion religiosa, se cumplian aquellas proféticas palabras del Hombre Dios:

«Yo no he venido á traer la paz á la tierra, sino la espada.[1]»

Porque el divino reformador sabia cuanto tendrian que sufrir sus discípulos de todas las edades, de parte de los *escribas* y *fariseos*, raza impura que se perpetúa por la afiliacion y no por la *creacion*, y se alimenta de cadáveres como los gusanos del sepulcro....

Pronto un gran pateamiento de caballos anunció la presencia de los inquisidores.

Los consejeros de la Suprema, los inquisidores ordinarios, y los miembros del clero formando una inmensa cabalgata, seguian á los mártires.

El inquisidor general cerraba la marcha, escoltado por sus guardias de corps, y José iba á algunos pasos delante de él.

A medida que desfilaba la cabalgata, algunos *garduños* se escalonaban á los dos lados, siempre

[1] San Mateo.

rezando lentamente su rosario.

En el momento en que pasó el inquisidor general, Manolina seguido de su fiel Culebrina, se puso humildemente á caminar al lado de él orando aun con mas fervor que los otros.

Algunos instantes despues se oyó un ladrido prolongado; era la señal que debia advertir á Mandamiento que la procesion habia salido toda.

Entónces el maestre, que era el punto de mira de los garduños, hizo la señal de la cruz y besó la medalla de su rosario.

Apénas habia hecho esta señal convenida en la víspera, cuando los dos guapos que estaban cerca del gobernador, separaron violentamente á los familiares que lo llevaban, levantaron á Manuel de Argoso en sus brazos de hierro, miéntras que los chivatos contenian á los familiares, y se alejaron con la rapidez del rayo.

El gentío abrió espontáneamente paso para favorecer la fuga; y los garduños desaparecieron como por encanto en las calles tortuosas de Sevilla.

Los religiosos que escoltaban al gobernador, así como los que habian visto el golpe, espantados y temiendo una revolucion, arrojaron á lo léjos el crucifijo y quisieron escaparse; pero la multitud se habia apiñado alrededor de ellos, y les fué imposible salir.

Los Garduños se habian escurrido prudentemente uno despues de otro; los demás habian continuado orando y siguiendo la procesion.

El inquisidor general á causa de la distancia no habia apercibido nada.

Oyóse otro ladrido á algunos pasos de Mandamiento, y al punto el guapo, con la rapidez de un chacal, saltó sobre la grupa del caballo en que iba el *inquisidor general*, clavóle el puñal en medio de

despues en vez de seguir la procesion, se escurrió entre la multitud y llegó á la calle donde vivia Juana. Al estar delante de la puerta de la casa morisca, abrióla con una llave que llevaba en la mano, entró y cerró la puerta tras sí.

Este fraile era Dolores, con lo cual José habia cumplido su promesa.

X.

EL AUTO DE FÉ.

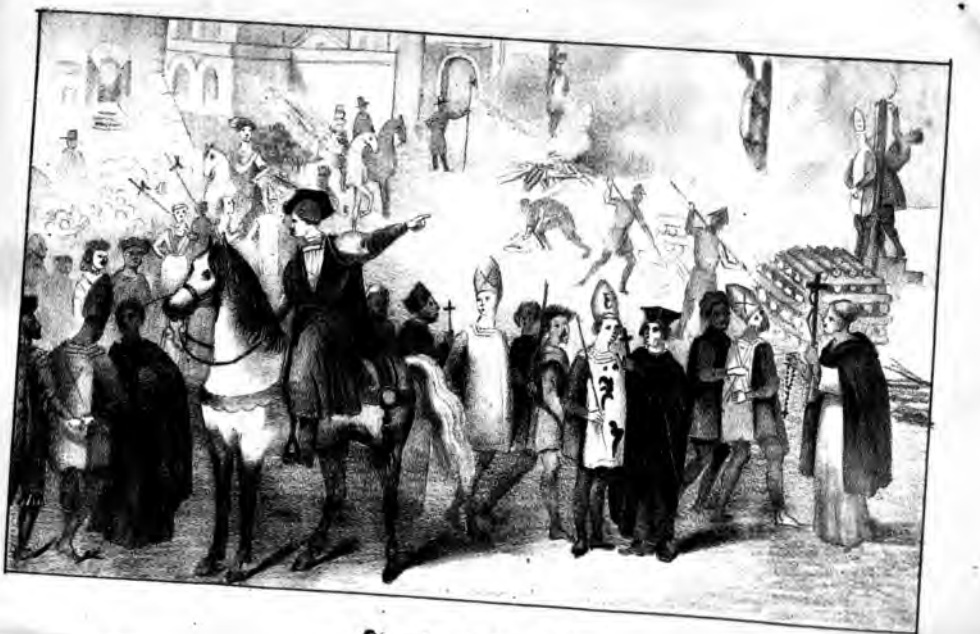
Miéntras que la procesion salia del santo oficio, la *plaza mayor* en que debia celebrarse el auto de fé se llenaba poco á poco de gente.

En la mas ancha fachada de la plaza, delante del palacio ó mas bien de la casa ocupada por el rey y su comitiva, que pertenecia al duque de Medina-Cœli, habia levantado un cadalso de cincuenta pies de largo, al nivel del balcon real.

A la derecha del cadalso, y en toda su latitud se levantaba un anfiteatro destinado á los consejeros de la Suprema, y á los demas consejeros de España, y encima de esa gradería veíase el asiento destinado al inquisidor general. Este asiento era mucho mas alto que el balcon del rey, porque el inquisidor representaba el poder *papal*, que es *superior* á todos los poderes terrestres.

A la izquierda y frente al primero habia otro anfiteatro, destinado á los condenados, y en medio, frente al balcon del rey, habia otro muy pequeño, en el cual estaban colocadas dos jaulas en las que se encerraban á los reos miéntras que se les leia la sentencia.

Frente á esas dos jaulas habia dos púlpitos; debajo del primer anfiteatro un altar, y cerca del altar es



BIBLIOTECA BODLEIANA

taba clavada una cruz verde cubierta con un crespon negro.[1]

Rodeaban el resto de la plaza los balcones destinados á los embajadores, á los grandes de la corona y tablados para el pueblo. Numerosos dominicos arrodillados en el teatro oraban con humilde fervor; otros celebraban misas relevándose para que el santo sacrificio se celebrara sin interrupcion. Esos frailes estaban allí desde el dia antes, ayunando y orando por la redencion de sus víctimas.[2]

¿Al fanatismo de aquellos que estaban de buena fé, y cuyo número era muy corto, qué nombre podia dársele?

En medio de la plaza, en un ancho y permanente cadalso de piedra, se podian contar quince hogueras formadas de leña resinosa, de substancias

[1] La víspera del auto de fé una procesion compuesta de carboneros, de dominicos y de familiares, salia de la iglesia de la Inquisicion é iba á la plaza en que al dia siguiente debia verificarse la ceremonia; llegada allí, se acercaba al altar erigido para que los frailes pudiesen decir misas para el alma de los que iban á entregar á las llamas; y á la izquierda del altar ponian una cruz verde rodeada de una gaza negra. « Esta cruz era una señal que indicaba á los transeuntes el luto de la Iglesia por la pérdida de las almas de los hereges obstinados que iban á quemar. » Colocada la cruz, la procesion se volvia y los dominicos se quedaban á pasar la noche en la plaza salmodiando y diciendo misas.

[2] Algunos historiadores y entre ellos M. Edgar Quinet suponen que los inquisidores eran mas bien fanáticos que perversos. Este juicio hace el elogio de los que lo emiten; mas en cuanto á mí que he nacido en España, he podido apreciar á los frailes y á los inquisidores en su justo valor; yo que me he alimentado en la historia de mi pais, y que he hojeado las antiguas crónicas que nadie lee; creo que la piedad que afectaba á los inquisidores por sus víctimas, y los cuidados que ellos parecian tomar por la salvacion del alma de los que inmolaban á la ambicion de los reyes y á la insaciable avaricia de Roma, solo era un cálculo mas inicuo, mas cruel que sus mismas crueldades. Obrando así, los inquisidores cegaban al público, é impedian apiadarse de los infortunados que sacrificaban á millares. Los inquisidores y los frailes españoles han sido infames y crueles hipócritas, y de ningun modo fanáticos; pues estos generalmente tienen costumbres puras, y ¿digaseme si jamás han existido en el mundo hombres mas impúdicos perversos, usureros y corrompidos que los inquisidores y la *generalidad de los frailes españoles y el clero romano*?

oleosas y de paja, para que la combustion fuese mas rápida.

Cada condenado tenia la suya, cual un lecho ardiente en que debia terminar su terrible agonía.

En los cuatro ángulos de este cadalso habia cuatro grandes estatuas de yeso, colocadas cual inmóviles centinelas. Al rededor de cada una de esas estatuas se habian levantado cuatro montones de leña muy inflamable.

Esos preparativos de destruccion eran horribles.

El lugar donde se levantaban las hogueras se llamaba quemadero.

El emperador Cárlos V ocupaba ya el balcon real.

El traje del rey era sencillo y severo, pero elegante; y en nada diferia del de los señores de su corte. Con todo se le reconocia fácilmente por el color rubio de su barba, particularidad notable que distinguia al rey católico de España, el hijo de la casa de Austria, y que le era comun con el último soberano de Granada, Boabdil, el rey de la Alhambra, que vertió lágrimas tan amargas cuando despojado de su reino y desterrado de Granada, se detuvo para arrojar la última mirada á su ciudad querida.[1] Cárlos V tambien amaba á Granada; aun existe cerca de la Alhambra el magnífico palacio principiado por el vencedor de Fez.

Un gran número de damas ricamente ataviadas ocupaban el balcon real.

1 El autor alude á Boabdil el Chico, último rey moro de Granada, en el momento en que este rey se detuvo en una colina frente á la ciudad, y se puso á llorar, cuya accion su madre le reprendió con estas palabras: «¡Razon es que al despedirte de Granada llores como muger, ya que no fuiste para defender tu reino como hombre!» *El sitio en que lloró Boabdil* se llama aun hoy dia el *Suspiro del moro.*

Los entablados destinados al pueblo se llenaban rápidamente. Despues del rapto del gobernador, la multitud, que no tenia ya ningun interés de curiosidad para quedar cerca de la procesion, se habia trasladado luego al paraje en que podia esperar satisfacer su gusto natural por los espectáculos y las ejecuciones: gusto depravado comun á todos los pueblos, y que la civilizacion sola, una civilizacion bien entendida, podria hacer que desapareciera, desarrollando en esas naturalezas algo salvages los sentimientos morales á espensas de los instintos físicos.

En el momento en que llegó la procesion á la plaza mayor, Cárlos V, á pesar de su deferencia por el santo oficio, fruncia ya las cejas con aire descontento porque la increible actividad del espíritu del emperador no se acomodaba con su retardo.

Por fin, respiró porque iba á principiar la ceremonia.

Los carboneros se colocaron en el teatro á la izquierda del balcon real. Los consejeros de estado ocupaban por órden de gerarquía, las gradas que les estaban destinadas.

Entre tanto los reos dieron la vuelta al cadalso, y pasando por debajo del balcon del rey, fueron á sentarse en el catafalco de la izquierda. Los religiosos y los familiares que los acompañaban no los abandonaron continuando exortándoles.

El duque de Medina-Cœli, por derecho se colocó en el balcon del rey.

Su yerno, el duque de Mondéjar, como consejero de Castilla, sentóse entre los consejeros.

Isabel hija del conde, ocupaba un asiento entre las damas junto á S. M.; su actitud era triste y abatida por un profundo pesar.

Finalmente, el inquisidor general, subió á su

vez las gradas que conducian á su trono mas alto que el consejo de la Suprema, y sentóse con *triunfante humildad* en el ancho sillon guarnecido de franjas de oro; dominando así á los principales dignatarios del reino, y al rey mismo, que tenia la bondad de sufrirlo.

Pronto reinó un profundo y fúnebre silencio entre el inmenso gentío; y un sacerdote dominico, vestido con sus ornamentos sacerdotales, principió el sacrificio de la misa.

Era un estraño espectáculo.

Frailes de todas las órdenes, milicia innumerable que formaba casi la cuarta parte de la poblacion, oraban humildemente arrodillados; en aquel momento la multitud dominada por un sentimiento indefinible, de terror supersticioso y fanática devocion, inclinaba la cabeza golpeándose el pecho. Cada uno procuraba ante todo mostrarse celoso y devoto; pues era peligroso el no aparentarlo.

La misa continuó así hasta el Evangelio; mas en aquel momento todo el mundo se levantó.

Un fraile dominico subió á uno de los púlpitos puestos á los dos lados de las jaulas de madera levantadas en medio del teatro; y en el otro se colocó el relator del santo oficio.

Entónces el inquisidor general bajó de su asiento; y al llegar al pié del anfiteatro, José, su limosnero, puso una mitra de oro en la cabeza de Pedro Arbués, y le revistió de una capa; y de este modo se adelantó hasta el balcon del rey. Siguiéronle algunos oficiales llevando la cruz, el libro de los evangelios, y otro libro que contenia la fórmula del juramento que debia prestar el soberano.

Pedro Arbués subió las primeras gradas del anfiteatro hasta la cuarta, para estar siempre colocado mas alto que el monarca.

Allí se detuvo, y con voz fuerte y sonora, dirigiéndose al emperador católico, gritó:

—Señor, ¿V. M. jura *protejer* la fé católica romana, estirpar las heregías, y apoyar con todo su poder real los actos de la Inquisicion?

El altivo emperador se puso en pié, descubrió su real frente ante la cual se descubrian todas las demás, y respondió con voz clara y firme.

—¡Lo juro!...

Entónces volviéndose el inquisidor hácia la asamblea, é interpelándola colectivamente, gritó para que se oyese en todos los ángulos de la plaza:

—Todos vosotros, hijos de la Iglesia Romana, que estais aquí presentes, jurais cada uno segun vuestra capacidad y fuerzas, defender y proteger la fé católica, apostólica, romana; perseguir y denunciar á los herejes, y dar auxilio á todos los actos de la Inquisicion?

—¡Lo juramos! ¡lo juramos! respondieron en coro millares de voces.

Casi toda la poblacion de Sevilla estaba reunida en la plaza ó en sus alrededores.

—¡Bien! ¡bien! dijo el inquisidor acompañándolo con un movimiento de mano, y añadió: ahora silencio, y escuchad.

Pedro Arbués volvió á subir lentamente las gradas del anfiteatro y se restituyó á su sillon.

El dominico que debia predicar hizo la señal de la cruz y principió su sermon en estos términos:

«Hermanos mios,

Inquisitio superior regibus, la Inquisicion es superior á los reyes, porque el poder del cielo es superior á los poderes de la tierra, la Inquisicion es la puerta del paraiso. La fuente de agua viva con la cual debemos regar todos nuestros corazones como terrenos áridos, de lo contrario el Santo Espíritu

res, porque aquella confesion estaba arreglada á la célebre confesion de Augsburgo.

—¡Basta! ¡basta! esclamó el inquisidor para obligar á que callara el valiente reformista; pero don Cárlos continuó con voz atronadora:

— Declaro que quiero morir en la religion de Lutero, que es la verdadera fé del Evangelio, y no en la religion romana, doctrina corrompida que el clero católico ha acomodado á sus vicios!

—Que pongan una mordaza á ese hombre, dijo Pedro Arbués; escandaliza á la Iglesia de Jesucristo.

Obedecieron los esbirros, y don Cárlos de Seso obligado á callar, escuchó su sentencia sin palidecer.

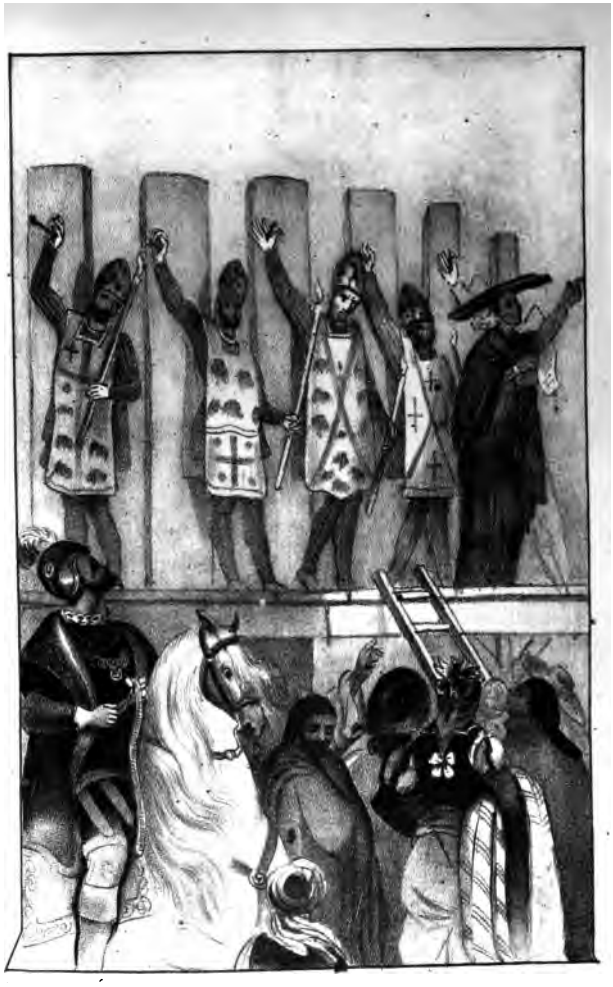
Entre tanto en la jaula inmediata á la suya, Francisco Domingo de Boxas, anciano sacerdote dominico que habia demostrado tanto valor en la audiencia en que le hemos visto, guardaba un silencio obstinado, y rehusaba responder al sacerdote que le exhortaba.

Llegado el momento de leer su sentencia, escuchó hasta el fin sin decir nada, sin manifestar el menor miedo de la muerte; pero al bajar del cadalso, volvióse hácia el rey gritando:

— Muero por la verdadera fé del Evangelio, que es la de Lutero.

Miéntras que don Cárlos de Seso y Domingo de Boxas bajaban del cadalso para ir á la hoguera, los atormentadores, armados de grandes clavos y un martillo, se acercaron á una enorme cruz de madera que habia en el cadalso, apoyada sobre dos toscos bancos.

En aquel momento condujeron delante de esa cruz diez hereges judaizantes condenados á las llamas. *Esos infelices* pusieron cada uno en la cruz una



Suplicio del Laso.

mano que fué clavada sin piedad en expiacion, segun decian los inquisidores, de la crucifixion de Jesus.[1]

Cuando el clavo penetró en las carnes, los desgraciados dieron un ahullido terrible; pero los atormentadores sin conmoverse continuaron clavando con la mayor sangre fria del mundo. En este estado, del que no los sacaron hasta al momento de llevarlos á morir, se les leyó la sentencia.

Siguieron luego un sacerdote y su criado, despues dos religiosos[2] condenados á las llamas y á la estrangulacion; despues por fin tocó la vez á los condenados á galeras, y á cárcel perpetua ó simplemente á azotes.

Entre estos se notaba á Guillermo Franco, marido infeliz, condenado á cárcel perpetua por no haber querido sufrir en su casa á un sacerdote que habia seducido á su muger.

Miéntras se leia la sentencia de estos últimos, los condenados al fuego habian vuelto á ocupar su puesto.

La multitud redobló la atencion y el recogimiento.

El rey Cárlos V permanecia meditabuudo y sombrío; un gran pensamiento parecia ocupar aquel es-

[1] En el auto de fé celebrado en Valladolid en 1636, los inquisidores presentaron á Felipe IV, que asistió con toda su familia, un nuevo género de suplicio hasta entonces desconocido. Este suplicio, al cual los verdugos de Roma sometieron diez desgraciados Israelitas, consistia en clavarles en una cruz de san Andres y tenerles en aquella posicion durante la lectura de su condena.

[2] La Inquisicion no perseguia solo á los seglares. Todo eclesiástico que no secundaban sus actos de iniquidad ó que se negaba á propagar las doctrinas inquisitoriales, doctrinas que tendian todas á embrutecer la especie humana y despojar los pueblos en provecho de Roma; en una palabra, todo eclesiástico hombre de bien, era por esta cualidad, objeto de las persecuciones del santo oficio. La Inquisicion ha hecho quemar vivos centenares de sacerdotes y religiosos; de cuya verdad puede cualesquiera convencerse, leyendo *todo lo que se ha escrito acerca de la Inquisicion.*

piritu profundo, aquel genio audaz que tal vez no cometió mas que una falta, la de someter demasiado los hombres y las cosas á su interés particular; el esceso de su despotismo y de su ambicion le hizo constantemente esclavo. Nacido con un espíritu recto, vasto y justo, Cárlos V se sometió casi constantemente á las exigencias de Roma, porque creyó indispensable el concurso de Roma para el sosten de su poder. Error muy grave de los reyes, que en todos tiempos los ha perdido.

El terrible espectáculo de un grande auto de fé al cual Cárlos V asistia por la primera vez, le hacia á la sazon adivinar una gran parte de los abominables abusos de la Inquisicion, sobre los cuales le habian tantas veces engañado.[1] Tal vez en aquel momento nacia ya en su alma el proyecto que ejecutó un año mas tarde, de quitar al santo oficio la jurisdiccion real, y desterrar al inquisidor general de Castilla Alfonso Manrique.[2]

Algunos pretenden que este gran rey se inclinó en los últimos años de su vida, á las doctrinas reformadas que habian tan vivamente combatido, y despues de su muerte se encontraron en la celda del monge de Yuste una multitud de inscripciones que atestiguaban una tendencia muy pronunciada á la religion luterana.[3]

[1] Adriano Florencio, del que ya hemos hablado, y despues de él Alfonso Manrique que abusaron escesivamente de Cárlos V respecto á la Inquisicion; por lo demás, es presumible que todos los inquisidores han engañado á los reyes; á no ser asi, ¿cómo calificar á los soberanos que dejaban diezmar de esta suerte la España, la Italia, Portugal, la India y todas las Américas, y que léjos de oponerse como lo podian, ayudaban al santo oficio con todo su poder? Neron hubiera sido un soberano muy benigno, comparado con esos soberanos católicos.

[2] Alfonso Manrique fué desterrado en 1535 por Cárlos V, que *no quiso perdonar* al inquisidor general la prision de Virués, *predicador favorito* del emperador.

[3] *Véase la nota* de la pág. 8 del tomo 2º

Por fin el relator acabó la lectura de las sentencias y el sacerdote continuó la misa.

Concluida esta, Pedro Arbués se levantó, y pronunció en alta voz la absolucion de los que se habian arrepentido.[1]

Miéntras tanto, todos los que habian sido condenados á ligeras penitencias volvian á la carcel del santo oficio escoltados por arqueros de la *Santa Hermandad;* los cuales no debian oir su sentencia hasta al dia siguiente ó algunos dias despues.

Entre tanto las infelices víctimas condenadas á las llamas habian llegado al lugar del suplicio: Pedro Arbués, siempre orgulloso y altanero bajo su humildad de sacerdote, ostentaba una magestad real mayor que el monarca mismo. En aquel momento gozaba el doble triunfo de orgullo y de crueldad. Sin embargo el rapto del gobernador de Sevilla le inquietaba mucho. Su venganza se le escapaba en el momento en que iba á satisfacerla. El feroz dominico meditaba ya nuevos suplicios para la valiente jóven que le habia resistido. Toda su cólera se acumulaba contra Dolores.

El insensato ignoraba que en aquel mismo momento la presa acababa de escapársele.

José investigaba con su mirada aquella fisonomía en la cual estaba acostumbrado á leer desde mucho tiempo; sombrío y desdeñoso, ocultaba bajo una impasibilidad completa los prolongados latidos de su corazon; pero el que hubiera contemplado atentamente su noble rostro, fácilmente hubiera visto bri-

[1] *La absolucion.* En el auto de fé el inquisidor general de la provincia en que se ejecutaba el auto de fé, pronunciaba la absolucion de todos los condenados que habiendo *confesado*, habian vuelto á entrar en el seno de la Iglesia; pero esta absolucion no importaba el perdon; solo servia para levantar la escomunion en que incurria toda persona herética ó acusada de heregía, y para *abrir las puertas del cielo* á los que *morian* como buenos cristianos, es decir, *á los que estrangulaban* ántes de entregar á las llamas.

llar en sus grandes y relucientes ojos la fiebre interior que le devoraba.

Actor de un largo y terrible dráma marchaba á pasos agigantados hácia el desenlace, y al acercarse este momento supremo, hermoso pero estraño, su rostro se revestia de cierto sentimiento trájico fatal é inspirado.

Los ojos del jóven dominico seguian con increible atencion todos los incidentes del auto de fé.

En el momento en que las víctimas subian juntas á la hoguera, una especie de sollozo convulsivo agitó el pecho del favorito; sus ojos poco ántes tan brillantes, se cubrieron de una nube y se arrodilló cubriéndose el rostro con las manos para ocultar una lágrima involuntaria bajo la apariencia de un acto piadoso.

Entónces el rey dejó el balcon, y al entrar en sus aposentos, la hija del duque de Mondéjar se arrojó á los piés de Cárlos V; y bañada en lágrimas levantó hácia el cielo las manos suplicantes.

— ¿Qué me quieres, hija mia? preguntó el rey sorprendido.

— ¡Perdon! señor, perdon, para mi novio que está en las carceles del santo oficio!

—Hija mia, dijo el rey enternecido en vista de tanto dolor, muy pequeño es mi poder para con la santísima Inquisicion, creo que el mejor intercesor que puedes tener en este asunto es tu abuelo el duque de Medina-Cœli que aquí está.

— Señor, respondió el anciano, el que debia ser mi yerno ha deshonrado su título de caballero, de gentil-hombre y de cristiano; el santo oficio se ha ensañado contra él, y don Cárlos se ha hecho justicia librándose con la muerte de un infame suplicio:

se ha estrellado la cabeza contra las paredes de su calabozo.[1]

A esta cruel réplica del gran porta estandarte, Cárlos V no pudo reprimir una esclamacion de horror y de piedad; la infeliz muchacha habia caido en tierra desmayada.

Medina-Cœli hizo una seña, y dos mugeres se llevaron á la infeliz Isabel.

El rey se alejó en silencio con aire profundamente afectado, en el momento en que las ejecuciones iban á principiar, y todas las miradas se dirigian á la hoguera.

El espectáculo era sorprendente y desgarrador.

Cada uno de los condenados estaba arrodillado al pié de la hoguera que debia devorarle.

Los frailes con un crucifijo en la mano, oraban y exortaban á las víctimas con una persistencia inaudita. Nadie se habia aun confesado.

Los diez hereges judaizantes subieron primero á la hoguera, cuatro de ellos fueron encerrados en las estatuas[2]: los seis restantes se dejaron atar con gran valor; la obstinacion natural á la nacion judía, y á la in-

[1] Hemos dicho ya que una de esas mugeres que llamaban beatas se habia suicidado en los calabozos del santo oficio, cortándose la garganta con sus tigeras; no es este el único suicidio perpetrado en las cárceles de la Inquisicion. En 1819 se encontraban seis acusados de fracmasonería en un calabozo de la Inquisicion de Valencia. Un carcelero enviado para *probar* á uno de ellos, es decir, para procurar obtener una *revelacion*, le dijo entre otras cosas, que si él no confesaba ni descubria sus cómplices, le iban á someter al tormento. El acusado no confesó nada; pero al dia siguiente los seis presos estaban muertos; unos á otros se habian ahogado y el último se habia asfixiado con los gases mefíticos de los escrementos que contenian los vasos que habia en el calabozo.

[2] *En las estatuas.* He aquí lo que se lee en Llorente: « Los muchos condenados á la hoguera motivó el que el corregidor de Sevilla se viese precisado á hacer construir fuera de la ciudad un cadalso permanente de piedra, en el cual se colocaron cuatro enormes estatuas de yeso; las cuales estaban vacías por la parte interior á fin de encerrar los nuevos cristianos relapsos, para hacerles perecer lentamente en medio de una horrible combustion. Ese cadalso llamado *quemadero*, no hace mucho que aun existia.

violable adhesion á la fé de sus padres, les inspiraba en aquel momento estremo el heroismo de los mártires.

Pronto se levantó un humo espeso y negruzco al rededor de esas diez víctimas; los verdugos acababan de pegar fuego con antorchas.

A la vista de las llamas que empezaban á levantarse, los dos jóvenes religiosos, condenados á morir como luteranos, se volvieron con angustia hácia su confesor, y esclamaron:

— ¡Padre mio! ¡padre mio! confesadme, quiero convertirme.

Arrodillóse el religioso cerca de ellos, oyó su confesion forzada, arrancada por el miedo y la violencia; despues pronunció las palabras de paz sobre la cabeza de las dos víctimas, de las cuales la ménos jóven tenia veinte años.

Entónces los atormentadores las condujeron cerca de Francisca de Lerma, que tambien debia ser estrangulada.

Tenia la abadesa de las Carmelitas una palidez amoratada; su tez en otro tiempo tan blanca y pura, era marmórea con manchas azuladas, y sus grandes ojos tan orgullosos y tan bellos, habian perdido aquel brillo metálico que los asemejaba á dos magníficos zafiros.

Las otras dos jóvenes víctimas que debian morir cerca de ella estaban pálidas y heladas, y un temblor convulsivo agitaba sus miembros, la agonía comenzada ya, dejaba poco que hacer al verdugo.

Dos atormentadores se acercaron á ellas, las sentaron en la banqueta, las ataron al palo, aplicaron

¿Qué podia esperarse de un tribunal que principiaba así? (*Hist. de la Inquisicion*, 3.ª parte, cap. 1.º)

El quemadero de Sevilla fué construido á principios del siglo XV. *Sus ruinas existian* aun en 1823.

la argolla al rededor de su cuello blanco y delicado... y en seguida el verdugo dió vuelta al tornillo...

Las ajusticiadas inclinaron la cabeza adelante con una convulsion general; sus ojos se vidriaron, su rostro se volvió purpúreo, violado, y despues lívido.... Oyóse un ligero estertor.... y se concluyó: habian acabado de padecer.

La agonía de Francisca fué más prolongada; pues en el momento en que el verdugo le aplicaba la argolla al rededor del cuello, recobrando una energía repentina, tendió los brazos hácia el anfiteatro; su ojo apagado, reanimado por un instante, rayó con salvaje energía, y esclamó mirando al inquisidor general:

— ¡Sacerdote indigno! maldito se....

La última sílaba de esta palabra se perdió en el postrer aliento de Francisca. El verdugo habia dado vuelta al tornillo con tanta fuerza, que la víctima espiró de repente.

No léjos de la hoguera que consumia los restos de las tres religiosas, don Cárlos de Seso y el esforzado Herrezuelo rechazaban con invencible resolucion las instancias de sus confesores.

A don Cárlos, ya atado al poste fatal, le habian quitado la mordaza.

Arrodillándose entónces el sacerdote delante de él en la misma hoguera, presentándole el crucifijo, le repitió varias veces:

—Hijo mio, confesáos para ser absuelto.

—Dejadme en paz, respondió don Cárlos, y volviéndose á los atormentadores les gritó con voz atronadora:

— ¡Pegad fuego! ¡pegad fuego!....[1]

[1] *Segun Llorente*, don Cárlos de Seso era un noble caballero *de Verona, hijo del* obispo de Placencia, en Italia. Refiere de...

Los verdugos obedecieron, y don Cárlos desapareció entre torrentes de humo.

A algunos pasos de él estrangulaban á Domingo de Boxas, [1] y á otros dos sacerdotes que al momento de ser quemados les habia faltado el valor y acababan de confesarse.

Viendo la cobardía de Domingo que habia abrazado como él la doctrina de Lutero, don Cárlos ya alcanzado por las llamas, hizo un gesto de desprecio como para decirle:

—Eres un cobarde, es preciso tener valor de su conviccion.

En aquel momento, el criado de uno de los sacerdotes, atado al poste y alcanzado por las llamas que habian ya quemado las cuerdas que le ataban, se lanzó fuera de la hoguera; pero viendo en el cadalso á su amo acabado de estrangular, y á don Cárlos que se dejaba quemar tranquilamente, volvió á subir animosamente á la hoguera gritando á los verdugos con toda su fuerza:

—¡Leña! ¡leña! poned leña; que quiero morir como don Cárlos de Seso.

Herrezuelo subió en aquel momento á la hoguera.

En vano le exhortaban los religiosos para que se convertiera; Herrezuelo valiente y burlesco, solo contestaba con amargo sarcasmo; ya las llamas comenzaban á alcanzarle; pero él parecia insensible, y su rostro en nada demostraba sus atroces sufrimientos.

Uno de los arqueros que rodeaban su hoguera,

de las primeras familias del pais, don Cárlos era, segun el historiador, un hombre hábil y sabio, que habia prestado eminentes servicios á Cárlos V. Fué detenido en Logroño y conducido á las cárceles secretas de la Inquisicion de Valladolid, donde un año despues le advirtieron que se preparara á morir. Fué quemado en Valladolid en el mes de octubre de 1559, bajo el reinado de Felipe II.

[1] *Véase la nota* de la pág. 50, tomo 2º.

irritado de tanto valor, le clavó su lanza, de cuya ancha herida salió la sangre á borbotones, y el noble Herrezuelo espiró con calma heróica. [1]

Algunos reconciliados y condenados á llevar perpetuamente el *san benito* de lienzo con la cruz de san Andrés volvian tristemente á su casa, muertos civilmente, cadáveres vivientes destinados á alimentar el terror que inspiraba el santo oficio, ¡testimonio mudo de su abominable despotismo!

Largas haces de rojizas llamas se elevaron entónces hácia el cielo envueltas en torrentes de humo espeso y nauseabundo. El olor fétido de los cadáve-

[1] El licenciado don Antonio Herrezuelo, abogado de la villa de Toro, en Castilla la Vieja, fué condenado como luterano, y murió en la hoguera sin demostrar el menor arrepentimiento. Miéntras le conducian al suplicio, el doctor Cazalla, otro condenado, le dirigió en particular algunas exhortaciones que redebló al pié del cadalso; pero fuéron inútiles; pues Antonio se burló del discurso del doctor, aun despues de verse atado en el poste, en medio de la leña que comenzaba á arder. Uno de los arqueros de la Inquisicion furioso al ver tanto valor, clavó su lanza en el cuerpo de Herrezuelo, cuya sangre manaba aun cuando empezó á quemarse. (*Hist. de la Inquisicion*).

Don Antonio Herrezuelo murió, sin proferir una sola queja, en el auto de fé celebrado en Valladolid en 1559, en presencia del príncipe don Cárlos y de la princesa Juana. « Un número considerable de grandes de España, señores de todas condiciones y damas distinguidas, ocupaban los puestos principales, con todo el esplendor de lujo, durante esta horrible ceremonia. » En este mismo auto de fé perecieron el doctor Agustin Cazalla de Vibero, sacerdote y canónigo de Salamanca, limosnero y predicador de Cárlos V, cuyo doctor fué estrangulado ántes de ser quemado. — Francisco Cazalla, su hermano, cura de Hormigos, quemado vivo. — Doña Beatriz de Vibero y Cazalla hermana de ambos estrangulada ántes de ser quemada. — Alfonso Perez, sacerdote de Palencia, doctor en teologia, degradado y estrangulado ántes de ser quemado; y otras nueve personas entre las cuales ninguna habia dogmatizado, varias de ellas se habian convertido, pidiendo solo vivir cual buenos católicos; pero la Inquisicion prefirió suponer que su arrepentimiento era causado por el temor de morir. Además de las víctimas condenadas á la hoguera, hubo varias que se *reconciliaron*, es decir, que fueron condenadas á perder sus bienes y su libertad (lo ménos que tomaba la Inquisicion). Entre estas últimas, se distinguian dos miembros de la familia de Agustin Cazalla, Juan Vibero Cazalla, condenado como hereje, á llevar el *san benito* perpetuo, y doña Constanza Vibero y Cazalla *condenada á la misma pena.* ¡Esta última dejó catorce hijos!!

res quemados se mezclaba al olor resinoso de la leña de pino ó de alerce, pábulo de las hogueras.

Los sacerdotes y los frailes arrodillados en la plaza, oraban en voz baja golpeándose el pecho, y el pueblo arrodillado como ellos, permanecia encorvado bajo una profunda impresion de terror y de piedad.

Por momentos subian en medio de esas siniestras hecatombes horribles y prolongados gritos, estertores, lastimeros suspiros; del seno de las estatuas ardientes en que estaban encerrados los infelices judíos, se escapaban de cuando en cuando ahullidos sordos y desgarradores, parecidos á gritos de angustia salidos de las entrañas del infierno.... lúgubre eco de ese inmenso concierto de agonía.

¡Un mortal silencio reinaba entre el pueblo!...

De vez en cuando la severa voz de los sacerdotes dominando esos diversos ruidos, dejaba oir un versículo del *De profundis* ó del *Miserere*; lúgubre salmodía que se mezclaba como horrible parodia entre los lamentos humanos, el estertor de los agonizantes y el chisporroteo de las llamas. Poco á poco fueron estas disminuyéndose; hiciéronse mas débiles y mas raros los suspiros, los llantos y los lamentos, ¡el pueblo fué despejando la plaza lentamente! Alejáronse las grandes corporaciones del Estado.

Todo se habia concluido, y sobrevenido la noche.

El clero y los frailes se quedaron los últimos.

Entónces de lo alto de su trono mas que real, Pedro Arbués pudo contemplar la hoguera que entónces pareeia un inmenso brasero esparcido de manchas negruzcas.

Anchas bocanadas de humo se levantaban en los aires, cual grandes y sombrías nubes. En medio de *las hogueras*, uno que otro tronco de cedro que acababa de consumirse, daba aun pálidos resplando-

res en aquella profunda obscuridad.

Pedro Arbués contempló con infernal delicia aquella vasta arena de destruccion....

Rey de la muerte se entronizaba sobre la nada.

Despues murmuró levantando los ojos al cielo estas terribles palabras del Salmista:

«Que Dios se levante y sus enemigos serán dispersados. Y los que le odien huirán ante él. — Tú les arrojarás como el viento arroja al humo, como la cera se derrite en el fuego. Así los inicuos perecerán delante de Dios.»

Y con el alma tranquila, se alejaron el inquisidor y el clero del teatro de sus crímenes.

Así terminó esta memorable jornada.

XI.

UN MÁRTIR.

Cuando los dos guapos hubieron salvado el gobernador, se habian rápidamente escurrido por enredadas revueltas de las calles de Sevilla, las mas estrechas y tortuosas del mundo.

El pueblo habia protegido tan bien su fuga, que ántes que pudieran ser alcanzados por los esbirros de la Santa Hermandad, habian llegado á la puerta de Juana, la cual se habia abierto ante ellos como por sí misma, sin que se encontraran ya las huellas de los guapos ni del gobernador: nadie habia podido seguirles, ni ver donde se refugiaban; y despues, en un dia de auto de fé, tenian mucho que hacer para empeñarse en perseguirlos.

Estévan, Dolores y Juana aguardaban juntos el éxito de este acontecimiento. Estaba Juana atisbando por el agujero de la pared de su casa que daba *á la calle*, por aquella especie de ventana cerrada

con una piedra donde Dolores fué entrevista por Pedro Arbués el dia en que este anunció á los habitantes de Sevilla el auto de fé que á la sazon se celebraba; y al ver llegar á los guapos con su preciosa carga, les abrió rápidamente la puerta: con mucha precaucion depositaron en un ancho sofá de la sala á Manuel Argoso, padre de Dolores, que no daba señal de vida. Sus brazos y sus manos colgaban inertes á lo largo de su cuerpo casi helado; sus ojos estaban enteramente cerrados, su rostro sin color, y sus miembros rotos de varios puntos estaban cubiertos de llagas sanguinolentas y de cicatrices medio cerradas.

Su cabeza, poco ántes poblada de espeso y negro cabello, quedaba casi enteramente calva, y el poco que restaba alrededor de las sienes habia tomado el color blanquizco y enfermizo que no es el de las canas en la vejez, y aquella flexibilidad lacia é inerte, testimonio verídico de una completa atonía y de una próxima desorganizacion. En cambio las uñas le habian crecido estraordinariamente; pero amarillentas, blandas como las de un niño ó las de un hombre que sale del baño.

Viendo Dolores á su padre en tal estado no pudo contener un grito lastimero. Estaba tan pálida y debilitada por los sufrimientos de la cárcel, que no pudo resistir á ese último golpe; cayó arrodillada delante del mueble en que Argoso estaba tendido, y con sus labios secos y descoloridos besó la mano ya lívida de su padre, la mano querida y venerada que tantas veces la habia bendecido.

Pero el infeliz gobernador no contestó á ese apreton filial; la mano que comprimia Dolores permaneció muda y glacial entre las de la hija.

— ¡Oh Estévan! ¡Estévan! esclamó ella con terror *que iba en* aumento, mirad, ¿no responde ni aun

á mis caricias!... Su mano está fria.... Su corazon no late.... ¡Estévan! ¡decidme que mi padre vive aun!...

Abrumado Estévan por ese nuevo é imprevisto dolor, y por la desesperacion de su amada, así como habia quedado estupefacto al ver el rostro lívido y desfigurado del gobernador, acercóse tímidamente y puso la mano sobre el corazon de Manuel Argoso. Aun latia, pero tan débilmente y á tan largos intervalos, que mostraban ser sus últimas pulsaciones.

Seguia Dolores todos los movimientos de Estévan con miradas llenas de angustia y cubiertas de lágrimas.

Pero él no se atrevia á hablar; permanecia tímido; tenia la inmensa desesperacion, el dolor santo de una hija, que despues de tantos esfuerzos y resignacion, no encontraba á su padre mas que para estrecharle cadáver entre sus brazos.

— ¿Y bien? preguntó ella temblando; ¡y bien! respondedme Estévan.... hablad, ¿qué esperanza me queda?

— El corazon aun late, dijo el jóven, convendria hacerle respirar alguna esencia.

— Tomad, tomad, dijo Juana, sacando de su bolsillo un pomito de cristal de rosa preciosamente guarnecido de un tapon de oro cincelado y lleno de esencias orientales, vivificantes y saludables, productos preciosos de la alquimia de aquel tiempo, mucho mas adelantada, especialmente entre los Orientales, que de lo que actualmente se cree.

Cojió Dolores vivamente el frasco, y lo hizo oler á su padre, él hizo un ligero movimiento de cabeza; sus ojos hasta entónces cerrados se entreabrieron.

Dolores lanzó un grito de alegría, y levantando entre *sus brazos la* adorada cabeza de su padre, la

apoyó mas cómodamente en las almohadas de terciopelo.

—¡Oh Estévan! aun vive, dijo ella con esperanza.

En efecto, Manuel Argoso acababa de abrir los ojos; pero como los de un ciego de nacimiento, miraban y no veian; porque una sombra mortal los cubria. Con todo, ese velo pareció disiparse poco á poco. Manuel Argoso pareció apercibirse ligeramente de lo que pasaba á su alrededor; el oido, único órgano que no habia sufrido alteracion, fué el primero que renació en aquel cuerpo moribundo. Volvió la cabeza hácia el lado en que oia hablar, para reunir sus ideas fugitivas y enterarse del sitio en que se encontraba.

Luego abrió los labios, y murmuró débilmente:

—El fuego....

Creia estar en el auto de fé.

Todos callaron, escuchando con el mas profundo silencio.

—Hija mia... Estévan.... dijo el gobernador en voz baja, miéntras que sus miradas fijas en sus hijos arrodillados delante de él, vagaban del uno al otro sin reconocerlos.

—¡Padre mio! esclamó Dolores.

—¡Silencio! dijo Estévan, callad; dejadle, que vuelva en sí.

—Tomad, dijo Juana, dadle cordial.

Y presentó á Dolores en una copa de plata vino rancio de Alicante de unos diez años, mezclado con una ligera tintura de aloes.

Mojó Dolores los labios de su padre; despues le introdujo con mucho trabajo en la boca algunas gotas del cordial, cuyo benéfico licor parecia reanimar *su sangre* casi helada. Su rostro poco ántes tan pá*lido, se coloreó* repentinamente de una tinta fugiti-

va; su vista incierta se detuvo en el rostro de Dolores con indecible espresion de amor, de dolor y de pesar, porque acababa de reconocerla.

Sonrióle débilmente con indecible ternura, y luego paseó lentamente su débil mirada de Dolores á Estévan y á Juana.

—¿En dónde estoy? murmuró por fin.

—Entre amigos, entre verdaderos amigos; respondió Dolores; estais salvado, padre mio, y pronto saldrémos de España.

—Sí, sí... salid lo mas pronto posible, dijo Manuel con voz que iba progresivamente debilitándose.

—Con vos, padre mio, dijo á su vez Estévan arrodillándose ante el gobernador, al lado de su querida Dolores.

Al verlos así, Manuel Argoso pareció sentir un sumo gozo. A pesar de la estrema debilidad de sus miembros rotos por el tormento y ya envarados por la muerte, levantó penosamente sus dos brazos, tomó la mano de su hija, la puso en la de Estévan, y murmuró con una espresion de alegría celestial:

—Yo os bendigo, no os separéis jamás, y huid... huid....

—¡Con vos! ¡con vos! repetia Dolores desolada.

—¡Sí!... llevaos mis cenizas.... ellos las arrojarian al viento.... adios.... amaos.... siempre....

Estas palabras entrecortadas por los últimos suspiros de la agonía, habian estinguido lo poco que quedaba de vida en aquel cuerpo destrozado.

Manuel Argoso cerró los ojos, su cabeza quedó colgando hácia atrás, su cuerpo se envaró con una ligera convulsion, y la mano helada de la muerte detuvo en sus labios un nombre comenzado.

Era el de su hija.

Dolores no dió ningun grito, no vertió ninguna lágrima; *volvióse* hácia Estévan con los ojos enju-

tos, los labios blancos y convulsivos; y juntando las manos con aire suplicante, le dijo mirando al que acababa de espirar.

— Él nos seguirá, ¿no es verdad?

— A todas partes, respondió Estévan.

Besó piadosamente Dolores la frente pálida de su padre; despues cubrió su rostro con un ancho velo de batista que le entregó Juana; y en aquel momento llegó José.

Por la actitud de los personajes que ocupaban el aposento, comprendió luego lo que acababa de pasar, y sus dos manos se contrajeron convulsivamente por un movimiento enérgico de desazon y cólera.

Su presencia enterneció profundamente á Dolores, cuyos ojos que hasta entónces habian permanecido enjutos y ardientes, se inundaron en tristes lágrimas; arrojóse llorando en los brazos de ese fiel amigo que la habia salvado; despues con un gesto de mudo y elocuente dolor, le señaló el cadáver que parecia dormir en calma y tranquilidad.

— He hecho cuanto he podido, ¡Dios mio! dijo José con enternecimiento.

— Lo sé, dijo ella; vos habeis arriesgado vuestra vida; pues si el inquisidor hubiese descubierto....

— ¡Mi vida! interrumpió el jóven religioso con aire de indiferencia y de abatimiento; ¿qué vale mi vida, y para que puede servir?

Arrastró Estévan al jóven dominico al otro aposento para no turbar el religioso silencio de la muerte.

Dolores permaneció arrodillada ante el cadáver de su padre.

— Padre José, dijo Estévan cuando estuvieron solos, el difunto nos ha mandado dejar la España; *perseguidos* como somos, es cosa muy difícil; sin *embargo*....

—Yo providenciaré, dijo José.

—Nos ha mandado llevar sus restos.

—De eso me encargo tambien, respondió el jóven dominico, partiréis dentro de tres dias, cuyo plazo me es indispensable para prepararlo todo. Hasta entónces, permaneced ocultos; no os dejeis ver por Sevilla, pues vuestra existencia se hallaria comprometida. El tigre que la ha conservado por capricho, podria por otro contrario privaros de la libertad.

—Sí, dijo Estévan, como lo ha hecho por....

José miró á Estévan con aire significativo; no queria participar á Dolores la prision de Juan de Avila.

—Pero, dijo Estévan, vos hablais de un capricho de Pedro Arbués; el inquisidor confio estará entre las manos de Mandamiento; pues la Garduña rara veces falta á sus espediciones.

—La Garduña ha ejecutado mal nuestras órdenes, dijo José; no se ha apoderado del inquisidor, ha querido matarle; y como el inquisidor lleva una coraza, Manofina ha errado el golpe. Pedro Arbués está libre, está furioso, y su cólera se estiende á cuanto le rodea. ¡Qué será al saber la fuga de Dolores! por lo tanto, sed prudentes, y sobre todo tened paciencia: tres dias pronto pasan.

—A veces son muy largos, dijo Dolores acercándose á ellos para saber su resolucion.

Las crueles exigencias de su posicion les prohibia dar libre curso á su santo dolor. Lo que tienen de mas amargo los grandes infortunios, es que ni dejan el derecho de afligirse con libertad. Los proscritos deben precipitar ó devorar sus lágrimas porque no les es permitido llorar.

—Es verdad, dijo José repitiendo la frase de la jóven; ¡tres dias son á veces muy largos! y sin embargo es preciso saber aguardar.

—¡Oh! Dolores, en medio de los males que os afligen queda un consuelo, un amigo de toda la vida, elegido y bendecido por vuestro padre. Creedme, el porvenir aun puede sonreiros; y á vuestras alegrías no les faltará la venganza, ese ministro de Dios que toma muchas veces una forma humana para cumplir las voluntades de su divino Señor, ¡y que entónces se llama Justicia!... Dios, el justiciero eterno, no ha olvidado las iniquidades de Pedro Arbués. Él le alcanzará en su trono de oro, en medio de las pompas de sus desórdenes y desenfrenada vanidad....

—Padre José, me dais miedo, dijo Dolores temblando; estais sombrío y terrible como la fatalidad.

—Soy fuerte como la justicia, respondió José...; pero añadió con amarga sonrisa, mi alma está triste y desolada como el desierto. No me regocijaré hasta el dia del castigo, cuando Dios levantará su grande voz para gritar al verdugo de Andalucía:

—¡Basta! ¡basta! desaparece del teatro de tus crímenes; estoy ya cansado de asesinatos y persecuciones.

Hablando así José era hermoso y terrible como el ángel del Apocalípsis, y ante él estuvieron para prosternarse Estévan y Dolores.

Pero por una de esas transiciones repentinas que le eran familiares, llamó á Juana, que estaba en un aposento inmediato, y le dijo:

—Prepárate para seguirnos dentro de algunas horas.

Despues se alejó prometiendo volver por ellos á su tiempo.

Entre once y doce de la misma noche Estévan, Dolores y Juana, llegaban á la puerta de Mandamiento.

Dos guapos iban delante para servirles de escolta.

Detrás venian otros dos á alguna distancia; llevando en hombros con mucha precaucion y cierto respeto, un cofre de madera cuidadosamente cubierto de paño y atado con cuerdas.

Escoltábanles dos guapos para avisar en cualquier lance.

De vez en cuando Dolores se volvia para asegurarse de que el precioso baul les seguia, y que nada detenia la marcha de los garduños.

Llegados á la puerta de Mandamiento, los dos primeros guapos llamaron de un modo convenido; el maestre abrió y las siete personas y el baul fueron misteriosamente introducidas en el *palacio* de la Garduña.

XII.

ÚLTIMO DIA DE DISIMULO.

En aquella misma noche, José solo en su casa, sentado delante de una mesa de piés curvos, llena de libros acéticos, contaba una á una é iba añadiendo al monton, despues de haber notado el total de cada valor en una cuartilla de papel blanco, una gran cantidad de letras de cambio que acababa de tomar en casa de un banquero judío.[1]

Era la fortuna del jóven fraile.

[1] Sabido es que las *letras de cambio* fueron invencion de los judios; pero lo que se ignora tal vez, es que los Israelitas en España crearon las letras de cambio para garantir sus fortunas de la avaricia de Fernando de Aragon y de la rapacidad de la Inquisicion; por cuyo medio ellos y los moriscos enviaban sus capitales al estranjero ántes de desterrarse ellos mismos. De modo que ese papel que actualmente es una de las cosas que hacen prosperar mas el comercio, facilitando las operaciones, en el siglo XVI fué un instrumento de ruina para la España, que gracias á la insaciable avaricia de Roma y á la crueldad con que la Inquisicion la secundaba, vió pasar la mayor parte de sus riquezas á Francia, á Alemania y á Holanda.

—¡Bien! dijo con satisfaccion, cuando hubo concluido sus operaciones de cálculo; esto podrá ahora transportarse adonde se quiera, y los pobres muchachos tendrán con que vivir.

Despues colocó cuidadosamente las letras en una pequeña cartera de seda encarnada, junto con una carta que acababa de escribir, una sortija de oro que quitó de su dedo y cabellos cerrados en un medallon muy pequeño.

Atólo luego todo con una cinta verde que selló con cera del mismo color.

Hecho esto, metió la cartera en un bolsillo abierto entre los pliegues de su hábito. Tomó otra cuartilla de papel, y escribió en latin:

«Sereis juzgado mañana, pero vuestro arresto no ha sido comunicado al consejo de la Suprema. Haced valer esta falta de formalidad; el santo oficio se verá precisado á soltaros.»

—Esto, dijo hablando entre sí, para entregar á Juan de Avila mañana ántes de la audiencia; y metió el papel en la manga.

—¡Vamos! prosiguió, ¡aun debo llevar algunas horas esta pesada cadena de disimulo y de mentira! con algunas horas mas de trabajo, ¡estará cumplida mi venganza! ¿No he desempeñado hasta aquí mi tarea con valor? ¿no he servido dócil y complaciente á las pasiones y vicios de ese monstruo que diezma la Andalucía? ¿No he hecho en su nombre una sangrienta auréola, siniestro estandarte que llama al odio y á las revueltas? ¿No he escavado lentamente con mis débiles manos el abismo en que debe hundirse? ¡Oh Inquisicion! ¿no he logrado hacerte bastante infame y odiosa en la persona del mas criminal de tus miembros, para que la España levantándose toda entera como un solo hombre á la señal que voy á darle, derroque para siempre ese

insaciable coloso?... ¡No importa! yo derribaré la primera piedra de ese edificio de muerte: ¡sígame la España si tiene valor!

— ¡Oh! ¡Dios mio! dijo luego inclinando la cabeza entre sus dos manos con aire de abatimiento indecible, ¡Dios mio! ¡qué fatiga!.... cuando llegará pues el descanso... ¡Qué horrible jornada es esta!... ¡Oh! estas llamas, estos gritos de agonía! me persiguen por todas partes..... por todas partes se me aparecen lívidos rostros, espectros helados.... por do quiera vuelvo á ver al..... que yo amaba..... al que tantos años ha me está continuamente gritando: ¡ven! ¡ven!.. ¡Oh! los muertos tal vez participan de la eterna clemencia de Dios, y solo conocen el perdon... ¿Acaso soy criminal porque me vengo?....

—No, no, prosiguió levantándose con febril exaltacion; yo obedezco la voz de Dios..... ¡Solo soy el instrumento de la justicia divina!..... Aguarda, aguarda tú que me llamas; ya está cerca el dia, no aguardarás mucho tiempo...

Pero aquel rostro severo, que en cada uno de sus músculos llevaba impreso un sufrimiento ó una idea, serenóse repentinamente; aquella fisonomía altiva que parecia ser la personificacion viviente de la cólera eterna contra los malvados, se convirtió como por magia en dulce y risueña; aquella ancha frente de arrugadas cejas se desarrugó como un lienzo espuesto al viento, y la boca áspera y fiera del dominico se halló dispuesta á mentir.

Acababan de llamar á su puerta y abrió.

Era Pedro Arbués que iba á buscarle en su aposento.

Al volver del auto de fé el inquisidor habia sabido la fuga de Dolores, y esa alma implacable aun no saciada de suplicios y tormentos, soñaba ya en nuevas víctimas.

Pedro Arbués estaba pálido y fatigado, pero la insaciabilidad de sus instintos destructores sostenia aun su inextinguible energía.

Sentóse, y mirando á su favorito que permanecia en pié delante de él, le dijo:

— ¡José, todo el mundo me ha vendido hoy!

— Escepto yo, monseñor, respondió el fraile.

— Tú... si, lo sé, tú eres el único fiel, el único que sabe comprender las necesidades de ese altivo corazon que late en mi pecho, el único que jamás ha contrariado mis inclinaciones; el único, al ménos, que me ha servido sin interés. ¿Crees que no comprendo la adhesion egoista de los demás? ¿la proteccion que les concedo, el oro que les prodigo, los placeres con que les embriago no me son una garantía segura de su adhesion y de su fidelidad? ¡Enriquez, á quien hice gobernador de Sevilla, los demás á quienes he hecho consejeros, priores ú obispos!..... ¿En verdad que todos esos no tienen mucho mérito en serme fieles? Y sin embargo.... sin embargo.... añadió con rabia, Manuel Argoso ha sido libertado hoy, y Dolores ha desaparecido de las cárceles del santo oficio.

— ¿Qué importa á vuestra eminencia? dijo José levantando las espaldas.

— ¿Qué me importa, preguntas? ¡Por Satanás! enviaré á galeras á todos los carceleros del palacio de la Inquisicion; y haré quemar á esos frailes imbéciles, á esos obispos petimetres.... y á ese villano revestido con la librea de un gentilhombre á quien he hecho gobernador de Sevilla!

— Haréis bien, dijo José.

— ¿No estoy en todas partes rodeado de traidores? continuó Pedro Arbués animándose al recuerdo del atentado cometido contra su persona. Hoy ha habido entre la multitud un hombre que se ha atrevido

á herir al inquisidor general de Sevilla, y ese hombre..... ese hombre era un familiar de la Inquisicion !....

— Lo sé, dijo friamente José.

— Á no ser por tí, mi buen José, á no ser por tu santa y saludable prudencia, hoy ya no existiria; pues debo la vida á esa coraza que llevo debajo mi túnica desde la noche en que me seguiste á la cárcel temiendo que me amenazaba algun peligro.

— ¿Me engañé, monseñor?

— ¡No, por Cristo! ¡y yo injusto osé irritarme contra tí! ¡contra tí el ángel custodio de mi vida!

— Es que la vida de vuestra eminencia me es mas preciosa que la mia, señor, y yo procuraba conservarla.... — ¡Oh! cuan preciosa es, prosiguió con estraña sonrisa; pero ¿por qué vuestra eminencia se inquieta por la desaparicion de la hija del gobernador? ¿Qué importa á Pedro Arbués una muger mas ó ménos? ¿qué importa á un millonario que le falte un doblon de su arca? Creedme, señor, esa no es vuestra verdadera gloria. Esas preocupaciones de los sentidos no sirven mas que para ablandar el alma, disipar los pensamientos fuertes, y estinguir la energía de la voluntad. Por el miedo es como reinais. ¡Pues bien! aumentad mas vuestra omnipotencia. ¿No hay en Sevilla bastantes cabezas que cortar? Ese fraile detenido ocho dias hace....

— ¡Juan de Avila! esclamó Pedro Arbués; oh! yo le haré podrir en los calabozos de la Inquisicion.[1]

— Hariais muy mal, señor...

— Este fraile, continuó José, ha predicado doctrinas contrarias á la fé católica; conviene hacer un ejemplar y asegurar el triunfo de la religion que

1 Juan de Avila permaneció efectivamente cinco años en los calabozos de la *Inquisicion*, como lo verémos á su debido tiempo.

constituye vuestra gloria y vuestro poder. El papa y el rey lo agradecerán, porque ambos abominan la heregía de Lutero. Haced comparecer á Juan de Avila, pero de un modo solemne ; sea esta sesion pública ; dejad entrar libremente á todo el mundo, y á la faz de Sevilla probad condenándole que aquel á quien los andaluces llaman apóstol, solo es un miserable apóstata, un peligroso hereje.

A medida que José hablaba, el rostro del inquisidor manifestaba de un modo enérgico los diversos pensamientos que le agitaban. Vuelto al predominio que era la gran pasion de su vida, Pedro Arbués escuchaba con indecible complacencia á ese demonio tentador en figura de arcángel, que á fuerza de lisonja y maña se habia constituido el alma de toda su voluntad.

— ¡ Oh ! tienes razon, dijo Pedro Arbués; tienes razon, José, muchas veces olvido demasiado el verdadero obgeto de mision aquí bajo ; me dejo llevar con demasiada facilidad por el indómito arrebato de los sentidos , y por el torrente de mis pasiones devoradoras; el hombre domina demasiado al inquisidor, y ya veinte veces las imprudencias á que me arrastra ese temperamento de fuego han estado á pique de perderme. Eres muy feliz, José, tus sentidos son frios como los de una virgen, ó mas bien tú los dominas por la fuerza de la voluntad. Eres el único de nosotros á quien jamás se ha podido reprochar la menor debilidad.

— Monseñor, para reinar sobre los demás es preciso comenzar reinando sobre sí mismo. El enemigo mas difícil de vencer es el *yo humano*. Vos no seréis realmente poderoso hasta que sepais reprimir á tiempo una pasion ó un capricho, y la sometais sin misericordia á las exigencias de vuestra posicion *sin dejaros dominar*.

— ¿Eres tú quien hablas, José? ¿tú que tantas veces has servido á mis inclinaciones y caprichos como tú los llamas?

— Siempre que eso no ha podido perjudicar á vuestra eminencia; pero solo en este caso; animar vuestro loco amor por esa muchacha, que al fin no es mas bella que otra cualquiera, seria haceros una insigne traicion. El pueblo está descontento; la accion de hoy lo prueba bastante, no le irriteis mas, señor, arrojándoos abiertamente en persecucion de los fugitivos, que tienen partidarios entre el pueblo. Por ahora, dejadlos en paz; si lo haceis, mas tarde los encontraréis; ¿faltan acaso *cruciatos*[1] en España para perseguirlos y encontrarlos? Creedme, señor; procurad mas bien atraer hácia otro punto la atencion de estas masas turbulentas; lisongead al papa y al rey manifestando el mas riguroso celo contra los reformados. Finalmente, señor, sed un soberano espiritual omnipotente, y no el miserable esclavo de una muger.

— José, dijo Pedro Arbués, si yo fuera rey te nombraria mi primer ministro.

— El ministro seria el primer esclavo de V. M., respondió el favorito.

— ¡Pues bien! sea, prosiguió el inquisidor con entusiasmo; sea, reprimamos las revueltas de esta car-

1 *Los cruciatos*, segun dice un historiador anónimo contemporáneo, eran una especie de *cruzados* cuyo objeto era la estirpacion de las heregías por todas partes donde podian alcanzarla. Segun el mismo autor, los cruciatos formaban una hermandad á la cual estaba afiliada toda clase de gentes, frailes, sacerdotes, obispos, arqueros y cardenales, grandes señores y mendigos, gente de bien, fanática é infames sin fé ni ley. Esta hermandad, añade el autor citado, residia en Portugal. Si esa cofradía ha existido, si ha sido organizada como dice el autor anónimo, ha debido existir en Italia y no en Portugal. Primeramente la palabra *cruciato*, cruzado, es puramente italiana: lo que me inclina á creer que esta *sociedad* era enteramente italiana, y á mas porque solo Roma es capaz de una creacion tal!

ne indomable que me hace á veces débil é indeciso como un niño. Seamos fuertes para reinar, y para reinar sin partir, sepamos someter nuestras propias inclinaciones. ¡Una muger! ¿qué es una muger? ¿que importa que se llame Dolores ó Paula, que sea hija de un grande de España ó del último gitano de Andalucía? Bien considerado, solo es un miserable juguete indigno de ocupar mucho espacio en la existencia de un hombre.

— Sin duda, respondió José, que al nombre de Paula se habia estremecido; sin duda una muger no es digna de que vuestra eminencia se ocupe de ella sino algunos minutos: considerarlo de otro modo que como un juguete ó una esclava seria una insigne necedad. Por lo tanto, mañana, señor, mañana lo mas tarde, ¿vuestra eminencia hará comparecer delante de sí á ese fraile peligroso?

— Sí, mañana, repitió vivamente el inquisidor; ¿no debo defender los derechos de Roma? y qué mayores enemigos de Roma que esos sacerdotes insensatos que reducen el apostolado á la simple observancia del Evangelio, como si ese código del catolicismo no fuera un tegido de ficciones y alegorías que cada papa, cada concilio, y cada dignidad de la Iglesia en particular, tiene el derecho de interpretar á su placer segun las necesidades temporales ó espirituales del pais en que vive, del pueblo en que gobierna y de sus propias necesidades?

¡Fuera esos innovadores insensatos que predican la libertad del pueblo! Para él es un alimento malsano que se le indigesta en vez de aprovecharle ¿El mismo Jesucristo no dijo: «Dad al César lo que es del César?» Los reformadores dicen al contrario: «Quitad al papa el poder que tiene de Dios.» No, no lograrán derribar la cátedra de San Pedro; la Iglesia se en*sañará contra* ellos con severidad creciente, la mala

yerba no debe ahogar el buen grano: diez frailes como Juan de Avila pronto habrian sublevado la España y desterrado la Inquisicion.

—Vuestra eminencia está fatigado, observó José; necesita descansar despues de una jornada como esta.

—Y tú tambien, mi pobre José, dijo Pedro Arbués, pasando la mano por la abrasada frente de su favorito; pero ya ves siempre que me dejo llevar por el torrente de mis fogosas pasiones.... Vamos, adios, hasta mañana; todavía voy á orar una hora para que el Espíritu Santo se digne iluminarme en esta difícil circunstancia.

El inquisidor se levantó, y el favorito le acompañó hasta la puerta esterior de su aposento.

—Mi señor, le dijo al dejarle, pido á vuestra eminencia permiso para retirarme tres dias á mi convento.

—Bien, mi buen José, ya comprendo... tienes necesidad de recogerte.... pero solo tres dias, oyes? pues ya sabes que no puedo pasar sin tí. Debo celebrar y predicar el domingo en la catedral, por lo tanto procura estar de vuelta á la hora del sermon.

—Os lo prometo, dijo José.

—Hasta el domingo, pues, repitió el inquisidor.

—Hasta el domingo, señor.

—A lo ménos que seas puntual á esta cita.

—Tranquilizaos, que procuraré no faltar.

José volvió á entrar, dejó caer tras sí una pesada mampara de terciopelo encarnado; en seguida se dejó caer aplomado en una poltrona al pié de su cama, esclamando con aire de indecible satisfaccion.

—¡Está concluido! hé aquí mi último dia de disimulo.

XIII.

UN SACERDOTE SEGUN EL EVANGELIO.

Volvamos pues por tercera vez á ese terrible tribunal en que ya hemos visto comparecer tantas nobles víctimas; poco ha que hemos asistido á una sesion muy interesante y solemne. Grandes nombres han arrojado en pasto á la hidra de Roma, y su escudo de armas se ha roto contra esa simple palabra «herege;» esta palabra, pronunciada por un tribunal sin apelacion, ha bastado para anonadar perpetuamente y borrar de la lista social familias enteras, cuyo orígen se perdia en la noche de los tiempos.

¡Pues bien! hoy no es una familia ni un gran señor español el que va á sentarse en el banquillo para oir de la boca del inquisidor la sentencia que le condena á morir, ó á quedar enteramente infamado.

No es el poder, la riqueza ó la hermosura que la Inquisicion acrimina hoy, es la caridad misma; la caridad personificada y revestida de una simple túnica de carmelita descalzo, para consolar la España perseguida; el espíritu cristiano en figura de hombre para que bajo esa forma vulgar el pueblo no puede desconocerle y negar su existencia: un pobre fraile, en fin, que ha pasado su vida orando y bendiciendo.

Ese fraile es Juan de Avila.

La Inquisicion ha temido á sus virtudes mas que á los vicios de los otros, y ha dicho:

«Destruyamos á ese, que es la condenacion viviente de nuestros crímenes.» Pero retrocedamos algunas horas.

Ya recordarán nuestros lectores que la noche *precedente José* se habia despedido de Pedro Arbués

so pretesto de retirarse; mas en vez de ir á su convento, como lo habia indicado al inquisidor, salió muy de mañana hácia la taberna de la *Buena Ventura*.

Allí se encerró con Coco en el triste reducto en que dormia el alguacil; y el fraile y el hombre del pueblo hablaron largamente y en voz baja. José confiando á Coco los importantes secretos con el mayor abandono, como quien está bien seguro de la persona á la que se confia, y Coco recibiéndolos con la alegría orgullosa de un subordinado muy adicto, dichoso porque se confia en él y que le ponen á prueba.

Despues de esa conversacion que duró una hora, el alguacil se dirigió á la Inquisicion, enseñó al carcelero una órden de José sellada con el sello inquisitorial para que le dejase penetrar en el calabozo de Juan de Avila á fin de *probarle*,[1] como se practicaba algunas veces en las cárceles del santo oficio.

Dejáronle entrar; entregó al religioso la carta de José, y despues de haber permanecido una media hora en el calabozo, se fué á casa del presidente del consejo de la Suprema. Juan de Avila habia escrito una carta al presidente en su calabozo con un lápiz que le habia suministrado Coco; el cual la puso en manos propias, y despues volvió á sus negocios.

José se dirigió á la Garduña.

[1] La Inquisicion no tenia mas que el tormento y las palabras suaves para arrancar confesiones á los que queria *salvar de las penas eternas:* como la policia de nuestros dias tenia sus demonios tentadores, que bajo el pretesto de consolar á los presos los visitaban y procuraban obtener de ellos secretos que iban en seguida á comunicar á la Inquisicion. Esos agentes del santo oficio se llamaban *probadores.*

Continuemos ahora nuestra relacion en donde la hemos dejado.

Estamos en la sala de la audiencia del palacio de la Inquisicion. A nuestro alrededor está aun el mismo aparato lúgubre que se despliega en tales circunstancias. Solo desde la mañana ha circulado la voz en la ciudad que la sesion será pública, y que todo el mundo tendrá la libertad de asistir.

Grande ha sido el rumor entre el pueblo, y mas de uno ha dejado sus trabajos para asistir desde mucho tiempo ántes de la hora prefijada al palacio de la Inquisicion.

¡Era tan raro obtener semejante favor!

Las audiencias del tribunal, cuya organizacion no se asemejaba á ningun otro, y que procedia casi sin regla ni sin órden, segun el libre albedrío ó el capricho de cada inquisidor; estas audiencias, digo, cuyo favor estaba reservado á los *amigos* de la Inquisicion, eran casi esclusivamente el espectáculo habitual de los frailes y de los grandes *familiares*.

Esta vez tambien Pedro Arbués habia cedido á la influencia de los pérfidos consejos de su favorito, haciendo pública esta sesion en que debia comparecer el amigo del pueblo, el *santo* venerado de los Sevillanos, el consolador de las almas aflijidas, el padre de los pobres y de los oprimidos.

Un inmenso gentío circuia el palacio desde mucho tiempo ántes de la hora; y no solo habia asistido el pueblo en esta solemnidad; sino familias enteras de ricos hidalgos, sorprendidos de semejante proceso, y curiosos de ver de que crímen se acusaba á un hombre que era el modelo de todas las virtudes.

En el momento en que se abrieron las puertas, la *multitud ávida* se precipitó en la sala del tribunal,

que en un instante estuvo llena. Muchos se vieron precisados á quedarse fuera; un gran número en la calle y en los alrededores, aguardando con ansiedad el fin de la sesion, para saber mas pronto por boca de los primeros que saliesen el resultado de la sentencia inquisitorial.

Toda Sevilla estaba conmovida como por un grande y fatal acontecimiento.

Seducido tambien esta vez Pedro Arbués por las insinuaciones de José, se habia escedido con el verdadero espíritu púbico como suelen abusar casi siempre los poderosos de este mundo!

Cuando se sentó en su sillon de presidencia, Pedro Arbués tenia una fisonomía resplandeciente que revelaba sus sensaciones interiores; consolábase hasta cierto punto de haber perdido á Mauuel Argoso y á Dolores con la esperanza de condenar á Juan de Avila.

No se le escapó á la asamblea lo que indicaba el rostro del inquisidor, y el odio general que le tenia aumentóse en ese dia á medida que era venerado el apóstol que compareció muy pronto.

Su ademan sin ser orgulloso ni altanero, tenia una magestad infinita, y una tranquilidad Evangélica se notaba en su rostro apénas alterado por los ocho dias de sufrimientos y reclusion. Tenia en la frente la gravedad dulce pero enérgica del verdadero pastor del Evangelio, y al verle adelantarse en medio de la sala con la libertad y sencillez de la inocencia y de la fuerza, llevando las cadenas como otro habria llevado un cetro; al verle dirigir al rededor suyo una mirada serena, dulce y paternal como cuando visitaba á sus pobres, y fijarla por fin en el inquisidor que á pesar de su audacia, no pudo sostener esa mirada acusadora, habríase dudado cual era el juez entre Pedro Arbués, ó Juan de Avila, si este con la

mas tierna humildad, no hubiese ido á sentarse en el banquillo en donde aguardó que le interrogasen.

Pedro Arbués dejando á un lado las formas ordinarias, sin preguntarle su nombre ni edad, sin proceder con órden ni método, como debia hacerlo, le dijo en tono seco:

— Levantaos.

Conociendo luego que esta sequedad era impropia de su carácter de inquisidor, repitió con afectada dulzura:

— Levantaos, hermano mio, y respondedme.

Juan de Avila se levantó ostentando toda su noble y bella talla.

Todos los corazones estaban suspensos, y á pesar de la presencia de los inquisidores, de las palabras que se decian en voz baja y el murmullo general, atestiguaron la simpatía del pueblo.

— Hermano mio, prosiguió Pedro Arbués, nuestro celo por el servicio de Dios no puede permitirnos olvidar que vos sois uno de sus ministros, y que vestis el traje sagrado de los levitas, pero por esto mismo tambien nuestra responsabilidad es mayor, y no debemos tolerar en vos la menor cosa que tienda á alejar los demás de la estricta observancia de los santos cánones que son el código de la Iglesia.

— El código de la Iglesia cristiana es el Evangelio, respondió sencillamente Juan de Avila.

— Los concilios han hecho adiciones á ese código, replicó el inquisidor; la Iglesia de Jesucristo bien tiene el derecho de continuar la obra de su divino maestro.

Juan de Avila no contestó; el inquisidor habia aguardado una respuesta, contaba cojerle insidiosamente por sus propias palabras; y se engañó.

— Hermano mio, prosiguió Arbués; encargado de *una mision santa*, encargado de guiar y de dirigir las

almas por medio de la predicacion, ¿por qué tendeis á descarriarlas propagando las doctrinas de los novadores? ¿Sabeis que es un crímen de leso-catolicismo?

—¿Es esto pues de lo que me acusan? preguntó Juan de Avila.

—Es que este es vuestro crímen, hermano mio, ó mas bien vuestro error, añadió Pedro Arbués con fingida moderacion.

El inquisidor hizo otra pausa; pero tampoco esta vez contestó Juan de Avila.

—Vos habeis dicho en el púlpito, prosiguió el inquisidor; que Dios es igualmente bueno para todos, y que esparce igualmente sus beneficios sobre los justos y los pecadores.

—No soy yo quien ha dicho esto, respondió el apóstol; es Jesucristo, que no solamente lo ha probado con sus palabras sino que tambien con sus acciones.

—Jesucristo ha lanzado el anatema sobre los impíos y sobre los hereges, replicó Pedro Arbués.

—Jesucristo, no ha anatematizado á nadie, monseñor, solo ha acusado, solo ha reprobado á los hipócritas; los que cubrian sus vicios con capa de devocion y de la virtud; á los que bajo un rigorismo esterior ocultaban torpezas groseras: esos son los que Jesucristo ha anatematizado, mi señor. Los demás, los estraviados ó los arrepentidos, los ha cargado sobre sus espaldas, los ha recibido y enfervorizado en su seno con el calor vivificante de su santo amor y de su divina caridad.

El auditorio escuchaba con profundo recogimiento; el apóstol dominaba la asamblea con toda la altura de su sublime moral.

Pedro Arbués perdia su audacia, y principiaba á

arrepentirse de haber dado á esa audiencia semejante publicidad.

Con todo, reanimándole la astucia del inquisidor, continuó con tono sereno, lento y solemne, fingiendo la dulzura y la humildad con todos los esfuerzos de su voluntad altanera é indomable.

—Hermano mio, dijo á Juan de Avila, es que no solo os habeis mostrado ardiente partidario de la reforma en vuestros sermones ó mas bien que habeis manifestado una indiferencia culpable por el culto católico romano y una tolerancia todavía mas culpable para con los infelices hereges que se separan voluntariamente del gremio de la santa Iglesia.

—No os comprendo, monseñor, dijo el apóstol.

—Segun dicen, las personas con quienes mas os rozais son mendigos, judíos y moriscos; y basta pertenecer á una de esas razas malditas y reprobadas....

—Monseñor, interrumpió el apóstol con una sencillez sublime, esas razas son desgraciadas y perseguidas; las demás no me necesitan.

Un largo murmullo de admiracion apasionada acogió estas palabras tan sencillas, pero que pintaban toda el alma, y toda la vida de Juan de Avila.

El inquisidor comprendió que seria difícil condenar al apóstol en presencia de toda la poblacion de Sevilla. Habia creido no tener que decir mas que una palabra para confundirle, y hé aquí que por el solo poder de la verdad, el santo predicador rechazaba victoriosamente estas absurdas acusaciones, y que el triunfo iba al que jamás habia buscado otra dicha de la obscuridad, porque la predicacion, esta mision divina legada por los apóstoles á sus sucesores, esta hija del Evangelio de la cual la Iglesia romana ha hecho una cómica desvergonzada que *gesticula* y declama en las iglesias de Jesucristo; la

predicacion solo era para Juan de Avila un medio de consuelo y de instruccion, y no un resorte de ambicion mundana. El humilde carmelita no esperaba que su elocuencia, vehemente ó apasionada, le valiera los honores del episcopado; no predicaba como un abogado ó un cómico, sino como debieron predicar san Pablo y Santiago, esas dos columnas de la fé cristiana, esos padres del rebaño, que los primeros despues de su divino maestro, esparcieron en el mundo las semillas de caridad y de libertad, divinos tesoros, único manantial de la virtud de los hombres.

El inquisidor era demasiado perspicaz para no adivinar los sentimientos que animaban á la asamblea; por otra parte conocia la fidelidad del pueblo español, su inviolable adhesion á la fé católica, á pesar de la horrible opresion que le hacian sufrir; Pedro Arbués bien sabia que todas esas revoluciones que agitaban al país no eran dirigidas contra la religion, los españoles eran demasiado piadosos para esto, sino solamente contra los opresores, contra los que en nombre de esa misma religion, cometian todos los dias infames abusos. Procuró pues atacar el lado débil del pueblo, esforzándose en probar que Juan de Avila era un mal católico.

Dirigiéndose de nuevo al acusado, le dijo:

—Hermano mio, nos es muy sensible tener de reprender hoy á un ministro del Evangelio, que hasta aquí solo habia dado ejemplos de virtud; pero todos somos débiles y mortales; el espíritu maligno vela constantemente, y se apodera luego del que no vela, ó que se descuida algunos instantes. Nos no queremos entrar en los misterios de un cambio tan grande acaecido en vos; pero ello es cierto, seis testigos lo han afirmado, dijo Pedro Arbués señalando con la mano el libro de las declaraciones abierto encima

de la mesa; ello es cierto, digo, que vuestro espíritu tan luminoso y profundo, se ha dejado seducir por las doctrinas pestilenciales venidas de Alemania. Vos habeis dicho varias veces en el púlpito que las prácticas esteriores son poco importantes, que todo consiste en la pureza de corazon; ¿negáis esto, hermano mio? y ¿no es una de las doctrinas de los reformados?

— Lo niego en cuanto á las espresiones, respondió Juan de Avila; es cierto que al denunciarme han desnaturalizado mis intenciones y mis palabras. Yo he dicho, señor, y lo repito aquí delante de vos, porque lo creo conforme al verdadero espíritu del cristianismo; he dicho que las prácticas esteriores no son nada sin las obras, nada, si no van acompañadas de la rectitud del corazon y de la pureza de las intenciones. ¿Creéis, señor, añadió fijando tranquila y poderosa mirada en el rostro del inquisidor; creeis que sea agradable á Dios, el que se prosterna á los altares y besa el polvo de las iglesias, con el alma manchada de asesinatos, de venganza ó de adulterio? ¿el que grita á Dios, con suspiros y fervor, «Dios mio, ¡perdonadme!» y que trama en su corazon la pérdida de su enemigo, que dice á Jesus, «Cordero sin mancha, ¡tened piedad de mí!» y que, al salir de la oracion va tal vez á sumergirse en todas las manchas del vicio? el...

— Hermano mio, interrumpió el inquisidor algo turbado, pues esos dos hombres parecian haber trocado el papel; hermano mio, ¿sabeis si el que ora y llora golpeándose el pecho no es mas agradable á Dios con su propio arrepentimiento, que el orgulloso que dice: «Yo no necesito orar, yo soy puro?»

— Señor, replicó el carmelita con voz tranquila, grave, imponente, á la cual el acento de la verdad enérgica y libre de la conviccion íntima daba una

vibracion enérgica, una autoridad irresistible; señor, os suplico, que no entremos en estas discusiones teológicas en las cuales la fé nada puede ganar. Este pueblo que nos escucha es justo, piadoso y creyente; no se aflije por que forma mas ó ménos abstracta debe encontrarse la verdadera observancia de las leyes del Evangelio, y yo tambien me ocúpo poco en enseñárselo. Yo he dicho sólamente, «Sed dulces, castos y caritativos, por que Jesucristo, nuestro modelo, ha sido caritativo, casto y dulce.» He dicho, «Amáos y socorréos unos á otros, porque todos sois hermanos é hijos de un mismo padre, que es Dios;» y he dicho esto, no sólo á los cristianos de la Iglesia católica romana, sino tambien á los que se inclinaban á la Iglesia reformada; lo he dicho además á los moriscos, á los judíos convertidos que vacilan aun en la fé, y á los que habian abandonado solamente por miedo la creencia de sus padres. A todos he predicado la misma moral y la misma ley, y muchas veces, ¡oh! sí, muchas veces, señor, he visto caer de rodillas y esclamar llorando que querian profesar una religion tan dulce, aquellos mismos que mas tarde han blasfemado y maldecido nuestra religion santa en medio de las llamas de la hoguera.

—¡Blasfema, oh Dios mio! esclamó Pedro Arbués, ¡un sacerdote de Jesucristo se atreve á acusar á la santa Inquisicion!

A esta hipócrita salida, Juan de Avila no respondió; pero la mirada que lanzó al inquisidor fué tan clara, tan fina, tan penetrante, que el soberbio Arbués no pudo sostener su inconcebible esplendor; el que hacia temblar á Sevilla bajó los ojos delante de un simple sacerdote de la Iglesia cristiana, tembló ante un acusado. La mirada de Juan de Avila *era una elocuente* y muda requisitoria en que el in-

quisidor habria podido leer todas sus iniquidades, así las auténticas como las ocultas, sus inicuas sentencias, crímenes cometidos audazmente en mitad del dia, y sus libertinajes secretos, crímenes mas abominables aun, que muchas veces eran la única causa de los primeros.

Del lecho de un inquisidor á la hoguera, la transicion era muy natural. ¿Qué queréis que un sacerdote inmundo haga de las víctimas de sus torpezas, testigos vivientes siempre prontos á acusarle? Cuando es inquisidor los quema; en tiempo de *libertad civil y religiosa*, los asesina. Si Mingrat y Lacolonge hubiesen vivido en el siglo décimo sexto, hubiesen hecho honor á la Inquisicion. No hay hombre mas audazmente criminal que un mal sacerdote. Arbués turbado por un momento recobró muy luego su fria seguridad.

Estremecido el auditorio, porque comprendia el peligro del valor, y con todo electrizado por las palabras del apóstol, movido á respeto, á entusiasmo y á gratitud, nadie habia en la asamblea que no tuviese porque bendecir á Juan de Avila; y todos aguardaban con profunda ansiedad el resultado de esta sesion.

Nadie osaba hablar ni comunicarse sus pensamientos; pero mas de uno, en este atento gentío, estaba bajo la impresion del mismo sentimiento: un deseo simultáneo de salvar á su santo predicador animaba á todos los corazones.

Pedro Arbués comprendió que con un dialéctico como Juan de Avila, el triunfo era imposible: y sin llevar mas adelante la discusion, hizo una seña al escribano que habia escrito todas las respuestas del apóstol. Entregóselas el escribano; su eminencia *las leyó* de nuevo, como para escitarse aun á *castigar semejante* audacia, y á cada frase sus cejas se

contrarian mas; una negra tempestad de odio se agrupaba en su ancha y sombría frente, terrible página en que el observador podia leer tantas cosas siniestras.

Cuando hubo acabado, tomó el registro en que estaban consignadas las declaraciones, y despues de haber leido algunas líneas, dijo:

— Las declaraciones de los testigos están perfectamente conformes con las respuestas del acusado. Los testigos que han firmado en el libro están todos acordes entre sí, todos han igualmente afirmado que el sacerdote Juan, apellidado Juan de Avila, fraile predicador de la órden de los carmelitas descalzos, no solamente ha comunicado frecuentamente con herejes, judíos ó moriscos, sino tambien que en los sermones ha sentado proposiciones contrarias á la fé católica; y debemos atenernos á la declaracion de esos testigos, puesto que sobre los Evangelios han jurado decir la verdad. Insiguiendo pues las leyes de la santísima Inquisicion, nos vemos precisados á condenar al sacerdote Juan á las penas indicadas por nuestras santísimas leyes inquisitoriales, á no ser que el acusado durante esta sesion pueda probar por doce testigos de defensa que ha sido falsamente acusado.

Pronunciando estas palabras, el inquisidor dirigió la vista al banco en que estaba Juan de Avila, quien sin hacer el menor movimiento, habia escuchado cual si se tratara de otro; pero un gran murmullo se habia levantado repentinamente en la asamblea, y el banco de los testigos poco ántes vacío, habia sido invadido por los mas notables hidalgos presentes en esta sesion, que todos se disputaban á porfía la gloria de esponer la vida por su querido apóstol.

Cuantos eran los hombres de la sala otros tantos

eran los testigos para declarar á favor de Juan de Avila, quien al verles esponer á la muerte, ó á penas muy severas, miróles dulce y paternalmente y les indicó con la mano que se retirasen.

Al ver este amor universal, su emocion era tan grande, que no tuvo fuerza para hablar. Dos lágrimas deliciosas, dos lágrimas de una inefable y celeste beatitud cayeron de sus ojos tranquilos, que jamás se habian conmovido sino por los sufrimientos de los otros.

—¡Es inocente! ¡es inocente! esclamaron á la vez estos hombres entusiasmados.

—Nos ha alimentado cuando teniamos hambre.

—Nos consoló cuando llorabamos.

—Ha calmado nuestras querellas y vuelto la paz á nuestras familias.

—Ha bendecido á los jóvenes que se amaban, y reconciliado á los esposos desunidos.

—Es la gloria y la felicidad de Andalucía.

Esto fué como un inmenso concierto de bendiciones, un viva general mas fuerte que el temor que inspiraba la Inquisicion, fué un acto espontáneo é irresistible. Esos hombres parecian obedecer á una voz celeste que los impulsaba invenciblemente, despreciando su propio peligro en defensa de tan noble causa.

Al ver esta manifestacion general, el feroz Arbués se sintió atacado por una vertiginosa idea de odio; creyó que á fuerza de audacia y de firmeza podria imponer á ese pueblo lanzado en defensa de una causa tan santa; ignoraba que el pueblo es tan entusiasta por los objetos de su culto como feroz é inexorable con los que le han ofendido, y que su cólera se asemeja á la de las olas, que abisma á los *que intentan* resistirlas.

Decidido á luchar á fuerza abierta, Pedro Arbués

despreció esta manifestacion general y sagrada; y sin embargo aquel era el momento de reconocer la verdad de este adagio:

La voz del pueblo, es la voz de Dios. Mas, esto nada le importaba á Pedro Arbués.

Las personas que habian podido colocarse en el banco de los testigos estaban allí en pié, pidiendo á voz en grito que se les oyese su declaracion. El inquisidor no hizo caso; con todo no atrviéndose á sentenciar públicamente despues de haber rehusado oir á los testigos, valióse de su subterfugio ordinario, y volviéndose hácia los esbirros colocados á su derecha, les dijo:

—Se suspende la sesion; que conduzcan el acusado á la cárcel.

El pueblo habia comprendido lo que queria decir esto. [1]

Un grito general se levantó en la asamblea, y numerosas voces ardientes y obstinadas esclamaron á la vez:

—¡Los testigos! ¡los testigos! ¡que se oigan los testigos!

—¡Qué hagan evacuar la sala! esclamó Pedro Arbués levantándose para salir.

[1] Cuando en raras ocasiones la Inquisicion tenia la audacia de juzgar en público, acontecia algunas veces que un acusado tenia el valor de defenderse con energia, y sin reparos; y en este caso la Inquisicion siempre sagaz volvia á enviar el acusado á la prision, so pretesto de que el *tribunal necesitaba ilustrarse á fin de hacer justicia.* Esta idea era digna de un Neron, pues el acusado que osaba desafiar á la Inquisicion algunas veces se escapaba de las llamas; pero sufria todos los tormentos y acababa por morir en los calabozos, con los miembros rotos y el alma llena de desesperacion. Algunos años despues de su muerte se terminaba su proceso; el acusado era declarado culpable de heregía, y como le suponian muerto impenitente, se exhumaban sus restos y eran quemados en el próximo auto de fé; su memoria era afrentada hasta en su posteridad, y sus bienes eran presos de la Inquisicion. *Llorente* refiere mas de un ejemplo de esta inicua manera de proceder; casi todos aquellos cuyas efigies y huesos se quemaban *habian sido víctimas* de ese proceder inquisitorial.

Juan de Avila se levantó como para seguir á los esbirros, y dirigiéndose al pueblo, le dijo con amabilidad:

—¡Calmáos, amigos mios, calmáos! estad seguros de que me harán justicia.

Hablando así el apóstol fijó su mirada hácia el fondo de la sala, como si hubiese aguardado á alguien, pero nadie llegaba.

Juan de Avila dirigió la vista al cielo y murmuró con grande resignacion:

—¡Cúmplase la voluntad de Dios!

El pueblo continuaba murmurando, y algunos, inaudita audacia en aquella época y en semejante lugar, algunos osaron traspasar la barrera que los separaba del acusado. Allí se arrojaron de rodillas delante del que ellos llamaban su padre, besaron sus manos y su hábito, no con la humildad del fanatismo, sino con una veneracion enteramente filial, con aquel profundo respeto que la verdadera virtud obtiene sin pedirlo y que solo por miedo se concede al crímen.

La escena amenazaba hacerse borrascosa; pero la Inquisicion era prudente y preventiva.

En algunos momentos, una triple hilera de esbirros armados y de arqueros de la Santa-Hermandad se habia estendido como una larga serpiente alrededor del pueblo aglomerado en la sala, de suerte que aquellos intrépidos se encontraron repentinamente envueltos, sin que ninguno de ellos hubiera podido salir vivo de aquel recinto, si tal hubiese sido la voluntad del inquisidor.

Hacíase inevitable una grande pelea, porque ese pueblo ardiente é intrépido no se hubiese dejado inmolar sin resistencia.

Juan de Avila que todo lo veia con un solo golpe *de vista*, esperimentó una santa indignacion, y en

aquel momento le pesó del amor que inspiraba porque el peligro de esta valiente y leal poblacion le conmovió mas que el suyo propio.

Pedro Arbués en pié detrás de su asiento, paseó alrededor de la sala la complaciente mirada del cazador, cuando ve el leon preso en el lazo tendido.

Solo el pueblo no habia apercibido nada.

Fué una felicidad para el santo oficio que la preocupacion en que estaba sumergido le distrajera hasta ese punto de sí mismo. Es verdad que la Inquisicion disponia de una fuerza armada; ¿pero de que sirve esta ante un pueblo valiente puesto al último estremo, y exasperado por años de opresion y de miseria?

Solo Pedro Arbués, ciego como todos los déspotas, no comprendia su propio peligro.

Pero en este momento la puerta principal abrióse de par en par, las guardias y el pueblo se separaron con todas las señales de un profundo respeto.

El inquisidor palideció; el que acababa de entrar en la sala del tribunal era el presidente del consejo de la Suprema en persona, seguido de sus consejeros.

Llegado frente al inquisidor detúvose el presidente, hallábase al lado de Juan de Avila.

Pedro Arbués bajó los ojos delante del gefe del consejo de la Suprema, porque este le habia mirado con aire de reprension y de coraje que no presagiaba nada bueno.

Volvióse entónces el presidente hácia el apóstol, á quien dos esbirros habian ya cogido por sus ataduras para volverle á conducir á la cárcel, y dijo con voz severa:

—Que pongan en libertad este hombre.

Los lazos que retenian á Juan de Avila cayeron *como por encanto*.

—¡Monseñor! se atrevió á decir Pedro Arbués.

—¿Con qué derecho habeis puesto á ese hombre en juicio? prosiguió el presidente; ¿sin haberos dignado ni tan solo comunicar su acto de prision al consejo? sabeis que yo podria....

—Es verdad, tartamudeó Pedro Arbués, que se ha omitido esta formalidad; pero mas tarde....

—Id, dijo el presidente con voz severa, y otra vez pensad que una omision de esta naturaleza es un crímen. El rey y el consejo bien quieren que se persiga á los herejes; pero que se haga con las formas legales, á fin de que podamos juzgar por nosotros mismos de la culpabilidad de los acusados.

—Estais libre, mi reverendo padre, añadió el gefe del consejo dirigiéndose con una gracia infinita al apóstol.

—Gracias, señor, dijo Juan de Avila, no esperaba ménos de vuestra eminencia.

Retiróse Pedro Arbués con la rabia en el corazon: su reinado acababa de fenecer.

—*¡Viva! ¡viva!*.... esclamó el pueblo, ¡que Dios y su santa Madre bendigan al consejo de la Suprema!

Y este buen pueblo cándido dió gritos de admiracion entusiasta, y vertió lágrimas de alegría por este acto de alta é infinitamente sagaz política,[1] como por un acto de heróica adhesion ó de real largueza.

Así se esplota este pobre pueblo confiado y leal, así se esplotaba entónces; pues hoy muy loco seria

[1] Grande acto de sagaz política fué el librar á Juan de Avila. Obrando ási, el consejero de la Suprema comprometia la autoridad de un inquisidor; pero al mismo tiempo hacia creer al pueblo en la lealtad y en la justicia de la Inquisicion, y por este medio fortalecia el poder del tribunal odioso que tanto mal ha hecho *á la España* y que hubiese hecho perecer la religion misma, si la *religion de Jesucristo* hubiese podido perecer.

el que le creyera ciego. El pueblo es perspicaz, muy perspicaz, y cada dia lo es mas: solamente de vez en cuando se demuestra demasiado benigno. Con todo no hay que fiar en esto; ¡pues nada hay mas temible que una paciencia apurada que ha durado mucho tiempo!...

La libertad del apóstol de Andalucía fué para Sevilla una alegría universal; creyóse que por fin Cárlos V iba á cumplir todas sus promesas, y el consejo de la Suprema adquirió una inmensa popularidad. Sin embargo, ese gran cuerpo de Estado, compuesto casi enteramente de arzobispos y prelados, se mostraba frecuentemente muy celoso como la Inquisicion misma por la *estirpacion de la heregía*; pero al igual de todos los poderes posibles, el consejo estaba tambien muy celoso de su autoridad.

Arrogarse sus derechos, ó haber fingido desconocerlos era una ofensa que dificilmente perdonaba; esto era lo que habia hecho Pedro Arbués dejando de comunicarle el arresto de Juan de Avila. Esta falta de formalidad que puso en juego el amor propio ofendido del consejo, fué ciertamente la salvacion del ilustre predicador. [1]

[1] San Juan de Avila nació en 1504, en *Almodóvar del campo*, pueblo de la diócesis de Toledo, y de padres ricos y bien quistos en el pais. San Juan estudió primero derecho civil y canónico en la universidad de Salamanca, siguiendo los deseos de sus padres que le destinaban al foro; pero su vocacion por el sacerdocio era irresistible. Dios le llamaba á las altas funciones de predicador. No queriendo sus padres contrariar su gusto, viendo en él desarrollarse un hombre virtuoso, un ministro de Dios segun el Evangelio, le enviaron á Alcalá de Henares, donde estudió la teologia con ahinco.

Luego que recibió las órdenes sagradas quiso partir para las Indias occidentales, donde, decia habia que hacer una grande cosecha. Con este objeto se marchó á Sevilla, donde ántes de emprender su viaje, lo consultó con Alfonso Manrique entónces arzobispo de aquella ciudad y despues inquisidor general, quien aconsejó á Juan que renunciase á su proyecto, y que se dedicara á la predicacion. San Juan siguió este consejo, despues de haber *luchado mucho* tiempo contra su propia modestia; pero apénas

¿Por qué es preciso que los mayores efectos sean debidos las mas veces á miserables causas?.... ¡Tal vez esto entra en los designios de Dios!....

Cuando Juan de Avila salió de la sala, el pueblo le levantó en sus brazos como sobre un pavés, y toda esa poblacion loca, embriagada de alegría y de esperanza, le condujo en triunfo hasta su humilde morada, gritando con voz llena de alegría:

—¡Viva nuestro querido apóstol! ¡viva el rey! ¡viva monseñor el presidente de la Suprema!

habia principiado á predicar, sus discursos eran tan sublimes, sus doctrinas tan evangélicas, su lenguaje tan elocuente, su vida tan santa, que Sevilla, y pronto toda la España, le saludó con el nombre del apóstol de Andalucía.

Pero ni la santidad de su vida, ni la elocuencia de su palabra, ni la pureza de sus doctrinas, pudieron defenderle de la envidia de los demás frailes, que le denunciaron á la Inquisicion. Este tribunal calificó de heregía la tolerancia de Juan de Avila, y como este jamás en sus sermones quiso maldecir ni anatematizar moriscos, judios, ni hereges, la Inquisicion le acusó y persiguió como cismático. Finalmente, no obstante la proteccion de Alfonso Manrique, ascendido á inquisidor general en 10 de setiembre de 1523, Juan de Avila fué encerrado en los calabozos del santo oficio en 1528, en donde permaneció cinco años, hasta en 1534, en cuya época gracias á una *falta de formalidad* en su proceso fué puesto en libertad á pesar de la acusacion de luteranismo é *iluminismo* que pesaba sobre él. Al acusar á Juan de Avila, la Inquisicion habia dejado de participarlo al consejo de la Suprema. San Juan de Avila murió en Montilla en 1569, á los sesenta y cinco años de edad. Dejó un gran número de cartas dirigidas á san Juan de Dios, á Fray Luis de Granada y á muchos otros de sus discípulos; sus cartas son otras tantas epistolas apostólicas. Escribió tambien muchos sermones, que fueron impresos en Holanda en 1617, en un solo volúmen, el cual he leido en la biblioteca de los jesuitas de Sevilla en 1817, y que los franceses habian respetado; mas ya no existe porque el populacho lo quemó en la plaza mayor *en 1823, á instigacion* de los frailes de Santo Domingo que siempre *calificaron de marrano* al santo apóstol de Andalucía.

XIV.

MATRIMONIO Y FUNERALES.

Mandamiento habia ocultado á Estévan, á Dolores y á Juana en las cuevas de la Garduña, inmensos subterráneos escavados durante las guerras de los Moros contra los Católicos, para servir de comunicaciones secretas á las tropas.

El cofre en que habian transportado el cuerpo de Manuel Argoso habia sido cambiado con un gran féretro de madera de cedro que los garduños procuraron. Con la mayor parte del oro que Estévan habia podido salvar de su fortuna, que estaba precisado á abandonar al fisco, [1] se pagaron todos estos servicios.

Nadie hay mas fiel que los garduños para el que los paga.

El féretro que encerraba los restos mortales del que habia sido gobernador de Sevilla, estaba depositado en una de esas cuevas, sobre bancos de madera.

Segun costumbre de la época, el rostro del difunto habia quedado descubierto, pero habian procurado vestir el cuerpo con una camisa de Holanda muy fina y blanca. Manuel Argoso tenia las manos cruzadas sobre su pecho, y los párpados enteramente cerrados. La muerte habia vuelto á aquel rostro poco ántes tan paciente y tan pálido, una indecible serenidad.

[1] Cuando un ciudadano, acusado ó solamente sospechoso de heregía, huia de España, todos sus bienes eran inmediatamente confiscados en provecho del rey y de la Inquisicion; pero como esta era ántes que el rey, este solo tenía la cuarta parte de los bienes confiscados. Es verdad que en esos robos jurídicos, la Inquisicion ganaba su parte intentando el proceso al desterrado, haciendo quemar su efigie y persiguiendo todos sus parientes y aun sus amigos.

La piedad de José no habia abandonado á sus amigos en esta penosa circunstancia.

Juana, la vieja nodriza del jóven fraile, Juana, tan fuerte y tan fiel, oraba al lado de Dolores durante esta triste velada mortuoria, recibiendo en su seno las lágrimas de la jóven desolada.

Por su parte Juan de Avila, el cortesano de todos los infortunios, Juan de Avila, advertido por Chapa luego de salir libre de los calabozos de la Inquisicion, corrió á la Garduña, y su presencia inesperada habia sido para Estévan y su novia un consuelo muy dulce.

Serian las doce de la noche, cuando arrodillados Juan de Avila y José al lado del ataud, recitaban lentamente las oraciones de los funerales. Dolores sollozaba á algunos pasos de ellos; pero ni Estévan ni Juana se atrevian á probar de consolarla; contentábanse con acompañarla en su llanto.

Aquel momento era muy solemne, era el último adios de la muerte á la vida; el instante supremo en que el ser material de aquel á quien Dolores habia amado tanto iba á volver á la nada.

A uno de los estremos de la cueva se habia levantado á guisa de altar una simple mesa de madera cubierta de una toalla y un grande crucifijo.

Dos candelabros de plata maciza, propiedad de Mandamiento, tenian cada uno tres velas de cera amarilla, y en una taza de metal cincelado, un ramo de boj mojado en agua bendita.

Aquel era el único lujo de fúnebre ceremonia; las cinceladuras del metal, las facetas pulidas de los candelabros, brillaban con un estraño resplandor en aquel lugar sombrío, triste y desnudo; y el rostro de Jesucristo blanco, dulce é inclinado, parecia llorar con los afligidos arrodillados delante de él.

La voz grave y penetrante de Juan de Avila tenia

una uncion infinita, á la cual se añadia con cierto encanto de tristeza, el metal mas dulce y velado de José.

De vez en cuando sollozos, que á pesar de sus esfuerzos para contenerlos escapaban del pecho de Dolores, venian á mezclarse con su lastimera armonía al canto llano de los dos religiosos.

Despojada así esta ceremonia funeraria de la pompa y del ruido que le presta el orgullo mundano, tenía alguna cosa de tierno y de profundo debido á la imperiosa necesidad en que se estaba de celebrarla así de noche, en un lugar desconocido, y al abrigo de todas las miradas.

Aquella pobre jóven precisada á refugiarse entre malhechores á fin de poder cumplir los últimos deberes para con su padre; esos frailes, de los cuales el uno acababa de escaparse de la Inquisicion, y el otro pertenecia al santo oficio; esa vieja Juana, personaje estraño, que parecia solo haber sido creado para asistir á los sufrimientos de los demás, tan indiferente parecia á su propia suerte, todo esto, digo, tenia algo de escéntrico de misterioso, que semejaba á una leyenda ó á una novela.

— ¡Oh! ¡cuan fecundos fueron los siglos XV y XVI en terribles é increibles dramas! y á no ser por la autoridad de los autores españoles contemporáneos de aquellas épocas desgraciadas, y que eran demasiado leales para mentir; sin la autoridad de los anales cuya autenticidad no puede controvertirse, tal vez no se querrian creer estas historias casi inverosímiles por los muchos horrores que contienen....

Horrible era el incidente que referimos, y sin embargo esa cruel tragedia aun no estaba desenlazada.

De todos los personajes presentes en aquella escena, *Estévan* era quizás el mas triste, porque al

dolor que le causaba la muerte de su suegro, se juntaba la amarga conviccion de su impotencia para luchar eficazmente por su patria. Comprendia con desesperacion de su alma que la gloria de libertador no le estaba reservada, y en este sentimiento tan amargo, entraba ciertamente ménos sufrimiento del amor propio y del orgullo humano, que piedad por su pais, de compasion por las víctimas de la insaciable ambicion de Roma, del clero y de los gobernantes.

En sus ideas profundas y adelantadas, Estévan habia algunas veces soñado la libertad de España; en este momento solo la preveia en un lejano porvenir.

Esto era lo que echaba sobre su frente tan jóven un velo negro de insuportable tristeza, que su amor por Dolores no podia disipar.

La vida de la mujer podria muy bien traducirse por una sola palabra: «Amor.» Pero al hombre todavía le falta otra cosa, el hombre fuerte y valiente no concentra su existencia entera en una individualidad; abraza un objeto mas amplio y mas complexo, y ántes del mismo nombre de la mujer querida, existe otro que hace vibrar todas las cuerdas de su alma; ¡este nombre es el de patria!....

¡Patria!... este nombre tan dulce sonaba entónces como un grito fúnebre en el oido del jóven conde de Vargas; el lúgubre cantar de los dos frailes, aquel terrible *De profundis* era para él el último grito de angustia de su pais oprimido, el supremo adios que la España parecia dar, ántes de morir, del fondo del abismo en que la habian sumergido.

De vez en cuando Juan de Avila interrumpia las oraciones para verter sobre el cuerpo el agua santa *que purifica*; despues volvia á arrodillarse cerca de José y continuaba el oficio de difuntos.

Todo el tiempo que duró esa triste ceremonia, Estévan permaneció con la cabeza apoyada en sus manos sin volverse una sola vez; pero cuando Juan de Avila hubo pronunciado el último versículo de la oracion de difuntos, vuelto al sentimiento de lo que pasaba alrededor suyo, Estévan se volvió á levantar y se acercó á Dolores; comprendió que el amor que profesaba á su pais no podia enteramente absorver el que esperimentaba por su amada, y que velar por ella, hacerla feliz, era tambien para él un deber sagrado.

En esto entraron dos individuos de la Garduña para levantar el ataud.

Dolores comprendió que habia llegado el momento supremo; y como á pesar de la dulzura de su carácter tenia una de esas voluntades enérgicas que en las grandes circunstancias de la vida saben dominar hasta el dolor, adelantóse con paso firme hácia el lecho fúnebre en que descansaba su padre.

Estévan quiso detenerla; mas ella rechazándole dulcemente, pero con firmeza, le dijo: Dejadme darle el último adios.

Adelantándose entónces hácia el féretro, arrodillóse é inclinóse despues sobre el muerto, besóle tres veces su pálida frente, y volviéndose á levantar con valor, fué á sentarse en la estremidad de la cueva.

La fuerza que la habia sostenido un momento la abandonó; ocultó la cabeza en sus manos para no ver nada de lo que pasaba á su alrededor.

Estévan y Juana no la perdian de vista.

Los garduños levantaron el féretro con todas las precauciones posibles, y lo transportaron á una cueva aun mas grande y mas honda.

Allí aguardaban siete ú ocho hermanos de la órden, entre hombres y mujeres.

Cuando hubieron colocado el ataud en el suelo,

las dos coberteras mas ancianas se apoderaron del cadáver.

Esas dos mujeres asquerosas vestidas apénas con sucios andrajos, iban con las mangas arremangadas hasta el codo, enseñando las manos y los brazos flacos y surcados por gruesas venas. Sus cabellos claros, grises y aborronados se alzaban en desórden por la nuca en donde aparecia una moña de cinta negra, vieja, vuelta gris á fuerza de polvo y de mugre. Las dos enseñaban su largo y flaco cuello, y con los piés desnudos y sucios marchaban por el terreo piso del subterráneo.

Ambas iban armadas de un cuchillo en forma de podadera recientemente afilado.

En la cueva habia una mesa coja, de unos seis piés de longitud, en la cual las coberteras colocaron el cuerpo del gobernador, y cual aves de rapiña, acostumbradas á ver cadáveres, aquellas dos ancianas abrieron el cuerpo de arriba á bajo como lo hubiera hecho un diestro anatómico; despues estrajeron el corazon y las entrañas con increible destreza.

Dos guapos tomaron las entrañas, las depositaron en el ataud, mezclándoles algunas substancias aromáticas, y las cubrieron luego con una grande pieza de raso; despues los garduños que estaban presentes, se arrodillaron alrededor del féretro, y rezaron algunas oraciones; finalmente, bajaron el ataud á una grande hoya que habian escavado, y la cubrieron de tierra.

Durante esto una de las coberteras habia colocado el corazon en una caja de plata, despues de haberlo cuidadosamente embalsamado con preciosos aromas conocidos de los gitanos, raza oriunda de Egipto; y su compañera habia lavado cuidadosamente el cuerpo con aguas perfumadas.

Despues de haberlo enjugado con lienzos muy

finos, estas dos mujeres lo tendieron sobre una grande tela de un gris plateado, tegida con hilo de amianto, cosa rara y preciosa. Pero, ¿qué habia raro para los garduños?

Cuando hubieron dispuesto el cadáver y encerrado el corazon, las *cóberteras* se arrodillaron, y se pusieron de nuevo á orar; al mismo tiempo rociaban el cuerpo con agua de olor con una rama de cedro, y rezaban en voz baja oraciones ininteligibles, fórmulas estravagantes sacadas de todos los ritos, y acomodadas á su uso por una supersticion ignorante algo mezclada de un indolente escepticismo.

Horrible era ver á aquellas dos diformes mugeres, con las manos y brazos aun ensangrentados, arrodilladas delante de esos restos humanos, rogando á un Dios ó á un demonio desconocido, del que ni tenian idea, ó mas bien recitando por costumbre palabras incoherentes y estravagantes: ¡cadáveres en pié que enterraban á un cadáver tendido!...

Los garduños esperaban con calma que ellas hubiesen concluido.

Al cabo de algunos instantes se volvieron á levantar: una de ellas entregó la caja que contenia el corazon á un jóven guapo, diciéndole:

—Guárdame bien esto.

Finalmente las dos sibilas armadas de tijeras y de agujas envolvieron cuidadosamente el cuerpo en la tela de amianto, cosiéronla toda con un hilo arrancado del mismo tejido de la tela; y habiéndose asegurado despues que estaba herméticamente cosido, se volvieron á los garduños diciéndoles:

—Ya está hecho.

En medio de la cueva habian abierto una grande hoya en forma de cruz, cubriendo su orificio con una enorme reja de hierro. La parte de esta hoya que representaba el tronco de la cruz, la habian llenado de

carbon, la que formaba los brazos debia servir de conductor al aire, de suerte que pasando alternativamente de un lado á otro, y despojándose de su oxígeno, entretenia constantemente la combustion.

Efectivamente, el carbon que llenaba la hoya estaba ya candente, y á causa de la gran cantidad que habian puesto, echaba llamas mas bien que ardia. En el subterráneo habian colocado ya cuidadosamente algunos conductos de aire para que el gas no pudiese asfixiar á nadie.

Los dos garduños que habian tomado el cuerpo lo depositaron entónces sobre la reja ya roja, y que casi ya no se distinguia en medio del carbon ardiente.

Apénas hubieron depositado el cuerpo sobre el fuego, elevóse una llama azulada alrededor como si estuviera ávida de devorarle.

A medida que el fuego consumia el cadáver, la tela de amianto tomaba un color deslumbrante y brillaba como plata fundida en medio de aquel brasero.

Pronto un olor fuerte y desagradable se mezcló al del gas ácido carbónico. Solo los garduños podian permanecer en semejante sitio. Al parecer no les incomodó absolutamente; y con una impasibilidad enteramente española, aguardaron que el cuerpo se hubiese consumido hasta que solo quedó un poco de ceniza.

Entónces levantaron la tela de amianto que se habia vuelto flexible como muselina, y se asemejaba á un saco casi vacío: cuando se hubo enfriado lo abrieron, retiraron cuidadosamente todas las cenizas, y las encerraron en un saquillo de marroquí, de un palmo en cuadro, guarnecido de varias correas.

Terminada esta operacion, el garduño que fué comisionado por Mandamiento para presidir la ceremo-

nia, dijo tomando el saquillo:

— Esto me corresponde; la caja de plata será confiada á Garabato, añadió designando al jóven pretendiente, favorito de Mandamiento, á quien ya hemos visto figurar al principio de este libro.

La cobertera que habia embalsamado el corazon, lo entregó con su correspondiente caja al que estaba encargado de él.

Finalmente, despues otros dos garduños arrojaron una gran cantidad de tierra sobre el carbon que habia quedado en la hoya, y concluyóse la ceremonia.

Miéntras que se cumplian estos estraños funerales, pasaba una escena muy distinta en la primera cueva.

Luego que los garduños se hubieron llevado el féretro, Juan de Avila se acercó á la hija del gobernador, que como ya hemos dicho, habia ido á sentarse á la estremidad del subterráneo, y ocultaba la cabeza en sus manos para llorar con libertad.

Cuando el apóstol estuvo cerca de ella, llamóla dulcemente por su nombre, y al sonido de aquella voz amiga Dolores levantó el róstro bañado en lágrimas.

— Hija mia, continuó Juan de Avila, vuestro dolor es santo y yo participo de él, y por lo mismo en nombre de aquel por quien llorais, os ruego que os mostreis fuerte y valiente; pues aun no habeis cumplido todos vuestros deberes.

— ¿Qué me queda que hacer? preguntó ella con esa admiracion estúpida en que nos sumergen los grandes pesares.

El apóstol la tomó suavemente por la mano, y ayudando á levantarla, la condujo hácia Estévan, que por respeto no se habia atrevido á acercársele, y *permanecia* en pié á alguna distancia con los bra-

zos cruzados sobre su pecho.

Viendo que el apóstol se adelantaba con su novia marchó háeia ellos; y Juan de Avila colocó la mano de Dolores en la del jóven, diciéndole con dulzura:

—Esta es la voluntad de vuestro padre.

—Tambien es la mia, respondió Dolores con noble franqueza.

Aquella casta jóven tenia demasiada virtud para recurrir á ese pudor convencional que pone en los labios de las mugeres tantas palabras desmentidas por sus obras.

Estévan tomó con emocion la mano de la que amaba.

Mirábala José con silencio, y una especie de delirio, una fiebre interior y moral brillaba en sus miradas mas ardientes de lo acostumbrado.

—Hermano mio, dijo Juan de Avila dirigiéndose al jóven dominico, vos bendeciréis á nuestros dos amigos.

José levantó repentinamente la cabeza como si esas palabras hubiesen interrumpido un sueño.

—¿Yo? dijo con amargura; ¿yo bendecir la union de esos dos jóvenes? No, padre mio, no, esto no puede ser... Es un derecho que os corresponde, añadió en tono tranquilo y sumiso, bajando los ojos al ver la penetrante mirada de Juan de Avila.

—Hágase como lo deseais, dijo; venid, hijos mios, yo voy á uniros, y se llevó á los dos novios.

José y Juana se aproximaron uno á otro y pronunciaron algunas palabras en voz baja, durante las cuales Juana enjugó una lágrima que corrió por sus ajadas mejillas

Cuando estuvieron frente á la mesa en que habia el crucifijo, Estévan y Dolores se arrodillaron.

Ambos llevaban en el dedo un anillo nupcial; lo

volvieron á cambiar y Juan de Avila los bendijo. Despues de las preguntas de costumbre, preguntas muy sencillas, formulario del matrimonio evangélico, el franciscano pronunció las palabras sacramentales.

Miéntras tanto, arrodillados los novios uno junto á otro con piadoso y triste recogimiento oraban, y á pesar de su tristeza un rayo de felicidad doraba sus dos destinos que iban á confundirse en uno solo.

Dolores estaba pálida y conmovida; como habian precedido tantas cosas terribles, dudaba si aun aquello era uno de los engaños crueles que desde algunos meses presidian á su vida. Así es que cuando apoyó su mano en la de Estévan y se la sintió dulcemente apretada por aquel que iba á ser la guia y sosten de su debilidad, exhaló un profundo suspiro; y fijó en Estévan una mirada celeste, sublime prez de amor mas elocuente que la palabra misma.

Cuando se levantaron, Estévan y Dolores estaban unidos para siempre.

Adelantóse entónces José hácia los novios y les dijo con un acento inefable y una voz vibrante de emocion:

—¡Ahora, amigos mios, partid; sed felices y no os separeis jamás!...

En esto entró un garduño en el subterráneo, al cual enviaba Mandamiento para ver si podia presentarse á sus señorías.

—El maestre puede venir, dijo Juan de Avila.

Con su seguridad ordinaria Mandamiento entónces se presentó, y dijo:

—Todo está listo para partir sus señorías; les aguardan dos escelentes mulas. Mis garduños los seguirán á pié para servirles de espolistas. Hé aquí además la palabra de órden, á fin de que en todos los puntos *en que* sus señorías podrian encontrar hermanos

de la Garduña, en vez de perjudicarles les presten ayuda y proteccion.

Al mismo tiempo Mandamiento entregó á Estévan un pedazo de pergamino en el que estaba trazada una palabra casi ininteligible.

Era el *firman* que debia proteger la fuga de los proscritos al través de los caminos de España infectados entónces de garduños.[1]

—Aquí están, añadió el maestre, los dos hermanos que deben acompañaros, que son de los mas bravos y leales.

Y designaba al guapo y al pretendiente que entraban en aquel momento en el subterráneo, cargados con los restos mortales del gobernador.

—¿Dónde nos alcanzaréis, padre mio? preguntó Estévan á Juan de Avila.

En Cádiz, respondió el apóstol; allí estaré tan pronto como vosotros, aunque iré por otro camino, pues no es prudente que todos tomemos el mismo.

—¿Y vos padre José? preguntó Dolores con pesar,

[1] Los garduños, y despues de su destruccion, los bandidos de España tenian en las principales ciudades *aseguradores* autorizados por ellos para cobrar una contribucion á los viageros, y para darles en cambio una palabra de órden que les ponia al abrigo de todo atentado en un radio de leguas determinado. En 1823 todo viagero que no queria ser molestado de Madrid á Cádiz no tenia mas que hacer, que viajar en una de las galeras de Pedro Ruiz cuyos asientos se pagaban triple valor de los de la diligencia, y el cinco por ciento de todos los demas encargos. Mediante este arreglo, podia viajarse tranquilo, pues los ladrones jamás detenian las galeras de Pedro Ruiz. En Estremadura, en Mérida, el huésped de la *posada de las Tres Cruces*, daba una palabra de órden mediante dos doblones. Llegado al *Confesonario*, por cuyo lugar apenas se puede pasar y en donde puede uno ser muerto sin ver al asesino, los bandidos se presentaban, os tendian boca abajo pidiéndoos *el dinero ó la vida*, con la intencion de quitaros las dos cosas; pero nada debiais temer teniendo la palabra de órden; solo debiais pronunciarla para verles levantar los trabucos, quitarse el sombrero y deciros con la mayor cortesania: *Vaya su merced con Dios, caballero.* En 1822 yo mismo pagué cuarenta *francos al tio Alejo* que me dió en cambio dos palabras latinas *Vade retro*, las cuales cambiaron cuatro malos mendigos que se me presentaron en el *Confesonario* en cuatro aldeanos mas inofensibles que corderos.

pues profesaba al jóven fraile una amistad enteramente fraternal.

¡Yo! donde Dios disponga, respondió José con lastimera espresion de desaliento absoluto y de abandono de sí mismo.

En el momento de separarse de esos dos seres en cuyo favor habia por un instante apego á su existencia, José se desalentaba como todas las almas tiernas ante una nueva tristeza de corazon.

Con todo, habituado desde mucho tiempo á dominar sus sensaciones, volvióse hácia Juana, y le dijo con voz dulce.

—Mi buena nodriza, ¿tú tambien vas á partir, no es verdad?

—¡Yo! dijo Juana con sublime espresion de valor, ¡yo partir si vos os quedais!

—Os alcanzaré dentro de algunos dias, añadió vivamente José con una volubilidad que disfrazaba mal su conmocion; ya ves mi buena Juana, que es preciso dejar la España, pues ya nadie está seguro aquí.

—No la dejaré sin vos, mi José, dijo resolutamente la nodriza.

—Si; pero tú partirás primero con mis amigos, que no serás tan notada; y dentro de algunos dias, cuando habré realizado los fondos que me quedan, os alcanzaré á todos..... Vamos, Juana, tú partirás esta noche.

—Yo no partiré, dijo con voz resuelta.

—Yo lo quiero, Juana, añadió severamente José; pero estaba tan pálido, y sus ojos ordinariamente tan brillantes se habian vuelto repentinamente tan opacos, que bien se concebia que interiormente era presa de un violento combate.

A estas palabras: « Yo lo quiero, » Juana bajó tristemente la cabeza y respondió con débil voz.

—Partiré.

—¡Oh! ¡tanto mejor! esclamó Dolores; con que José nos seguirá tambien....

Las fuerzas del jóven religioso se estinguian; sus manos temblaban con una nerviosa convulsion, que toda la energía de su voluntad apénas podia disimular; bamboleaba, y sus párpados se cerraban por una contraccion involuntaria.

Sin embargo, el valor moral triunfó de la naturaleza física. Por un esfuerzo sobrenatural tendió la mano á los novios, encontró bastante fuerza para apretar convulsivamente la suya; despues se arrojó al seno de Juana, abrazóla con una ternura llena de pasion desesperada, y dejó correr dos lágrimas hasta entónces contenidas.

—Luego nos verémos, Juana mia, le dijo, tranquilízate, que nos volverémos á reunir....

Todo estaba listo.

—Señores, dijo Mandamiento, apresuráos; apénas podréis andar dos leguas ántes que amanezca para llegar á la primera residencia de una hermandad, donde pasaréis el dia; pues es claro que solo podeis viajar de noche.

Por órden del favorito del inquisidor se habia preparado otra mula para Juana.

La pequeña caravana partió, y José y Juan de Avila se quedaron solos.

—Padre mio, dijo José; ántes de separarnos bendecidme.

—Hijo mio, dijo Juan de Avila mas y mas sorprendido de los modales del jóven dominico, la condesa de Vargas no era esta noche la persona mas afligída entre nosotros.

—¡Oh! no, respondió José con acento enérgico; padre mio, ahora que Dolores no os necesita, orad *por José.*

—Bendito y consolado seas, ¡tú que padeces! dijo el apóstol con dulce compasion.

Pero como si José hubiese temido engolfarse en una demasiada confianza, alejóse repentinamente, y se dirigió hácia la casa de Juana.

XV.

LA JUSTICIA DE DIOS.

Tres dias despues de la milagrosa libertad de Juan de Avila, estaba José en la casa de Juana, en medio de la sala baja en que de ordinario su nodriza acostumbraba pasar los largos y solitarios dias.

Sentado en un ancho divan bordado por Juana, pálido y deshecho el jóven dominico estaba descuidadamente apoyado sobre los cojines.

Su blanca mano sostenia su cabeza postrada; dos auréolas azuladas rodeaban sus ojos fatigados; una sombría exaltacion, un pensamiento profundo y único daba á sus anchas pupilas negras una fijeza terrible, al paso que todos sus miembros marcaban un estremado abatimiento físico.

Desde la partida de Dolores y de Estévan, José permanecia solo en aquella morada desierta; y en dos dias nada habia comido.

Con todo, no era efecto de un desmedido ascetismo ó de un fanatismo estúpido; pues durante los dos dias y las dos noches que acababan de transcurrir, los labios del jóven dominico no habian pronunciado una palabra.

Desde mucho tiempo, José ya no rezaba.

Habíase formado en su cabeza un inmenso caos de pensamientos dominado por uno solo, que se presentaba constantemente bajo todas formas, pero sin *órden ni concierto*; un monstruo con mil cabezas, una

hidra devoradora que lanzaba á la vez sus mil lenguas inflamadas para aluminarle y postrarle de fatiga.

Durante esos dos mortales dias el dominico vió pasar delante de él cosas increibles y horrorosas, escenas fantasmagóricas imposibles, ángeles y demonios, risas y lágrimas; una blanca paloma llamada verdad, sacudiendo con horror sus alas ensangrentadas, y remontando hácia el cielo despues de haber lanzado á la tierra una mirada de inmensa tristeza.

Despues José se entretuvo con un ser invisible y encantador que le llamaba dulcemente por su nombre, y que de vez en cuando le levantaba con mano dulce y cariñosa sus brazos fatigados, diciéndole:

—Vamos.

José hacia un esfuerzo para levantarse y seguir á ese ser querido que le llamaba; pero entónces una mano de hierro se ponia sobre su brazo débil y le obligaba á volverse á sentar gritándole con voz dura y fatal:

—¡Aun no!

Entónces el jóven fraile ocultaba su cabeza en las almohadas de terciopelo, para escapar de aquella vision cruel; despues se levantó furioso y desesperado. Una funesta alegría iluminaba su feroz mirada, sus dientes blancos y brillantes chocaban convulsivamente, y con su mano delicada y nerviosa apretaba con rabia un puñal con mango de ébano, cuya pequeña hoja afilada tenia el brillo y la dureza del diamante.

—¡Aguardar! ¡aguardar! murmuraba por intervalos; ¡siete años ha que aguardo!....

Finalmente, por última vez volvió el reloj de arena que le habia servido para contar las largas horas de aquel mortal dia.

Acababan de dar las ocho de la mañana; y en

aquel momento, José fijó sus miradas en un tapiz principiado por Juana, maravillosa obra que habia divertido los ocios de aquella pobre mujer tan triste. La tela desplegada sobre la mesa y la aguja enebrada de lana, parecian aguardar á la que con sus delicadas manos habia abierto todas aquellas brillantes flores, aquellas rosas de la Alambra con el cáliz tan encarnado y tan puro, y aquellas palmeras de África, cuyo ramaje parecia ondular y estremecerse al capricho de la brisa.

A este aspecto, el pecho del jóven fraile, ardiente y árido como la desesperacion se hinchó de una tristeza amarga, pero ménos seca; un enternecimiento profundo mojó de lágrimas sus ojos ardientes y dió un beso lleno de ternura sobre aquella tela insensible.

— ¡Pobre Juana! esclamó, como he martirizado tu vida.... ¡Oh! verte, verte una hora mas, ¡apoyar mi cabeza sobre tu seno que me ha alimentado! no estar *solo*, enteramente solo en el mundo! añadió con voz compasiva paseando su ávida mirada alrededor del aposento desierto.

— Con todo, he hecho bien en substraerla al peligro; ahora está libre; mi triste existencia no pesará sobre la suya; le he dado amigos que le servirán de hijos. ¡Pobre Juana! ¡oh! ¡como llorará cuando sepa que no debe volverme á ver!....

José miró otra vez el reloj, el cual ya solo contenia una corta cantidad de arena.

— ¡Oh! el tiempo, esclamó, el tiempo todo se lo lleva consigo.... el dolor y la alegría, la hermosura y la juventud, las grandezas y la gloria.... solo el odio se resiste á sus esfuerzos sin consumirse jamás... el odio que se lleva á la tumba, y que no se estingue ni aun despues de haber devorado la vida....

— *¡Vamos!* prosiguió con un grande suspiro, co-

mo si hubiese hecho un sublime esfuerzo para romper los últimos lazos que le retenian aun en esta vida, ¡todo se ha concluido aquí bajo! otro mundo me reclama, la última hora suena.... marchemos.

Al hablar así, el jóven fraile ajustó su suelta túnica, cubrió sus espaldas con la capa; despues, acercándose á un cofre que contenia algunos frascos llenos de diversos líquidos, escogió uno cuyo contenido se tragó de una vez.

Era un precioso elixir compuesto por Juana.

Apénas lo habia bebido cuando su pálida frente se sonrosó un poco, sus ojos abatidos y amarridos recobraron un aire vital y un esplendor capaz de engañar á la vista mas ejercitada, su mano cesó de temblar; marchaba con paso firme y seguro, estaba pronto para la lucha.

El último grano de arena cayó con la rapidez del pensamiento sobre la superficie blanca y pulida del reloj; y al mismo tiempo la campana de la catedral sonó por tres veces, anunciando el final de la misa.

—¡He aquí la hora! esclamó José; y lanzándose hácia la puerta salió sin volver el rostro.

Era el momento fijado para su cita con Pedro Arbués....

José andaba muy aprisa, y su mano derecha oculta bajo la túnica, apretaba con fuerza el mango del puñal.

El dia era admirable; un sol esplendente brillaba en un cielo de un azul vivo; el calor principiaba á ser muy fuerte, y en las calles inundadas de luz, el pueblo, vestido su traje dominguero, iba y venia en tropel.

Salian de la misa mayor, y cada uno se encaminaba á su casa ó á la taberna para comer.

Aquellas caras andaluzas morenas curtidas por el *sol, raza aun* árabe en la sangre y en el color, aque-

llas vivarachas manolas de talle flexibles, aquellos majos elegantes y presumidos, todo aquel pueblo naturalmente tan alegre, tan espansivo, tan hablador, llevaba impresos en la frente la tristeza y la esclavitud, el sombrío aburrimiento del miedo.

Sus grandes y negros ojos llenos de fuego estaban las mas veces cubiertos por sus anchos párpados móbiles, y todos esos labios trementes por el ardor y el deseo de la poesía, parecian enmudecer á duras penas.

Aquellos poetas populares cuyo ritmo sincero conservaba aun un color oriental tan rico, dejaban morir en su seno la inspiracion y la alegría; el pueblo no osaba cantar, ni podia ir por la calle sin que le empujara algun fraile, y cada individuo del clero era un espía.

Atravesó José por medio de la multitud sin verla, doblando el paso para llegar mas pronto, y lanzando fijamente sus miradas hácia adelante cual si persiguiera una sombra.

Algunas manolas al verle andar con paso tan rápido, se detuvieron admiradas.

— ¿Dónde va tan aprisa el favorito del gran inquisidor? dijo en voz baja una de ellas; está pálido como un ajusticiado, y parece un moribundo.

— Cállate, dijo una anciana, esto no nos atañe: « ¡En cosas de Inquisicion chiton! »

Las muchachas bajaron la cabeza y se apretaron unas con otras cual ciervas espantadas.

Cuando José llegó delante de la catedral, ya casi no habia nadie en la plaza; pero aun se oia á lo-léjos, en las calles adyacentes, el ruido monotono y sordo que producen á lo léjos los pasos de una multitud de gente.

El jóven dominico entró entónces en la basílica, cuya nave olia aun á incienso.

Una *luz templada* filtraba al través de los cristales

les colorados de los arcos bajo los sombríos pilares, y en medio de la claridad dudosa, una grande lámpara de plata suspendida de la bóveda arrojaba una llama viva y trémula, que por momentos se lanzaba hácia la cúpula formando un rayo brillante colorido en el reflejo de los cristales.

Sobre la dura piedra se veian algunas mujeres sentadas sobre sus talones que oraban golpeándose el pecho.

Al contemplarlas cubiertas con sus mantillas negras, y arrodilladas en las baldosas, asemejábanse á almas en pena que querian remontarse al cielo.

Otras veces por su inmobilidad completa, pudiera tomárselas por las efigies de aquella que contenia la sepultura sobre la cual estaban hincadas.

Mas arriba, en el abside, al pié del altar mayor, reinaba una profunda soledad; únicamente herida por el rayo de luz, que caido de arriba alumbraba aquel lugar obscuro y misterioso, podíase distinguir la forma indecisa de un religioso dominico arrodillado sobre las gradas.

Los cirios del altar aun ardian, y la cera mezclaba su suave perfume al olor del incienso, cuyo humo se elevaba en copos blanquizcos.

Un gran Cristo de plata estendia sus dos brazos en la cruz con una resignacion divina. En un inmenso cuadro, sobre la mesa del altar, se veia á la Vírgen con el hijo Jesus, arrojando flores y rosarios á dos religiosos de la órden de Santo Domingo.

A lo léjos parecia que el religioso arrodillado al pié del altar formaba parte del cuadro, y que aguardaba los dones de la celeste patrona de su órden.

Su cabeza afeitada se inclinaba sobre sus dos manos reunidas, disimulando así su elevada estatura, *y la mas* profunda humildad estaba impresa en toda *su apostura*.

De vez en cuando se golpeaba el pecho con un ardiente é inimitable fervor, cual si la prez hubies sido la ocupacion predilecta de ese hombre, y hallase sus delicias en la penitencia.

Al juzgar por la esterioridad, debia ser un gran santo ó un gran pecador; pero sea lo que fuere, Dios debia ciertamente oir sus fervientes ruegos.

Ese fraile era Pedro Arbués.

El inquisidor de Sevilla acostumbraba hacer solo en el altar y despues de la misa largas oraciones.

José se detuvo un momento al lado de una de las columnas de la Iglesia para contemplar algunos instantes al que habia ido á buscar.

A pesar suyo estremecióse el religioso en medio de aquel silencio, interrumpido solo por algunas oraciones en voz baja, cuyo imperceptible murmullo asemejábase al zumbido de un insecto en una flor.

Era muy tranquila y tan solemne aquella vasta iglesia gótica cuyas voces acababan de callar todas: las de las campanas y la de los sacerdotes !..... Solo quedaba un vago perfume de oracion y de recogimiento, un retumbo lejano, un imperceptible eco de quejas, votos y suspiros que esta bóveda sonora tal vez habia retenido !....

— ¡ Efectivamente es él ! esclamó por fin el jóven fraile en tono satánico y sarcástico; hipócrita y mañero hasta con Dios !...

¡ Él es !... ¡ efectivamente es él !... que ora soñando nuevas víctimas..... ¡ Si, ora, fraile insensato !.... Haz tu última prece..... Tal vez se arrepiente, prosiguió entre sí; dejémosle todavía la hora santa del arrepentimiento !...

Santiguóse varias veces el inquisidor, y un ligero movimiento que hizo para levantarse, indicó que su oracion iba á terminarse...

—*¡ Oh !* ¡ pero yo soy loco ! esclamó José, loco

de creer que Pedro Arbués pueda arrepentirse....

Y recobrando toda su presencia de espíritu en este momento supremo, adelantóse lentamente hácia el altar como si hubiese querido hacer su oracion.

Con el ruido que hizo abriendo la reja del santuario, volvióse el inquisidor.

Al ver á José, un rayo de satisfaccion brilló en su mirada; pero el rostro del favorito tenia una espresion tan fatal y siniestra, que Arbués se estremeció á pesar suyo; y no obstante la santidad del lugar no pudo abstenerse de decir á José:

—¿Qué tienes?

José no contestó; pero una sonrisa terrible asomó en sus labios pálidos, y miró á Pedro Arbués cual si quisiera devorarle.

El inquisidor retrocedió, creyendo que su favorito perdia la razon; pero ántes que él tuviese tiempo de preveer el golpe, José se habia arrojado sobre él como un tigre, y le habia hundido todo el puñal en la garganta, en el punto en que la coraza no podia defenderle.

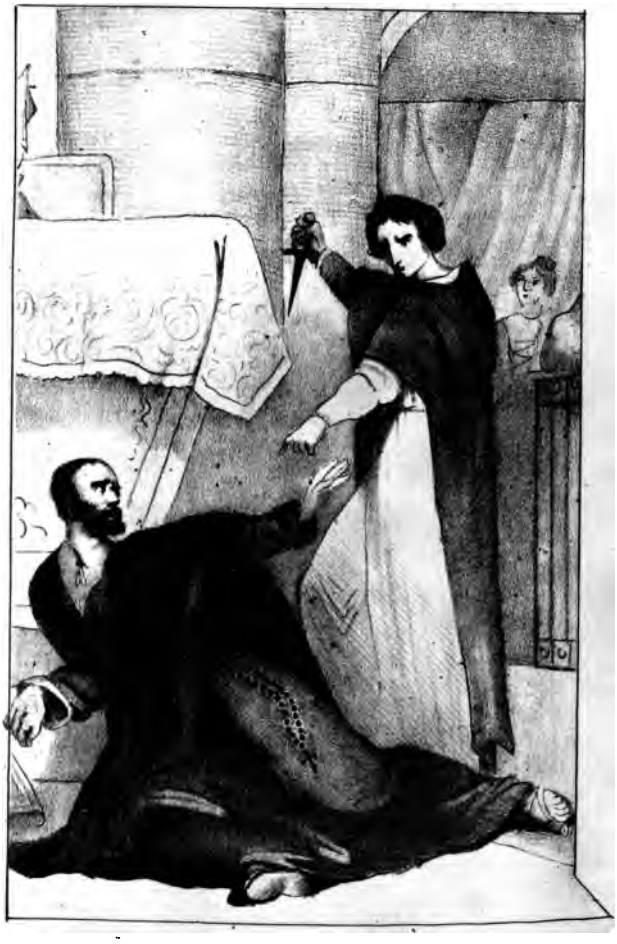
El inquisidor tendió los brazos hácia delante y cayó de espaldas; pero dió en las gradas del altar donde quedó medio tendido arrojando abundosa sangre por la herida.

—¡Tú!... ¡tú, José! murmuró bregando con las angustias de la agonía.

José se inclinó hácia su rostro que palidecia y tomaba rápidamente la tinta violacea de la muerte; y fijando su ardiente mirada en los ojos casi estinguidos de Pedro Arbués, gritóle con voz sorda:

—Acuérdate de Paula....

A este nombre, Arbués abrió por un instante los *ojos ya casi* cerrados y miró vagamente el pálido *rostro del jóven* fraile.



Muerte de Pedro Arbués.

Un recuerdo terrible pareció herirle, y murmuró con voz moribunda:

—¡Dios es justo!

Y espiró.....

El puñal de José le habia cortado la yugular.[1]

[1] Pedro Arbués es un personage histórico, y el carácter que le supone el autor no es nada exagerado; solamente el autor, autorizado por la licencia que permite esta clase de obras ha cometido un anacronismo haciendo vivir á Pedro Arbués en tiempo de Carlos V, y haciéndole coetáneo de Alfonso Manrique, de San Juan de Avila, de Saavedra, y de otros varios personages de esta historia. Pedro Arbués no reinó en Sevilla ni fué asesinado por su favorito. El personaje José es ficticio; es la personificacion del pueblo español sosteniendo la Inquisicion durante varios siglos; pero aborreciéndola siempre y aguardando con impaciencia el momento de herirla mortalmente cuyo momento llegó por fin en 1820.

Pedro Arbués, al mismo tiempo que es un personaje histórico, representa la Inquisicion, y especialmente la mayor parte de inquisidores. Sus escesos, sus crueldades, sus debilidades, sus iniquidades y su hipocresia son el cuadro fiel de los escesos, de la crueldad, de la debilidad, de la iniquidad y de la hipocresia de la mayor parte de inquisidores y de un grande número de sacerdotes.

Pedro Arbués, canónigo de la catedral de Zaragoza é inquisidor general del reino de Aragon, vivió en 1483 en el reinado de Fernando de Aragon é Isabel la Católica, y en tiempo del primer Inquisidor general de España de Tomás Torquemada. En 1485 los aragoneses cuyos privilegios eran á cada instante conculcados por la Inquisicion dirigida por Pedro Arbués, temieron ver renovadas entre ellos las escenas que pasaban todos los dias en Castilla y en las demas provincias de España en que el santo oficio, establecido desde tres años y dirigido por frailes y sacerdotes fanáticos é impúdicos, habia ya inmolado millares de victimas. En este estado de cosas y viendo que las instancias hechas al papa y al rey no habian tenido ningun resultado, gran número de los principales señores de Zaragoza se ligaron contra la Inquisicion y resolvieron sacrificar al inquisidor Arbués, que ya se habia hecho aborrecer por su crueldad y por su mala conducta, á fin de obligar á los demás miembros de la Inquisicion de Aragon á que renunciaran su cargo. Pero Arbués tuvo noticia del plan de los conjurados sin saber quienes eran. No pudiendo atacar á sus enemigos quiso al ménos ponerse á cubierto de los tiros de los conjurados: á este efecto armóse de una cota de malla y un casco de hierro que llevaba bajo su bonete. Gracias á estas precauciones los conjurados erraron varias veces el golpe; con todo, cierto dia uno de ellos se acercó á Pedro Arbués, en el momento en que oraba al pié del altar mayor de la catedral de Zaragoza, y le clavó la espada en el cuello; la herida fué tan profunda que Arbués murió al cabo de dos dias, á pesar de todos los ausilios del arte; es decir el 17 de setiembre de 1485. Despues del asesinato del inquisidor los antiguos cristianos, escitados por los frailes, se suble-

A la vista de este crímen estraño, de este sacrilegio cometido en una iglesia, las mugeres que estaban presentes habian dado horrorosos gritos y en un momento la iglesia se llenó de gente.

Algunas de esas mugeres se habian lanzado á la calle gritando por toda la ciudad:

—¡Al asesino! ¡al asesino!.... acaban de asesinar al inquisidor general.

A ese grito toda la milicia de Cristo, todos los esbirros, toda la Santa Hermandad se habian puesto en pié en pocos momentos, y rodeado la Iglesia; y cuando el alguacil mayor entró en ella para averiguar lo sucedido encontró el cadáver del inquisidor al pié del altar, y á José que con las manos cruzadas sobre el pecho, le contemplaba en silencio con ojo feroz.

La mirada del jóven fraile parecia de un loco, y sus dientes rechinaban con estraño ruido. El respeto que inspiraba la Inquisicion impedia que pudiese sospecharse del jóven dominico; mas con todo, el alguacil mayor dirigiéndose á él, le dijo con el mas profundo respeto:

—Reverendo padre, ¿sabeis quien es el autor de este crímen?

—Yo, respondió tranquilamente José.

varon como un solo hombre y en Zaragoza hubo violentos motines; y sus consecuencias hubieran sido terribles, dice Llorente, si la multitud fanática no hubiese sido contenida por la promesa que le hicieron de castigar con el último suplicio los culpables de este atentado.

Aguardando, se honró la memoria de Pedro Arbués con una especie de solemnidad que contribuyó mucho á hacerle pasar por un santo. Arbués fué el objeto de un culto particular en las iglesias, y poco faltó para que á este canónigo dominico no se le hubiese reconocido por patron del santo oficio y protector de los inquisidores. Sin embargo, contentáronse con atribuirle *milagros* y preparar su beatificacion, que efectivamente se celebró en 1664, bajo el pontificado de Alejandro VII.

No ha mucho que aun podia verse en la catedral de Zaragoza un epitafio en lengua latina sobre la tumba de Pedro Arbués, que los reyes católicos don Fernando de Aragon é Isabel de Castilla hicieron *levantar*.

A una confesion tan esplícita no pudieron dejar de prenderle, y así lo mandó el que le habia interrogado.

José se dejó atar sin resistencia; parecia que este momento terrible para cualquier otro, fuese para él de grandísima alegría.

Al primer rumor del asesinato agrupóse al rededor de la iglesia un inmenso gentío, y cuando José salió, todos los ojos se fijaron en él con ardiente curiosidad. Era tan jóven, tan hermoso y de aspecto tan triste, que toda la compasion pública era para el asesino y no para la víctima.

—¿Qué le habia hecho el inquisidor? se preguntaban en voz baja unos.

—Y sin embargo era su favorito, respondian otros.

—Mirad como los lobos se devoran entre sí, dijo un anciano encanecido que se reconoció ser Rodrigo de Valero.

—Silencio, don Rodrigo, dijo don Gimeno de Herrera, que siempre le acompañaba; vuestra imprudencia acabará por perderos.

—¡Que importa! replicó severamente el anciano; ¿mis canas valen acaso la pena de que sea cobarde para conservarlas? Pero, añadió examinando el rostro de José que reconocia á medida que este se le acercaba, me parece que ese fraile que acaba de matar á monseñor Arbués es el mismo á quien una noche vimos en el baile de la Garduña.

—El mismo, respondió don Gimeno; le reconozco perfectamente. Ese jóven religioso era verdaderamente un hombre estraño...

—¡Oh infeliz! interrumpió Valero, en nada se asemejaba á los demas frailes de España; podia decirse de él lo que los paganos decian de Cristo: «Jamás se le ha visto reir, pero muchas veces se le ha visto llorar.»

—Era caritativo y dulce, dijeron algunas mugeres que le miraban con una grande compasion; ¡qué lástima! ¡le van á matar!...

—Ha hecho como Judith, replicó Valero, es un mártir y no un asesino.....

Miéntras que Valero se espresaba así, un hombre vestido de negro andaba á su lado con los ojos bajos, enjugándoselos de vez en cuando, como si hubiese esperimentado un gran dolor del suceso que acababa de acaecer.

En el pecho de ese hombre, bajo su chupa ligeramente entreabierta podia distinguirse el ángulo de una medalla de plata cincelada. Ese hombre no habia perdido una sola palabra de Valero.

En cuanto á José, parecia del todo indiferente á cuanto pasaba á su alrededor. Á su exaltacion y al ardor febril de su rostro habia sucedido una palidez lívida. Satisfecha ya su alma se habia concentrado en sí mismo, y era presa de ese profundo letargo que sucede á la sobreexistencia de las facultades.

Adelantaban lentamente hácia la *cárcel de la corona*, en la que debia ser encerrado José por su calidad de sacerdote. La multitud se agrupaba cerca de los alguaciles y de los familiares, para gozar del estraño espectáculo de un dominico que acababa de asesinar á un inquisidor.

Detras de la tropa armada que escoltaba al preso, seguia un numeroso cortejo de familiares y de frailes, llevando en una litera el cuerpo de Pedro Arbués, cuidadosamente cubierto con un paño negro bordado de plata.

Todos esos hipócritas miembros de la Inquisicion afectaban un vivo dolor, y fingian llorar la muerte de aquel ser inicuo que habian detestado durante su vida.

Algunos hasta iban á recoger piadosamente con su

pañuelo la sangre que caia de la herida entreabierta del inquisidor.

Los frailes dominicos exaltaban su santidad, y le invocaban casi como un bienaventurado á los ojos de la multitud admirada, que permanecia fria y muda delante de esas demostraciones y elogios tan poco en armonía con los actos del que acababa de morir.

Era una parada impía y sacrílega ver á ese cortejo mortuorio arrojando así con impudencia, sobre una cabeza maldita, la corona de los santos y de los mártires; procurando ahogar esa voz imperiosa y sagrada de la conciencia pública, que alaba ó anatematiza inexorablemente al hombre muerto, y siempre con una equidad de la cual no hay apelacion.

Desgraciadamente en semejantes casos no domina la opinion pública, y la Iglesia romana ahoga la voz de los pueblos ó seduce y sorprende la opinion de los sabios con sus eternas farsas, sus astutos panegíricos, sus impalpables pruebas, sus infinitos misterios, y sus hipócritas truhanerías.

A fuerza de fantasmagoría hábilmente calculada, muchas veces alucina las conciencias mas rectas; no solo son víctimas suyas, aquellos que á la rectitud del corazon unen la fuerza del raciocinio y de la voluntad.

En el momento en que Pedro Arbués habia sucumbido á los golpes de José, el pueblo se regocijaba interiormente por la caida de un déspota que se hartaba de sangre y de lágrimas de Andalucía. Cuando llegaron á la cárcel, una infinidad de gentes seducidas y fascinadas por la hipócrita maniobra de los frailes, principiaba á preguntarse si no eran muy culpables por haberse regocijado de esa muerte, y si realmente á los ojos de Dios, el inquisidor general de *Sevilla no* era un santo sacerdote víctima de su

celo por la religion católica.

Así como habian principiado por compadecer y amar á José á pesar de su crímen; ahora los mas indulgentes le consideraban un loco.

¡Oh! inconstancia de los juicios humanos... ¿cuándo acabarás de ser árbitra de los destinos de los hombres, ó mejor, cuando recobrarán los hombres, por medio de una buena educacion, esa entera rectitud de sentimientos, que es la base de la felicidad de las naciones, en vez de falsificar los mas nobles instintos del alma humillándolos á misterios incomprensibles, á paradojas sin fin, á increibles invenciones, á doctrinas falsas ó incompletas? ¿Cuándo se lanzarán sin restriccion en la senda ancha y fácil de la verdad?

¡Iglesia de Roma! ¡el que rehusa unirse á tí, solo es á tus ojos un hijo de las tinieblas! pero tú eres quien constituyes las tinieblas, tú que solo te gozas en la noche y en la obscuridad de la ignorancia, ¡tú, que á cada uno de tus adeptos quieres poner una benda so pena de reprobacion!...

¡Y te titulas esposa de Cristo que murió por la luz, y por la verdad!...

Tal es la Iglesia romana, tal era el siglo XVI; con solo la diferencia que entónces era mas fuerte, y sus enemigos á veces sucumbian. Algunos *pesimistas* pretenden que retrocedemos á pasos precipitados hácia esos tiempos de ignorancia y de esclavitud; apresurémonos á protestar bien recio contra semejantes previsiones, pues que deshonran el pais que puede admitirlas. El espíritu ha progresado, el espíritu jamás retrocede, siempre adelanta; y en cada siglo debe marcar sus pasos con ménos progresos.

Dejemos obrar y gritar á los enemigos de la luz; *á medida* que ellos tienden las redes sobre el mun-

do, la verdad rompe sus mallas una por una, y la senda de los sabios no será obstruida por otra.

Pasaron ya aquellos tiempos en que de un monstruo se hacia un santo.

La misma noche en que José estaba en la cárcel de la corona, don Rodrigo de Valero denunciado por un familiar, fué metido en las cárceles del santo oficio con don Gimeno de Herrera.

La Inquisicion que habia tolerado tanto tiempo las fogosas declamaciones de Valero, acabó por comprender que tenia el juicio demasiado recto para ser loco.

XVI.

EL JUICIO DE LOS HOMBRES.

Aunque no se acostumbrase en España á juzgar á un hombre casi inmediatamente despues de su captura, á causa del tiempo que muchas veces es indispensable á la justicia para instruir el proceso de un acusado y recojer las pruebas á favor ó contra de él, el crímen de José estaba hasta tal punto fuera del círculo de los crímenes comunes que se cometian en España, los testigos tenian tan poco que decir en un asunto en que el mismo culpable se habia denunciado; y además, la indignacion del clero era tan grande, y el santo oficio reclamaba una venganza tan pronta y estrepitosa, que el tribunal *del bureo*, tribunal seglar encargado de juzgar al asesino de Pedro Arbués, consideró conveniente mandar comparecer á José al cabo de ocho dias.

Por fin llegó el momento.... que el jóven fraile habia previsto con una satisfaccion llena de amargas delicias. Conocia bien que seria condenado á muerte, pero este término fatal para todos, parecia ser para

él un fin caro y deseado, un beneficio que desde mucho tiempo aguardaba.

El dia en que debia ser juzgado, el jóven dominico levantóse muy temprano, y puso un estremo cuidado, un minucioso aseo en vestir los simples hábitos de la órden á que pertenecia.

Su cabeza noble y graciosa estaba casi enteramente rasa; pero el ligero cerco de cabellos, que partiendo de la frente y pasando por encima de las orejas iba á pasar á la nuca, era de una finura admirable y de un negro brillante como el acebache.

Por la primera vez despues de muchos años, José inundó de perfumes su tez de piel transparente y delicada; sus manos ya de sí tan bellas, tomaron con una agua de colonia, una blancura y delicadeza digna de la mujer mas hermosa.

La tez lisa de José surcada de venas azules hácia las sienes, tomó una palidez brillante con el contraste de su hábito negro mezclado de blanco mate; sus ojos rodeados de un ancho círculo moreno se reanimaron con repentino brillo, y sus labios se recogieron cual si interiormente le moviera una idea alegre.

Cuando los alguaciles fueron á buscar al preso para conducirle al tribunal, quedaron sorprendidos de la serenidad de su fisonomía; y la supersticion de aquel tiempo era tal que algunos casi le tomaron por un brujo.

Pero á su vista José volvió á entrar por decirlo así en el misterio de su alma; cubrió su frente, que centelleaba con una espresion altiva y severa; y cuando los alguaciles, aun dominados por el respeto inalterable que inspiraba un hábito de fraile, le mandaron que les siguiera; José sin responder nada, se puso á andar en medio de ellos tan tranquilo como *si le hubiesen* llevado á una fiesta.

Los curiosos miraban con ansia pasar á ese oficial de la Inquisicion, que por un crímen tan enorme se habia escluido de la ley que mandaba que los oficiales y aun los familiares de la Inquisicion solo fuesen juzgados por los inquisidores; ¡y ese fraile iba á ser juzgado por la justicia ordinaria como un *simple mortal!*

Pero él sin afectar el desden soberbio de los criminales tenaces, ni el ademan hipócrita de los que quieren disponer en su favor la opinion pública, pasaba indiferente y tranquilo, con los ojos fijos y casi dirigidos al cielo: estaba tan poco conmovido y ocupado de las cosas de acá bajo, que su alma parecia ya separada del cuerpo.

De modo que al verle tan olvidado de sí mismo, el pueblo le tomó á su vez por un mágico; y mezclando supersticiones moriscas á supersticiones cristianas, creyó ver en él á uno de esos santones moros, tan atormentados por la Inquisicion en el reinado precedente, que habia tomado la figura de fraile para matar al inquisidor.

Pero José no hacia caso de lo que podian decir de él. La vida y todo lo unido á ella le parecia un vestido usado que se lleva con disgusto, y que se deja con alegría.

Andaba con indiferencia, inquietándose tan poco de sus jueces, como si no se tratase de él, preocupado sin embargo de un último pensamiento; pues andando parecia evocar sus recuerdos, y á medida que le acudia una nueva idea, su ancha frente se iluminaba con una claridad fulminante, y satisfecha la pasion del odio, ó mas bien la de la justicia, imprimia en su pálido rostro un sello misterioso y terrible.

Cuando hubo llegado frente á sus jueces, pareció *despertarse* de un sueño profundo, y por primera

vez, desde que habia salido de la cárcel, consideró lo que pasaba á su alrededor.

Componíase el tribunal de tres jueces; el presidente estaba sentado entre sus dos asesores.

Un escribano sentado delante de una mesa á la derecha del juez, debia escribir las respuestas del acusado y las contestaciones de los testigos. Un poco mas léjos estaban los abogados, y al lado los defensores del acusado, y el procurador que debia tomar apuntaciones á su favor.

José estaba sentado en medio, delante del presidente; pero alrededor suyo no se veia ningun testigo, ¡nadie! La sala estaba enteramente desierta, porque habian juzgado que en semejante materia el proceso debia instruirse en secreto, por respeto á la dignidad eclesiástica de que el acusado estaba revestido, ó mas bien, por temor de alguna revelacion pública de José: en cuanto á los testigos se habia juzgado inútil hacerles comparecer, atendido que el acusado lo confesó todo. José pues estaba solo en presencia de los jueces.

Lanzóle el presidente una mirada severa, y le dijo aun con tono mas severo:

—¡Levantáos!

El dominico obedeció.

—¿Como os llamais? prosiguió el presidente.

—Me llaman José, respondió sencillamente el jóven fraile. Mi profesion ya la sabeis, religioso de la órden de Santo Domingo.

—José no es apellido, añadió el juez, ¿cual es vuestro apellido?

—Ya no tengo familia, respondió el dominico; y en cuanto á su apellido jamás lo revelaré.

—¿De dónde sois hijo?

—De Granada.

Y á esta palabra, los ojos hoscos del jóven fraile

se humedecieron, como si su alma hubiese sido repentinamente invadida por un tierno recuerdo.

El juez sin hacer alto en ello, dijo á José:

—Acercáos.

Adelantóse el religioso hasta el pié de la mesa, donde delante del mismo presidente estaba abierto un libro de los Evangelios.

El juez mandó al acusado que pusiera la mano en él.

José obedeció.

El presidente fijóle la vista, y le preguntó con tono solemne:

—¡Jurais por Dios y por sus santos cuatro Evangelios, decir la verdad en todo lo que fuereis preguntado?

—Lo juro.

—¿Jurais decirla aun contra vos mismo?

—Lo juro, repitió el jóven dominico con tono firme y seguro.

—Está bien, dijo el juez; y prosiguió así:

—Sois vos quien asesinó al señor Pedro Arbués, inquisidor general de Sevilla?

—Yo mismo.

—¿Qué motivo os pudo inducir á cometer un crímen tan enorme?

—Luego os lo diré, contestó el acusado en tono amargo y sarcástico.

—El abogado puede hacer su defensa, continuó el presidente.

Sonrióse José con una sonrisa escéptica, y volvió á sentarse en el banquillo. Compadecia ese vano simulacro de defensa, y esas palabras que iban á evaporarse sin provecho, solamente para obedecer á la ley. Dejó pues al abogado que agotase sus vanos argumentos, que desplegase toda su elocuencia para *enternecer* el corazon de sus jueces, no pudiendo

destruir su convencimiento, que amontonase palabras sobre palabras, frases sobre frases; prodigara gestos y bufidos para cambiar una cosa irrevocable, que era la certidumbre.

Cuando hubo acabado, José se volvió hácia él con una semisonrisa llena de amargura y de desprendimiento de todas las cosos, como para decirle:

—Queréis resucitar un cadáver.

Efectivamente, los esfuerzos de la mas fecunda elocuencia no habrian podido salvar á un hombre que no queria salvarse.

—¡Criminal! dijo entónces el presidente, ¿teneis algo que añadir á vuestra defensa?

—¡Para mi defensa!.... no; respondió el dominico; pues declaro aquí, delante de Dios, que aprecio mas la muerte que la vida; pero como ántes que la vida debe considerarse el honor, quiero salvar el mio, y solo por esto hablaré.

—Hablad pues, continuó el juez; el tribunal os escucha.

—Hace siete años, continuó José, que Pedro Arbués fué elevado á la dignidad de inquisidor general de Sevilla. Era jóven, hermoso, amable; á pesar del horror que la Inquisicion siempre ha inspirado en España, confióse un momento en que Pedro Arbués seria ménos cruel que sus predecesores; mas desgraciadamente esta esperanza duró poco.

Las persecuciones continuaron mas tenaces que nunca; como en los últimos años del reinado de Torquemada, algunos hombres que pertenecian á las mejores familias de España no se sonrojaron de ejercer el oficio de espías y delatores para asegurar sus bienes y su vida.

—Acusado, dijo el presidente, os escedeis.

—Me defiendo, replicó el fraile con orgullo; *escuchad:*

En aquel tiempo vivia en Sevilla una familia católica de la mejor nobleza de España, cuya madre, oriunda de la tribu de los Abencerrajes, y muerta algunos años ántes, habia dejado inmensos bienes. Esa familia se componia de dos hermanos.... De tres hermanos, continuó José ahogando un suspiro; tres hermanos nobles y hermosos, de los cuales dos habian abrazado las órdenes sagradas; el tercero... era valiente como el Cid, y aun mas hermoso. Llamábase Fernando, continuó José que parecia pronunciar ese nombre con una delicia inefable; vivia además su padre, que era un patriarca, un anciano lleno de fé y de virtud; una jóven hermana, niña dulce y cándida, cuya vida era tan pura como la de los ángeles, y finalmente una huérfana, su pariente lejana, una muchacha ardiente y orgullosa que amaba á Fernando, y del que era correspondido.

En un castillo que esa familia poseia á corta distancia de Andújar, habia hecho edificar una capilla católica servida por monges gerónimos. La madre que adoraba á su marido y á sus hijos, habia hecho construir aquella capilla para que les sirviera de sepultura comun; á fin de que ni siquiera despues de su muerte la separasen de lo que amaba. Jóven aun, habia ido la primera á aguardarlos á ese fúnebre lugar de cita.

Ya he dicho que al morir dejó considerables bienes; y la Inquisicion juzgó conveniente apropiárselos.

Acusáronla de haber muerto hereje, y con sentimientos contrarios á la verdadera fé católica, aunque muriendo hubiese dado señales inequívocas de su afecto á esa religion que habia sido siempre la suya.

Pero era preciso acusarla de algo.

Presentáronse falsos testigos que declararon que ella habia muerto y vivido hereje; y á pesar de las protestas de sus hijos, de sus dos hijos, sacerdotes revestidos de un carácter sagrado, exhumaron el cadáver de esa mujer, arrasaron su casa con prohibicion de volverla á edificar, y confiscaron todos los bienes que habia legado.

—¡Criminal! interrumpió el presidente, ¿estais bien seguro de lo que decís?

—Ese era el derecho de la Inquisicion, replicó José en tono sarcástico; y continuó sin inmutarse:

—El padre murió de pesar durante ese abominable proceso. Los hijos que lloraban á su madre, que se atrevieron á indignarse de la profanacion de sus cenizas, los hijos fueron encarcelados.

Una sola persona se libró, y fué la huérfana amada de Fernando; la cual quedó sola con la mujer que la habia educado, sola para llorar sobre los suyos á quienes no debia ver jamás.

—¿Qué se hicieron? preguntó el juez sobrecogido de terror y de piedad progresivas.

—¡Qué se hicieron! ¿Vos preguntais lo que se hicieron entre las manos de Pedro Arbués? Fueron entregados á las llamas sin misericordia. Los dos mayores, Agustin y Francisco, acusados de dogmatizar de un modo contrario al espíritu de la religion católica, y su jóven hermana Beatriz, *convencida* de seguir la doctrina de sus hermanos, fueron muertos en un mismo auto de fé. [1]

Espantado Agustin por los tormentos, no por él sino por su jóven hermana; al llegar al suplicio, esclamó que pedia perdon y que queria vivir cual buen católico.

Miente, dijo Pedro Arbués; el miedo de la muer-

[1] *En el auto de fé general que se celebró en Valladolid en abril de 1559, en presencia de don Cárlos y de la princesa Juana.*

te le inspira su arrepentimiento.

— ¡Me arrepiento! ¡me arrepiento! gritaba aun la víctima.

— Que le estrangulen ántes de entregarle á las llamas, dijo el inquisidor. [1]

Esto fué lo único que pudo obtener.

— ¡Eres un cobarde! le gritó su hermano... y subió sobre la hoguera haciendo una señal de adios á Beatriz, que murió con la resignacion de una mártir.

José calló, y los jueces aunque acostumbrados á esos terribles dramas se sintieron sobrecogidos de un terror involuntario.

— Continuad, dijo el presidente, continuad. ¿Qué se hizo el tercero?

José se estremeció sobre el banquillo, sus dientes rechinaron como si hubiera tenido frio. Escuchábanle con un interés y una atencion de cada vez mas vivos.

— El tercero, continuó repentinamente con voz lenta y seca, el tercero aun vivia. ¡Era tan jóven! que ni se habian atrevido á hacerle morir con los demás, y Pedro Arbués lo guardaba para el auto de fé real.

Paula, la huerfana que le amaba, concibió el proyecto de salvarle.

Tenia veinte años; ¿y qué mujer á veinte años desespera de la clemencia de un hombre, aun cuando ese hombre se llame Pedro Arbués y sea inquisidor general?

Habia seis meses que su desgraciada familia habia sido entregada del modo dicho á las llamas; hablábase de un nuevo auto de fé [2] que debia celebrarse por los dias del rey, y que el tribunal anunciaba al público un mes ántes.

1 Véase la nota 1.ª de la pág. 10 del tomo 1.º
2 En octubre de 1559.

—Acusado, al hecho, interrumpió el presidente.

— Ya estoy, respondió tranquilamente José; escuchadme, señores.

—Los procesos se instruian: estraños procesos verdaderamente, conspiraciones tenebrosas, cuyo juez tenia en su mano todos los hilos que hacia mover á su voluntad: siniestros problemas, que todos tendian á una misma solucion.... que era la muerte.

Devorada Paula por aquel á quien amaba, tomó cierto dia una grande resolucion, una resolucion muy fatal, vais á verla, señores.

Armóse de una exaltacion sublime; pesó todas las probabilidades del paso que iba á dar; y aunque esperando enternecer al inquisidor y salvar á su amado, calculó que al fin el peor resultado que podia obtener de ese paso era morir con él; pero la muerte no la espantaba....

Era un dia sombrío de los que no se acostumbran ver en Andalucía; pero por una estravagante simpatía, ó una de esas casualidades que se asemejan á la fatalidad, el sol se habia cubierto de nubes, y una dilatada mancha negra habia ocultado la mitad de su disco; porque habia un eclipse casi total.

Iban á dar las doce del dia, y las calles estaban enteramente obscuras.

Paula silenciosa y resuelta, escapó á la vigilancia de su nodriza, única amiga que le quedaba en el mundo. Envuelta en su velo encaminóse al palacio del inquisidor, cuyas avenidas guardaban una multitud feroz de familiares.

Cuando Paula se adelantó hácia la puerta le impidieron el paso, y un familiar acercándosele le preguntó que queria.

— Quiero ver á monseñor Arbués, respondió temblando; pues no se entraba sin temblar en el palacio de un inquisidor.

— ¿Quién sois? prosiguió el familiar.

— Una muchacha noble, respondió Paula con orgullo.

— Aguardad, y desapareció por algunos instantes.

Pronto volvió á aparecer el familiar en cuyos descoloridos labios asomaba una falsa sonrisa.

— Seguidme, señora; monseñor consiente en recibiros.

El familiar tomó la delantera, y la muchacha le siguió.

Atravesaron varias salas magníficas, largas galerías embaldosadas de mármol, con el cielo raso sembrado de arabescos; el lujo de aquel palacio de la muerte era oriental.

Despues en fin en la última estremidad del edificio, se abrió una puerta cuyo umbral pasó Paula, y al punto quedó cerrada y el familiar desapareció.

Paula encontróse frente del inquisidor.

La relacion de José dispertaba un interés progresivo.

— Pedro Arbués, continuó el jóven fraile, estaba sentado en un divan ancho y blando que circuia la sala.

Hallábase entónces el gran inquisidor en la flor de la edad, y su rostro era notablemente hermoso, á pesar de la espresion de altiva crueldad.

Su perfil de águila tenia mucha nobleza, y su grande talla era derecha y soberbia.

Paula se estremeció encontrándose sola con ese hombre.

— Acércate, muchacha, dijo el inquisidor admirado de la aventajada estatura de Paula, cuyas facciones veia imperfectamente.

Echóse Paula el velo atrás y adelantóse sin temor hácia Pedro Arbués.

Llegada delante de él cayó de rodillas, y juntando las manos suplicantes:

—¡Perdon, señor! esclamó, perdon para mi novio que es inocente, ¡oh! volvédmelo, os lo suplico.

El rostro del inquisidor tomó una espresion de notable descontento.

—¿El nombre de tu novio? preguntó resueltamente.

—Fernando de Cazalla, respondió Paula con voz apagada, porque las feroces miradas del inquisidor la horrorizaban.

Al nombre de Cazalla la fisonomía de Arbués se habia repentinamente vuelto sombría; contemplaba atentamente á esa jóven que con tanta audacia osaba ir hasta sus piés á solicitar el perdon de un hombre acusado de heregía.

Paula era hermosa; ¡oh! muy hermosa, señores.

Contemplóla el inquisidor algunos instantes.

Cuando hubo reconocido con su lasciva mirada el rostro encantador de aquella jóven, Arbués se templó gradualmente, y tendió su mano á Paula aun arrodillada delante de él.

—Levántate, le dijo, y háblame sin temor; las leyes de la Inquisicion son terribles, pero siento lástima por tí.

—¡Oh! ¡bendito seais, señor! esclamó Paula, que acababa de concebir un rayo de esperanza; vos salvaréis á Fernando, ¿no es verdad?

—¿Acaso lo he dicho, muchacha? esclamó Pedro Arbués con una sonrisa de tigre.....

Jugaba con su presa.

—¡Oh! señor no retracteis las palabras que habeis proferido, os he causado lástima, vos salvaréis á mi amante, ¿no es verdad?

—¿*Y si le* salvo que harás por mí, muchacha?

— Oh señor, toda mi vida os pertenece; pero qué puedo por vos, yo humilde muger! ¿qué puedo por vos que sois todopoderoso?

— ¡Tú eres hermosa, Paula! esclamó Pedro Arbués con una mirada que la hizo estremecer: sin embargo no se atrevió á manifestar que tenia miedo.

El inquisidor la hizo acercar y sentarse á su lado, y la infeliz obedeció temblando.

Pedro Arbués habia recobrado su rostro severo.

— ¡Don Fernando de Cazalla! murmuró con aire sombrío..... ¿Sabes que esa familia entera convicta de luteranismo está deshonrada para siempre en sus individuos vivos y muertos?

— Esa familia es la mia, monseñor; yo estoy apalabrada con don Fernando por la voluntad de su padre y por la suya. Si él es condenado, solo pido la gracia de morir con él.

— Hé aquí un amor ardiente; ¡qué no daria yo para inspirar otro semejante!.....

Paula bajó los ojos ante el sacerdote que le hablaba tal lenguaje.

— Vos calumniais la memoria de un hombre revestido de un carácter sagrado, esclamó el presidente.

— Yo no calumnio, señor, yo solo refiero, respondió José; dígnese su señoría escucharme hasta el fin.

— Estais en vuestro derecho, dijo el juez respetando los usos del pais pasados en autoridad de ley, los cuales querian que se dejase á un acusado la libertad de defenderse.

José continuó:

— ¿Sabes, prosiguió Pedro Arbués, que don Fernando está destinado para el auto de fé próximo, y que *va á sufrir tormento*?

Un grito profundo, doloroso, terrible, salió del pecho de la infortunada Paula; el tormento era mas terrible que el cadalso.

—¿Qué tienes, muchacha? preguntó el inquisidor.

—¡El tormento, señor! ¿no habeis dicho que iban á someter á Fernando al tormento?

—Yo puedo librarle, replicó Pedro Arbués.

Paula respiró mas libremente.

—¡Señor! esclamó ella, ¡ojalá pudiera yo morir por vos!

—Morir no, sino vivir, respondió Pedro Arbués, tomando en las suyas las delicadas manos de Paula.

—¿Sabes, prosiguió, que segun la declaracion de los testigos, don Fernando, convicto de haber asistido á las prédicas de los luteranos, y de haber abrazado su doctrina, está condenado ya á la hoguera?

—¡Pero vos podeis absolverle, señor! esclamó Paula, que volvió á caer en las angustias de la incertidumbre; ¡vos podeis salvarle y le salvaréis! Fernando es inocente, y su alma es tan pura como la de un ángel.

—Tú sola puedes salvarle, respondió Pedro Arbués.

—¡Yo! señor; pero ¿qué debo hacer? ¡oh! ¡Dios mio! decid, estoy dispuesta á todo; ¿quereis que muera en su lugar?

—¡Tontuela! ¿necesito yo tu vida? eres demasiado hermosa para morir, prosiguió con exaltacion; y su mano brutal arrancó sin pudor el velo que cubria el seno de Paula!....

Los jueces se estremecieron.

—¡Oh! ¡perdon, señor! esclamó la desdichada defendiéndose con los brazos cruzados sobre su pecho; ¡perdon para Fernando y para mí tambien, monseñor! En nombre del Dios de quien sois ministro en

la tierra sed clemente y perdonad; tened piedad de una pobre muger que no tiene nada mas en el mundo que al que ama.... Señor, yo no tengo madre, soy huérfana, no tengo otro apoyo que Fernando... volvédmelo, os lo suplico... ¡oh! volvédmelo, monseñor, y os bendeciré y os bendecirémos juntos toda nuestra vida.

Paula vertia abundantes lágrimas; su fisonomía noble y altiva tenia en medio del dolor y de las lágrimas una hermosura sobrehumana. Pedro Arbués en vez de enternecerse, sintió aumentarse sus brutales pasiones y rugir sordamente en su seno un mar irritado.

Lanzóse hácia Paula como un leon salvage, y levantándola en sus robustos brazos la echó en el divan medio desmayada.

La desdichada se deslizó del divan y con voz ahogada apretando contra su pecho las rodillas del inquisidor que bañaba con sus lagrimas, le dijo: monseñor, perdonad, volvedme mi amante.

— Sé mia, dijo él con voz sombría, y yo salvaré á don Fernando.

Paula se puso pálida y fria como un mármol, y sus ojos se cubrieron con una sombra mortal. Levantóse lentamente, dió algunos pasos atrás para salir, despues tendió hácia el inquisidor su mano fria y pálida, y esclamó:

—¡Maldito seas! tu puedes matar á don Fernando; pero yo moriré con él.

— Fernando morirá ántes del auto de fé, dijo Pedro Arbués; como es jóven y débil no resistirá al tormento del agua.[1]

[1] El lector ya ha leido los pormenores de este tormento en el capítulo XXIX del tomo 1.º Desgraciadamente aquellos pormenores son demasiado ciertos. Si alguien dudase de ellos puede leerlos mas estensamente en la *Historia de la Inquisicion*..... Parece increible *que este tormento* exista aun en la Inquisicion de Roma.

Pero el carcelero la rechazó brutalmente.

Tan caro pagaban los desdichados las menores condescendencias.

Paula volvió pues á su sitio y alargó el cuello para mirar.

La primera víctima que compareció era un arzobispo, un santo sacerdote venerado en toda España; andaba lentamente cubierto con la lúgubre coroza, y revestido del sanbenito. Su paso era seguro, sus ojos llenos de resignacion y de fé, espresaban un dolor profundo. Lanzó á su alrededor una larga mirada, y la dirigió luego al cielo, como para manifestar la iniquidad de sus jueces; despues su cabeza cayó sobre su pecho, y sus elocuentes labios, que tantas veces habian hecho oir la palabra de Dios, solo espresaron una ironia amarga y dolorosa.

Seguian luego dos jóvenes religiosas condenadas á las llamas por haber abrazado la doctrina de Lutero; las cuales marchaban á la muerte con un valor heróico, cual si fuesen á una fiesta.

Dirigióles Paula una mirada de triste compasion; ellas le contestaron con una angélica sonrisa mostrándole el cielo, como si le hubiesen querido manifestar que todas las víctimas de la tierra apelaban al tribunal de Dios.

El cuarto condenado era un jóven marrano convencido de profesar en secreto la religion de sus antepasados. Un ejemplar del Coran, heredado de sus padres, y que encontraron en su casa, bastó para hacerle entregar á las llamas.[1]

[1] La Inquisicion no solo condenaba á los judíos y á los herejes; la posesion de un libro prohibido, de una Biblia, de un ejemplar de los Evangelios en idioma vulgar y aun de un libro inglés, bastaban para mandar toda una familia a la hoguera especialmente si *esos libros* pertenecian a una persona rica, pues los proletarios *nada tenian que* temer de la Inquisicion.... porque la mision del *santo oficio no* era verdaderamente estirpar la heregía, sino des-

Aquel marchaba con altanería. Sus ojos negros, recorriendo la hermosa ciudad de Sevilla en que habian reinado los Árabes, parecia comparar en su resúmen rápido la época de los moros con la de la Inquisicion. La España seguramente no se le presentó entónces como una jóven educada para vivir en las fiestas, acostumbrada á las noches armoniosas y llenas de alegría, á las caricias de las artes, de la poesía y del amor, y que habria cambiado repentinamente su adorno festivo con un cilicio, sus noches de amor con noches de lamentos y de lágrimas; y sobre su frente fúnebre y pálida, lívida ya como la de los moribundos, ¡habria tendido la fúnebre mortaja que separa de la vida!

¡Oh! ¡como latiria el corazon de ese hijo de los Abencerrajes! ¡Como debió agitarse en sus ardientes venas la sangre de esos hombres cuyos padres habian reinado! no sólo sufrió la esclavitud del cuerpo, sino tambien la de la inteligencia.

Horrorosa debió ser la hora de su agonía.

Pasó.

—¡Basta! ¡basta! esclamaron los jueces.

—Dejad, dijo en voz baja el presidente, dejad; es el último favor que se dispensa al acusado.

—Otras dos víctimas desfilaron en silencio, continuó el jóven dominico sin conmoverse.

Paula atenta y azorada, las contaba con indecible angustia.

Marchaban lentamente cual sombras que saliesen del sepulcro; pues el tormento habia roto sus miembros, y apénas les quedaba fuerza para ir á morir.

Contólas Paula una por una, mirándolas ávidamente el rostro, alelado y desesperado, sin saber

pojar el mundo cristiano de tanto oro como fuese posible en provecho de *Roma*, de los reyes que le protegian y en favor de los *Inquisidores*. ¡Hé aquí porque la Inquisicion era impía!

si debia confiar ó temer, á pesar de la promesa de Pedro Arbués.

Adelantó el cortejo y Paula contó la duodécima víctima.

Entónces exaló un profundo suspiro; aspiró el aire, con avidez acababa de quitársele un peso enorme de su corazon, y la chispa de su alegría le engañó...

Pero repentinamente á algunos pasos del duodécimo condenado, apareció un aspectro pálido y lívido, cuyos huesos dislocados habian sido torcidos y rotos en el tormento.

Sostenianle dos sacerdotes y dos familiares en sus brazos, ayudándole á arrastrarse hácia el suplicio.

Este hombre que solo contaba veinte y cuatro años habia sido de tal modo torturado, que los músculos de su rostro estaban dilatados y caidos como los de un anciano; su frente y sus mejillas estaban cubiertas de arrugas, y sus grandes y negros ojos brillantes y febriles en la vasta órbita vaciada por los sufrimientos, ardia con estraño resplandor, vacilante é incierto como la llama de una bugía, que se eleva, se baja, y despide rayos de luz, haciendo esfuerzos para no morir.

Estaba el jóven tan demudado que al primer aspecto Paula no le conoció.

Pero él al apercibir á la que amaba, tendióle los brazos magullados, y solamente entónces sus ojos manifestaron un pensamiento muy fijo, un sentimiento de dolor y de ternura viva y destrozadora.

—¡Paula! ¡Paula! murmuró el infortunado con voz moribunda, y cayó sin movimiento en los brazos del familiar que le sostenia.

Un grito de desesperacion ronca y ahogada salió del pecho de Paula, la cual quiso lanzarse hácia el *condenado*; pero los esbirros se arrojaron entre ella y *él*, impidiéndola pasar aquella barrera viviente.

Entónces, cual si arrebatada por un poder invisible, lanzóse á través de la multitud con la rapidez de una leona herida, pasó las calles que la separaban del palacio inquisitorial, llegó delante de la puerta principal; y allí, como una insensata, se puso á gritar que queria ver al inquisidor.

No osaron dañarla porque la creyeron loca, y á sus reiteradas instancias, contentáronse en responderle que el inquisidor estaba ya en la plaza con la procesion.

Pero al cabo de algunos minutos de inútiles esfuerzos, Paula se acercó á un familiar y le reconoció, pues era él mismo que la habia conducido la primera vez cerca del inquisidor.

—Aléjate, dijo ese hombre en voz baja, de lo contrario te hago encerrar.

Paula dirigió al cielo una mirada llena de rabia; despues corrió sin detenerse hasta la plaza mayor de Sevilla.

Cuando llegó, largas llamas se elevaban al cielo, mezcladas con torrentes de humo....

¡Todo estaba concluido!....

El inquisidor sentado tranquilamente oraba por el alma de aquellos de quienes era verdugo....

Entónces Paula dirigiendo al cielo sus brazos en medio de la mas atroz desesperacion, sin mirar alrededor suyo, sin pensar en aquella multitud azorada y trémula que la miraba con estupor, levantó su voz terrible y lamentable:

—Pedro Arbués, esclamó, ¡maldito seas! Pedro Arbués, ¡guárdate de mi venganza!

Pero la voz de la multitud habia ahogado la de Paula; los que la rodeaban se separaron para hacerse paso, tomándola por una insensata....

José calló; su pecho violentamente oprimido se levantó por un movimiento de corazon rápido y

tenido; su frente, tan pálida, se habia cubierto de un ardiente rubicundez, y gruesas gotas de sudor corrian por su rostro como perlas brillantes. En este momento tenia una hermosura sobrehumana.

—¡Y bien! ¿qué se ha hecho Paula? preguntó el presidente, llevado de una curiosidad y de un interés irresistibles.

—Paula se ha vengado, respondió José con voz sorda, ella ha sido quien ha muerto á Pedro Arbués....

—¿Qué significa esto? preguntó el presidente; esplicáos: ¿qué puede tener de comun la jóven cuya historia referís, con el dominico José?

—Monseñor, prosiguió José; ¿no os he dicho que Paula habia jurado venganza?

—¿Y bien? preguntó el juez.

—Al cabo de seis meses, continuó José, presentóse un jóven en el convento de dominicos de Sevilla, para tomar el hábito. Tenia veinte años, no sabia una palabra de latin; pero tenia inteligencia, una voluntad inmutable, y en ménos de tres años aprendió bastante latin para que le enseñasen la teología. Despues le confirieron las primeras órdenes, y entró en el noviciado; luego le han hecho sacerdote y profeso de la órden de Santo Domingo.

Durante este tiempo Pedro Arbués habia visto al novicio, y por uno de esos caprichos tan comunes entre los hombres de un carácter fantástico, colérico y cruel, se habia hecho una necesidad de tener constantemente á ese jóven á su lado. Nada hacia sin consultarle; y el novicio habia obrado con tanta astucia y destreza en sus relaciones con el inquisidor, que éste fascinado y sugeto no osaba querer lo que no deseaba José.

—¿José? esclamaron los jueces cuya admiracion llegaba á su colmo.

Si, José, prosiguió el dominico, José que se habia constituido esclavo de Pedro Arbués para llegar á ser su dueño; José que semejante á la mano que atiza el fuego, removia constantemente las malas pasiones de Pedro Arbués para conducirle á su perdicion. José, que de un hombre cruel y licencioso, ha hecho un monstruo, á fin de que no pudiera alcanzar perdon en la tierra ni en el cielo; José que despues de haber hecho odioso en toda la Andalucía el nombre de Pedro Arbués, le ha herido por fin, herido de muerte para que no tuviera ni aun el tiempo de arrepentirse, y que se perdiese eternamente... José en fin que ha vengado á Paula!

Hablando así, la voz del jóven fraile tenia una vibracion estrepitosa; sus ardientes miradas se habian dirigido al cielo con una feroz espresion de alegría.

Los jueces le creyeron loco, pues no le comprendian.

— ¿Con qué es José, y no Paula, quien ha muerto al inquisidor? preguntó por fin el presidente.

— Es José y es Paula, respondió el acusado; pues Paula y José son una sola y misma persona. ¿No comprendeis, monseñor, que me hice hombre y fraile para vengarme?

— ¡Sacrílego! esclamaron á la vez todos los jueces, que por fin habian comprendido este horrible misterio; ¡doblemente sacrílego por haber profanado el santo nombre de sacerdote, y haber asesinado á un representante de Jesucristo!

— Lo que he hecho lo haria otra vez, respondió Paula con sombría exaltacion. ¿Pues acaso Pedro Arbués no ha profanado la mision de sacerdote? ¿Todos vosotros inquisidores, inicuos verdugos, *manchados de lujuria* y de asesinato, no sois profanadores é

impios? ¡oh! señores, ya seria tiempo de que la justicia real iluminase estas profundas tinieblas; pues, os lo digo en verdad y Dios es testigo de que no lo hago para salvar mi vida, los tribunales de la Inquisicion son sitios infames que deberian quemarse, y los inquisidores monstruos de que deberian poblarse los presidios!

—¡Basta! ¡basta! esclamó el presidente; acusado, nuestra paciencia se acabó. Si sois muger, mayor es aun vuestro crimen; pero muger ú hombre merecíste la muerte.

—¡Pues la muerte es lo que anhelo! esclamó Paula, que desde que habia confesado su sexo parecia haberse revestido de todas las tiernas gracias de la muger.

Retiráronse los jueces algunos minutos para deliberar.

Durante este tiempo Paula aguardaba tranquila el resultado de su deliberacion.

Acababa de desplegar el triste drama de su vida; y esta le pesaba ya como una carga insoportable.

Cuando los jueces volvieron, en su rostro habia una horrible severidad; con todo, se leia en sus graves fisonomías una compasion involuntaria.

Levantóse el presidente, y sin mirar á la acusada, pronunció así la sentencia:

«Considerando que monseñor el inquisidor ha perecido de muerte violenta;

«Considerando que esta muerte ha sido ejecutada por un asesino, que ha confesado su crimen;

«Considerando que la llamada Paula falsamente conocida con el nombre de José, fraile dominico, oficial de la Inquisicion, lo ha profanado todo para lograr la perpetracion de este crímen;

«Considerando que la acusada ha confesado y de-

clarado los crímenes de que se la acusa, el tribunal, que cree en Dios Padre, en Dios Hijo y en Dios Espíritu Santo, tres santas personas distintas formando un solo Dios verdadero, se ha humillado ante Nuestro Señor, pidiéndole la gracia de que le dictara la sentencia que debia pronunciar. De lo cual resulta que su conciencia está tranquila.

«Por estos motivos el tribunal condena á la llamada Paula, acusada y convicta del crímen de asesinato y de sacrilegio en la persona sagrada de Pedro Arbués, inquisidor general de Sevilla, á la pena de muerte.

«Y atendido que en la perpetracion de este crímen ha habido mucha premeditacion, el tribunal conformándose con las leyes del reino, condena á la susodicha Paula á ser enrodada viva, y despues descuartizada. Y á causa del parricidio á que se le corte la mano derecha y se le queme por el verdugo.

«Despues de la ejecucion de esta sentencia los miembros de la ajusticiada se colocarán en las carreteras, abandonándolos al pasto de las fieras con prohibicion de darles sepultura.

«Hecho en Sevilla, etc.»

Paula habia escuchado su sentencia sin estremecerse; Pero á estas palabras «los miembros serán colocados en las carreteras con prohibicion de darles sepultura» un profundo sentimiento de repugnancia, vergüenza y de horror al pensar en el abandono despues de la muerte, debilitó por un momento su valor. Púsose la mano en los ojos como para no ver ese espectáculo horrible que se representaba, y cuando se levantó para ser conducida á la capilla de la cárcel en que debia pasar la noche, un temblor convulsivo agitaba sus miembros; y apenas podia sostenerse.

Pero al salir del tribunal distinguió entre la gente *una muger* alta y pálida que la miró con

húmedos, como para decirle :

— Me engañasteis, pero estoy aquí.

— ¡Oh! dijo Paula al apercibirla, ahora ya puedo morir tranquila; viva ó muerta esta cuidará de mí.

Esa muger era Juana.

Habiendo marchado con Dolores y Estévan para obedecer á Paula, al cabo de dos dias dejó á sus compañeros de viage, y se habia vuelto á Sevilla, inquieta por la hija que habia criado y á la cual consagró toda su vida, hasta el punto de seguirla en todas las fases é incidentes de su incomparable venganza; pero conociendo poco los caminos, se habia estraviado; y este fué el motivo de que no llegó á Sevilla hasta despues del juicio de Paula.

XVII.

LA CAPILLA.

Es costumbre piadosamente establecida en España que cuando hay algun condenado á muerte se le deje pasar cuarenta y ocho horas encerrado en un calabozo convertido en capilla, y al cual dan este nombre. Allí la religion ofrece bajo todas las formas sus piadosos ausilios y sus dulces consuelos al que va á morir. Sacerdotes que se relevan cada hora, le asisten y le consuelan procurando fortificarle por medio de la esperanza contra los horrores del suplicio.

La hermandad de la Paz y Caridad, tierna madre de todos los que reclama el verdugo, procura suavizar su última hora prodigándole sus mas asiduos cuidados, satisfaciendo sus menores caprichos; y además, se permite á esos infelices conversar con sus *parientes* y con sus amigos.

En una palabra se les conceden todos los consuelos permitidos á la caridad por la ley inexorable, pero no traspasan jamás los límites de sus derechos. En España la ley algunas veces condena injustamente, pero mezcla á su rigor necesario las dulzuras de la piedad, condena á la muerte, pero no á la agonía.

La capilla en que José fué encerrado era una bóveda gótica sostenida por frágiles columnas, cuyos capiteles alargados en hojas delicadas y lijeras se redondeaban en lo alto cual cumbres de palmeras: era de arquitectura árabe, graciosa imitacion de la naturaleza de África.

Sobre el altar sombrío y cubierto de negro, ardian á los lados del Cristo velas de cera verde.

A la derecha del altar habia dos poltronas: la una para el paciente, la otra para el religioso que iba á exhortarle.

Por tierra en una esquina podia verse un ancho escalpel, unas cuerdas y una grande cruz de S. Andrés, sobre la cual descansaba una pesada maza de hierro.

Esos eran los instrumentos del suplicio..... mas Paula no se paró en ellos.

En este momento cruel en que iba á concluir su vida, aun tan jóven, una duda cruel la atormentaba.

Habia sido educada en muy piadosas costumbres. Un sentimiento de odio legítimo é insuportable, un deseo desenfrenado de venganza, la arrastró sucesivamente á la profanacion de una multitud de cosas santas, y en fin al asesinato, crímen tan abominado por Dios. Este crímen lo habia cometido con perseverancia, sin vacilar, sin remordimientos; habia verdaderamente herido un monstruo manchado con *asesinatos*, con violaciones, con robos y con todo; y

ahora se preguntaba con indecibles terrores si Dios grande y misterioso, Dios, que sin duda habia recibido en su seno á aquel Fernando querido al cual habia sacrificado su vida, no la rechazaria como indigna de los bienes celestes.

Arrodillóse en el suelo de la capilla, y apoyó su frente ardorosa sobre el mármol del altar.

Aquella alma llena de angustias esperimentaba una terrible duda; temia no ver en la otra vida á aquel por quien habia querido morir; despues de tantas lágrimas, tantos remordimientos y tantos esfuerzos, esa idea era para ella un insoportable tormento.

En aquel punto entró un fraile en la capilla. Paula se arrodilló y le refirió llorando todas sus angustias. El fraile la *consoló* hablándole del horrible suplicio que iba á sufrir, exhortándole á olvidar su amor sacrílego por un hereje, y á implorar la misericordia de Dios y la de monseñor Arbués, *mártir*, que desde el cielo indudablemente le perdonaba, y le habló largamente del perdon, del éxtasis, de la beatitud....

Levantóse Paula desesperada: habia dado contra una piedra, y nada respondió á las necesidades de su alma.

Daba la hora, y el fraile se retiró como un soldado que hubiese acabado su centinela.

De esta suerte los ejercicios de la divina religion del Salvador pasando por manos estúpidas, pierden toda su suave poesía, sus angélicos consuelos.

—¡Oh! dijo Paula con amargura y disgusto, yo habria debido acordarme de que esos frailes son brutos, máquinas vivientes que obran por costumbre y no por conviccion; les falta el espíritu, y cual verdaderos autómatos, en ellos solo obra la materia.

—*Señor*, ¡Dios mio! prosiguió, vos fuisteis el

mártir de los malos sacerdotes, y de los hipócritas; perdonadme, pues yo tambien he sido su mártir.

— Vos que trajisteis al mundo una ley de amor y no habeis enseñado mas que el amor, perdonadme, ¡Dios mio! pues yo he sido culpable por haber amado.

Hablando así Paula derramaba lágrimas ardientes y amargas; su cuerpo flexible, replegado sobre sí mismo, tenia una gracia dolorosa imposible de describir. Solo habia guardado de su hábito de fraile la túnica de lana blanca; y como sus cabellos no se habian afeitado desde ocho dias, habian crecido y cambiado mucho su fisonomía.

Al verla así bella y delicada, y por lo mismo imponente por la costumbre que tenia de mandar, estábase indeciso, en órden á su sexo al primer golpe de vista. Era Paula, y con todo aun era José: una singular mezcla de gracia y de fuerza, de energía y de ternura.

Aquella mujer sencilla y dulce, que aun tan jóven, habia aprendido tantas cosas de la vida, tenia un encanto doloroso y tierno.

Encorvada en las gradas del altar, delante de los instrumentos de muerte que al dia siguiente iban á romper sus miembros, asemejábase á una flor tierna é inclinada sobre el abismo que debe tragársela, como para enternecerla é implorarla.

Pero aunque ella procuraba dirigirse á todas las cosas que la rodeaban, nada podia responder á los deseos de su alma, ni en lo presente ni en lo venidero.

Entónces cual viajero que se estravia y vuelve al camino que ya ha recorrido, Paula retrocedió; recorrió lentamente su vida pasada, hojeando una por una sus páginas á fin de no dejar escapar nada.

Leyendo así en el libro de su memoria, se volvió

á ver niña blanca y pura, jugando bajo los floridos naranjos de la Alhambra, cuando su alma ardiente y orgullosa soñaba con el amor de un noble y valiente caballero, que pondria en su frente la blanca corona de las vírgenes.

Despues recorrió aquellas iglesias granadinas, magníficas mezquitas convertidas en templos católicos por la piadosa Isabel; monumentos de poesía cristiana ingertos en la poesía oriental. Allí miró pasar como en un sueño, toda esa fantasmagoría del culto romano que en aquella época la habia causado emociones dulces y santas, las largas filas de los frailes cuyas cabezas blancas se perdian en nubes de incienso, las estolas y las capas bordadas de oro, los blancos pliegues de los sobrepellices, y la dalmática bordada del arcediano, y los cálices cubiertos de pedrerías, y los anchos soles de oro en que descansaba el santo sacramento, y los arcángeles de plata maciza con las alas desplegadas, y las cajas llenas de reliquias, y los ramilletes colmados de pedrerías, coronas ofrecidas por las reinas de España á la del paraíso.

De esta suerte reconoció todas las iglesias de Granada, bazar oriental en que se ostentaban bajo mil formas las riquezas de Méjico.

Y comparando sus ingenuas sensasiones de entónces, su cándida admiracion por todas esas maravillas terrestres con su amargo escepticismo de lo presente, comprendió porque el clero queria á toda costa prolongar la ignorancia del pueblo.

Despues se preguntó si no era horriblemente criminal emplear medios terrestres para hacer amar y adorar al rey del cielo....

Pero Paula, que habia podido sondar hasta al fondo todas las iniquidades de esas almas de sacerdotes, sabia bien que la gloria de Dios solo era el

pretesto y no el objeto de sus miserables truhanerías.

Por lo mismo, esperimentó un encanto dulce y tierno al recordar sus dias de ignorancia y de abandono ingenuo á la fé que le inspiraba, sus transportes de alegría y éxtasis, cuando arrodillada delante de una grande imágen de Cristo vertiendo lágrimas al tiempo de su pasion,[1] le parecia ver llorar al Salvador mismo, cuya tierna y sublime historia le habian referido.

Esos tiempos tenian por el contraste de su vida presente, un reflejo dorado que iluminaba con un último resplandor su frente ya cubierta con una sombra mortal.

Despues se vió huérfana, recogida por esa noble familia de Cazalla, tan santa y tan pura; encontróse al lado de su hermoso querido, su dulce é idolatrado Fernando.... Pero á este cuadro tan puro á lo lé-

[1] A mediados del siglo último, habia en Aurillac, departamento del Cantal, un convento de carmelitas posesor de una efigie de la Madalena, que lloraba el dia de la fiesta de esta santa. Ese mismo convento poseia un Cristo, que durante la semana de pasion, vertia abundantes lágrimas. El secreto de estos dos milagros fué revelado por un lego, sacristan del convento, á un discípulo de los jesuitas que nos lo ha referido. He aquí de que suerte se hacian estos milagros:

La efigie de la Madalena era de loza vacía y contenia una estufilla, sobre la cual despues de haber encendido fuego, los frailes ponian un aparato en forma de alambique que llegaba hasta la cabeza de la santa. Este aparato contenia agua, que reducida á vapor por el calor, iba á condensarse á la cabeza de la estatua, de donde por dos pequeños conductos caia sobre una esponja colocada detrás de los ojos, agujereados en su parte inferior; una vez bien embebida esta esponja arrojaba el agua en abundancia por los agujeritos de los ojos que parecian llorar de veras.

En cuanto al Cristo, estaba pegado simplemente á una pared detrás de la cual se encontraba un parral. Todo el mundo sabe que las parras *lloran* á principios de primavera, es decir á fines de la cuaresma. Aprovechando esta observacion, los frailes habian hecho pasar por detrás, al traves de la pared, dos sarmientos frescamente cortados que iban á vaciar á los dos ángulos anteriores de los ojos del Cristo y producian así esas lágrimas *milagrosas*, que el pueblo crédulo iba á recojer con gran veneracion, y en cuyo cambio nunca *faltaban ofrendas* en el plato de plata colocado al pié del Cristo.

jos, se mezclaban pronto tonos siniestros, muertos profanados, vivientes perseguidos y ajusticiados, su Fernando arrastrado al suplicio, y ella misma....

¡Oh! á este terrible recuerdo su alma rebosó de amargura, y contó hora por hora, minuto por minuto los dias que habian pasado así, arrastrando su cadena de esclavo, besando los piés del tigre que aborrecia, cubriendo sus ojos llenos de lágrimas con una sonrisa hipócrita, su frente abatida, con una auréola de alegría, renunciando á orar temiendo profanar la oracion, inventando á cada hora una nueva astucia, sumerjiéndose con disgusto en el abismo de bajeza y de lujuria en que vivian los sacerdotes de Cristo, aplaudiendo sus vicios, á fin de apagar la desmedida desesperacion de su alma.... Finalmente, ella dulce y tímida armaba su débil mano con el puñal, y al mismo pié del altar inmolaba al que la habia perdido.... Representábasele con los ojos esquivos, la garganta sangrienta, pronunciando estas últimas palabras de agonía:

—Dios es justo....

—Sí, ¡Dios es justo! esclamó Paula levantándose con un movimiento enérgico; Dios es justo, él me perdonará....

—¡Oh! prosiguió con un grito de indecible angustia, el martirio es un bautismo, y ¿no cumpliré yo el mio en esta cruz?....

Volviéndose Paula habia apercibido los instrumentos de su suplicio, y en vez de espantarla la vista de esos terribles objetos, esperimentó un indecible y cruel gozo al calcular los horribles dolores que tendria que suportar; pues cuanto mas horribles é intolerables le parecian, mas se decia con una íntima confianza en Dios, que esto junto con los largos tormentos de su vida, bastaria para espiar sus *faltas y que le* serian perdonadas.

Pero Paula solo queria una cosa, verse reunida con Fernando.

Abrióse la puerta de la capilla, y dos caballeros, miembros de la Paz y Caridad preguntaron con toda la cortesía posible, si el condenado necesitaba algo.

—Nada para esta vida, señores, respondió Paula con angélica sonrisa; mas para la otra....

—Tambien se cuidará de ello, añadieron los gentileshombres acercándose á Paula; nosotros harémos orar y decir misas por el descanso de vuestra alma.

—Señores, dijo Paula, os suplico que no hagais rezar por los sacerdotes vuestras oraciones: solo las vuestras que no serán venales é hipócritas.... y despues....

—Señorita, interrumpió uno de los señores, os suplico que seais mas comedida en vuestras palabras; los sacerdotes son los guias de nuestras almas.

—Los conozco mejor que vos, dijo Paula secamente; pero las creencias son libres, señores, y ya que quereis cumplir los últimos deseos de una moribunda, tomad esta prenda y dadla á la jóven mas pobre de España para casarse.

Y hablando así la condenada habia sacado de su seno una cruz de diamantes; alhaja de mucho valor que heredó de su madre.

—Lo haréis, ¿no es verdad, señores?

—Os lo prometemos.

—Gracias, señores, confio en ello; es el único bien que me queda, al ménos que sirva para hacer feliz á alguno....

—¿Se os ofrece algo mas?

—Bien desearia otra cosa, añadió Paula vacilando.

—Hablad, todo lo que dependa de nosotros se os concederá.

—Viniendo aquí, continuó, habréis seguramente encontrado á una pobre mujer vestida de negro que lloraba tal vez mirando hácia esta cárcel. Esa mujer es mi madre, es la que me crió. A los condenados no se les rehusa la gracia de abrazar por última vez á los que han amado; ¡pues bien! haced venir á esa mujer, y rogad que me la dejen ver.

—Vuestros votos serán cumplidos, dijo el piadoso señor, y salió luego con el hermano que habia venido con él.

En este momento, otro sacerdote de la órden de los Agonizantes reemplazaba al que habia recibido la confesion de Paula.

Acercóse á la infeliz y continuó las vanas exhortaciones del primero.

Parecia una leccion misma que cada fraile iba á repetir á su vez.

Y en su fisonomía distraida ó displicente miéntras que cumplia ese piadoso deber, se veia toda la aridez de su alma.

Esos hombres tenian generalmente corazones de bronce y una salud de hierro.

Paula le dejó hablar sin responderle; oraba interiormente y no con los labios para implorar al gran dispensador de las misericordias; no tenia necesidad de semejante intermediario, que le hubiese enfriado su fervor en vez de animarle.

Permaneció pues muda y recogida, aguardando la ejecucion de la promesa del gentilhombre, miéntras que el fraile, cómodamente sentado en su poltrona, habia inclinado la cabeza sobre el pecho y se habia endormecido recitando letanías.

Paula tenia los ojos vueltos hácia la puerta; su alma no podia distraerse de la concebida esperanza *de ver á su nodriza* por última vez.

Su confianza no fué vana; el gentilhombre volvió

luego seguido de la mujer vestida de negro que le habia indicado Paula, y que él efectivamente encontró en las avenidas de la cárcel.

Al encontrarse Paula y su nodriza no pudieron hablar; pero la condenada se arrojó al seno que la habia nutrido, y allí por primera vez despues de muchos años, lloró sin sujecion.

Por respeto á esta última entrevista, los hermanos de la Paz y de Caridad se habian retirado.

Como era tambien costumbre que el sacerdote dejase hablar libremente al condenado con los que habian permitido visitarle, el agonizante no se movió; á la llegada de Juana entreabrió los ojos, y continuó recitando oraciones en voz baja.

Cuando Paula hubo vertido en el seno de su nodriza todas las lágrimas acumuladas desde tanto tiempo, levantó la cabeza, y fijando sus grandes ojos negros sobre los de su anciana nodriza, le dijo con infinita ternura:

—¿Con qué tú tambien quieres morir?

—Despues de tí, respondió Juana.

—Tienes razon, dijo Paula, ¿qué harias aquí sola?

—¡Nada, no haria nada! dijo la severa Juana; cual si para esas dos mujeres que habian vivido solamente de sacrificios y de amor, la vida terrestre no fuese nada sin la del alma, y ellas no hubiesen sido creadas mas que para vivir aquí bajo de éstasis como los arcánjeles.

—¡Oh! ¡felices naturalezas que procedentes de Dios, vivís en él y volveis á él sin separaros jamás! porque solo el que vive de amor existe en Dios.

Despues quedaron en silencio al lado una de otra, con las manos entrelazadas, saboreando la felicidad de verse aun ántes de su separacion de un dia.

Nada tenian ya que decirse, la tierra ya no exis-

tia para ellas, iban á morir.... y á encontrarse....

Así pasaron una hora juntas sin contar los minutos; entró luego un esbirro en la capilla para advertirles que debian separarse.

Entónces la duda que la habia poseido volvió á agitar el espíritu de Paula, y al tenderle su nodriza los brazos para darle el último beso, le dijo con angustía.

— ¿No es verdad que Dios me recibirá en su seno y que me ha perdonado?

—¡Pobre víctima! respondió Juana; tranquilízate, nos volverémos á ver.....

Una claridad celeste resplandeció á estas palabras en el rostro de Paula.

Presentó á besar á su madre adoptiva su hermoso rostro, besóle Juana tiernamente la frente, y salió diciéndole:

—No tardarémos en vernos.

Paula permaneció sumergida en un éxtasis celeste que duró hasta el dia.

XVIII.

EL SUPLICIO DE LA RUEDA.

A las seis de la mañana entró el verdugo en la capilla en que estaba Paula, quien al verle esperimentó primero una impresion de terror y luego otra de alegría; ¡iba á morir!.... Pero á despecho de sí misma, al aspecto del hombre que iba á torturarla no pudo reprimir un movimiento de horror: instinto de la naturaleza física que solo cede despues de la reflexion á influjo del sentimiento moral.

— Estoy pronta, dijo la condenada levantándose.

Acercósele el verdugo, y púsole sobre la cabeza

BODLEIAN LIBRARY

ao de la rueda.

un casquete verde adornado con una cruz blanca, el cual tenia la forma de un bonete griego.

Despues despojando á Paula de su túnica de flanela blanca, la vistió con una túnica mitad roja y mitad negra, para indicar el parricidio y el sacrilegio.

Dejóle hacer la infeliz con indiferencia; porque le importaba poco el vestido con que iba á dejar la vida.

Cuando el verdugo hubo acabado:

— ¿Nada mas? le preguntó ella.

— Por ahora basta, contestóle aquel hombre.

— ¿Cuando debo morir?

— Aun no.

— ¡Oh! ¡Dios mio! dijo Paula con impaciencia.

El verdugo la miraba con indecible sorpresa, porque no comprendia que un condenado estuviese impaciente por morir.

Dejó á Paula sola diciéndola:

— Haced vuestras últimas oraciones.

— Arrodillóse la infeliz volviendo á dirigir á Dios su incesante súplica:

— ¡Permitid que me reuna á Fernando!...

Entónces entró un sacerdote en la capilla para exhortar por última vez á la condenada, pero ella en lugar de responderle, continuó implorando á Dios interiormente.

Y como él insistia, respondióle con dulzura:

— Dios me ha perdonado, mi madre me lo ha dicho.

El sacerdote creyó que el terror del suplicio le habia quitado la razon.

En este momento venian á buscarla.

Levantóse con un grito de alegría y se lanzó hácia la puerta; pero como su cáliz de dolor aun no estaba lleno, le ataron las manos con cuerdas, como si hu-

biese sido necesario arrastrarla á la fuerza al suplicio que ella reclamaba con tanto ardor.

Pero la resignacion de Paula no tenia límites; era feliz en sufrir.....

Salió de la capilla.

Cuando despues de haber atravesado los obscuros corredores de la cárcel se encontró en la calle, el sol reflejó de lleno sobre su rostro de una palidez admirable, en que se mezclaban al rededor de los ojos y de las sienes algunas tintas azuladas.

Deslumbrada por esta repentina claridad, Paula cerró los ojos, mas hecha luego á aquella luz viva los volvió á abrir, miró alrededor suyo, vióse rodeada de soldados, de gente piadosa que con un cirio en la mano la acompañaban directamente al suplicio, y de frailes agonizantes colocados en dos hileras y rezando con tono lamentable las oraciones que preceden al último momento.

Uno de ellos permanecia constantemente cerca del condenado exhortándole.

Mezclada despues á los agonizantes la hermandad de la Paz y Caridad, último amigo de los ajusticiados, acompañaba el obgeto de sus cuidados, y que casi podriamos decir de su culto; antitesis viviente de la ley humana, la hermandad de Paz y Caridad era el fiel intérprete de la clemencia del divino Salvador.

La gente del pueblo siempre ávida en espectáculos horribles, seguia tumultuosa las huellas del *condenado*. Varios de ellos quedaron sorprendidos al ver aquel jóven y hermoso rostro que parecia de una muger ó de un arcángel.

Pero como el juicio de Paula no se habia propalado, ni se divulgó nada de lo sucedido escepto la sentencia de muerte, todo el mundo ignoraba su ver*dadero sexo:* algunos se habian figurado ver un hom-

bre terrible y colosal! El asesino de un inquisidor general solo podia ser un hombre estraordinario, y sin embargo, tenia ante los ojos á un ser débil, pálido, dulce y hermoso, una criatura ideal.

Durante esta dolorosa pelegrinacion, Paula fué objeto de una ardiente curiosidad, y tambien de una compasion increible. El pueblo que la tomaba siempre por un fraile jóven, se sentia enternecido á pesar suyo en favor de tanta juventud, y el odioso recuerdo de Pedro Arbués aun aumentaba esta disposicion á la indulgencia para con su asesino.

El cortejo llegó así hasta la plaza mayor.

Al aspecto de este lugar en que la última vez que ella habia estado en el dia del auto de fé, Pedro Arbués hizo inmolar tantas víctimas, el corazon de Paula se encendió en ira; dirigió la vista al quemadero como para buscar los mártires que habian caido sobre esa ardiente arena en que Fernando algunos años antes tambien habia perecido.

Este fué el último recuerdo de Paula con respecto á su existencia terrestre ya terminada. Inclinó la cabeza sobre el pecho y aguardó que la muerte fuese á buscarla.

Miró sin palidecer los instrumentos de su suplicio, y subió al cadalso con paso firme en compañía de un fraile agonizante.

Cuando hubo llegado á aquel horrible sitio, arrodillóse dirigiendo la vista al cielo, y de lo mas profundo de su corazon imploró por última vez su misericordia.

Puesta luego en pié aguardó.

Pero en aquel momento sus ojos se detuvieron en el gentío que rodeaba el cadalso, y entre todos esos rostros desconocidos, notó una muger de blanca y dulce cara que permanecia al pié de su calvario, *como la madre* de Cristo bajo la cruz del Salvador de *los hombres*.

Era la buena y valiente Juana.

En aquel terrible momento queria aun fortificarla con su presencia, y habia tenido valor de presenciar su suplicio.

Sonrióle Paula imperceptiblemente, despues le mostró el cielo con una mirada.

Entónces Juana dejó caer su mantilla sobre el rostro, y la levantó repentinamente como para decirla aun otra vez con lenguage simbólico : *Nuestra separacion solo es de un dia.*

El sacerdote que asistia á la condenada, presentóle entónces á besar un crucifijo de plata que tenia en la mano.

Besó Paula piadosamemte la imágen sagrada, y miéntras tanto el sacerdote la bendijo, y el pueblo entusiasta á la vista de tan tierna resignacion, se interesó por el criminal que moria tan santamente.

La ejecucion iba á principiar.

Habia sobre el cadalso una gran cruz de San Andrés, una maza de hierro, una hacha, y un tajo.

Desató el verdugo las manos de la condenada, tomóle la derecha por el puño, púsola sobre el tajo y quiso atarla.

— Es inútil, dijo Paula ; cortad.

El verdugo levantó su hacha....

Paula seguia con la vista todos sus movimientos.

Pero mas rápido que el pensamiento el hacha cayó silvando... y aquella mano blanca y pálida saltó sobre el tajo, inundada por los chorros de sangre que manaban de las cortadas arterias.

Con un solo golpe el verdugo la habia separado del brazo...

Un largo grito de horror se levantó entre el gentío. Solo Paula no dijo nada ; únicamente su rostro se habia empalidecido mas, sobrecogiéndole un ligero temblor nervioso.

El verdugo quiso enjugar con lienzos la sangre que salia de la herida.

— Dejad, dijo Paula, así se concluirá mas pronto.

Palidecia visiblemente, y á pesar de su inmenso ánimo el dolor atroz que esperimentaba y la gran cantidad de sangre que salia de su brazo mutilado, la debilitaban aprisa, de suerte que apénas podia sostenerse.

Volvió los ojos hácia la cruz en que debia terminarse su suplicio, y en su indecible avidez de descanso, sonrióse al ver ese lecho de dolor que al ménos iba á suportar su cuerpo desmayado; y dirigiéndose al verdugo con voz suplicante, le dijo:

— Acabad...

Ayudado el verdugo por un criado la levantó en sus brazos robustos, tendióla sobre la cruz, procurando que cada uno de sus miembros correspondiese á cada una de sus ramas, de suerte que colocado así, el cuerpo tenia la figura de una X. Ató luego las piernas y los brazos de la víctima; y cuando hubo acabado estas operaciones, aquel hombre que no tendria entrañas levantó impasible su maza de hierro cual lo hubiera hecho una máquina.

La maza cayó pesadamente y con toda la fuerza hercúlea de ejecutor sobre un brazo delicado que rompió como vidrio.

La infeliz ya habia sufrido la pena de los parricidas.

Un gemido sordo, prolongado, involuntario, murió en los labios de la infortunada, semejante al último estremecimiento del cobre, sobre un metal sonoro despues de haber dado la hora. Un horrible estremecimiento de dolor corrió por las médulas de los huesos de Paula.

La multitud presenciaba muda, triste y estremeciéndose, aquel horible drama.

A pesar de los lazos que la retenian sobre la cruz de agonía, los miembros de Paula estaban agitados por horribles convulsiones; y sin embargo del calor del dia tiritaba cual si tuviera frio.

Su sangre aun manaba y ella iba desfalleciéndose.

Tres golpes de maza iguales al primero acabaron de romper aquel cuerpo tan hermoso, criado para todas las delicias de la vida; y de cada vez, los gemidos de Paula eran mas sordos y mas indistintos.

Al último golpe los gemidos apénas fueron sensibles.... los ojos de la víctima ya empañados, acabaron de cerrarse; sus largos párpados negros cayeron cual una sombra ligera; su frente perdió el color tomando una tinta de marfil amarillo... su boca se contrajo y con una ligera convulsion exhaló el último suspiro.

La sangre cesó de correr de las arterias agotadas, y Paula ya no sufria.

El verdugo puso la mano sobre el corazon de la ajusticiada, y ya no sintió pulsaciones.

—Ha muerto, padre mio, dijo al fraile que los habia acompañado hasta el cadalso....

—Que Dios tenga misericordia de su alma, respondió el fraile volviéndose al pueblo; oremos, hermanos mios, por la víctima que acaba de espirar.

A estas palabras, Juana, que miéntras habia durado todo ese horrible suplicio permaneció al pié del cadalso, ahogando sus sollozos y devorando sus lágrimas, exhaló un profundo suspiro como si se hubiese levantado un peso enorme de su pecho.

Su hija, á quien no pudo salvar, al ménos habia cesado de sufrir....

Hubo un gran silencio entre el gentío; esta terri*ble ejecucion* habia sido tan rápida, la paciente,

víctima fuerte y resignada, habia procurado tan poco enternecer al pueblo en su favor, demostró un valor tan heróico, que aquel pueblo español, tan amante de lo magnánimo, se sentia lleno de una admiracion ilimitada por el fraile parricida. Si hubiese sabido que ese fraile era una mujer.... ¡cuánto mayor no hubiera sido su pasmo!

Mas por un cálculo de justicia, el secreto quedó siempre ignorado; se temia que divulgándolo no llegara á adivinar la verdadera causa de la muerte de Pedro Arbués, y esto no convenia á la Iglesia romana, que queria hacer del inquisidor un santo y un mártir.

El verdugo y sus ayudantes bajaron del cadalso. El pueblo se retiraba lentamente hablando segun su buen sentido comun, sobre un acontecimiento estraordinario de un inquisidor condenado á muerte por haber asesinado á otro inquisidor; porque Paula aun era para él un oficial de la Inquisicion.

Pronto solo quedaron alrededor del cadalso los centinelas encargados de guardar el cuerpo, hasta que el verdugo viniese á descuartizarle; lo cual debia practicarse la misma noche.

Juana se retiró la última, pero se mantuvo poco lejana de la plaza, en el fondo de una iglesia vecina; porque aun no habia cumplido su tarea.

De vez en cuando algunos curiosos se adelantaban alrededor del cadalso, se levantaban de puntillas mirando el cadáver del condenado, hermoso aun á pesar de tan increibles mutilaciones; pero los centinelas separaban con cuidado los curiosos, porque se habia mandado que nadie pudiese aproximarse mucho.

Al acercarse la noche, la plaza mayor quedó desierta; solamente algunos garduños la atravesaban de vez en cuando en silencio, con los piés desnudos

ó calzados con alpargatas, andaban con paso ligero, cual un pájaro. Pasaban por allí como por casualidad, sin intencion, sin atreverse á acercarse al cadalso; pero en efecto, esos hombres estaban de centinela para velar el robo del cadáver de Paula, despues que el verdugo lo hubiese descuartizado.

La que habia velado continuamente á esta desdichada jóven durante su vida, la noble y fiel Juana, velaba aun sobre sus mortales despojos, habia comprado con el oro y las joyas que le quedaban, á aquellos hombres á quienes el cebo del interés tenia siempre el poder de seducir, y cuyas relaciones íntimas con la Inquisicion, los conservaba siempre impunes.

Cuando dieron las diez, el verdugo seguido de un ayudante, volvió al sitio de la ejecucion.

Tenia en la mano un escalpelo muy fino, y sus ayudantes llevaban chuzos de hierro muy puntiagudos.

Llegado al cadalso, el verdugo principió por desatar el cadáver que habia quedado atado en la cruz; aun estaba tibio y los miembros habian perdido muy poco de su flexibilidad.

El verdugo dividió en dos partes por la espalda la túnica que llevaba Paula, y dejó desnudo aquel cuerpo blanco y puro de una forma encantadora.

Despues al resplandor de una antorcha de resina, cuya llama titilante reflejaba en esas carnes de tintas rojas mezcladas con grandes sombras negras, el verdugo se puso á disecar el cuerpo con una destreza increible; sajó los músculos y los nervios, cortó los tendones, y despues de haber separado perfectamente los huesos, los desencajó uno despues de otro, acabó de disecar los músculos y separó los miembros del tronco. Practicado eso, desarticuló diestramente *la cabeza* y la puso al lado de los miembros.

Al terminar esa operacion, un hermano mayor de la Paz y Caridad se adelantó hácia el cadalso y reclamó el tronco del cadáver para amortajarlo.

Era un derecho de la hermandad y se apresuró á reclamarlo.

El tronco fué piadosamente recogido en un ataud de encina, y al apoderarse los hermanos de ese precioso botin de la Caridad lanzaron una mirada de lástima hácia los miembros abandonados, que quedaban presos del verdugo.

Con todo el cuerpo no se entregó á la hermandad de la Paz y Caridad sin exigirle el juramento de que no revelaria el sexo de Paula.

Pero era preciso que la justicia siguiese su curso.

El verdugo quitó pues los miembros y la cabeza; los reunió y los lió en un saco de lienzo lleno de salvado, y seguido de sus ayudantes encaminóse hácia el camino de Cádiz, por el otro lado del barrio de Triana.

Siguiéronles los garduños de léjos para ver el camino que habian tomado.

Cuando hubieron llegado á una media legua de Sevilla, los ejecutores clavaron en tierra cinco chuzos de hierro, fijándolos sólidamente con un martillo; despues el verdugo puso y clavó en la punta de los chuzos los miembros y la cabeza de Paula que quedaron espuestos así á la vista de los transeuntes y á la voracidad de las fieras.

Practicado eso, se retiraron los ejecutores; porque habian ya concluido enteramente su tarea.

Los garduños se habian mantenido ocultos á alguna distancia.

—Ha llegado nuestra vez, dijeron ellos, cuando vieron á los ejecutores á una larga distancia.

—Sí, y despachemos, añadió uno de los gardu-

ños, á fin de que el *humo* [1] no venga á sorprendernos en semejante *eclipse*.

—¡Dios nos libre! preferiria que me cogieran *eclipsando* la mitra del arzobispo.

Al mismo tiempo los dos hermanos de la Garduña se acercaron juntos á los chuzos en que estaban espuestos los miembros de Paula.

Uno de ellos tendió una grande sábana de lienzo muy blanco, miéntras que el otro, quitando uno por uno los miembros y la cabeza de la condenada, los depositaba en la sábana.

Pocos minutos bastaron para esta operacion.

Cargados despues de su precioso fardo, los garduños volvieron á tomar el camino de su palacio, que felizmente estaba poco lejano.

A nadie encontraron por el camino, y su espedicion nocturna quedó perfectamente oculta.

Mandamiento los aguardaba en la sala de las *deliberaciones*.

—Aquí están, maestre, ya hemos cumplido nuestro encargo.

—Aun no, respondió Mandamiento; seguidme.

Y los condujo al subterráneo en que habian quemado el cadáver del antiguo gobernador de Sevilla.

Allí aguardaba Juana.

En medio del subterráneo habia un ataud forrado de seda blanca, al lado de una hoya que habian abierto.

Al ver llegar á los garduños, Juana se levantó.

Dirigióse á ellos y les tomó de las manos los miembros mutilados de su hija; despues dijo á Mandamiento:

—Que me dejen sola algunos instantes; yo misma sepultaré á mi hija.

Mandamiento y los garduños se retiraron.

[1] *Véase la nota 1.ª de la pág. 22 del tomo primero.*

Juana estendió por tierra la sábana que contenia los restos de Paula, que la hermandad de la Paz y Caridad no habia podido amortajar.

Al aspecto de aquella noble cabeza que ella habia amado tanto, pareció abandonarle un instante el valor. Inclinóse sobre aquellos labios frios y descoloridos que habian chupado su leche cuando Paula era niña, y lloró sus últimas lágrimas, sus lágrimas de madre.

Pero aquella alma fuerte y llena de fé no podia dejarse abatir mucho tiempo; miró aquellos ojos apagados de donde se habia retirado la vista y les dijo besándolos por última vez:

—Corteza mortal del alma de mi Paula, ¡vuelve á la tierra aguardando la resurreccion eterna! Paula ya no está aquí, Paula está en el cielo y yo iré á reunirme con ella.

Entónces enjugó sus lágrimas, depositó con valor los miembros magullados de la difunta en el ataud que los aguardaba, los cubrió con un gran velo, y se arrodilló orando al pié del féretro.

Al cabo de una hora Mandamiento volvió á entrar con los garduños.

Juana se levantó y le dijo:

—Señor Mandamiento, vos habeis cumplido lealmente vuestras promesas, y yo tambien las mias; pero esto no es suficiente, y quiero recompensar vuestro celo. Al mismo tiempo quitóse de su dedo una sortija de mucho valor, y la dió al maestre de la Garduña.

—Señora, dijo Mandamiento, deslumbrado por tan rico presente, ¿qué hará la hermandad para reconocer vuestra incomparable generosidad?

—Dejadme orar hasta mañana junto al féretro, dijo Juana; mañana lo depositaréis en la sepultura que le está destinada.

—Hágase tal como vos lo deseais, respondió Mandamiento.

—Que no entre aquí nadie hasta mañana, añadió Juana.

Mandamiento se inclinó en señal de obediencia.

La nodriza de Paula quedó sola, y pasó toda la noche en oracion.

Al dia siguiente, cuando los garduños entraron para sepultar el ataud, encontraron á Juana tendida sobre los restos de su hija, con las manos juntas y la cabeza inclinada.

Hablaronle, y no les respondió.

Uno de ellos la tomó por el brazo para despertarla creyendo que se habia dormido; pero Juana no se dispertó, y su cuerpo quedó inmóbil y petrificado.

Habia cumplido la promesa hecha á Paula; cuando esta habia dejado la tierra, Juana tambien la habia dejado, sin agitaciones, sin esfuerzos, sin medios culpables, por la sola voluntad de morir....

—Maestre, dijeron los garduños á Mandamiento, esta mujer ha muerto, ¿qué harémos de su cuerpo?

—El ataud es grande, respondió el maestre, indudablemente es la última voluntad de esta señora ser enterrada con ese cuerpo mutilado; metedla pues en el féretro y que los cubra una misma tierra.

Llamáronse á dos mujeres de la Garduña para amortajar á Juana, y despues de las ceremonias y oraciones estravagantes, descendieron el féretro á la tumba, y le cubrieron de tierra.

Los subterráneos de la Garduña hubieran eternamente guardado el secreto de este estraño funeral, si el *maestre*, segun la costumbre invariable de la hermandad, no hubiese consignado el hecho en sus misteriosos registros, hallados algunos siglos mas *tarde*.

XIX.

DESPEDIDA.

En una de las numerosas *posadas* escalonadas á lo largo del muelle, en que iban á comer los marinos que acudian de todas partes del mundo al puerto de Cádiz, estaban reunidas tres personas en medio de una sala baja

Alrededor de ellas, sobre groseros bancos, habian dejado algunos objetos indispensables para un viaje de ultramar, dos pequeñas maletas, y un saco de lana, cerrado con cordones para poderse llevar en la mano, y salvarlo en caso de huida.

Las tres personas que ocupaban la sala eran el conde de Vargas, la jóven condesa y Juan de Avila.

Llegados quince dias ántes Estévan y Dolores, sanos y salvos á Cádiz por la *gracia* de la Garduña, aguardaban la ejecucion de la promesa de José.

El apóstol á quien habian precedido de algunos dias, aguardaba con ellos, ayudándoles á suportar aquellos últimos momentos de penosa ansiedad que preceden al cumplimiento de un acto decisivo de la vida.

Con todo, la impaciencia principiaba á apoderarse de ellos.

Además, á pesar de su incógnito y la precaucion que tenian los novios de conservar los vestidos populares, Juan de Avila no estaba tranquilo; pues temia por ellos las pesquisas de la Inquisicion.

Los tres amigos habia algunos minutos que estaban sentados sin hablar; y parecian seriamente ocupados.

—Padre mio, dijo por fin el jóven conde, hace *cerca de veinte* dias que salimos de Sevilla; el buque

holandés en que he tomado pasage puede partir de un momento á otro, y temo esponer á Dolores permaneciendo mas tiempo en España. ¿Pensais que el padre José vendrá á reunirsenos como lo ha prometido? No debemos mas bien temer....

—¿Qué se yo? respondió el religioso, la desaparicion de Juana me parece estraña; la huida de esa mujer ciertamente oculta un misterio; con todo, no puedo creer....

—¡Oh! no, no, esclamó la ingenua Dolores: José tiene un corazon de ángel, es un mártir como nosotros; quien sabe, añadió ella con ternura, quien sabe la desgracia que tal vez le habrá acaecido.... Habia alguna cosa de fatal en él.

—Jamás he tenido entera confianza en ese dominico, replicó Estévan.

—¡La Inquisicion oculta tantos secretos estraños y terribles! observó Juan de Avila.

—Pero en fin, padre mio, continuó Estévan, nuestra seguridad exige que partamos lo mas pronto posible; ¿debo yo para obedecer á una palabra dada en cambio de una promesa incierta, comprometer la seguridad de lo que aprecio mas que mi propia vida?

—Dos dias mas, dijo dulcemente la condesa, solo dos dias, Estévan mio; si despues de este término José no ha venido.... ¡bien! partirémos, añadió con doloroso suspiro, como si en el momento de dejar su patria hubiese dado un recuerdo de ternura y de pesar á su querida España.

En aquel momento vino un hombre del buque en que debian embarcarse, para advertirles que se hacian á la vela en la misma noche.

—Como, ¿tan pronto? esclamó vivamente Dolores.

—El viento es favorable, señora, respondió el *marinero*.

Aquella palabra cortaba todas las dificultades; ¡pues el viento! es el rey, el Dios de los marinos...

Dolores bajó tristemente la cabeza y no habló mas.

—Ya lo veis, padre mio, dijo Estévan; es imposible aguardar mas, es preciso partir, partir hoy mismo.

—Es verdad, respondió Juan de Avila, conmovido de la tristeza de Dolores; la imperiosa necesidad es la que manda, es preciso obedecerla.... Además, añadió, esta es indudablemente la voluntad de Dios.

—¡Pues bien! dijo Estévan al marinero señalándole las dos maletas, tomad esto y llevadlo á bordo. Esta noche irémos al buque.

Obedeció el marinero y retiróse.

Dolores tomó el saquillo de lana pasándose los cordones por el brazo.

Este saco contenia las cenizas de su padre.

Hacia mucho calor, y Estévan salió un instante de la posada para respirar el ambiente fresco del mar.

Dió algunos pasos por el muelle, que circuye la ensenada en que está situado el puerto de Cádiz. Aquella antigua ciudadela, aquella inespugnable ciudad rodeada de un doble cerco de agua y de piedra, tenia un aspecto triste y fúnebre.

El sol daba de lleno sobre el ardiente suelo; las calles estaban desiertas, y al esterior solo se oia como las olas daban contra las murallas con un ruido harmoniosamente monótono, ó los pasos de los centinelas de la puerta de mar.

—Esta noche, dijo por fin Estévan hablando entre sí, esta noche voy pues á dejar la España !..... ¡Oh! ¡qué el cielo le sea próspero! esclamó volviéndose hácia el norte como para lanzar una última mirada de amor y de indecible tristeza á esa tierra querida. Que Dios quite de ella la plaga de sus maldi-

ciones, que la vuelva á una vida nueva..... Vamos, añadió suspirando profundamente. Por mi parte he cumplido el último sacrificio..... Es preciso huir de mi patria, pues ya no puedo nada para ella...

Cuando acababa estas palabras vió que se le dirigian del lado del camino de tierra cinco personas que vestian el traje de los sevillanos. Retrocedió entónces, y volvióse prudentemente á la posada; pues continuamente temia que los persiguieran, y que los descubrieran ántes que se hubiesen embarcado.

Pero apénas hubo cerrado tras sí la puerta de la sala en que estaban Dolores y Juan de Avila, cuando llamaron con prisa.

Estévan se estremeció y titubeó un momento.

—¿Quién va? preguntó Dolores admirada.

—Abridnos, señor don Estévan, gritó al mismo tiempo del esterior una voz que los tres amigos reconocieron luego.

Era la de Coco.

—¡Es José que llega! esclamó Dolores.

Estévan un poco calmado habia abierto la puerta; pero no era José, eran Coco, su hermana, Manofina y la Serena que llegaban de Sevilla, conducidos por uno de los garduños de la hermandad de Cádiz, que habian recibido á Estévan y á Dolores á su llegada, y les habian recomendado á la dueña del meson en que se habian hospedado.

Grande fué la sorpresa de Dolores, de Estévan y de Juan de Avila.

—¿Qué habeis venido á hacer en Cádiz, hijos mios? les preguntó el apóstol.

—Hemos venido á buscar al señor don Estévan y á la señora doña Dolores para seguirles y servirles por todas partes á donde vayan, respondió la Serena.

—*Gracias*, respondió la jóven condesa enternecida;

no es la primera vez que esperimento vuestra adhesion; pero ya sabeis, amigos mios, que vais á seguir á unos pobres desterrados que apénas podrán mantenerlos.

— Trabajarémos para alimentarlos, respondieron al mismo tiempo las dos mugeres.

— Nada nos importa el trabajar; pero gracias al cielo, sus señorías no tendrán necesidad de nuestro caritativo socorro.

— ¿Y el padre José? ¿qué se ha hecho? esclamó Dolores con ansiedad; aun no me habeis hablado de él, Coco.

Al nombre de José, el alguacil bajó tristemente la cabeza; Manofina quedó cortado, y las dos mugeres se echaron á llorar.....

— ¿Qué hay? ¿qué ha acontecido? preguntó la condesa de Vargas.

Entónces el fiel alguacil con voz triste, conmovida, entrecortada, refirió á sus señorías el terrible desenlace de la tragedia que acababa de pasar en Sevilla.

Juan de Avila, Estévan y Dolores, escucharon con profundo estupor esta horrible relacion; y cuando Coco, en su lenguaje animado y pintoresco describió los últimos momentos de José;

— ¡Oh! esclamó la condesa llorando, bien sabia yo que José era un mártir!

— Aun hay mas, señora, añadió Coco, sacando de su seno la cartera que Paula habia sellado tan cuidadosamente el dia en que dejó el palacio inquisitorial y que habia entregado á Coco; hé aquí un encargo que el padre José me entregó para vos; tomad, señora, esto os pertenece....

— ¿A mí? dijo Dolores admirada.

— A vos, hija mia, dijo Juan de Avila, pues que *es el legado de un moribundo.*

— Tomó entónces Dolores la cartera con mano trémula, abrióla, y despues la dió á Estévan. Ella no comprendia absolutamente el valor de aquella multitud de pedazos de papel cubiertos de garabatos las mas veces ininteligibles, cerrados entre los pliegues de la cartera de marroquí.

Estévan mas conocedor que ella, despues de haber dado una rápida mirada á los papeles, dijo á su muger:

— ¡Noble José! no ha querido que los que él habia amado tuvieran que sufrir la miseria; ¡aquí hay una fortuna, Dolores!

— ¡Pobre José! esclamó la jóven condesa, mas conmovida por la muerte horrible de su amigo y por el efecto que les habia atestiguado aun muriendo, que alegre al ver cuanto mejoraba su presente situacion una suma tan considerable.

Al mismo tiempo apercibió en la cartera un papel de mayor dimension que las letras de cambio, cuidadosamente plegado y sellado.

En la carpeta Paula habia escrito de su puño las líneas siguientes:

— A la condesa Dolores de Vargas, cuando esté en seguridad fuera de su patria.

— Esto no debe aun leerse, dijo Dolores; y volvió el paquete á la cartera....

El dia habia rápidamente discurrido, el sol bajaba al horizonte, el movimiento y la vida principiaban á volver á la ciudad.

El marinero que ya habia venido una vez á advertir á los viageros entró de nuevo en la posada.

— Señor, dijo á Estévan, una lancha os aguarda en la puerta de Mar para llevaros al buque.

— Partamos, dijo Estévan, partamos; pues ya que *es preciso*, cuanto mas pronto mejor.

Dolores entónces se acercó á Juan de Avila, y con

voz dulce y penetrante cuyo encanto era irresistible, le dijo:

— ¿Padre mio, no nos seguis?

— No, respondió Juan de Avila, no, hija mia, yo no os seguiré; yo no soy libre, pertenezco á la España; mis pobres y mis afligidos me reclaman y debo volver á ellos.

— Al menos prometedme que nos lloraréis, añadió la jóven condesa.

— Dolores, dijo Juan de Avila, dejadme al ménos el mérito del sacrificio. Soy hombre, y mi corazon es sensible al dolor y al afecto; pero mas que hombre, soy ministro de Jesucristo, mi deber puede mas. Hay infelices que me necesitan y yo pertenezco á ellos.

— Es verdad, dijo Dolores; volved á ellos, pues no pueden pasar sin vos. Vos sois para ellos el representante de Dios que sabe cambiar el mal en bien miéntras que la Inquisicion cambia en mal el mejor bien.

— He aquí porque no puedo seguiros, respondió Juan de Avila.

— Padre mio, dijo ella, no quiero distraeros de esta sublime abnegacion. Obedeced á la voz celestial, pero á lo ménos que vuestro espíritu cuide desde léjos de nosotros; quedemos unidos en una eterna y santa amistad. ...

— Esta es la verdadera comunion del espíritu anunciada por el Hombre Dios, respondió el apóstol; sí, hija mia, siempre os estaré unido por medio del pensamiento.

— ¡Oh! dijo Dolores, de léjos aun me parece que quedaré bajo el influjo de vuestra poderosa proteccion.

— Estaréis bajo el ojo y la mano de Dios, respondió *Juan de Avila*, ¿qué temeis?...

Los viageros salieron en este momento de la posada, y Juan de Avila quiso acompañarlos hasta el buque.

Embarcáronse en dos lanchas que los aguardaban en la playa; los marineros remaron, y en pocos minutos estuvieron al lado del buque holandés que debia llevárselos; masa enorme con vientre ancho y redondo, coloso lento, pero infatigable, que parecia desafiar á la tempestad.

Colocaron la escala por la que debian subir al buque.

Coco y su hermana, Manofina y la Serena, subieron los primeros.

Estévan y Dolores habian quedado en la primera lancha con Juan de Avila.

— Despachad, señores, les gritó el piloto; el viento refresca y vamos á dar la vela.

Estévan tomó la mano de Dolores para ayudarla á subir, y Juan de Avila se levantó.

— Adios, padre mio, le dijo la jóven condesa conteniendo una lágrima; adios..... rogad por nosotros.

— Adios, hija mia, respondió el santo, con voz conmovida, adios..... no olvideis que solo hay una felicidad en el mundo, que es la de los corazones puros.

— ¡Padre mio, respondió Dolores en voz baja, no hay felicidad para los desterrados!

Lanzóse ligera y rápida, y pronto estuvo en el puente del buque.

— Adios, padre mio, dijo á su vez Estévan; si alguna vez la España se despierta, acordaos de uno de sus hijos que gemirá léjos de ella inactivo y desterrado.

— *Estévan*, respondió Juan de Avila, los verda*deros hijos* de Dios no tienen otra patria mas que

la tierra! y desde cualquier punto del globo que una voz ardiente y fuerte haga oir el himno eterno de la verdad, añade al edificio felicidad social. Ya os lo he dicho, un pueblo no se regenera con la espada, sino con la palabra, y la palabra, hija del Espíritu Santo, resuena invisible pero estrepitosa por los confines del mundo. Id, sed firme, no os separéis de la senda que os habeis trazado, y acordaos de que para cambiar la faz del mundo bastaron doce apóstoles, doce hombres sencillos y humildes de corazon, pero animados de una fé constante; de léjos, aun podeis ayudar á la regeneracion de España.

Estévan subió á su vez la escalera: todo el mundo estaba á bordo. Izaron la lancha del buque; y la que contenia á Juan de Avila se alejó á fuerza de remos.

Apoyados sobre la porta, Estévan y Dolores aun hicieron otra señal de adios á su santo amigo; Juan de Avila levantó la mano derecha y les mostró el cielo como para decirles:

—Allí arriba nos volverémos á ver.....

En el navío habia una agitacion desacostumbrada; los marineros largaban las velas, y entregaban al viento aquellos blancos lienzos tegidos en la flemática Holanda.

El pesado buque, como si estuviese impaciente por volver á ver su patria, parecia agitarse por sí mismo sobre las olas inmóbiles; un sordo estremecimiento corrian por sus anchos flancos, y parecia disfrutar de la vida que se agitaba en su seno.

Al momento de partir los pasageros guardaban un profundo silencio.

Solo se oia la voz de los gefes, dando sus órdenes con sílabas breves y los pasos apresurados de los marineros trabajando en la maniobra, impacientes por dejar la tierra en que el marino solo sabe fastidiarse.

Manofina y la Serena, Coco y su hermana, cual verdaderos andaluces fieles á sus costumbres de gitanos, se habian tendido sobre el puente y miraban á lo léjos con ojos húmedos el horizonte azul enteramente cargado de lentejuelas doradas.

Estévan y Dolores, en pié cerca del palo mayor, contemplaban con entusiasmo mezclado de tristeza los resplandores de aquella magnífica velada.

El sol descendia al horizonte, y anegado en numerosos rayos prismáticos, asemejábase á un ancho ópalo en medio de un monton de pedrería de mil colores.

Desde el punto en que estaban los desterrados admiraban á Cádiz la inexpugnable ciudad, Cádiz la de las iglesias de piedra, circuida por el mar como por un cinto verde, y prolongado al este por el Trocadero.

Veíase un poco mas allá la tierra de España; Valencia, la hermosa Granada, la hija predilecta de los moros, Málaga de los vinos deliciosos, y mas léjos por fin Sevilla, la patria de Estévan y Dolores.

Todo el tiempo que duraron las maniobras necesarias para hacerse á la vela, los dos desterrados permanecieron silenciosos y tristes, con la vista fija en aquel horizonte lejano, lleno para ellos de tiernos recuerdos y maravillosas imágenes.

Los dolores que habian sufrido desaparecieron en aquel momento; solo se acordaban de su amor por esta hermosa España que iba á desaparecer para siempre de su vista. Pronto se estremecieron; Dolores se apoyó en el brazo de Estévan para sostenerse.

Acababan de levar el ancla.

El navío á causa de su gravedad, habia pesadamente flotado sobre el agua como un toro salvaje, y durante algunos minutos, se estremeció sobre sí mis-

mo por un columpiarse graduado que iba siempre debilitándose; despues, por fin corrió lentamente sobre la mar trazando detrás de él una ancha estela.

Las ligeras olas, levantadas alrededor de sus anchos flancos, iban y se retiraban formando un cinto de espuma. El viento hinchaba las velas que con su soplo hacian un ruido ligero y casi armonioso; la proa entreabria silvando el seno de la mar azul y reluciente, y poco á poco, Cádiz se perdia á lo léjos como un punto negro á los ojos de los pasajeros inmóbiles sobre el puente.

El sol se habia sumergido en el vasto abismo; anchas fajas purpúreas y doradas corrian como cintas de llama de un estremo á otro del basto horizonte, y la noche cubria lentamente la frente de la tierra con sus velos de gasa negra.

La estrella de la tarde brillaba en el cielo....

Entónces Estéran miró á su compañera.

Inmóbil y muda, con los ojos invisiblemente fijos, hácia el punto imperceptible que para ella se llamaba Sevilla, parecia absorta en un religioso éxtasis.

Su frente colorada por la última púrpura del sol, resplandecia á los vivos resplandores de la tarde, como un bronce antiguo esculpido por Phidias. Las ventanas de sus narices dilatadas aspiraban aún el aire vivificante y puro, cargado de perfumes de naranjo y de rosas, que le llegaban de la tierra.... y sus labios ávidos y trémulos asemejábanse á los de la Sibila, entreabiertos por un canto sagrado.

—«¡Salud! esclamó por fin con voz á la cual la inspiracion prestaba un encanto y un poder casi sobrehumanos; ¡salud! madre de los héroes, amante de la poética Iberia y del godo salvaje, tierra amada del cielo, que en tu seno siempre has sabido cambiar en oro puro el metal mas ínfimo; ¡salud! tú,

cuyos flancos han llevado el divino Pelayo y Alfonso el Magnánimo, el mas sabio, el mas filósofo de los reyes. [1]

«Reina que has ceñido en tu frente las mas ricas coronas del mundo, tú has visto brillar en tu manto de púrpura los diamantes de Méjico y las palmas del desierto.

«Todo se ha reunido para contribuir á tu gloria; los godos te han dado su audacia, su indomable valor, su inmortal lealtad; los moros la poesía que encanta, la civilizacion que endulza las costumbres; y de estas dos mezclas de cosas contrarias, la religion divina de Cristo ha hecho la España caballeresca y cristiana, la España sabia aunque conquistadora, la España, tierra de felicidad y de gloria, que tenia por todos sus hijos, pechos de nodriza y entrañas de madre.

«¡Oh sublime union de la religion y de la filosofía! ó mas bien, ¡triunfo brillante de una religion consoladora y maternal!... ¿No habemos visto sujetarse á las leyes de una reina dulce, piadosa y tolerante, [2] los fieros descendientes de los Abencerrajes, raza heróica, de los cuales el mas humilde descendia de sangre real?

«¿No fueron la tolerancia y la dulzura las que hicieron caer los muros de Granada, conmovidos por la crueldad de sus tiranos?» . . . . . .

. . . . . .

La noche descendia mas rápida, un velo azulado se estendia sobre la inmensidad del Océano, el cielo azul se poblaba de estrellas brillantes, y Cádiz,

[1] Alfonso el Magnánimo ó Alfonso el Sabio dotó á la España de un código regular de leyes, titulado: *Las siete partidas*. Este código, cuya mayor parte está aun vijente en España, es un monumento de la sabiduría de este rey y de la rectitud de sus consejeros; honra al carácter español.

[2] Isabel de Castilla, mujer de Fernando de Aragon.

perdida en la cerrazon, ¡habia enteramente desaparecido!....

En el lejano horizonte aun se columbraban vagamente en negros dentellones las silhuetas de los árboles ó de las montañas, imágenes informes que iban disminuyéndose y perdiéndose una á una en la obscuridad que todo lo invadia.

Dolores continuó su canto inspirado, y á medida que se alejaban los ruidos de la tierra, la voz de la jóven condesa crecia como la del viento en el silencio de la soledad.

«¡España! ¡España! esclamó, ¡oh! mas hermosa eras en los dias de tu inmaculado esplendor, cuando tus hijos libres y valientes tenian el derecho de decirlo todo, y el último español, igual á sus reyes por el constante amor que unia á los reyes y al pueblo, osaba quejarse de una injusticia real, y porque dijese, al rey: — Habeis hecho mal, — ¡no dejaba deseo un súbdito y un hijo con adicto! [1]

[1] Bueno es hacer notar aquí que en todos tiempos y bajo todos los gobiernos, aun bajo el despotismo de los reyes y la crueldad de la Inquisicion reunidos, siempre que las asambleas nacionales se han celebrado libremente en España se han encontrado españoles que desembarazados de las trabas con que contenian su buen sentido y su filosofía natural, se han elevado sobre su siglo, han desgarrado con mano atrevida el velo que ocultaba los errores y las preocupaciones y hecho oir á los pueblos admirados y aun á los reyes y á los inquisidores la voz de la razon y el eterno lenguaje de la verdad.

Asi las córtes de Aragon, de Castilla y de Cataluña, reunidas en 1510 y 1512 para pedir al regente Fernando y al papa la reforma de la Inquisicion, la junta católica convocada en Búrgos en 1508 para juzgar á los presos de la Inquisicion de Córdova en el advenimiento del gran inquisidor Gimenez Cisneros, y la gran junta formada en tiempo de Cárlos II durante el inquisidor Rocaberti, de 1695 á 1699 para poner fin á los conflictos que hubo entre los inquisidores y los jueces reales, de cuyos conflictos resultaban graves inconvenientes, que impedian muchas veces la administracion de justicia; esos tres cuerpos, en distintas épocas y bajo el influjo de diversos acontecimientos, todos tres condenaron los actos de la Inquisicion y del despotismo. En las tres asambleas se encontraron hombres cuyos principios filosóficos, ideas humanitarias hubieran hecho honor á los filósofos mas avanzados de nuestro siglo. ¿Qué deducir de todo esto? que Dios ha puesto en el

«¡Oh! ¡cuán hermoso era entónces pronunciar la palabra sagrada de patria! porque la patria era verdaderamente la conservadora de la felicidad de todos, y la existencia era dulce en su seno; entónces habia sosten para el débil, gloria para el fuerte, justicia para todos; entónces la España era verdaderamente libre y dichosa, porque la libertad de una nacion es su felicidad.

«Entónces entreabriendo cada dia el seno de esta tierra fecunda, el español podia decirse con orgullo:

—«Estas mieses maduran para mí, y para mí estas viñas se cubrirán de uvas.... para mí ó mas bien para todos, porque la España formaba una gran familia de hermanos.

«Los fautores de Roma, insaciables vampiros, aun no habian venido de noche á chupar la sangre generosa de los que dormian, porque el dia siguiente solo se encontraban cadáveres sin fuerza....

«Entónces, los mismos que se hacian la guerra eran magnánimos y valientes, y todos estaban tan seguros de su enemigo como de su mas tierno amigo.[1]

«¡Oh! prosiguió ella bajando la voz, porque la noche habia por fin desplegado enteramente su negro manto, y un estremecimiento glacial corrió en todos los nervios de la jóven; ¡oh! ¿por qué en este suelo fértil cubierto de riquezas por la mano pródiga del Eterno, se ven esos rostros macilentos y siniestros

corazon del hombre sentimientos de libertad y de progreso; que estas ideas nacidas con la especie humana han podido ser ahogadas ó contenidas en el santuario de la conciencia de los pueblos, pero que ningun despotismo, ningun tormento puede estinguirlas.

[1] Muchos han tachado á los españoles de traidores; cuya acusacion es indudablemente la mas injusta que los estranjeros les han hecho. Léjos de ser traidores, los españoles el único crimen que no perdonan á un enemigo y que les impide reconciliarse con él, es la traicion. Si alguna vez se han encontrado traidores en *España*, solo han sido frailes, sacerdotes vendidos á Roma ó á la *Inquisicion*, ó familiares del santo oficio.

tros? ¿Qué lúgubre mortaja envuelve la cabeza real de esta reina oprimida y cautiva? ¿De quién son esas manos ávidas, con uñas de buitre, que cogen sus pechos para enjugarlos y desgarrarlos?.... Su palidez es profunda, su debilidad completa, sus carnes aplomadas como las de un moribundo.... su voz, tan llena y fuerte, ya solo resonó por intervalos con un largo grito de agonía entrecortado por cantos siniestros, roncos como el ruido de la lima en el hierro, tristes como el ruido del martillo que clava un ataud.

«¡España! ¡España! ¿qué te has hecho? ¿qué gusano roedor te ha mordido en el corazon, y ha cambiado tu poderosa energía en una atonía mortal?.... ¡Valor! ¿no oyes á lo léjos resonar la voz de tus triunfos?

«Tú estiendes á la vez tu dominio sobre los cuatro ángulos del globo..... Un rey conquistador está sentado en el trono en que velan eternamente tus terribles leones, y la voz de la fama va repitiendo á lo léjos estos dos nombres mágicos: ¡España! ¡Cárlos V!

«Sí, pero yo te oigo responderme con voz lamentable:

— El rey solo trabaja para su gloria, ¡nada hace para su patria! ¡y miéntras el mundo corona á Cárlos V, yo quedo esclava y oprimida, y mi voz se pierde sin eco en el inmenso desierto del egoismo real[1]!....

— Cuando yo grito anhelante y destrozada, ávida

[1] Los historiadores españoles están contestes en el egoismo y en la ambicion de Cárlos V. Este egoismo y esta ambicion estan demostrados por la deslealtad que patentizó ante las córtes de Castilla, de Aragon y de Cataluña, cuando en 1518 y 1512 estos cuerpos le pidieron en nombre de la España oprimida la reforma de la Inquisicion, que prometió solemnemente, y qué no concedió jamás.

de un instante de reposo: ¡gloria! ¡libertad! ¡filosofía! me contestan ¡conquista! ¡riqueza! ¡despotismo!

— La ignorancia ha cubierto con negro manto mi frente de tinieblas, y la única claridad que dejan llegar hasta mí es la de las hogueras que devoran mis entrañas.[1]

— Y sin embargo me llaman grande, porque á lo léjos tengo guerreros que reinan en mi nombre sobre inmensas provincias, y mi pabellon flota sobre los mares de los dos mundos; me llaman fuerte porque soy paciente y tranquila y porque todos los dias procuran echar sobre mis heridas sangrientas un manto de orgullo y de mentira para cubrirlas.... porque ahogan bajo cerrojos mis largas quejas de agonía.

— ¡Oh! vivir, vivir y respirar un solo dia el aire puro de la libertad! vivir y marchar sola con mi fuerza hácia el porvenir!...

« Así habla la España un momento reanimada: pero al ruido de su voz quejosa, veo que los vampiros se adelantan en la sombra, la rechazan de nuevo hácia su tumba húmeda y horrorosamente acurrucados sobre su pecho disecado, entreabren con sus dientes desgarradoras las venas en que aun circulan algunas gotas de sangre....!

« ¡Oh! ¡piedad! ¡piedad para ella!.... ¡no acabeis de estinguir su vida! Dejadla recobrar un ins-

1 La España podia muy bien decir que las hogueras devoraban sus entrañas cuando, en el espacio de 339 años la Inquisicion quemó vivos 34,658 españoles, y 18,049 en efigie, sin contar 288,214 que fueron condenados á galeras ó á destierro perpetuo, y mas de 200,000 que, penitenciados y condenados á llevar el *sanbenito* por un tiempo determinado ó perpetuamente, han sido deshonrados hasta en su posteridad. Estos guarismos demasiado elocuentes acusadores de la Inquisicion, son históricos! Hé aquí una tabla que copiamos testualmente de la *Historia de la Inquisicion* por Llorente, y que tambien se encuentra en la *Historia de la Revolucion de España en* 1820, por M. L.... publicada en Paris en 1820 en casa *de Plancher*, calle de *Poupée*, núm. 7\.

RELACION GENERAL DE LAS VICTIMAS SACRIFICADAS EN ESPAÑA POR LA INQUISICION DESDE EL AÑO 1481 HASTA 1820, DURANTE EL MINISTERIO DE 45 INQUISIDORES GENERALES.

	Quemados vivos.	Quemados en estatua.	Condenados á galeras ó á prision.
Desde 1481 á 1498, durante el ministerio de Tomás de Torquemada, primer inquisidor general...	10,220	6,840	97,371
Desde 1498 á 1507, durante el ministerio de Deza, segundo inquisidor general.....	2,592	829	32,952
Desde 1507 á 1517, durante el ministerio de Gimenez Cisneros, tercer inquisidor general.....	3,564	2,232	48,059
Desde 1517 á 1521, durante Adriano Florencio, cuarto inquisidor general y despues papa.....	1,620	860	21,885
Desde 1521 á 1523, interregno.....	324	112	4,481
Desde 1523 á 1545, durante Alfonso Manrique, quinto inquisidor general.....	2,250	1,125	11,250
Desde 1545 á 1556, durante Tabera, sexto inquisidor general.....	840	420	6,520
Durante Loaisa, séptimo inquisidor y durante el reinado de Cárlos V.....	1,320	660	6,600
Desde 1556 á 1597, durante la regencia de Felipe II	3,900	1,845	18,450
Desde 1595 á 1621, durante el reinado de Felipe III...	1,840	692	10,716
Desde 1621 á 1665, durante Felipe IV.....	2,852	1,428	14,080
Desde 1665 á 1700, durante Cárlos II.....	1,630	540	6,312
Desde 1700 á 1746, durante Felipe V.....	1,600	760	9,120
Desde 1746 á 1759, durante Fernando VI.....	10	5	170
Desde 1759 á 1788, durante Cárlos III	4	0	56
Desde 1788 á 1808, durante Cárlos IV.....	0	1	42

tante su existencia.... dadle tiempo de reparar toda la sangre que ha perdido!....

« Pero no... los vampiros no tienen compasion; su víctima aniquilada y moribunda, hasta ha perdido el último soplo, la apariencia de vida que le daban las victorias de Cárlos V.

« Un espectro de rey sucede al rey conquistador.

« Ese espectro reina en la noche y en la nada..... Los vampiros, fieles satélites suyos se colocan en órden al rededor de él, y con sus manos descarnadas acaban de empujar hácia la tumba el cadáver de la España.

« Y la España fatigada de la lucha, se recoge entónces en un reposo perecido á la muerte.... han arrojado sobre ella el sudario que separa de la vida; y sobre su cuerpo mutilado y casi insensible se agitan en la torpeza de la vida claustral todos los factores de Roma... Sobre ese cadáver inerte se vierte san-

En este cuadro no va comprendido el reinado de Fernando VII, durante el cual mas de mil personas sufrieron carcel, galeras ó destierro; podria tambien añadirse el incalculable número de víctimas que la Inquisicion de España sacrificó á su ambicion en la Sicilia, en la Cerdeña, en Flandes, en América, y en las Indias, para comprender la fuerza de las palabras que el autor hace pronunciar á la España desolada. Ademas de las víctimas que la Inquisicion pudo alcanzar, cinco millones de habitantes abandonaron el hermoso suelo español para sustraerse con un destierro voluntario á la crueldad del santo oficio. Asi es que ese bello pais que en tiempo de los moros contaba treinta y cinco millones de almas, ha quedado reducido á trece millones. ¿Es esta la mision que Cristo legó á sus discípulos y estos á los sacerdotes del Señor? ¿Es asi como los sucesores de los apóstoles siguen el sublime precepto del Señor: « ¿Creced y multiplicad?.... » y el de Cristo: « ¿Amaos los unos á los otros?.... » ¡Pues bien! escuchad á los sacerdotes romanos; ellos os dirán que la religion no es respetada en ninguna parte, ¡que la huellan, que se calumnia á los ministros de Dios! ¡Ah! responded á los que asi os hablan lo que Jesus respondia á los escribas y á los fariseos: « *Desgraciados de vosotros escribas y fariseos hipócritas; ¡porque devorais la casa de las viudas con el pretesto de hacer largas oraciones! ¡Desgraciados de vosotros escribas y fariseos, porque limpiais el esterior de la copa y del plato, pero el interior está lleno de rapiña y de destemplanza!* (San *Mateo, cap.* XXIII, vers. 14 y 25).

gre... sangre á torrentes, y cada dia millares de hogueras devoran algun fragmento de este cadáver inmóbil.

«El cadáver se vuelve esqueleto.... y todo esto no basta todavía!....

«La ceniza, la ceniza, fecunda aun puede reanimarse... ¿Qué luz bienhechora y lejana brilla repentinamente en ella?.. El polvo se despierta y se transforma en hombre... La España solo estaba dormida...

«¡Pero ay! este largo sueño durará tal vez algunos siglos, y nosotros no verémos los hermosos dias que deben brillar para la patria... Para nosotros, es el destierro, el destierro con su pan amargo, y la lucha, la lucha eterna.... porque los que entónces ya no existirán habrán tambien hecho parte de esta grande obra.....ellos tambien habrán ayudado á la regeneracion del mundo!...»

Dolores cesó de hablar; su frente bañada de sudor, y todo su cuerpo agitado de un temblor convulsivo parecia pronto á desmayarse; cerró los ojos y se dejó caer á los piés de Estévan.

Tomóla este en sus brazos, sentóse en un fardo, y apoyó sobre su pecho la hermosa cabeza de Dolores... Y la jóven inspirada, fatigada por tantas sensaciones durmióse en el seno de su amado.

En aquel momento entraban en alta mar; el viento mas fresco hinchó con nueva fuerza las velas del navío.

La luna, ancha y pálida presentaba su faz plateada en el cielo, é iluminó con dulce reflejo el hermoso rostro de la jóven. La mar pareció una lámina de plata pulida, sembrada de montecillos brillantes.

Un silencio solemne y religioso reinó en medio de la vasta soledad del Océano, y el navío destizándose por el agua como una flecha rápida, llevóse los

desterrados hácia aquella tierra lejana en que brillaba ya la aurora de la libertad.

Tal vez los volvamos á encontrar algun dia.

XX.

CAIDA DE LA INQUISICION.

Séanos permitido ahora pedir á nuestros lectores si es bueno y sabio el pensamiento que ha precedido á la redaccion de este libro; ¿si es un folleto injurioso y de mala fé lanzado contra la Inquisicion ó una fiel relacion, una apreciacion imparcial de los hechos que tuvieron lugar en aquella memorable y sangrienta época? ¡Qué terrible historia acabamos de leer! ¡qué dramas llenos de interés, cuyas diversas peripecias, rigurosamente conformes á la realidad sobrepujan todos los sueños de la imaginacion! ¡Qué sombras y horrorosos misterios! ¡cuántos lunares y sacrilegios! ¡cuánta sangre y desonra!

El autor nos ha iniciado completamente en las vergonzosas costumbres, en los infames escesos de los elevados dignatarios del santo oficio, en el fanatismo estúpido y bárbaro de los agentes subalternos en los horribles suplicios que el genio infernal y el acetismo feroz de los frailes sabia inventar. Estos suplicios producian demasiados buenos resultados en provecho de esos frailes insaciables para que consintiesen en renunciar á ellos. ¡Cuántos bienes arrancados así al sufrimiento! cuántas riquezas y poder obtenidos ilegalmente! Cuántas confesiones imaginarias dictadas por el terror! ¡cuántas revelaciones falaces convertidas todas en provecho de la política de los odios inquisitoriales! ¡Cuántas víctimas inmoladas para la edificacion del mundo cristiano, la propagacion de la fé católica y la mayor gloria de Dios!

¿Se creerá que semejantes abominaciones han durado siglos? En 4 de diciembre de 1808 usando Napoleon de sus derechos de conquistador decretó en Chamartin, aldea cerca de Madrid, la supresion de los tribunales del santo oficio, como atentatorios á la soberanía. Cuando José hubo sido reconocido rey de España, todos los procesos criminales, escepto los que podian pertenecer á la historia por su importancia y su celebridad, ó por la cualidad de las personas, fueron quemados por su órden; pero se conservaron íntegros los registros de las resoluciones del consejo, las órdenes reales, las bulas y los breves de Roma, los asuntos relativos al tribunal, y todos los informes sobre las genealogías de los empleados del santo oficio.

Casi todos los edificios pertenecientes á la Inquisicion fueron destruidos en aquella época; aunque no dejó de costar mucho trabajo y sangre.

Para citar un ejemplo dejarémos hablar al coronel polaco Lumanousk, encargado por el mariscal Soult de destruir la Inquisicion de Madrid.

« Estando en Madrid en 1809, me llamó la atencion la casa de la Inquisicion de Madrid; Napoleon habia ya publicado un edicto suprimiendo el santo oficio donde se estendian sus armas victoriosas. Recordé este decreto al mariscal Soult, entónces gobernador; por lo cual me ordenó destruyera la Inquisicion. Hícele observar que mi regimiento, el 9.° de lanceros polacos no era suficiente para semejante servicio, pero que si me daba otros dos regimientos, lo emprenderia, y accedió á mi demanda.

Uno de esos regimientos que era el 117.° estaba bajo las órdenes de Lille. Con estas tropas me dirigí á la Inquisicion. El edificio estaba rodeado de una pared muy fuerte y guardada por unos 400 soldados. Llegado allí dirigíme á un centinela é intimé á los pa-

dres, que se rindieran al ejército imperial y abrieran las puertas de la Inquisicion. El centinela que permanecia en pié frente á las murallas pareció hablar algunos minutos con alguien del interior, despues de lo cual nos hizo fuego y mató á uno de mis subordinados. Aquella fué la señal de ataque, y mandé á mis tropas hicieran fuego á los que aparecieran sobre la muralla. Pronto se hizo evidente que el combate era desigual.

« Las murallas de la Inquisicion estaban cubiertas de soldados del santo oficio; habia ademas un parapeto sobre la muralla en que se ocultaban, saliendo solo para esponerse en parte miéntras que descargaban sus mosquetes. Hallábanse nuestras tropas en un llano abierto y espuestas al fuego enemigo, no teniamos ni una sola pieza de artillería; tampoco podiamos escalar las murallas, y las puertas se resistian á todos nuestros esfuerzos para derribarlas.

« Conocí que era necesario cambiar de plan de ataque, é hice cortar árboles que llevados al lugar mismo debian servirnos de ariete.

« Entregáronse dos de estas máquinas á tantos hombres como se necesitaban para trabajar con provecho, y principiaron á dar grandes y redoblados golpes contra las murallas, sin hacer caso de las balas que les llovian encima. Pronto principiaron á temblar las murallas; y bajo los perseverantes y bien dirigidos esfuerzos del ariete, abrióse una brecha, y las tropas imperiales se lanzaron en la Inquisicion.

« Aquí tuvimos un modelo de lo que puede ser la desvergüenza jesuítica. El inquisidor general y los sacerdotes confesores, salieron todos de sus celdas con las insignias sacerdotales, miéntras nosotros ibamos á abrirnos una entrada en el interior de la Inquisicion; y con rostros prolongados, los brazos *cruzados sobre* el pecho como si no hubieran oido na-

da del ruido causado por el ataque y la defensa, venian á saber lo que pasaba, dirigiéndose con un tono de reprehension á sus soldados, diciendo:

— « ¿Por qué os batís con nuestros amigos los franceses?

« Al parecer su intencion era hacernos creer que ellos no habian absolutamente autorizado la defensa, confiando que nosotros lo daríamos por cierto y que podrían aprovechar mas fácilmente la confusion y el pillage de la Inquisicion para escaparse. Su artificio era sin embargo muy mal imaginado y no tuvo éxito. Les salvé la vida y se hicieron prisioneros á todos los soldados de la Inquisicion. Entónces principiamos á examinar esa prision infernal.

« Atravesamos cámaras y mas cámaras; encontramos altares y crucifijos y abundantes cirios, pero no pudimos descubrir ningun vestigio de la iniquidad que debia ejercerse en este lugar, ninguna de aquellas cosas estraordinarias que creíamos hallar en una casa de la Inquisicion. Notábase la hermosura, el esplendor, el órden mas perfecto. La arquitectura, las proporciones, todo era admirable. Los cielos rasos y los suelos eran de un brillante pulido. Los pavimentos de mármol estaban colocados con un gusto esquisito. Habia todo lo que puede agradar al ojo y al espíritu cultivado; pero ¿dónde estaban aquellos instrumentos de tormento de que nos habian hablado? ¿Dónde estaban aquellas torrecillas en que decian haber seres humanos amortajados vivos? En vano los buscámos. Los santos sacerdotes nos aseguraron que les habian calumniado ó que todo lo habiamos visto.

« Resolvia ya abandonar mis investigaciones, quedando persuadido de que esa Inquisicion era diferente de las que nos habian hablado; pero el coronel de Lille *no pudiendo* renunciar tan fácilmente á la perse-

cusion, me dijo: Coronel, hoy vos sois comandante, y debe hacerse lo que ordeneis; pero si quereis creerme, mandad examinar mas detenidamente este pavimiento de mármol, haced verter agua encima, y verémos si tal vez hay algun sitio en que se cuele mas fácilmente. — Yo le respondí: — Coronel, haced lo que querais; y mandé traer agua.

« Cuando se hubo vertido el agua sobre el pavimiento, con gran descontento de los inquisidores examinamos cuidadosamente todas las hendijas para ver si el agua se filtraba. Poco despues el coronel Lille esclamó que habia encontrado lo que buscaba. Al lado de una de esas baldosas de mármol el agua se escurria muy aprisa, como si hubiese un vacío debajo. Todas las manos se pusieron entónces á la obra para los mas amplios descubrimientos; los oficiales con sus espadas y los soldados con sus bayonetas procuraban separar el insterticio y levantar la baldosa. Otros daban redoblados mosquetazos procurando romperlas, miéntras que los sacerdotes oraban contra la profanacion de su bella y santa casa. Repentinamente un soldado tocó un resorte con un culetazo y levantóse la plancha; entónces palideciéronse los rostros de los inquisidores, y como Balthazar, cuando apareció una mano escribiendo sobre la pared, aquellos hombres de Belial se pusieron á temblar.

« Miramos bajo la plancha fatal que se habia levantado un poco y vimos una escalera. Acerquéme á la mesa y tomé de los candelabros una vela de cuatro piés de alto que ardia, á fin de esplorar nuestro descubrimiento. Al tomarlo uno de los inquisidores me detuvo agarrándome suavemente por el brazo, y diciéndome con tono devoto: *Hijo mio, no debeis tocar esto con vuestras manos ensangrentadas porque es sagrado.* — Bien, le respondí, necesito una antorcha *sagrada* para sondar la iniquidad. Yo cargo con la

responsabilidad. Tomé el cirio, bajé la escalera y entónces descubrí porque el agua nos habia revelado este paso. Debajo de este piso habia un ensamblamiento bien unido escepto allí donde estaba la trampa. Hé ahí el éxito del proceder del coronel de Lille.

« Llegado abajo de la escalera, entramos en una grande cámara cuadrada, llamada *sala del juicio*. En medio encontrábase un grueso pedruzco, en el cual estaba clavada una silla, donde acostumbraban hacer sentar el reo, atado en ella. A un lado de la cámara habia un asiento alto llamado trono del juicio y generalmente este le ocupaba el inquisidor general. Al rededor habia asientos ménos altos para los padres, cuando se trataba de los asuntos de la santa Inquisición. De este cuarto pasamos á la derecha y encontramos celdas pequeñas estendiéndose en toda la longitud del edificio; pero aquí ¡qué espectáculo se ofreció á nuestra vista! ¡Cómo la religion bienhechora del Salvador habia sido burlada por los hombres que la profesaban! Aquellas celdas servian de calabozos solitarios en donde las infelices víctimas del odio inquisitorial estaban encerradas hasta que la muerte los libraba de los verdugos. Allí dejaban los cuerpos hasta que se descomponian, y los calabozos eran entónces ocupados por otros. A fin de que esto no incomodase á los inquisidores habia conductos bastante grandes para llevarse el olor infecto de los cadáveres.

« En esas celdas encontramos restos de algunos hombres que habian espirado recientemente, miéntras que en otros solo se encontraban esqueletos encadenados al suelo. En algunos encontramos víctimas vivientes de toda edad y ambos sexos, desde el jóven al anciano septuagenario, todos enteramente desnudos.

« Nuestros soldados se ocuparon inmediatamente

de quitar á los cautivos sus cadenas, y se desnudaron para vestir aquellas infelices criaturas que deseaban vivamente conducirlos á la luz del dia; pero reconociendo el peligro á que les esponian, me opuse é insistí para que les diesen primeramente lo que mas necesitaban, y para que fuesen viendo la luz gradualmente. Habiendo visitado todas esas celdas y abierto las puertas de los encierros en que aun vivian, fuimos á visitar otra cámara de la izquierda, en donde encontramos todos los instrumentos de tormento que el genio de los hombres ó de los demonios han podido inventar.

« A su vista, el furor de nuestros soldados no pudo contenerse, esclamaron que todos los inquisidores, frailes y soldados del santo oficio merecian el tormento. Nosotros no nos atrevimos á contenerlos, é inmediatamente principiaron la obra del tormento en la persona de los padres. Vi aplicar á cuatro tormentos diferentes; despues me retiré de aquel horrible espectáculo que durò miéntras hubo un solo individuo habitante de esa antecámara del infierno, en el cual los soldados pudieron saciar su venganza.

« Luego que las pobres víctimas salidas de las celdas de la Inquisicion pudieron sin riesgo ser sacadas de sus cárceles para ver la luz del dia. ¡Corrió la voz de que se habian librado de la Inquisicion un gran número de víctimas), llegaron todos aquellos á quienes el santo oficio habia arrancado de entre sus amigos; venian á ver si tenian alguna esperanza de encontrarlos vivos. ¡ Oh ! ¡ qué hallazgo !

« Unas cien personas que estuvieron por muchos años sepultadas, volvian ahora á la sociedad de sus semejantes: muchas encontraron aquí un hijo, allí una hija; aquí un hermano, allá una hermana. *Algunos* no reconocieron los amigos; pues, ¡esta escena *no puede* describirse!

«Despues de haberlo presenciado, queriendo concluir la obra ya comenzada, pasé á Madrid, y obtuve una gran cantidad de pólvora que coloqué debajo del edificio y en sus subterráneos. Millares de espectadores atentos nos miraban pegar fuego. Las paredes y las torrecillas macizas del orgulloso edificio se volaron en pedazos. La Inquisicion de Madrid ya no existia.»

La supresion de los tribunales del santo oficio fué decretada el 12 de febrero de 1813, por las córtes generales estraordinarias de España, como incompatibles con la nueva Constitucion política de la monarquía; pero en 21 de julio de 1814, fueron restablecidos por órden de Fernando VII, que entró en España en virtud del tratado de Valençay; y nombró décimo quinto inquisidor general á Francisco Mier y Campillo, obispo de Almería. En las órdenes de ese nuevo inquisidor, se encuentran máximas tan contrarias á los verdaderos intereses del estado como á los de la religion; y aunque el tormento debió estar abolido en aquella época por la fuerza de las circunstancias, en los tribunales de la Inquisicion le renovaron en 1815, en un auto de fé por causa de heregía; entre cuyas víctimas figuró José María Morellos.

La Inquisicion no fué definitivamente abolida en España hasta 1821. Hoy dia ya no existe; y gracias á los progresos de la razon humana, en vano se intentaria reconstruir ese sangriento edificio. Con todo, los inquisidores han dejado muchos sucesores de sus monstruosas doctrinas, sacerdotes fanáticos codiciosos como ellos de riquezas y de dominio, aventureros soldados de la fé, ardientes familiares de la santa sede, feroces genízaros del papa, que quieren *gobernarlo é invadirlo* todo en nombre de la religion, *astutos casuista*: que encuentran escusas para todos

los crímenes, y profesan la abominable máxima de que *el fin justifica los medios*, y que decididos á desafiarlo todo, adelantarán sin retroceder hácia la conquista del poder absoluto.

Esos peligrosos herederos de la Inquisicion tienen como ella muchos y poderosos ausiliares; forman tambien una vasta sociedad esparcida por el globo, que dispone de inmensos recursos, que obran ya por el terror, ya por la seduccion, ya por la fuerza, ya tambien por el oro, obedeciendo la voluntad de uno solo, servil y maquinalmente, como un cadáver *(perindè ac cadaver)*, marchando todos á un mismo objeto como un solo hombre. Esa sociedad levanta la cabeza con arrogancia, pronta á coger el poder de las manos débiles que no saben guardarlo; esa temible sociedad es la que ha turbado y desolado mucho tiempo los Estados, dividiendo para reinar, sembrando la discordia y la anarquía para recoger el dominio; esa misma sociedad que ahora destroza la Italia, amenaza la Prusia, fomenta la guerra civil de España, y avasalla la Bélgica, ha hecho verter la sangre en Lucerna, y se mantiene libremente en Francia á pesar de las leyes de espulsion que se han estrellado á sus plantas. Guardémonos de ella y no nos cansemos de resistirla; pues esos fanáticos sectarios no se cansan de combatir, y no descansarán en la victoria hasta que habrán reconquistado absolutamente la soberanía espiritual y temporal como en la época en que la Inquisicion estaba en su mayor apogeo!

Pero ellos encontrarán felizmente hombres prontos á sacrificarlo todo para quitarle su infame máscara. Creemos haber comenzado bastante bien nuestra tarea, si juzgamos por la acogida que el público ha dado á los MISTERIOS DE LA INQUISICION. Despues de haber esplanado en esta obra las verdaderas causas

de ese letargo moral, político y literario, que tanto tiempo ha retenido los pueblos presos en las cadenas de la ignorancia, publicamos otra que tiene por objeto indicar las misteriosas usurpaciones del clero de nuestra época, y sus permanentes esfuerzos contra las ideas de progreso y civilizacion de la sociedad actual.

Estamos convencidos de que conseguirémos este resultado publicando *el Secreto de Roma en e siglo XIX*, obra que puede considerarse como un continuacion de la presente.

Roma está sin duda léjos de los dias abominables que mancharon los anales del pontificado; pero sus secretos deseos, sus íntimos pensamientos y sus odios profundos no han cambiado; sus designios, sus intentos y su ambicion aun son los mismos.

Roma es el foco de las asociaciones funestas, cuyo dominio oculto obra sobre todas las nacion y en particular sobre la Francia.

En nuestro concepto á esta corresponde combatir con mas energia invasion semejante, y trabajar para que se venga á bajo el vetusto coloso del papazgo, que brilla todavía por de fuera y tiene las entrañas, corroidas por la corrupcion y la mentira. Desde la aurora del presente siglo el clero ha recobrado la mejor parte de lo que perdió en la revolucion de 1789; y si bien los sucesos d1830 le estremecieron por un instante, hoy con mas altivez yergue la cabeza contra el movimiento intelectual que rechaza sus orgullosas pretensiones. La luz le ofende y por esto trabaja en las tinieblas. Al publicar *el Secreto de Roma en el silgo XIX* le arrancamos la máscara y encendemos una inmensa antorcha, á cuya luz todo el mundo verá á Roma con el falso brillo de su fausto hi-

pócrita y el vergonzoso sello de sus disolutas costumbres. Síganos el lector y juzgará por sí mismo.

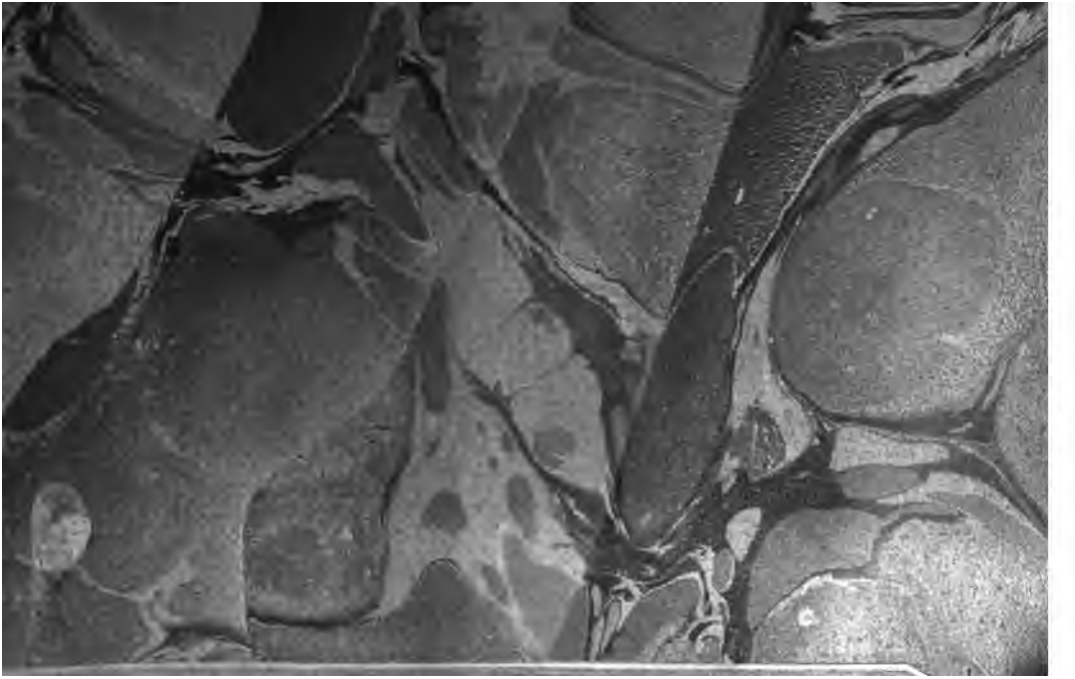
FIN DEL SEGUNDO Y ÚLTIMO TOMO.

ÍNDICE

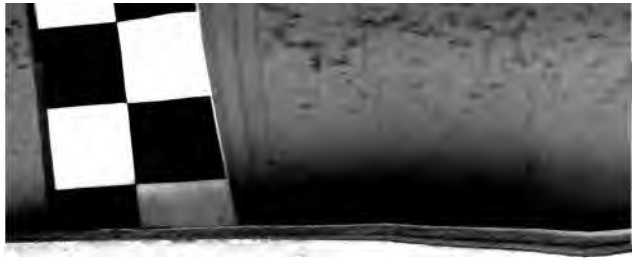
DEL TOMO SEGUNDO.

CAP.		PÁG.
I.	El paseo del rey.	1.
II.	Cárlos V.	10.
III.	Rodrigo de Valero.	26.
IV.	La vista de la causa.	40.
V.	Conspiracion.	59.
VI.	Dos hermitaños.	67.
VII.	El baile de candil.	79.
VIII.	La conjuracion.	94.
IX.	El sermon por las esquinas.	104.
X.	El auto de fé.	120.
XI.	Un Mártir.	139.
XII.	Último dia de disimulo.	147.
XIII.	Un sacerdote segun el Evangelio.	156.
XIV.	Matrimonio y funerales.	175.
XV.	La justicia de Dios.	189.
XVI.	El juicio de los hombres.	203.
XVII.	La capilla.	228.
XVIII.	El suplicio de la rueda.	238.
XIX.	Despedida.	251.
XX.	Caida de la Inquisicion.	270.

FIN.



600085882.



WOMAN'S MINISTRY.

BY THE

REV. ANDREW REED, B.A.,

OF PRESTON.

READ AT THE ANNUAL MEETING

OF THE

Congregational Union,

On Friday, May 15, 1863.

LONDON:
JACKSON, WALFORD, AND HODDER,
27, PATERNOSTER ROW.

Price Twopence, or 12*s. per Hundred.*

WOMAN'S MINISTRY.

BY THE

REV. ANDREW REED, B.A.,

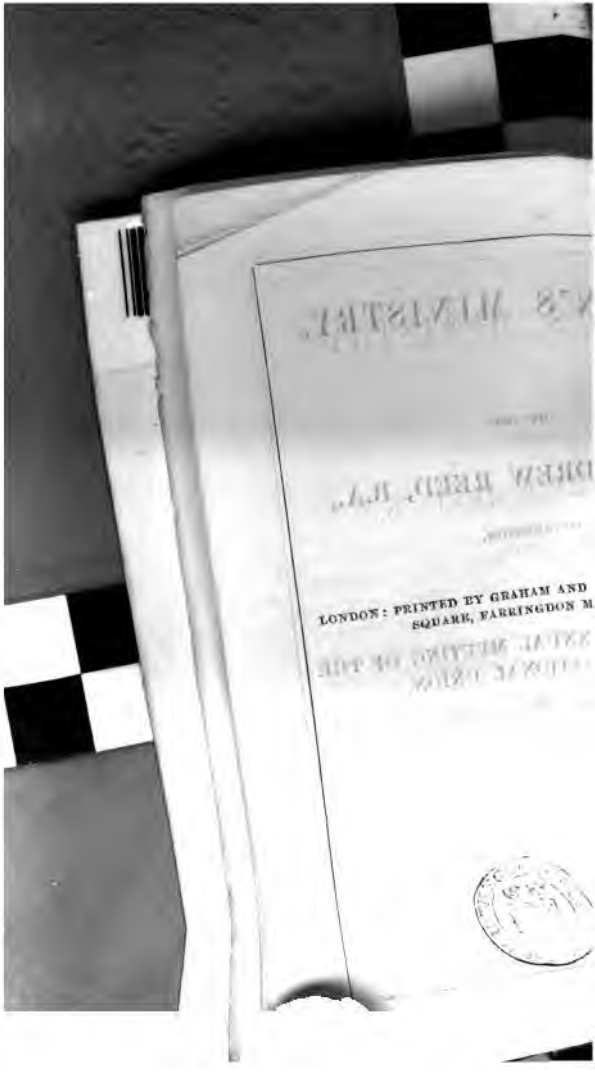
OF PRESTON.

READ AT THE ANNUAL MEETING OF THE CONGREGATIONAL UNION,

On Friday, May 15, 1863.

LONDON:
JACKSON, WALFORD, AND HODDER,
27, PATERNOSTER ROW.

MDCCCLXIII.


LONDON: PRINTED BY GRAHAM AND
SQUARE, FARRINGDON M

WOMAN'S MINISTRY.

"The woman is not without the man—nor the man without the woman."—1 Cor. xi. 11.

THE mission and ministry of woman is a subject of continually developing interest. Christianity has raised her from prostrate servitude—clothed her with influence—and is crowning her beneficent efforts with rich conquests and transformations of a kind distinct and remarkable.

It is both interesting and humbling to note that most of our so-called discoveries and improvements in Christian labour turn out, when closely examined, to be only a slow return to the Divine manual of the New Testament, and to the usages of the primitive model of church organization. Our Protestantisms and Reforms, our Independency, our missing links are all there, and have only been lost by departing from the "pattern given in the holy mount." The

Roman Catholic Church has indee
availed itself of female agency thr
nunneries, but after a fashion so
using woman as a tool to promote tl
social slavery, while she was rendered
herself—that a horror of sisterho
ministering women prevented even P
reformers from returning at once in
ticular (as they professed to do in all t
the original authority and exemplar. G
however, this dread has yielded to
ing sense of the power of the w
woman's agency still wielded by the
ists with revived energy—as wel
various noble experiments the r
cess of which, even on a sma
have awakened Protestant churches
Continent, as well as in this countr
importance of the subject. At the
time the Church of England is mani
sagacious and earnest disposition to a
largely, and in close connection with
chial system, of this fresh applianc
which should not be lost on other d
tions anxious also to do their part in
gelizing of the population around the

It is proposed in this paper brie
dense available information on so

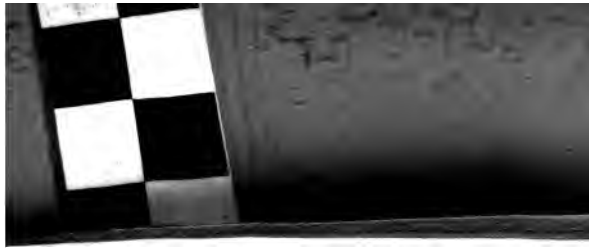
experiences on this subject; then to glance at the precedents recorded in the New Testament and practice of the early Church; and finally to attempt some application of the matter to the exigencies of our Independent churches.

BOOKS ON THE SUBJECT.

The theme before us has been recently and ably discussed in several publications, from which we do not hesitate to extract whatever may suit our design. *Dr. Howson* (well known by his share in that most valuable work, Conybeare and Howson's "Life and Labours of Paul") has perhaps afforded the most valuable contribution by an article in the *Quarterly Review*, reprinted as a separate work, with the title, "*Deaconesses.*" A volume by the Rev. W. Stevenson, of Dublin, entitled "Praying and Working," not merely contains much light on this subject, but is a book which can hardly be read by an active Christian without exciting imitation of those noble foreign philanthropists, *Wichern, Fliedner, Falk, Gossner, Harms,* &c., with whom he makes the English reader agreeably acquainted. Some articles by Mr. Ludlow, in *Good Words*, and the general purport of the "*Book and its Mission*," are of value in the like direction.

ACTUAL EXPERIENCES.

The Scriptural motto (at the head of this paper) suggests almost all the theory of the subject. That "*man*" may not prosper "*without the woman*" is pretty evident in domestic and private life, but the sphere of public and Church life man has been fatally and blindly prone to reserve to himself. Wherever woman's helpful ministry has had fair play, how rich a mine of resource has it discovered! Whether we think of the training of *nurses* for the sick (one of Mrs. Fry's works), or of the glorious Crimean sisters, headed by Miss Nightingale, who hastened to the succour of our wounded soldiers; or of the no less glorious Russian sisters who, as we now discover, were similarly occupied in the hospitals of Sebastopol, according to their instructions, "out of warm love to our neighbour, and with honest self-denial in the name of our Lord Jesus;" or if we peruse the reports of the Ladies' Workhouse Visiting Society, under Miss Twining; or if we regard the useful labours of Misses Parkes and Faithfull, in order to find employment for their unoccupied and dependent sisters; or if, looking to our foreign missionary fields, we note the surprising influence of females like the late ad-



mirable Mrs. Mullens visiting the Zenanas of India; or the energetic American lady, Mrs. Mason, "civilizing mountain men" among the Karens, chiefly by employing native readers and visitors; or Miss Aldersey, in Ningpo, and the numerous ladies sent out by the Female Educational Society; or if, returning homeward, we consider the happy fruits arising from the establishment of maternal societies to assist mothers of every class in the training of their children and the ordering of their homes; or if we inquire into the good influence of such lady-workers as Miss Marsh, Mrs. Bailey, Mrs. Weightman, and Mrs. Ranyard, we shall derive an increasing conviction that female agency has a part to play in the future progress of Christianity, far more important and ostensible than that which has hitherto been permitted. The almost magic power of woman over strong navvies, rude paupers, and hardened criminals at present produces rather exceptional surprise than practical confidence. Nothing has tended more effectually to remove English doubts and prejudices on this head, than the successful employment of Biblewomen, *at first in* London by the suggestion of Mrs. *Ranyard* in connexion with the British and *Foreign* Bible Society, but since then, through

independent associations in town and country, which now sustain hundreds of these gentle labourers, whose reforming influence on the homes of our working classes in conjunction with our Sabbath and ragged-schools, our town missions and district visitors, appears generally recognised as a precious "missing link" in the blessed chain of Christian agencies. It is interesting to learn that Mrs. Mason has taken with her six Bible-women to labour among the Karens, and that one Bible-woman has begun to work in India, according to Dr. Tidman's statement at the Bible Society meeting this year.

WOMAN'S SUPERIOR TACT.

It may, no doubt, be safely presumed that this audience is sufficiently familiar with such efforts to require no lengthened description of them. It will not be denied here that woman has her peculiar sphere in religious effort. The ministry of man has had ample scope for centuries, and requires not to be sustained by unworthy jealousy of female intrusion. A woman ordinarily cannot, and ought not, to attempt much of man's proper work. But there is a province in which she must ever be unrivalled. A man enters a strange house with

a certain solemn stiffness. He appears an interrupter. He is not sure of his welcome. He looks for attention. He has perhaps hat and umbrella to deposit. He wants a seat. Are the household avocations of washing, or cooking, or scouring in progress? he must beat a retreat. Are there invalids? he will need permission to visit such. Are they awake? Can they bear his loud voice—the creaking of his shoes—his strange presence? Are there children playing about? How awkward his approaches! Is there a baby to be fed or rocked—what can he do amid its lusty screams? His questions appear like those of a spy, and breed suspicion. If he chats, what lack of subject! If he reads, sermonizes, or prays, there is a want of transition. He rather shrinks from such visits, and is relieved when they are over, and his relief is often shared by those he leaves in peace. He may surmount such obstacles, but to do so will require no common tact and intelligence. Has he fallen on a house the inmates of which are females of the unfortunate class, how indescribable his discomfort, and how embarrassed his attempts or theirs to open an intercourse *which* may lead to penitence and reformation!

In all these respects woman will possess an *instinctive* superiority. She might not conduct

so well the Bible-class or lecture from the desk but she is perfectly at home in the socia visit. She feels no trembling as she stand at the strange door. She glides in witl quiet step and smiling face. She breaks ir upon no home work, but, if need, will lend a helping hand. She requires little attention, and feels not in the way. She steps to the sick bed unquestioned, arranges the pillows, or hands the cooling drink. The children come to her without coaxing, and love her without effort. While she relieves the weary mother of the exacting baby, or assists in cooking or washing, she gathers in free conversation the whole condition of the family, and matters which a man would never learn are told her without hesitation. She passes from the serious to the secular and back again with no unnatural break. She may stay and help for hours, while in a few minutes a man will have outstaid his welcome.

Rough men and incorrigible characters are more melted by her gentleness than awed by a man's exhortations. She can talk deftly of the domestic things which interest those who handle them, and can use these as illustrations of their spiritual wants. To whom should th fallen sister flee to confide the tale of her s

and sorrows, and to be guided into the path of recovery, so readily as to the Christian woman? For house to house visitation, in short, women have gifts and adaptation such as are only beginning to be turned to their proper account, and are already bearing their "hundred fold."

THE BLUE FLAG OF KAISERWERTH.

We have probably all heard of the "blue flag of Kaiserwerth," which, with its white dove and olive branch, floats over an old windmill tower beside the romantic Rhine, marking the spot where a German clergyman, Theodore Fliedner, originated one of the earliest and most successful institutions for training Christian females for the position of *deaconess*. In 1822 his small congregation was severely tried by a failure in the velvet manufactory of the neighbourhood. He was offered promotion if he would accept it; but he nobly objected to leave his people in a season of distress. He visited England to seek help for them, and here saw various charitable establishments which ripened ideas he had long *meditated*. An interview with our Mrs. Fry, *and also* with Dr. Chalmers, in Scotland, led *him to* resolve to open a refuge for discharged

female prisoners on his return home. This attempt he made in a small summer-house, yet standing in his garden, which had a table, two beds, and two chairs in it. He and his wife, who has been a true helpmate, first received to this humble abode a single inmate. After much opposition and many difficulties, met by patience and prayer, he soon annexed a hospital, at which pious women were to be trained, to afford spiritual as well as medicinal care to the sick.

This foundation was opened in the simplest fashion in 1836. A small house received forty sick cases and seven deaconesses the first year, with whom Fliedner and his wife lived as in one home. The earnest piety of the president imbued all the inmates. Branches were formed in other towns and countries. The nurses of Kaiserwerth were in great request. The Prussian Government began to employ them in its largest hospitals. Nurses were sent to *America, Jerusalem, Smyrna, Constantinople, Alexandria, Bucharest, Florence,* &c. An orphan home for daughters of poor clergymen, added to the Kaiserwerth charitable establishments, has furnished many excellent deaconesses. A school for training governesses and nurserymaids, a lunatic asylum and a Magdalene, and a home

for aged and worn-out deaconesses, gradually clustered about the "*blue flag*." As many as 100 deaconesses are now being trained there, while 220 have left it qualified to exercise their vocation in some seventy-four widely-separated parts of the world. Dr. Fliedner has also sent out 800 teachers for schools, and he now has about 800 persons in the various charities at Kaiserwerth to be provided with daily bread by resources voluntarily supplied him by Christian friends. The admirable spirit of Gospel truth, of Christian love, and of believing prayer pervading the entire work, has manifested its power on many a rude reprobate admitted within these happy walls, of whom one after the other has gradually yielded to the transforming charm. One main purpose of Dr. Fliedner has been to prepare *female helpers to churches*, who, entering a parish under the direction of the pastor, should conduct such work as suits women among women, helping to make houses tidy and children orderly, to improve cookery and needlework, to give medicine and nursing in sickness, to hold mothers' meetings, visit neglected homes, to read God's *Word*, to pray, to teach the people to sing *hymns*, and to conduct all the indefinable *activities* proper to female work. The deaconesses

of Kaiserworth are known by their blue dre
white cap and collar—a garb suited for n
yet not dismal and deathlike. When
suggested that his nurses should wear a
cross around their necks, Dr. Fliedner said
them *bear* the real cross. I will have n
to do with this cross-*wearing*." Anoth
vice of his to his deaconesses is worth qu
"Keep clear," he says, "of both the *jar*
the jargon that urges women to do al
men do, and the jargon which bids th
nothing which men do. O! leave these ja
and go your way straight to God's w
simplicity and singleness of heart."

DEACONESSES' INSTITUTIONS.

Besides Kaiserwerth, we learn that the
at least 23 more training institutio
deaconesses on the Continent, and abo

Pastor Vermeil and Mdlle. Malvesin, besides others in Holland, Sweden, and Russia, so that all over Europe this excellent agency is taking root and flourishing. We learn that this effort has been wisely appropriated by far-seeing English clergymen. *London* has, at least, three deaconesses' institutes, one called *St. John's House*, Norfolk-street, Strand, which is able entirely to serve King's College Hospital with trained nurses; another in Burton-crescent, called the North London Deaconesses' Institution, under the chaplaincy of the Rev. Pelham Dale, both closely attached to the Established Church. The "Nursing Sisters" Establishment, founded by Mrs. Fry in Devonshire-square, is unsectarian, and has eighty-three sisters, some of whom are trained to act as female missionaries as well as nurses. *Yorkshire* has one such establishment at Middlesbro', called the "Cottage Hospital," under a lady trained at Kaiserwerth; and another near Redcar connected with the Established Church. In Exeter is a Church institution under the Rev. J. H. Hayne. At Barnet the excellent and liberal clergyman, the Rev. W. Pennefather, has founded a "female *mission* training school," with orphan asylums, *Magdalene*, and hospital, which has received

twenty or thirty pious women f
Liverpool and Birmingham s
taken to form similar trainin
nected with the Episcopal Chu

BIBLE-WOMEN.

The chief effort of Dissente
tion has hitherto been in susta
intending Bible-women, and t
delighted and surprised all who
this new arrangement. Excell
ence of Bible-women has been,
the present system of sustainin
some defects.

There is no proper provis
the women, and little of th
which springs from such a
ing. The importance of even
for our town and city mission
experienced instructor, previou
on their work, has been well es
can be no reason why women sh
profit by similar advantages, a
of them as fully. Some theolo
—some ideas of method—of
conversation—to handle Scri
various characters and emer
invaluable to many a pious

usefulness, and would save her many mistakes and failures in her earliest efforts.

Then there can be little intimate connection between the labours of Bible-women, as at present engaged, and any particular churches. While the catholic principle of diffusive charity is delightful and valuable in its place, yet, perhaps, we have pushed it to its furthest limits. The denominational principle, concentrated while free from bigotry, has also its advantages. Surely it is time we, as well as other churches, began to look to the building up of our own churches and congregations, by schools, missionaries male and female, ay, and by asylums, refuges, reformatories, and all the modern appliances of Christian civilisation. Our churches are, at present, too solitary, bare, and ungenial from the separation of these humanizing and active elements from them. May we not begin to do some of these blessed things by ourselves, and for ourselves, as part of our church life, and of our contribution to the common progress of Christianity? We start with union, but, as in foreign and home missions and education, *others* fall off to their own denominational banners and leave the burden with us, and also *the discouragement* of desertion. But it is not

intended, while urging the denominationa
disparage or forsake the catholic platf
Without interference with agencies of
kind, conducted by Christians of vary
opinions, it is quite possible, and desirable
for churches to have agents of their own, of
best kind, whether male or female, to adva
their proper work and promote their own p
perity.

Why should not the Congregational Un
appeal for funds for a training institution,
commence forthwith the important undertak
of supplying our churches with qualified fem
missionaries? It will one day be done.

WOMEN OF THE NEW TESTAMENT.

The Apostolic Church largely availed it
of the influence of women. Frequently, in
life of our Lord, is their service named.
unswerving tenderness of his highly-honou
mother, Mary, to her Divine Son, is beautifi
pourtrayed. Another Mary poured her te
and her sweet ointment on his feet, and Mar
served his table. The Samaritan woman
claimed the Christ to her neighbours,
brought them to see, hear, and believe on h
Certain women "ministered to him
their substance." Others wept at the

of the cross, and prepared to embalm his body, when the men had fled. *Women* assembled in the upper room and received the Pentecostal gift. The daughters of *Agabus* prophesied. *Priscilla* aided her husband to improve the talents and knowledge of Apollos. *Dorcas* made clothes for the poor, and her life was lengthened for the sake of her good works. *Chloe, Tryphæna,* and *Tryphosa,* and *Mary* and *Persis,* are so saluted as to convey the idea of some labour in which they were employed, like that of *Euodias* and *Syntyche,* of whom it is expressly said, "those women who laboured in the Lord" with the Apostle Paul. *Phœbe* of Cenchreæ (Rom. xvi. 1), called in our version a "*servant* of the Lord," really has, in the Greek, the actual title of "*deaconess,*" and the apostle requires the church "to assist her in whatever business she hath need," adding as a motive "for she hath been a succourer of many, and of myself also." Writing to Timothy (1 Tim. iii. 11) Paul gives noble pictures of what a bishop and deacon should be. He then proceeds to another class, which our translators render "deacon's wives," though *there is* no notice whatever of bishop's wives. *It is supposed* he here refers to deaconesses. *Literally* the phrase is "women deacons" not

"*deacon's wives*," which would duly complete the church officers, *viz.*, bishops, *men deacons*, and *women deacons*. In the description (1 Tim. v. 3, &c.) of *church widows* the qualifications are exactly such as a deaconess should possess, "well reported of for good works—if she have brought up children—if she have lodged strangers—if she have washed the saints' feet—if she have relieved the afflicted—if she have diligently followed every good work." Beside all which charity to her fellow-creatures, she is recommended to "trust in God," and "to continue in supplications night and day."

WOMEN OF THE APOSTOLIC CHURCH.

These passages not only illustrate the devoutness and benevolence of the early Christian women, but seem also to establish some formal recognition of the value of their services in the very constitution of the Church. It appears from many traditions that the post-apostolic churches so understood the matter. *Epiphanius* and *Tertullian* speak of *deaconesses* as generally appointed in the churches. Widows were usually preferred. The two "*ministræ*" whom *Pliny* mentions in his celebrated letter to Trajan the Emperor, as subjected vainly to torture in order to extort the names of fellow-

worshippers, were evidently *deaconesses*. A series of striking decrees of *councils* and *patristic* allusions are quoted by Dr. Howson, such as must convince any candid reader of the long continuance and high esteem of these female officers in the Church. He gives from the *Apostolical Constitutions* (not as from a genuine apostolic authority, but only as containing some features of true history) an interesting prayer used at the consecration of a deaconess.

"Eternal God—Father of our Lord Jesus Christ, Creator both of man and woman—who didst fill with thy Holy Spirit Mary, Deborah, Anna, and Huldah—who didst not disdain that thy only begotten Son should be born of a woman—who also in the Tabernacle of Testimony and in the Temple didst appoint women as the keepers of thy holy gates, look now thyself on this thine handmaid, here set apart for the office of a *deaconess*; give unto her thy Holy Spirit, cleanse her from all impurity of the flesh and spirit, and that she may worthily accomplish the task now committed unto her, to thy glory and the praise of thy Christ, with whom to thee and the Holy Spirit be glory and worship *for ever* and ever. Amen."

Yet it is expressly added that she (or-*dained* deaconess) "does not give the bless-

ing, nor fulfil any of the functions of presbyters." *Chrysostom* had special regard for woman's mission. In his church at Constantinople there were 100 deacons, 40 deaconesses, and a small suburb church had six of the latter. He names *three* deaconesses with eulogy. *Nicarete* was a lady who used her wealth and talents in all the labours of a deaconess, but from modesty she would never receive the title. *Peutadia* desired to quit the city in Chrysostom's exile, but he would not allow her to quit her duties. *Olympias* also occupies a very large space in Chrysostom's records, having devoted wealth, education, influence, and life to the self-denying labours of this office. Theodoret also names the deaconess *Julia*, who appears less estimable, when with her choir of perpetual virgins she openly insults the apostate Emperor Julian, by purposely singing psalms of derision and rebuke as he passed by.

CORRUPTION.

Indeed by degrees the fine ideal of the free, simple sister of charity carrying God's Word and succouring help to poor homes and sick chambers, sank into the devoted and slavish "nun," confined to cell or con-

vent, living only for the ceremonies of the church, or the services of the monastic sisterhood. The compulsion of celibacy, and consequent confinement of female servants of the Church, utterly destroyed the rich womanly ministration, which multitudes of useful *deaconesses* were unostentatiously conducting during the purest and most fruitful centuries of Church history. Now that the Reformed Church has unlearnt these serious mistakes, it is not wonderful that woman's true value and mission in the advancement of Christianity are being again perceived.

WOMEN IN THE PURITAN CHURCHES.

It is startling to find from ancient records of the churches of our Puritan forefathers, both in Holland and England, that the order of *deaconess* was actually revived by them. In Robinson's church at Amsterdam, consisting of 300 communicants, there was both pastor and *teaching* elder, four *ruling* elders, three *deacons*, and an *aged widow* as *deaconess*. "She filled her place worthily, and was an honour to the congregation. She sat near the *church door* with *a birchen* rod in her hand, and *held the* children in awe. She visited the sick *and infirm* women, and called out younger

women to aid her, and made collectic
such as were poor from the richer. Sh
obeyed as a mother in Israel, and a true
maid of the Lord." Neal, in his P
History, cites a rule passed by sixty mi
of the Eastern counties in conference,
says, "Touching *deacons* of *both sorte*
men and *women*, the church shall b
monished of what is required by the Ap
and proceeds to state how they are to be c
and then "received into their office wi
general prayers of the whole church."

Not only therefore in the Church of the
first Christian centuries, but in those
first Puritans also, *female officers* were
nized.

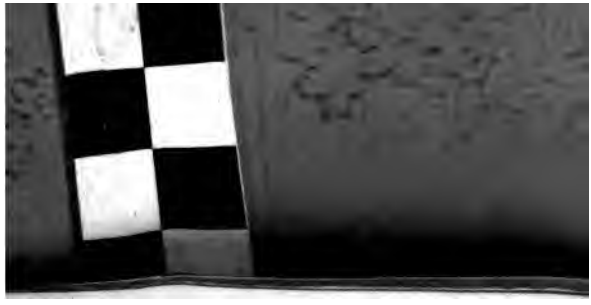
Where are they now? Why has the
dropped from the constitution of our chur
Would it not be wise and right to co
carefully its restoration?

MODERN SPIRITUAL SERVICE OF WOME

How limited is the present sphere of spi
service ordinarily open in our churches to
females who desire to be useful! In thei
families, doubtless, they exert a most bene
influence on their husbands and childre
younger women find a most import

pleasant field, both of self-improvement and usefulness, in the classes of the Sabbath-school. In the monthly Dorcas meetings, a valuable agency is often found for the temporal relief of the poor, and for the religious advantage of the ladies themselves. In many churches the maternal meeting associates mothers for prayer and conference regarding domestic duties, and sometimes a female prayer-meeting offers occasion for women to exercise and improve the gift of social prayer. The Christian Instruction Society gives employment to a few devoted women, in loan distribution of tracts and house visitation. When money is required for religious purposes, none are so effective as ladies to make the appeal, conduct the fancy sale, or fill up the collecting book. But this enumeration almost exhausts the opportunities available to the zeal of our female members, and some of these are not very spiritual in their character. There are churches which appoint the deacons' wives to visit young female candidates for church fellowship, whose timidity is thus more readily overcome than when they are expected to converse with men. This is a valuable approach to the office of deaconess. Some churches, in connection with the district division of their members, have appointed

female visitors to assist the deacons in each district, and in some cases have styled them *deaconesses*. The whole of the poor of some congregations have been divided among the ladies of the Dorcas Society, each undertaking to visit two or three (and some with more leisure a larger number) once a fortnight, and thus continual and systematic attention is directed to every family. One church, whose increase was most rapid and remarkable, possessed the services of a band of young unmarried women of deep piety, good station, and rare intelligence, who, under the close direction of the pastor, were appointed by the church as visitors of the church districts. These young ladies were devoted to their work—daily spent several hours in it—and some of them bestowed their wealth as well as time. They usually read and prayed in the families, and conversed practically on religious duty and experience. They cared for the sick and sad, attached the young, cheered the aged, and were a most powerful instrumentality for extensive good. That church had only been in existence three or four years when its members numbered 600, and it is now still larger. Why should not such female ability be more frequently consecrated in the service of our churches? There has been too great a disposi-



tion to place all spiritual work in the hands of men, and to cover the more tender light of woman's peculiar gifts with the bushel of church routine.

REPLIES TO OBJECTORS.

1. Is it desirable, the objector urges, to withdraw woman from her proper functions and privacy, and to give her a perilous position and prominence? Certainly not! But are there no women comparatively free from home duties? If the pioneers opening up a long-neglected path must be conspicuous, it will not need that those who follow them should write books, and have their names and deeds chronicled. The walks of womanly ministry are quiet and in accord with that "kingdom which cometh not with observation."

2. May you not bring back upon us the most serious errors of Romanism, it is asked, by creating new sisterhoods of charity? Will not monasticism and self-righteousness return, and Gospel spirituality be lost? Nay! it was Romanism that robbed the Christian female of her freedom when it doomed her to a nunnery, and of her vocation when it secluded her to *penance* and ritual, instead of sending her in *the* sweet sympathy of woman's patient love to

sick chambers and wretched homes—to children's nurseries, and to hospitals, prisons, and infirmaries. Sisterhoods existed and laboured fruitfully at these tasks, long before Romanism froze them into stiffness. Let us restore them in their primitive and warm humanity.

3. But does not St. Paul forbid women to possess ecclesiastical functions when he says, "I suffer not a woman to speak in your churches," and "let her ask her husband at home"? Without fully discussing this passage at present, or inquiring whether the apostle's meaning has not sometimes been strained, let it be understood that we plead not for *ruling women, preaching women,* or *women pastors,* or *presbyters,* which is the evil Paul deprecates; but for *women helpers* within their own proper province, who may be formally assigned to such work in the church as they are eminently fitted for, and as was entrusted to them by our Lord and his followers.

4. Will not Christian females enter on such paths of service of their own accord, without any express church sanction and invitation? Doubtless some will, but many more will hesitate from a fear of seeming forward and intrusive; and those who break through such fears will seldom enjoy the full confidence and

authority which a distinct church appointment would bestow on them. Not a few of the most qualified will hold back for lack of the encouragement which the invitation of the pastor and the church members would supply.

5. But will not this endanger, it is said, serious change and revolution in the churches? May not women be employed irregularly, outside the pale, and so the responsibility of official arrangements be avoided? But would this be wise or right? If in the early Church women had a status or office, why not in ours? Have we not banished already outside the church most of the recent and fruitful inventions of religious zeal? Do not the societies connected with these rival in interest the societies of the Church? Has not the Church been thus reduced to an organization too cold and skeleton-like? Were it not better to bring the living Christian agencies within the Church, so that standing in the midst of her acknowledged and blessed creations, well knit together and orderly ranged, she may appear in the eye of the world a complete and animated body, full of life, love, and good works?

PRACTICAL QUESTIONS.

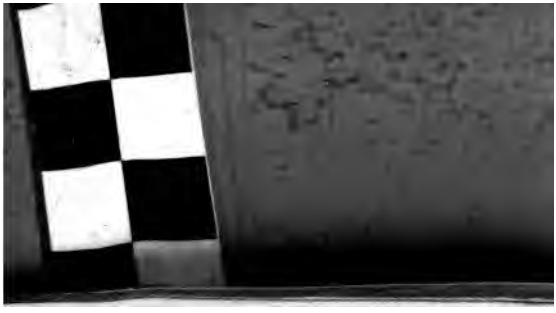
And now, regarding generally our relation as

a Christian community to this important question, it may be suggested:—

1. That, whether our pastors and churches may or may not be convinced that the *deaconess* is a Scripture institution, few can doubt the desirableness of engaging more of our female members in services of piety and charity, or of employing *trained* female as well as male missionaries.

2. Whether some training institution should not be at once provided, to qualify female missionaries for service in connection with Congregational churches; and whether the Home Missionary Society should annex this to its present work of securing men as missionaries or evangelists; or whether a fresh association should be originated.

3. Whether all our churches should not seriously consider the entire question afresh, with a view to appoint such of their female members as appear most suitable to assist our deacons in various branches of their work—in the visitation of the church and congregation, in examining female candidates, in the control of Dorcas and maternal societies, in arranging for the cleaning of the church buildings, in the collection of funds, in the charge of the schools,

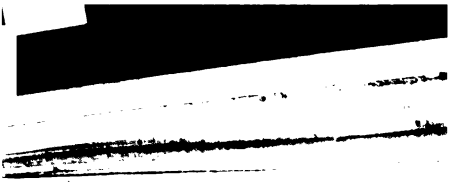
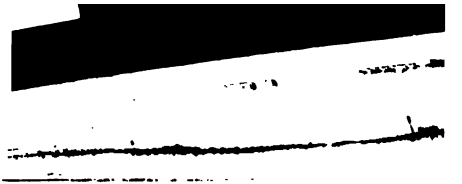
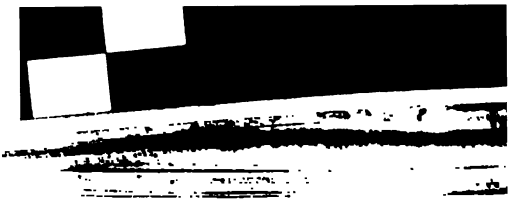
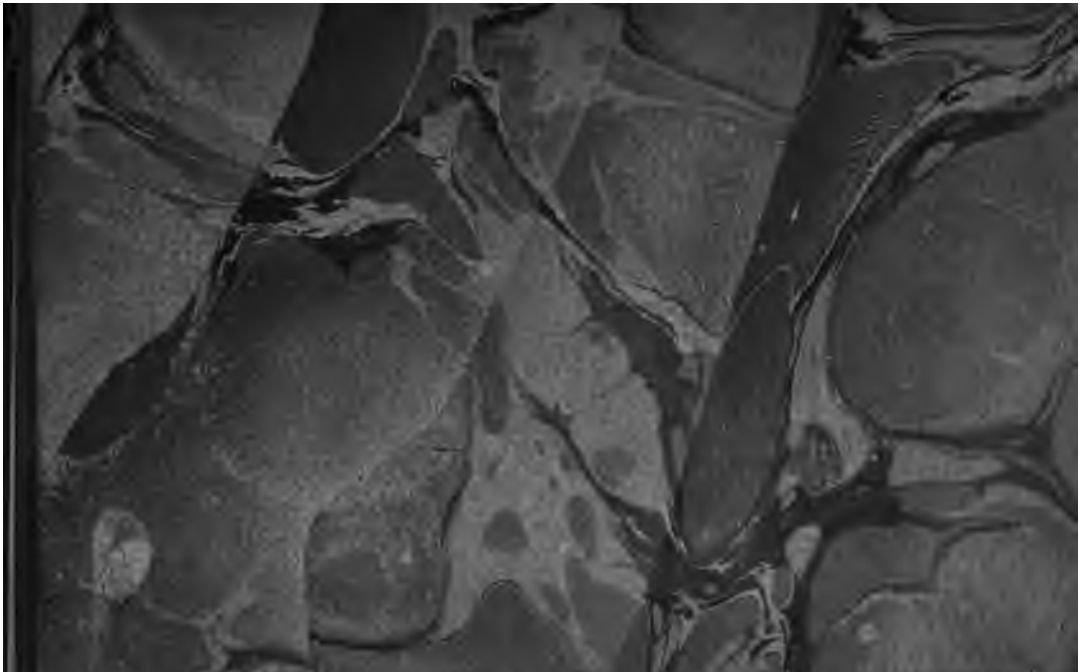
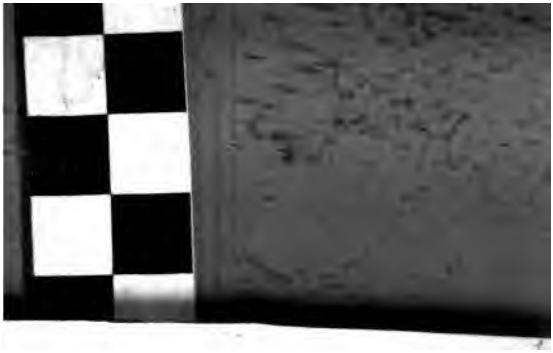


and in other feminine vocations. It is thought that many of our churches would afford a noble staff of female workers, with leisure, education, influence, and wealth all at command, if they were only invited, encouraged, and combined by distinct church recognition and authority. One or two well-trained female missionaries employed by the church, and placed in consociation with such a band of lady workers, would give an incalculable strength and breadth of influence to our church action.

4. Might not a special committee be appointed to consider all the bearings of the subject, and be authorized either to take action on it at once, or, if need be, to report at a future meeting its deliberate advice?

CONCLUSION.

The subject, though far from being exhausted, is thus thrown open for fraternal discussion. While other churches are energetically working in the direction indicated, and already deriving most essential benefit from their early experiments, is it not time for us to consider how we may more fully draw out the unrivalled adaptation of women for some kinds of religious *ministry* in our churches, so that the churches

every female member may have opened b
her, as widely and encouragingly as pos
the path of Christian usefulness, and
means of obtaining from our gracious Lor
word of approval, "She hath done what
could"?

London: Printed by Graham & Lowe, 24, New-
square, Farringdon Market, E.C.